



*Mara Urnoba*

# EL TÚNEL DE LAS ALMAS PERDIDAS

Una historia  
donde la memoria,  
el espacio y el  
tiempo van cogidos  
de la mano.

**El túnel  
de las  
almas perdidas**

**Mara Urnoba**

Título: *El túnel de las almas perdidas*

© *Mara Urnoba*  
[maraurnoba@gmail.com](mailto:maraurnoba@gmail.com)  
[@maraurnoba](https://www.instagram.com/maraurnoba)

Primera edición abril 2018

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*  
Edición y maquetación: *Mara Urnoba*  
Corrección: *Lector Cero*

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

*Solo las personas capaces de amar intensamente  
pueden sufrir un gran dolor,  
pero esta misma necesidad de amar  
sirve para contrarrestar sus duelos y las curas.*

Leo Tolstoi

*La muerte no nos roba los seres amados.  
Al contrario, nos los guarda  
y nos los inmortaliza en el recuerdo.*

François Mauriac

# Agradecimientos

Desde que empecé a publicar en 2015 son muchas las personas que me han ayudado en este arduo camino de la creación literaria. Mi principal lectora, y la más exigente de todas, ha sido mi madre, que siempre me ha apoyado y ha confiado en mí. Sin su apoyo no hubiese podido llegar tan lejos. Gracias por estar ahí.

Al principio me daba mucho pudor pasar mis manuscritos a terceros, aunque fuesen amigos. Temía las críticas y huía de ellas. Con el tiempo he aprendido que son necesarias para crecer como escritora. Por eso, quiero aprovechar la ocasión para agradecer la ayuda incondicional de un grupo de amigos que me conocen bien. Me refiero a Laura Hernández, Anastasio García, Ana Isabel Blanco, Mónica García Viñó y Ester Rabasco Macías. Sin sus sabios y oportunos consejos no habría podido llegar hasta aquí. De hecho, se han convertido en mis lectores cero y gracias a sus aportaciones he conseguido terminar tres proyectos literarios. Sus comentarios me han ayudado a enriquecer a algunos de los personajes, a dar mayor importancia a algunas acciones en detrimento de otras; pero, sobre todo a darme cuenta de esos errores que suelo cometer sin ser consciente de ello. Miles de gracias a todos.

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Epílogo](#)

[Bibliografía](#)

[Carta de la autora](#)

# EL TÚNEL

*Quince minutos en el interior*

Caminábamos sin descanso, con el corazón agitado en la garganta. «No te detengas», me repetía. Y yo lo intentaba, pero el dolor, punzante y agudo, se me hacía insoportable. Fernando me miraba con los ojos vidriosos, conteniendo la impotencia que le invadía el ánimo por momentos. Aquellas sombras se aproximaban irremediablemente, y nosotros, desesperados por huir de sus garras, nos adentramos en aquel agujero. El túnel se convirtió en nuestro refugio, en la única salida posible. Todo sucedió tan rápido que nos dejamos llevar por el impulso de sobrevivir en situaciones adversas. En esos casos la mente juega sucio y nos confunde, fluye como la corriente de un río bravo y sus aguas arrasan todo lo que encuentran a su paso. Avanzábamos en aquella oscuridad como caballos desbocados, sin ser conscientes de que era nuestro peor enemigo y de que aquel angosto y kilométrico camino acabaría engulléndonos.

Mi nieta seguía inmóvil y yo, al verla tan indefensa y semiinconsciente en los brazos de él, supe que me había equivocado, que aquella aventura nos había arrastrado hasta el mismísimo infierno. Tenía que ayudarla, sacarla de una muerte segura, pero mis fuerzas flaqueaban y Fernando había perdido la esperanza. La puso en el suelo y se dejó caer, rendido.

—No podemos dejarla aquí —le supliqué.

Me abalancé sobre mi nieta con el único fin de cargar yo misma con ella en mis brazos. Necesitaba sentirla, rociarla de todo ese amor que me inundaba el corazón. Pero Fernando me apretó con fuerza las manos para evitar que estas se precipitasen hacia el frígido cuerpo de ella.

—Creo que está muerta, Eulalia.

—¡No! Ella no puede morir. Es demasiado joven —murmuré con las manos pegadas al pecho. Me temblaban. Me dolía. Mucho.

—Nos atraparán si nos detenemos.

Mis pies, incapaces de continuar, se habían quedado cosidos en aquel pavimento, duro y resistente al tiempo. Me quedé contemplando su pálido rostro, antes rosado y aterciopelado, y no pude contenerme. Lloré abrazada a

su cuerpo. No sé el tiempo que permanecí arrodillada junto a ella, con los ojos encharcados y enrojecidos. Y cuando ya no me quedaban lágrimas, aparté las últimas que había derramado con la palma de la mano, dejando escapar con aquel gesto la impotencia que sentía. Mi preciosa niña yacía en aquella superficie tétrica donde otros muchos cuerpos habían estado.

Nunca imaginé que, después de lo vivido en Ravensbrück, el miedo volviese a inundarme por dentro hasta cortarme la respiración. En aquel agujero oscuro, donde nos encontrábamos a merced de nuestro propio destino, sentí que todo había acabado definitivamente, que la muerte nos seguía de cerca, sin tregua, y que a ella, mi querida niña, ya la había alcanzado. En ese preciso instante, deseé que me atrapase a mí también para no dejarla sola en aquel túnel repleto de almas nobles, inocentes y bravas, pero Fernando me agarró otra vez del brazo y me obligó a seguir. Me negué y me dejé caer en aquel suelo adverso, sombrío y renegrido. No la dejaría tirada. Carne de mi carne. La quería demasiado.

Levanté la mirada y mis ojos se clavaron en la única salida que había en aquella ratonera que olía a muerte. De súbito, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Aquella oscuridad me envolvió como un manto gélido. Un profundo sentimiento de desánimo caló dentro de mí y los recuerdos del campo devoraron mi fortaleza. Cerré los ojos y me pegué al cuerpo embarrado de mi nieta, bañándolo con mis lágrimas.

Y me vi, de nuevo, en aquel tren, en la misma oscuridad y atenazada por el miedo.

## Recuerdos silenciados

Marzo de 1944

A bordo de un convoy de ganado nos dirigíamos a Ravensbrück, una pequeña aldea situada en un área con muchos bosques y lagos, cerca de la ciudad medieval de Fürstenberg. Había una buena comunicación entre ambas ciudades, ya que la estación de ferrocarril de Fürstenberg tenía un acceso directo a Berlín. El campo se hallaba a noventa kilómetros de Berlín, junto a un lugar muy pintoresco: el lago Schwedt.

Mi madre me tenía sujeta de la mano. En aquel convoy estábamos hacinadas mujeres de diferentes nacionalidades: rusas, checas, polacas, francesas y algunas españolas apátridas a las que el régimen de Franco les había quitado la nacionalidad cuando huyeron a Francia para unirse a la Resistencia. Otras españolas, como mi madre y yo, constábamos como francesas o belgas. Recuerdo que había una inglesa custodiada por dos guardianas porque decían que era muy peligrosa. Supe, después, que se trataba de una espía británica.

En cada vagón, de los diez que había en todo el tren, nos vigilaban dos nazis: un agente de las SS, armado con ametralladora, y una *Aufseherin* que portaba un látigo para caballos y un pastor alemán dispuesto a hincarnos sus afilados dientes. El viaje se nos hizo eterno. Estuvimos varios días con sus noches alimentándonos del aire que apenas respirábamos, devorando con la mirada los trozos de carne cruda que los nazis echaban al suelo a su perro de presa. Y cuando se fijaban en nuestras bocas, hambrientas y agrietadas, se jactaban devolviéndonos carcajadas impregnadas de odio.

De repente, el convoy se detuvo en un punto del trayecto. El inesperado ruido de la puerta del primer vagón, donde nos encontrábamos mi madre y yo, me aturdió. Noté que un gélido viento impactaba contra mis mejillas y cerré los ojos al toparme de lleno con los rayos solares. Los abrí poco a poco mientras los nazis descendían y hablaban entre ellos. Un pobre perro había sido arrollado por el convoy y nos obligaron a bajar para retirar sus restos. Al ver aquellos trozos de carne esparcidos por la vía el estómago se me descompuso y eché lo poco que había en él. Una *Aufseherin*, como llamaban ellos a las guardianas, se acercó a mí y no se contuvo. Noté el latigazo en la

espalda y me encogí, mientras ella escupía palabras en alemán que no entendía y que una joven rusa me tradujo: «Tienes que recogerlo con tus propias manos... Y no vuelvas a vomitar porque te lo hará tragar», me dijo sin apartar la mirada de los restos del animal muerto. Mi madre quiso ayudarme, pero otra presa, francesa, la sujetó del brazo: «Es mejor que lo haga ella», le aconsejó. Entonces aguanté la respiración y empecé a retirar mis propios vómitos mientras las arcadas subían y bajaban de mi estómago. No tardamos en despejar la vía. El olor de mis vómitos y del cuerpo de aquel perro destrozado se quedó impregnado en mis manos. No nos dejaron lavarnos y nos las frotamos en las ropas que llevábamos.

Cuando nos indicaron que subiéramos de nuevo, no pude evitar mirar hacia el horizonte. En mi corta vida nunca había visto nada igual. Un paisaje idílico, poético, con casitas de maderas pintadas con colores ocres y verdes en medio de la vegetación. Ninguna de nosotras podía imaginar que al llegar a nuestro destino recibiríamos la bofetada visual más cruel de nuestra existencia: una especie de ciudad fantasma rodeada de alambradas eléctricas que nos esperaban ansiosas para llevarse nuestras vidas para siempre. Nada que ver con ese bucólico paisaje.

Las noches y los días se sucedían intermitentemente en aquel convoy. El frío calaba en nuestros cuerpos y nuestros estómagos rugían como leones. Algunas no sobrevivieron a las bajas temperaturas ni al hambre. Convivimos con la pestilencia que desprendíamos todas, con el hedor de nuestras orinas, de nuestros propios excrementos y del sudor. Cinco días, o seis o siete, perdí la cuenta, casi a oscuras, sucias, hambrientas, sintiendo un fuego abrasador en las gargantas, prácticamente moribundas. «No quiero morir de sed», repetía Marie, una francesa con más voluntad por sobrevivir que corpulencia física. Ella fue la única que se atrevió. Sin que se percatasen nuestros guardianes agarró del suelo una pequeña botella vacía de medio litro —de las muchas que nos lanzaban para ver dónde caían y en qué parte del cuerpo nos daban— y, en el preciso instante en el que el tren se detenía, pasaba cuidadosamente su fino y blanco brazo entremedio del alambre puntiagudo, que sellaba el vagón, y balanceaba la botella gritando en alemán «*¡Wasser, bitte!*» (¡Agua, por favor!). No sé quiénes se apiadaron de nosotras, pero cada vez que lo intentaba la botella llegaba a nuestras manos llena y de nuestros labios brotaban disimuladas sonrisas de alivio y complicidad. Repartimos por turnos aquella agua. Nadie protestó. Aunque era muy poca la que nos tocaba, aquel sorbo de agua tragado con miedo y desesperación nos permitió llegar vivas a

Ravensbrück.

Mareadas por la falta de aire y aplastadas por el cansancio de haber estado horas soportando la misma posición, llenas de suciedad y sedientas, fuimos recibidas por una multitud de agentes de las SS vociferantes, acompañados de unos perros enormes que nos enseñaban los dientes. Llegamos una madrugada con la sensación de que nuestras vidas se acababan en ese preciso instante, cuando descendimos del convoy a empujones. Y mientras nos obligaban a caminar, extenuadas, veíamos casitas con cortinas almidonadas y niños rubios de mofletes rosados que jugaban en una hierba verde decorada por pequeñas florecillas de colores, vivos e intensos como la vida. Y también la vi a ella, a aquel ángel de cabellos dorados y mirada azulada. Esa fue la primera vez que la vi. Me saludó y no pude reprimir regalarle una sonrisa que cortó una de las guardianas con un empujón que me hizo tambalear. Aquellos niños felices eran los hijos de nuestros verdugos y aquellas casitas tan coquetas sus nidos.

Con la llegada del invierno descubrimos el tipo de abono que utilizaban para sus esplendorosos jardines... Y nos enteramos cuando algunas de nosotras fuimos las encargadas de llenar los sacos desde el propio crematorio.

Lo primero que tuvimos que soportar fue pasar doce horas en hileras, rodeadas de un griterío amenazante. Y al lado de los agentes de las SS estaban ellas, regañándonos y dándonos brutales empujones. Las *Kapos*, *Blockowas* y *Stubowas* eran prisioneras despiadadas que ayudaban eficazmente a los nazis a cambio de ciertos privilegios. Contaban a sus dueños todo lo que hacíamos y decíamos y repartían bofetadas a doquier. Las más temidas: las *Kapos*. Cuando las vimos por primera vez —con aquellos uniformes de presidiarias, con grandes rayas verticales de color gris y azul marino—, creímos que eran unas pobres desgraciadas como nosotras.

Pronto nos dimos cuenta de que eran tan peligrosas como las guardianas nazis del campo. Muchas de ellas con antecedentes criminales.

Después de aquellas horas interminables de insultos nos raparon el pelo al cero, nos obligaron a desnudarnos y pasamos la inspección de todos los rincones de nuestro cuerpo. Acto seguido, sufrimos las gélidas duchas desinfectantes sin jabón. Intentábamos saciar la sed con las gotas de agua que recorrían nuestras caras, pero ellas nos lo impedían a golpes. Totalmente mojadas, y con algunos moratones de bienvenidas al infierno, nos llevaron hacia una puerta. Allí nos esperaban unas cuantas guardianas y *Kapos* con cuatro gigantescos cestos de mimbre. En uno había camisas que antaño

fueron blancas; en otro, bragas con grandes manchas en la entrepierna; en el tercer cesto, enormes botas del cuarenta, reventadas y sin cordones; y, en el último, vestidos de diferentes colores y medidas, descoloridos y mugrientos. Nos cubrimos con aquellos trapos y nos asignaron un número de prisionera. Nos organizaron según categorías y por nacionalidades, cada una con un triángulo coloreado: las presas políticas llevábamos triángulos rojos; las testigos de Jehová de color púrpura; las asociales (lesbianas, prostitutas y gitanas) de color negro; a las criminales les tocó el verde, mi color preferido. A las mujeres judías les dieron triángulos amarillos, pero si eran también presas políticas les entregaban uno rojo y el amarillo formando una estrella de David, o una raya amarilla encima del triángulo rojo. Una letra dentro del triángulo identificaba nuestra nacionalidad.

Después, nos seleccionaron para el trabajo. Las jóvenes, fuertes y aptas, pasaban con nota el control. En cambio, las ancianas, las que escondían alguna enfermedad o estaban aquejadas de alguna dolencia, las agotadas, embarazadas o heridas las descartaban y eran enviadas al campo juvenil «Uckermark» en unos camiones que parecían ambulancias. Creíamos que se las llevaban al hospital. Aunque yo era una niña, mi aspecto de adolescente engañó a las *Aufseherinnen* y pensaron que era una jovencita quinceañera. Medía un metro sesenta y mi cuerpo era el de una mujer, y por eso no fui elegida para acompañar al primer grupo de presas destinadas al campo juvenil. En aquel instante pensé que la suerte me había abandonado, que el destino me estaba jugando otra mala pasada y a punto estuve de suplicar que me llevarsen. Necesitaba quitarme el olor nauseabundo de las manos, dormir en una cama y tomar algo caliente. Mi imaginación se desbordaba al estar convencida de que todas aquellas afortunadas iban a disfrutar de tantos placeres juntos.

Un mes después me di cuenta de que la afortunada había sido yo.

La esperanza de volver a encontrarnos con nuestras compañeras se desvaneció en el aire cuando el tiempo transcurría y nadie retornaba de aquellos largos descansos. Al terminar la guerra supimos que aquellos camiones se utilizaron como arma mortífera. Algunas fueron gaseadas en ellos, a otras las usaron como cobayas humanas en los experimentos médicos y el resto acabaron encerradas en el búnker, unos barracones donde te castigaban y languidecías hasta morir de hambre.

Muy pocas conseguimos sobrevivir.

El campo entero estaba rodeado por una pared alta con alambres de

espinos electrificados. El primer día nos obligaron a caminar en fila india, atravesando calles sombrías, en dirección a una de las muchas barracas verdinegras cubiertas de negruzcos techos. Mientras nos aproximábamos al barracón que nos habían asignado, tuve la impresión de que el cielo plomizo se nos caía encima. Y fue, entonces, cuando lo vi y el corazón se me encogió: el cuerpo electrocutado de una joven, enroscado y enganchado en la alambrada eléctrica. Un alarido salió de mi garganta y alertó a una *Aufseherin*, que no tardó en acercarse hacia mí y propinarme un latigazo en la espalda, seguidos de tres más en el mismo lugar que me dejaron doblada. Mi madre intentó impedirselo. Lo único que consiguió fue que una *Kapo* la agarrase por el pelo mientras la guardiana le propinaba patadas en el costado. Cayó al suelo y cuando decidieron que había recibido suficiente castigo la obligaron a incorporarse. Malherida y absorbiendo las lágrimas se colocó a mi lado, silente. Había tenido suerte. Si la hubiese agarrado la Binz, la crueldad personificada del campo, la habría llevado al búnker y azotado hasta la extenuación. Supe, entonces, que dejaríamos muy pronto la vida; una vida que amaba apasionadamente como cualquier niña.

Porque yo tenía doce años, pero ese secreto solo lo conocía mi madre.

Cuando llegamos al barracón, un olor hediondo atravesó todos mis sentidos, provocándome varias arcadas. Al entrar, mis ojos se nublaron al creer que veía los espectros de seres difíciles de identificar; parecían fotogramas idénticos salidos de una película de terror. Centenares de mujeres ocupaban el recinto, totalmente hacinadas. Solo había unos rudimentarios taburetes de madera y no para todo el mundo. Nos fuimos adentrando en aquel mortecino lugar, intentando no pisar a ninguna. Una proeza imposible. Nos detuvimos y decidimos hacernos un hueco. Nos rozábamos los codos, las rodillas y la falta de espacio nos obligaba a una inmovilidad absoluta. Sentada en el suelo, junto a mi madre, no pude evitar fijarme en algunas prisioneras, en sus pieles marcadas de heridas infectadas por los experimentos o los latigazos, en sus moratones provocados por los golpes recibidos con objetos contundentes y en las mordeduras de aquellos perros adiestrados a conciencia.

Pero, sobre todo, lo que más me conmovió, y al mismo tiempo me inquietó, fue ver en sus miradas una tristeza infinita y un dolor clavado en el alma...

... Ese mismo dolor que yo sentía por mi nieta en aquella oscuridad. Atrapada en el túnel, tenía la sensación de volver atrás en el tiempo; notaba cómo cada músculo de mi cuerpo cansado me temblaba por el miedo que sentía al pensar que mis días estaban contados, como en Ravensbrück... Entonces, de repente, aparecieron en mi mente todos los acontecimientos que habíamos vivido ambas durante los últimos meses. Llegaron de uno en uno, bombardeando mi cerebro, haciendo que me sintiera mucho más culpable de lo que ya me sentía. Y recordé el día que empezó todo. El día que la condené y me condené. El miserable día que les comuniqué, a mi hijo y a mi nieta, mi decisión de abandonar Toulouse para siempre. Creyeron que había perdido el juicio, que empezaba a chochar. Algo normal en una mujer a mi edad. Pero Nathan sabía que, desde hacía algún tiempo, me rondaba por la cabeza la absurda idea de abandonar Francia para volver a mi tierra. En las últimas celebraciones familiares evitaba mirarme a los ojos porque sabía que, al hacerlo, le clavaría la mirada y él, conocedor de mis pensamientos, leería en ella.

# Capítulo 1

## *Dos meses antes de la entrada al túnel*

*Toulouse, finales de junio de 2015*

Eulalia lo planeó bien para que ni Nathan ni Alexandra tuvieran escapatoria. Nadie la detendría. Los invitó a una succulenta comida en casa. A pesar de la sorpresa que les había causado, ninguno le preguntó, cuando se sentaron a la mesa, los motivos por los cuales los convocaba a una reunión familiar en un día laborable. Nathan aceptó a regañadientes. En el fondo, se olía que aquella repentina reunión iba a provocarle un profundo dolor.

—¿Le sirvo un poco más de vino?

—No, hijo, ya he bebido suficiente. —Dirigió la mirada hacia su nieta—. Alexandra, cuéntale a tu padre cómo capturaron al asesino de los crímenes de Toulouse.

—¿Asesino? Creía que se trataba de un militar que había sido expulsado del ejército —comentó su padre algo contrariado.

—Eso parecía al principio —le aclaró su hija—. Pero se equivocaron.

—Y entonces, ¿por qué sospecharon de él? —preguntó Nathan frunciendo el ceño.

—Papá, todo apuntaba a ello: judíos muertos en circunstancias extrañas, un militar neonazi rabioso... En fin, que se dejaron llevar por las evidencias.

—No podía ser un grupo por el *modus operandi* —intervino Eulalia—. El asesino empleó la misma arma en todos los crímenes. Una del calibre 11,43 mm. Además, se sirvió de la misma motocicleta para huir del lugar de los hechos. Los neonazis no suelen ser tan metódicos y prefieren caminar o coger el transporte público cuando van *de cacería*.

—La ideología del odio —afirmó su hijo.

—La peor de todas —reiteró ella.

—Y, finalmente, ¿de quién se trataba? —preguntó Nathan antes de introducir en su boca el tenedor con restos de la ensalada de pescado que le había preparado su madre para la ocasión.

—De un joven francés, de origen argelino, de tan solo dieciocho años —

concretó Alexandra.

—La policía lo tenía fichado —añadió su abuela—. Él mismo ha confesado, pero el Dáesh no se ha pronunciado al respecto y no queda claro que sea uno de sus seguidores.

—Otro descerebrado más.

—Parecía un chico normal —continuó Eulalia—. Pero durante los últimos años se había radicalizado y decidió marcharse una temporada a Afganistán. Incluso estuvo en España. Según me ha contado Guillaume, los servicios secretos lo vigilaban desde hacía un par de años, pero nunca pensaron que fuese capaz de perpetrar una acción criminal.

—Lo subestimaron —comentó Nathan—. ¿Y se conocen los motivos? —le preguntó a su madre después de descorchar la botella de vino blanco de Sancerre que había traído ella.

—Antes de inmolarse dijo que pretendía vengar a los niños sirios y palestinos que mueren todos los días.

—Otra sinrazón más. Si los gobiernos dejasen de creerse dioses —añadió el padre de Alexandra mientras llenaba las copas de vino—. Me cripa ver cómo hay tantos inocentes que mueren por las ansias de poder de unos pocos. —Dejó la botella de vino en el centro de la mesa, junto a su vaso, y cogió el tenedor para continuar con la ensalada.

Parecía tranquilo. Pero Eulalia sabía que fingía, que se moría por dentro. Lo conocía demasiado. Cincuenta y nueve años protegiéndolo, preocupándose por él. Aquella comida iba a romperle el corazón.

—De nada sirve lamentarse, hijo. Y menos creer que los poderosos dejarán de malmeter. —Dejó de comer, soltó el tenedor, cruzó las manos y apoyó en ellas la barbilla—. El mundo está loco y esto no hay quien lo arregle —sentenció.

Nathan la miraba fijamente. Veía en sus ojos la tristeza que le provocaba el recuerdo amargo de aquellos meses que tantas veces había intentado borrar de su memoria. Ni siquiera el transcurrir de los años al lado de su padre, ni el haber sido madre de dos criaturas que la adoraban, había sido suficiente para olvidar aquel recuerdo. Quizá, por eso, se hizo psiquiatra y se especializó en el comportamiento de los asesinos en serie. Esos seres despreciables, sanguinarios y de alma endemoniada, cuyas atrocidades superan los límites de lo imaginable.

Los meses vividos en el campo de Ravensbrück junto a su madre Mercedes, soportando las humillaciones de las guardianas nazis y de los

médicos que experimentaban con las prisioneras, la habían convertido en la mujer que era: un ser lleno de vida capaz de disfrutar del color del cielo en el atardecer, de la fina lluvia que empapa la piel acariciándola, del gorjeo de las golondrinas o del arrullo de las palomas. En definitiva, deleitarse con todo aquello que le fue arrancado de cuajo durante los meses que pasó en aquel barracón de cuerpos agonizantes, de miradas moribundas y manchadas. Tuvo que sentir el dolor en su cuerpo y en su corazón para amar intensamente la vida. Lo consiguió cuando el campo fue liberado por el Ejército Rojo el treinta de abril del cuarenta y cinco. Tenía, entonces, trece años. Allí los cumplió. Cuando salió de aquel cementerio, se prometió que no sucumbiría a las pesadillas ni al recuerdo amargo de sus seres perdidos, sino que se aferraría a la vida con mucho más empeño que antes, a pesar de todos los pesares, porque el recuerdo de su madre nunca se marcharía, permanecería en ella hasta el día de su muerte.

Los meses de sufrimiento en Ravensbrück no destruyeron su fortaleza, sino todo lo contrario. Aprovechó cada segundo de su vida, porque si algo había aprendido allí fue que la vida era simplemente eso: un suspiro. Y junto a Patrick Lambert, un prestigioso abogado parisino con el que se casó quince años después de su liberación, consiguió disfrutarla intensamente. Y también junto a él sintió la necesidad de entender el comportamiento de los asesinos en serie para ser capaz de perdonar. Pero, también, para evitar que el rencor encallase en su corazón. Ser psiquiatra y adentrarse en las mentes de criminales la ayudaba a liberar su alma y controlar su odio.

Era en los momentos en los que hablaban de temas trascendentales cuando Nathan veía en los ojos de su madre esa mirada angustiada que tanto lo inquietaba. Entonces, reconducía la conversación:

—Madre, pensaba que había decidido, por fin, jubilarse, y que disfrutaría de los placeres que da la tranquilidad.

—Esos placeres, como tú los llamas, me aburren. Yo no sirvo para estar de brazos cruzados, sin dar puntada.

—Si la hubieras visto, papá, estuvo genial. Todo gracias a ella, que dio en el clavo con el perfil psicológico del asesino.

—Y a la pericia de los expertos del grupo antiterrorista —añadió Eulalia.

—Por supuesto, abuela, pero tus conocimientos les ayudaron muchísimo.

—No diré que no. —Ambas sonrieron.

Nathan observaba, silencioso, sus gestos. Desde que se habían sentado a la mesa, su madre no dejaba quietas sus manos ni un instante. Entre plato y

plato se entretenía con el cuchillo, lo volteaba o jugueteaba con las puntas de sus dientes largos y dorados. Y aquel acto tan inocente tenía preocupado a Nathan, porque la conocía tan bien que sabía que algo importante le rondaba la cabeza. Tampoco era normal que su madre agasajase a su nieta con ensalada de pescado a la marsellesa, su plato favorito. En la familia Lambert era poco habitual que todos coincidiesen en el almuerzo, sobre todo después del fallecimiento del padre de Nathan y del reciente divorcio de este. Alexandra apenas paraba cinco minutos en casa. Cuando se veía obligada a permanecer en ella, trataba de quedarse el menos tiempo posible para que el carácter agrio de su padre no se le contagiase.

—¿Me puede decir, de una vez, por qué ha insistido tanto en que comiéramos todos juntos? —soltó, de repente, Nathan.

—Eso digo yo, abuela. ¿Qué nos quieres contar que no puedes hacerlo en otro momento?

—Ya veo la poca paciencia que tenéis —les reprochó Eulalia regalándoles una leve sonrisa para atemperar los nervios de su hijo.

—Abuela, tengo muchas cosas que hacer. Hoy mismo me han asignado un reportaje sobre la historia de los asesinos en serie de nuestro país y, como comprenderás, no puedo perder el tiempo.

—Me parece estupendo, Alexandra, pero no creo que puedas escribirlo en un solo día. Tienes que documentarte, buscar fuentes fidedignas, hablar con expertos...

—Abuela, no sigas, que te veo venir.

—Tengo contactos que te ayudarían...

Alexandra sonrió. Sabía que, dijese lo que dijese, su abuela intentaría allanarle el camino. Lo que no estaba nada mal si quería seguir alimentando la confianza de su jefe.

—Dejémonos de asesinos y hablemos de lo importante. ¿Por qué nos ha convocado, madre? —preguntó Nathan con los nervios rotos de tanta espera.

—He decidido regresar a España —anunció bruscamente, dejándolos boquiabiertos.

—¿No hablará en serio?

—Totalmente.

—Me apunto —soltó Alexandra.

—Ni hablar —contestó su padre.

—Si ella quiere, yo no tengo ningún inconveniente —dijo Eulalia enarcando ligeramente las cejas mientras sonreía a su nieta.

—Lo que faltaba. Anímela, encima, a cometer el mayor disparate de su vida cuando no lleva ni siquiera dos años en el periódico de sus sueños. — Dirigió la mirada a su hija.

—Eso no quita que no me parezca una buena idea. Además, pronto va a quedar vacante la corresponsalía de Barcelona y sabes perfectamente que daría lo que fuese por ese puesto.

Nathan se quedó pensativo durante unos segundos. Los mismos que necesitaron abuela y nieta para cruzarse miradas de complicidad. Sin embargo, Eulalia era consciente de que su hijo necesitaba argumentos más sólidos para separarse de Alexandra. Después de su divorcio, y de la repentina salida del hogar paternal de Eric, su hija se había convertido en el ser más importante de su vida. Pero ella se escabullía siempre que podía. Se inventaba mil excusas para salir de casa cuando él llegaba antes con la intención de pasar más tiempo a su lado. Y Nathan lo hacía, quizá, porque se había dado cuenta de los años que había perdido junto a ella a causa de las innumerables horas que había invertido en su despacho, intentando salvar de la cárcel a sus clientes acusados de delitos abominables.

—No os he reunido para que me deis vuestro consentimiento —les aclaró Eulalia con la seguridad que le caracterizaba.

Alexandra y Nathan se quedaron mudos.

—Salgo esta tarde —les confesó sabiendo el dolor que les producirían aquellas palabras, pero estaba decidida y ellos, por mucho amor que les tuviese, no entorpecerían sus planes.

Su hijo la miró fijamente y dejó caer el tenedor de golpe, como lo hubiera hecho si hubiese recibido la noticia de su propia defunción. Nathan no podía creerlo. Aquella iba a ser la última comida junto a ella y se preguntó por qué su madre tenía esa necesidad de escapar de su gente, de la ciudad y de un país, que la había acogido cuando estaba totalmente desamparada, para adentrarse otra vez en el que tanto dolor le había causado. El sentimiento de nostalgia no le bastaba para entenderlo. Y mientras las palabras le salían atropelladas de la boca, Eulalia recordó aquellas noches que se desvelaba por los miedos que se apoderaban de él. De niño, se despertaba a medianoche empapado en sudor y corría hacia la cama de sus padres para arrebujarse como un ovillo cerca de ella. Y cuando no la encontraba, se dirigía al salón porque sabía que allí la hallaría concentrada en sus investigaciones. Pero muchas veces la veía sentada en el sillón y con los ojos enrojecidos. Entonces, se acercaba despacio, le acariciaba la mano con sus deditos y le

preguntaba con lágrimas en los ojos por qué estaba tan triste. Su madre nunca fue capaz de confesarle la verdad. Ni siquiera cuando se hizo un hombre. Sin embargo, Eulalia estaba convencida de que él siempre lo supo: que algunos recuerdos la perseguían, adueñándose de su paz interior, y que aquellas misteriosas pesadillas no la dejaban vivir. Por eso leía y leía sin cesar artículos que le despejasen tantas dudas acerca de los entresijos del cerebro y del funcionamiento de la mente humana. Y también por eso aceptó colaborar con el comisario Guillaume Fernandes en los casos de asesinatos que investigaba el Cuerpo Especial. Toda su vida había sentido la necesidad de liberarse de aquel odio que acumuló durante los meses que pasó en Ravensbrück. Pero cuando lo intentaba, no siempre lo conseguía.

Después de años de dedicación absoluta a una familia que adoraba, Eulalia pretendía regresar a la tierra que le había negado la libertad y le había roto el corazón. Nathan no lo entendía y se negó a aceptarlo.

—No creo que sea buena idea —dijo clavándole la mirada.

—Tu padre compró el chalé en Gandía porque sabía que, un día u otro, llegaría este momento. No solamente lo hizo para que tu hermana y tú disfrutais de unas fantásticas vacaciones en España, sino porque me quería. No estropees ese recuerdo.

Alexandra miró a su padre y, al ver cómo golpeaba la mesa con los dedos índice y medio de la mano derecha, supo que haría lo que fuese para convencerla.

—Voy a llamar al doctor Fontaine. —Se levantó y agarró el móvil que estaba en una mesa rectangular baja, cerca de la butaca donde él solía leer por las noches—. Está claro que ha perdido el juicio y él sabrá qué hacer —le dijo mientras intentaba recordar el número. Pero cuando se disponía a realizar la llamada, su madre se lo impidió:

—Ni siquiera él me convencerá —contestó mientras le sujetaba el móvil para evitar que su egoísmo le hiciese cometer el peor de los errores: creer que podía apropiarse de su voluntad.

Nathan exhaló una bocanada de aire que soltó con dolor. Se cruzaron las miradas. Él le acarició la mejilla y Eulalia no pudo contener algunas lágrimas que empezaron a descender tímidamente por su rostro, recorriéndolo. Nathan se las retiró con el dedo sin dejar de contemplarla ni un solo instante, como todos aquellos cuadros que pintaba en la más estricta soledad.

—Lo siento, madre. —La abrazó.

Alexandra presenciaba incrédula aquella escena. Era la primera vez que

veía a su padre tan mohíno. Un vencedor nato que había ganado centenares de casos y había conseguido que sus clientes burlasen la justicia. Y ahora lo veía tan frágil como una taza de té de porcelana de *vintage*. Ni siquiera con la partida de Eric, cuando este le confesó su tendencia homosexual, lo había visto así. Y con el recuerdo de su hermano abandonó también la mesa, la ensalada de pescado a la marselesa y se dirigió hacia él:

—Papá, la abuela puede irse a donde le venga en gana. Ya es mayorcita, ¿no crees?

—Y tú —le dijo a su hija apretándole la mano.

—Bueno, yo creo que nos estamos poniendo melodramáticos y es una pena desperdiciar esta ensalada tan rica, ¿no os parece? —terminó por decir Alexandra.

Nathan sabía que se arrepentiría, pero también que era lo que debía hacer. Su madre se marchó esa misma tarde y su hija lo hizo una semana después, cuando convenció a su jefe de que ella era la persona indicada para la corresponsalía en Barcelona.

Eulalia aterrizó en Gandía con la sensación de que todos los ojos se clavaban en ella y la señalaban como la extranjera que creían que era, y que le hacían sentir. Al día siguiente de su llegada, se compró una guía y buscó una agencia de contratación de personal. Entró en «Servicios Domésticos a Domicilio», en pleno centro de la ciudad. La joven que la atendió lo hizo en inglés. Se sorprendió cuando Eulalia le respondió en español y la doctora Lambert se quedó atónita cuando la joven se congratuló de su magnífico nivel. Acto seguido, le preguntó dónde lo había aprendido y Eulalia no pudo contener la risa. Ni siquiera se atrevió a confesarle que era tan española como ella. No podía demostrarlo, su pasaporte era francés. Solo le quedaban los recuerdos y no le apetecía compartirlos con una extraña. Recuerdos que, por otra parte, empezaban a desvanecerse por aquella maldita enfermedad. Ese día se dio cuenta de que no podía recuperar el tiempo perdido. Cuando llegó el momento de estampar su firma en el contrato, la joven estaba totalmente concentrada en cómo se escribía «Lambert», el apellido de su marido, que no prestó atención a su nombre, tan de la tierra donde se encontraban ambas. Al día siguiente, apareció en el chalé la empleada doméstica que le había enviado la agencia. Ni con ella tuvo suerte. A pesar de que le repitió varias veces que podía dirigirse a ella como «Eulalia», la mujer asentía en el

instante y minutos más tarde se le olvidaba y acababa siendo, otra vez, la señora Lambert.

Pilar venía muy temprano todas las mañanas y antes de empezar con sus quehaceres domésticos preparaba el desayuno. El olor a café recién hecho llegaba hasta el dormitorio y Eulalia no podía resistirse. Se levantaba tan rápido como sus cansados pies le permitían, se calzaba las zapatillas de estar por casa, se abrigaba con el batín y bajaba a la cocina para saborear aquel líquido amargo, negro y aromático que le sabía a gloria. Un olor familiar que la transportaba a la cocina donde todas las mañanas su madre, Mercedes, preparaba el pan de leña mientras ella la miraba embobada. Uno de los muchos recuerdos que atesoraba en su memoria y todavía conservaba intacto.

# EL TÚNEL

*Veinte minutos en el interior*

Fernando intentaba convencerme para que me levantase de aquel suelo lóbrego y mortecino, pero yo solo veía el cuerpo de mi nieta cubriéndolo. Le retiré algunos de sus rizados mechones y se los coloqué detrás de la oreja, como ella lo hacía cada vez que se peinaba. No pude evitarlo y le acaricié las mejillas. Le pasé los dedos por la cara con la misma intensidad que una pluma. La besé en la frente y sentí su calor.

—¡Respira mejor! —exclamé totalmente emocionada, creyendo que Fernando compartiría mi alegría.

—No podemos llevarla con nosotros. Está tan débil que no llegaría a...

—¡Diablos! ¿Me estás escuchando? ¡Te estoy diciendo que está recuperándose! —grité con toda la rabia que sentía al ver que mi amigo parecía haberse transformado en un ser indolente.

Fernando insistía en que debíamos continuar sin ella. Las sombras nos buscaban, desesperadas, y era cuestión de minutos, tal vez una hora o dos, que descubriesen la puerta de acceso al túnel y nos alcanzasen. Estábamos convencidos de que aquel agujero era el único escondite que nos proporcionaría la ventaja que necesitábamos para escapar. Y lo creíamos porque entonces estábamos seguros de que nadie más conocía la existencia de aquel túnel.

No tardaríamos en descubrir que no éramos los únicos.

—O nos marchamos ahora o moriremos los tres y no podremos ayudarla.

—No pienso abandonar a mi nieta.

Me incliné hacia ella y me senté a su lado. Coloqué la palma de mi mano sobre sus orificios nasales y noté que el calor penetraba en mi piel. Respiraba y eso era lo único que me importaba en ese instante. Me quedé a su lado ante la mirada incrédula de Fernando. Si algo había aprendido en toda mi vida era a no sucumbir a la debilidad, a no rendirme jamás. Sentía su calor entre mis dedos, su aliento en mi cara y, aunque la palidez de su rostro le hacía creer a Fernando que pronto nos abandonaría, yo sabía que seguiría con nosotros, porque tenía tantas ganas de vivir, tantos sueños por cumplir, que no se

doblegaría tan fácilmente. Ella era una luchadora, como yo. Una superviviente más. Como todas aquellas mujeres que padecimos las humillaciones de unos carceleros que aprovechaban cada segundo de su tiempo para martirizarnos hasta lo indecible...

## Recuerdos silenciados

Marzo de 1944

Permanecíamos arrodilladas durante horas en la plaza de llamamiento y recuento bajo el viento o la lluvia. Aquel ejercicio lo realizábamos todos los días sin que a nuestras guardianas les importasen las inclemencias del tiempo. Nos obligaban a estar erguidas, sin titubear. Si tosíamos, nos rascábamos cualquier parte del cuerpo o hacíamos un movimiento en falso, sentíamos clavados en la piel los colmillos de los perros lobo que nos acechaban hambrientos. Solo las más fuertes superábamos la prueba y, entonces, se hacía otra convocatoria para que cada interna se personase en la plaza ante su fila de trabajo. Y vuelta a empezar, otra prueba más de resistencia. A las que mostraban debilidad las esperaba un triste final. Una vez organizadas, y antes de abandonar la fila, recibíamos un poco de líquido. Luego nos conducían hasta el lugar de trabajo. Algunas reclusas nos encargábamos del terreno frío y pantanoso del campo. Otras, con menos suerte, perforaban el suelo para construir las fosas donde se lanzaban los cuerpos inertes de muchas compañeras. Al mediodía, una nueva señal nos avisaba de que había llegado la hora de comer. Nuestras carceleras nos distribuían trozos de pan que devorábamos al instante.

Una mañana, mientras trabajábamos sin descanso alguno, vi a una joven de ojos claros que nos observaba desde la distancia mientras escuchaba el discurso de su entrenadora, otra joven rubia que llevaba unas pesadas y relucientes botas altas. La novata parecía disfrutar de nuestro sufrimiento. «Es mejor que dejes de mirarla si quieres seguir con vida», me aconsejó una compañera polaca que llevaba cuatro meses más que yo en el campo. «Seguro que con el tiempo —siguió contándome Aleska— se convertirá en el ojito derecho de alguna *Oberaufseherin* (como llamaban a las supervisoras jefe), cuando aprenda cómo debe atizarnos sin que le tiemble el pulso y no pierda la sonrisa mientras lo hace». Se me hizo un nudo en la garganta y mis ojos se clavaron de nuevo en el terreno pantanoso. Un mes después la destinaron a otro campo. Ya había recibido la suficiente formación práctica de cómo debía golpear, patear, azotar y vejar a un ser humano hasta la muerte. En Ravensbrück formaban a todo el personal femenino de las SS.

Entrenaban a diario dispuestas a convertirse en verdaderas asesinas en serie. Recibían adiestramiento de las supervisoras más sádicas del campo como Neumann, Mandel, Binz, Gresse...

Todavía recuerdo el día que vi por primera vez a Dorothea Binz, una de las nuevas supervisoras jefe. Muchas de nuestras carceleras eran endiabladamente bellas y despertaban la envidia en nosotras. «Es una verdadera bestia —me dijo mi madre una noche cuando le pregunté por ella—; aquí se comenta que es la demente con mayor sangre fría de todo el campamento». Aunque mi madre insistía en que debía ignorarla, no podía dejar de contemplarla; tenía ojos claros y hermosos cabellos rubios y ondulados que le hacían parecer una actriz de Hollywood. «No la provoques, hija», me repetía cada noche cuando salía el tema entre las compañeras.

—Haz caso a tu madre —me aconsejó una noche Valeria, una rusa con más valor que diez hombres armados.

—Le puede la curiosidad —le contestó mi madre.

—¡Por Dios, jovencita! —exclamó la francesa Marie—. ¿Es que nadie te ha contado que la curiosidad mató al gato?

—Sí, muchas veces —contesté—. Pero no puedo evitarlo, soy experta en meterme en líos.

—Y por eso te llamamos «Lía» —les aclaró mi madre.

Todas se echaron a reír y aquella noche sus risas se extendieron hacia todos los rincones del barracón. Yo, en cambio, ligeramente abochornada, agaché la cabeza. De pronto, se hizo el silencio. Oímos el ruido de unas botas que se aproximaban a la puerta. La respiración se nos cortó a todas. Las mayores contuvieron las lágrimas. Las más jóvenes nos pusimos a temblar. Yo no lo pude evitar y me lo hice encima. El ladrido de un perro nos estremeció hasta el punto de apretarnos cuerpo contra cuerpo. Mi madre me estrechó fuertemente contra su pecho y yo me abracé a ella como una niña de pecho. Otra joven se acercó a nosotras buscando protección. Mi madre le ofreció su brazo y ella se cobijó en él. De pronto, la guardiana, que se había parado frente a la puerta de nuestro barracón, reanudó la marcha en dirección a otro. Respiramos hondo y nuestros corazones empezaron a recomponerse poco a poco.



## Capítulo 2

### *Quince días antes de la entrada al túnel*

*Gandía, 2 de septiembre de 2015*

Alexandra apareció un miércoles por la tarde dispuesta a disfrutar de unas cortas vacaciones de quince días, un descanso merecidísimo después de varias semanas intensas de trabajo en Barcelona. Se sentía feliz y pletórica. Aquella noche se la pasó contándole a su abuela todo tipo de anécdotas y experiencias vividas en la Ciudad Condal mientras Pilar les servía una ensalada ligera con verduras frescas de la tierra. A Alexandra le encantaba Barcelona, pero no se quedaría todo el tiempo allí. Su jefe le había dejado claro que su trabajo como corresponsal se extendería a otras zonas de la geografía española. Ella, en parte, se alegró.

La joven aterrizó en Gandía el día que su abuela tomó la determinación de llevar a cabo su proyecto. Eulalia había pasado el verano meditando sobre la conveniencia o no de embarcarse en aquella investigación que tanto significaba para ella. Su amigo Gregorio, con el que solía quedar con bastante frecuencia, la incitó a seguir adelante, a no dejarse convencer por su familia, porque solo ella debía decidir dónde y cómo quería vivir sus últimos días. «Los hijos nos hacen débiles, Eulalia. No dejes que los tuyos te manipulen por egoísmo. Sé libre», le aconsejó una semana antes de tomar la decisión. Él, a pesar de su edad, seguía ejerciendo la profesión de médico porque se negaba a envejecer.

Alexandra, cuando llegó, intentó convencerla de que era una locura y de que, a su edad, ciertos juegos podían resultar peligrosos. Pero Eulalia necesitaba hacerlo y lo haría, con o sin la ayuda de su nieta. Así que, resuelta y animada a llevar a cabo aquel proyecto de investigación, decidió ingresar lo antes posible en la Clínica Geriátrica Gandía, la misma que le había recomendado su amigo, el doctor Gregorio Espinosa. Una amistad que había recuperado hacía un par de años después de veinte años de distancia y olvido. Gregorio supo ganarse de nuevo su afecto. No le fue difícil. Eulalia acababa de enviudar y la soledad campaba a su alrededor. Le devolvió la sonrisa y las

ganas de enfrentarse de nuevo a la vida, aunque la herida del corazón tardó más en sanar. Pero Espinosa supo aprovechar aquellos momentos de fragilidad para estrechar aún más los lazos con ella, con la doctora Lambert, hasta hacerse inseparables.

Él fue el primero en conocer su secreto, el que todavía no se atrevía a revelar a su familia.

Al día siguiente de la llegada de su nieta, Eulalia se despertó algo inquieta. Alexandra dormía plácidamente y ella no pudo resistir la tentación de salir a la terraza en camisón; ni siquiera se cubrió con un batín, como solía hacer. En su mente navegaban pensamientos contradictorios. Necesitaba realizar aquella investigación sobre el comportamiento de ancianos afectados por algunas enfermedades, como el alzhéimer o el párkinson y, sin embargo, su corazón palpitaba temeroso. Sentía los músculos de su cuerpo estirados como alambres y también hormigueo en la punta de los dedos de las manos. Hacía tiempo que el miedo no la acompañaba al despertar. Se dirigió a la cocina y preparó café. No esperó la llegada de Pilar. Se tomó uno bien cargado, sentada bajo la pérgola, con la mirada perdida en el mar.

Alexandra apareció en la cocina, despeinada y casi desnuda. Al verla, a su abuela se le escapó una etérea sonrisa. Despedirse de ella, cuando acababa de aterrizar en casa, sería lo más difícil a lo que tendría que enfrentarse ese día. Desayunaron tranquilas, compartiendo experiencias vividas durante los últimos meses. Eulalia veía a su nieta más feliz que nunca. A la joven le brillaban los ojos cada vez que le hablaba de las *boutiques* de paseo de Gracia o del encanto de las calles del Barrio Gótico. Supo, entonces, que se había enamorado de la ciudad catalana. No le pareció extraño. Barcelona estaba hecha a su medida.

Decidieron comer juntas en un restaurante junto a la playa. Y como el aroma que desprendía el mar de aquella tierra las tenía hipnotizadas, se pidieron un arroz negro con tinta de sepia. Almorzaron relajadas, disfrutando del momento, saboreando un buen vino rosado de la zona. Acabaron descalzas, paseando por la arena de la playa antes de dirigirse a la residencia.

Permanecieron calladas durante todo el trayecto. Ya se lo habían dicho todo. La avenida estaba abarrotada de coches y dueños que se mordían las uñas. Tardaron cuarenta minutos en llegar. Alexandra aparcó el coche a quinientos metros de la clínica y, como necesitaba ganar tiempo para convencer a su abuela, la invitó a tomar algo. Tenía revolucionados sus pensamientos. Necesitaba escarbar en los de su abuela, pero no se atrevía a

decírselo directamente. Sin embargo, aquella fue una invitación relámpago, la más corta de su vida. La doctora Lambert quería llegar cuanto antes y lo que menos deseaba era aguantar sermones de su nieta. Aplomo y firmeza. Así la definía su preciosa nieta. Pero su cuerpo discrepaba y se rebelaba de vez en cuando. La vida la había enseñado a esconder sus sentimientos, aquellos que podían herir a los seres que amaba. Volvieron al coche y Eulalia permaneció callada. Un rictus de seriedad invadió su rostro. No tardaron en llegar.

Esa tarde, los rayos solares calentaban las azoteas de los chalés solitarios que rodeaban la clínica. Alexandra, después de entregar al guardia de seguridad de la urbanización la solicitud de ingreso firmada por la propia directora, aparcó el coche detrás de una furgoneta oscura que había junto a la verja que separaba la calzada del jardín de la clínica. Su abuela y ella descendieron del coche, se miraron en silencio y se encaminaron hacia la escalinata que las llevaría a la puerta principal. Pasaron junto a la furgoneta que estaba aparcada. Alexandra se fijó en el conductor: un hombre corpulento, de ojos pequeños y mirada inquietante que la hizo estremecer. Su mirada advenediza le sembró la duda sobre si su abuela estaba haciendo lo correcto.

—Aún estás a tiempo —le dijo sin apartar la mirada de la avenida silenciosa donde se hallaba la clínica.

—No seas pesada, Alex.

La joven suspiró y un mechón castaño voló por encima de su frente.

—Está bien. No insistiré más —claudicó.

Antes de entrar, leyeron «Clínica Geriátrica Gandía» en una placa que había incrustada en uno de los muros, tan pulcra como los peldaños desgastados por las pisadas de la escalinata, que Alexandra había subido con cierto desasosiego, y que partía el jardín en dos. Al llegar arriba, la puerta se abrió de par en par y, nada más posar los pies en el suelo de madera, esta se cerró tras ellas. Mientras Alexandra caminaba con desgana por el profundo corredor de la residencia, le contaba a su abuela lo contento que se había puesto su jefe con su último reportaje. Entonces percibió la mirada de un hombre hacia ella. No se atrevió a girarse. Se le escapó una sonrisa que intentó esconder de los ojos gatunos de su abuela. En el fondo, se había sentido halagada.

Eulalia sentía pinchazos en las cervicales y los hombros le pesaban, como si su propio cuerpo la estuviese avisando de la barbaridad que estaba a punto de cometer. Pero no podía detenerse, debía seguir avanzando hasta el

fondo del pasillo, donde la esperaba la doctora Quesada. Tenía la boca seca a pesar de que, minutos antes de entrar en aquel lugar, había refrescado la garganta con una horchata en compañía de su nieta. Y esta se lo advirtió:

—Ya no estás para aventuras —le dijo.

—Eso creen los jóvenes como tú, que las personas a mi edad ya no servimos para nada. —Alexandra negó con la cabeza—. Pero te demostraré que a esta vieja le queda cuerda para rato.

Si había alguien en este mundo capaz de observar a los demás y tomar notas durante horas sin desfallecer, ese alguien era su abuela, Eulalia Lambert, que a sus ochenta y tres años todavía resistía horas de intenso trabajo como psiquiatra en investigaciones policiales sobre algún caso de asesinato. Así que aquel asuntillo, que la arrastraba a querer ingresar en la Clínica Geriátrica Gandía, no había sido un arrebató propio de la edad para seguir demostrando su «impecable profesionalidad», como creía su nieta. No necesitaba hacerlo. Todos la conocían y reconocían su trabajo. Se había convertido en fuente referencial obligatoria en la mayoría de facultades de Psiquiatría de Europa. «Sus investigaciones evidencian un talento indiscutible», aseguraban los medios de comunicación internacionales más prestigiosos sobre su persona. Sin embargo, Eulalia no se sentía satisfecha. Tenía la sensación de que toda su vida había pasado ante ella como una novela cuyo final estaba por escribirse. Se sentía medio llena a pesar de tantos momentos dulces en su trabajo. Y en su vida.

Su nieta la admiraba enormemente y para ella no existía un ser más maravilloso que su abuela Eulalia. Y por esa misma razón no podía evitar preocuparse por ella. La anciana descuidaba su alimentación y era precisamente su nieta la que le recordaba que en la vida hay un momento para todo: para descansar, amar, comer, sobre todo comer y alimentar el cuerpo de vitaminas y proteínas para fortalecer el alma.

Alexandra consideraba que ya había llegado la hora de que su abuela dijese adiós a medio siglo de profesión. Antes de su empecinamiento, la joven le había repetido infinidad de veces que debía aminorar el ritmo de trabajo que llevaba, porque su corazón se lo pedía a gritos. Estaba convencida de que la tranquilidad la ayudaría a buscar esa paz interior que tanto anhelan las personas a su edad. Su cuerpo se lo agradecería después de tantos años de dedicación a una profesión ingrata. Sin embargo, tanto sus dos hijos — Constance y Nathan— como sus nietos, desconocían lo que realmente necesitaba: sentirse liberada. Era incapaz de quedarse sentada durante horas

en un sillón delante del televisor soportando programas de temática poco enriquecedora, pero sumamente morbosa. Prefería alimentar su cerebro con lecturas sobre los diferentes tipos de trastornos mentales existentes. Pasaba horas meditando sobre los estados depresivos, las fobias, las alucinaciones, los ataques de pánico, la ansiedad, las obsesiones, los trastornos psicóticos o la psicopatía antes de plasmar sus ideas en la pantalla de su ordenador portátil. Después, con las convenientes correcciones, las transformaba en artículos y se los enviaba al redactor jefe de la revista dominical de *Le Monde*, donde colaboraba desde hacía casi medio siglo y donde trabajaba también su nieta Alexandra. Una presencia semanal merecidísima por su larga trayectoria profesional. Nada menos que una treintena de libros publicados y el reconocimiento de sus compañeros, incluido el del comisario Guillaume Fernandes. Sumergirse en las mentes criminales de los casos que compartía con Fernandes era lo único que daba sentido a su vida porque, en el fondo, necesitaba entender para ser capaz de perdonar.

Mientras la doctora Lambert avanzaba con pasos lentos por su cojera, pero firmes por la seguridad que la acompañaba siempre a cualquier lugar que iba, sin preocuparse de los riesgos que pudiese correr, se preguntaba si todos aquellos ancianos recluidos en la residencia geriátrica —donde pretendía quedarse durante una temporada— eran conscientes de su situación; si sus problemas con las enfermedades que padecían les habían cambiado tanto que eran incapaces de reconocerse a sí mismos; o si, siendo conscientes de su enfermedad, en algunos momentos de lucidez se sentían felices con los pequeños placeres de los que todavía podían gozar. Eran tantas las preguntas que se le amontonaban en la mente que temió olvidarlas en el primer segundo de tranquilidad que tuviese en su nueva habitación.

—Bienvenida, señora Lambert.

—El placer es mío, doctora Quesada.

—Llámeme Carmen, con total confianza. Me gusta que las personas que viven aquí se sientan como en casa y no enfermas ni encerradas en una residencia. Esta también es su casa. —Levantó la mirada y los brazos hacia arriba para enseñarle la extensión del lugar—. Y espero que esté cómoda en ella. —Terminó de pronunciar las últimas palabras mostrando una de sus fingidas y pronunciadas sonrisas.

En el fondo, a la doctora Quesada no le gustaban los investigadores aunque fuesen de su misma estirpe, médicos como ella. Los consideraba merodeadores consentidos que se tomaban demasiadas licencias. No tuvo

más remedio que aceptarla ya que el doctor de medicina general de la clínica, Gregorio Espinosa, le había mencionado lo famosa que era en Europa, aunque no fuese muy conocida en España, detallándole incluso que sus libros sobre los psicópatas y asesinos en serie habían sido traducidos a más de veinte lenguas. Hasta se atrevió a sugerirle los beneficios que reportaría su presencia en el geriátrico, pues consideraba que su prestigio internacional dentro de la profesión lavaría la imagen de la clínica, que desde hacía año y medio estaba en el punto de mira de la policía por unas extrañas desapariciones y muertes.

—Me alegra saber que le apasiona tanto su trabajo como a mí analizar las conductas de los seres humanos —le respondió Eulalia a la doctora Quesada mientras esta le indicaba que entrase a su despacho.

Se acomodó en la primera silla que vio pero, enseguida, la directora le indicó que lo hiciese en la que se hallaba al lado. Contrariada, se cambió sin darle demasiada importancia. Sin embargo, la doctora Quesada no se conformó y le aclaró:

—Hay que cambiar una pata. No quisiera que el primer día tuviese un percance y entrase con mal pie.

—Pues se lo agradezco. Una se siente segura con directoras tan precavidas como usted. La verdad es que romperme una pierna a mi edad...

—Podría ser fatal.

Eulalia no tardó en hacerle un comentario acerca de su acento extranjero.

—Creía que usted era española.

—Y lo soy.

—No lo parece. —La doctora Quesada se echó a reír—. Lamento haberla importunado —reaccionó rápidamente Eulalia.

—No se preocupe. Estoy acostumbrada desde que regresé. No sé si sabrá que pasé un tiempo en el extranjero, alejada del trabajo. Ya sabe, estrés, depresión... De hecho, me fui a Rumanía.

—Curioso destino para un largo descanso.

—Pues allí se me curaron todas las heridas del alma, porque conocí a un rumano guapísimo y me fui con él a un pequeño pueblo precioso. Aprendí la lengua y con el contacto diario con la gente se me pegó el acento.

A Eulalia se le escapó una sonrisa. Aquella joven doctora le parecía una mujer muy poco convencional.

—Le prometo que no molestaré demasiado a los residentes —le aseguró—. Y, si no tiene inconveniente, preferiría que me presentase a mis

compañeros como Eulalia Gramunt, mi apellido de soltera, y también como una doctora de medicina general jubilada. Necesito ganarme la confianza de los enfermos para llevar a cabo la investigación y si saben que soy psiquiatra... desconfiarán.

—Descuide. Se hará como usted desee. Ya le he dicho que está en su casa y yo estaré a su plena disposición. Hoy no podré presentárselos yo misma, es la hora de la siesta, todos descansan en sus habitaciones. Además, dentro de unos minutos me viene a buscar un taxi para llevarme al aeropuerto. Tengo que asistir a un congreso y voy con el tiempo justo. Estaré un par de días fuera.

—No se preocupe. Me las apañaré.

—Le advierto que no le será fácil. Muchos de los ancianos que residen son difíciles de tratar y hay algún elemento insociable que podría hacérselo pasar francamente mal.

—Estoy acostumbrada a lidiar con asesinos. No creo que estos pobres ancianos sean más peligrosos que ellos. Y ya que usted no va a estar aquí, en el caso de que tuviera algún contratiempo, ¿a quién debería dirigirme?

—Confíe en Salvador, es el celador jefe y los controla a todos. Ya me contará a mi regreso.

—Así lo haré. Le reitero las gracias por acogerme en su clínica. Este proyecto significa mucho para mí.

—No hay de qué. Para nosotros es un verdadero placer tener a una eminencia como usted...

—No exagere, mujer —la interrumpió—. No guardo más secretos que Gregorio.

—Tal vez no, pero sí acumula más experiencia.

—Bueno, si usted lo dice... no seré yo quien lo discuta —le contestó mientras se fijaba en la decoración.

El despacho de la doctora Quesada no parecía un lugar adecuado al cargo que representaba. Una directora sería nunca decorar su rincón de trabajo con muebles y objetos demasiado hogareños, pensaba Eulalia. Tampoco colgaría un espejo en una de las paredes ni figuras de porcelana enfiladas en una vitrina isabelina, que desentonaban con el resto de enseres. Y mucho menos un sofá estratégicamente colocado en uno de los rincones, como queriendo esconderse de las lujuriosas escenas que, seguramente, disfrutaba en él.

—Lo que no alcanzo a entender es que una mujer de su edad siga al pie

del cañón —dijo la joven directora.

—Se sorprendería de lo que es capaz de hacer una mente lúcida. La juventud no solo está en la piel, se lo garantizo.

—¡Qué razón tiene! Tengo un amigo que todavía no ha cumplido los sesenta y todos los días repite que ya no es un chiquillo para ciertos esfuerzos.

A Eulalia se le escapó otra sonrisa, que intentó disimular dirigiendo la mirada a la pluma estilográfica con la que se entretenían los dedos de la doctora Quesada. Se preguntaba por qué aquella joven doctora, que todavía no había alcanzado la madurez de los treinta, no era del todo sincera y le confesaba que aquel hombre, con el que intentaba satisfacer sus deseos sexuales, era su amante. No encajaba en el perfil de mujer fiel a su marido, en el caso de que estuviese casada. Lo dudó. No la veía atada a un solo hombre. Intuía que a aquella joven le iban las relaciones poco serias y con canallas que le doblaban la edad.

—Si yo le contara... La edad no debería ser un obstáculo para mantener relaciones, cómo diría yo... —buscó un adjetivo— satisfactorias —acabó diciendo la doctora Lambert—. Con setenta años mi esposo todavía me hacía feliz en la cama. ¿Y sabe por qué? —La doctora Quesada enarcó las cejas—. Porque controlaba todos sus pensamientos cuando estaba conmigo, y porque yo me olvidaba de los míos y me abría a cualquier posibilidad que aumentase ese momento de gozo.

La joven directora esbozó una leve sonrisa de desconcierto al oír a una anciana hablar de sexo con tanta libertad. Nada que ver con la mayoría de ancianos a los que acogía en su clínica. Hubo un silencio que incomodó a ambas. Entonces, Eulalia se levantó y se dirigió a la puerta. La doctora Quesada le indicó que esperase un momento. Desde el intercomunicador habló con el celador jefe, que se encargaba de la vigilancia de todos los residentes. Salvador acompañaría a Eulalia a su habitación.

# EL TÚNEL

## *Veinticinco minutos en el interior*

A Fernando lo asaltaban las dudas. Llevarse a mi nieta significaba ralentizar la escapada y, por consiguiente, aumentar las posibilidades de ser capturados. Pero no hacerlo supondría olvidarse de mí para siempre. Yo sabía que podría soportarlo todo, menos perderme. Sin pensarlo dos veces, y cogiéndome desprevenida, agarró a mi nieta en volandas. Nos miramos intensamente, callados, y nos adentramos en la lobreguez de aquel agujero que me producía escalofríos.

Fernando sentía plomo en los pies en cada paso que daba. Yo era consciente de que no aguantaría mucho más tiempo con Alexandra en los brazos. La oscuridad se hacía cada vez más impenetrable. Tenía la sensación de que el corazón le saldría por la boca. No habíamos avanzado ni doscientos metros cuando se detuvo.

—No puedo más —me aseguró.

—No podemos detenernos ahora —le contesté. Acto seguido, me acerqué a él y le extendí los brazos—. Nos turnaremos.

—¡Estás loca! Tu corazón no lo resistirá —me recordó apretando el cuerpo de mi nieta hacia él para evitar que yo la tomase en brazos.

—No pienso abandonarla.

—No pretendo que lo hagas. Pero no la ayudarás si te quedas sin fuerzas, ni yo si pierdo las mías.

Enmudecí. Las sensatas palabras de Fernando hallaron refugio en mi pensamiento. La angina que me habían detectado en el mismo lugar del que ahora huía me impediría soportar el peso de mi nieta. Y él, con las fuerzas totalmente mermadas, tampoco llegaría muy lejos.

—¿Qué hacemos? —pregunté con la preocupación clavada en el corazón.

—Tomarnos un descanso.

Fernando dejó en el suelo el cuerpo de Alexandra. Exhausto por el esfuerzo realizado, permaneció en silencio durante unos segundos, los que necesitó para recomponerse. Yo me tumbé al lado de mi nieta. Le acaricié las

mejillas y las sentí heladas. El corazón me dio un vuelco. Acerqué una de mis manos a los orificios de su nariz para asegurarme de que aún respiraba. Me quedé tranquila cuando noté en la palma de la mano el aire caliente que salía.

Mientras nos recuperábamos de la caminata, Fernando recorrió con la mirada todos los extremos de aquel estrecho corredor, que nos obligaba a seguir avanzando hacia lo desconocido. Durante aquel agonizante trayecto, los recuerdos de las guardianas del campo aparecían y desaparecían como espectros, adueñándose de mi mente y empequeñeciendo mi alma. Aquel espeluznante lugar, con su aire enfermizo, se estaba apoderando de mi fortaleza: aquella que durante años había intentado mantener para luchar contra mis miedos y contra los amargos recuerdos en el campo de la muerte.

Después de unos minutos de respiro, Fernando alzó la vista hacia el fondo de aquella galería y la alumbró con la linterna. De repente, se levantó. Había divisado dos posibles salidas. Debíamos llegar hasta allí para decidir el camino que nos condujese a la libertad.

—Tenemos que continuar —dijo.

Cogió aire y me animó a incorporarme. Él, de nuevo, agarró en brazos a mi nieta. Apenas podía mantener el equilibrio. Yo no podía consentir que él cargase solo con ella. Lo convencí y la cogimos entre ambos. Anduvimos cien metros más sin detenernos. Cuando llegamos al punto donde convergían ambas salidas, decidimos tomar el camino de la derecha, el que era un poco más ancho. La linterna centelleaba, lo que significaba que amenazaba con apagarse definitivamente y, en tal caso, acabaríamos devorados por aquella aterradora oscuridad. Avanzamos doscientos metros más compartiendo el peso de mi nieta y con la sensación de que no lo conseguiríamos. Yo sentía quemazón en las cervicales y los músculos de los antebrazos tensos como un hilo a punto de romperse. Fue, entonces, cuando él vislumbró una especie de puerta cortafuego en uno de los muros del camino que habíamos elegido. Nos dirigimos hacia ella con la mente suspendida en aquel aroma espeluznante que me arrastraba a recuerdos que creía haber enterrado para siempre. Llegamos extenuados por el tiempo que llevábamos soportando el peso de mi nieta. Toda una proeza para dos ancianos rebosantes de enfermedades. La depositamos en el suelo, con cuidado. Tenía la sensación de que el corazón me iba a estallar en cualquier instante. Fernando intentó forzar la puerta creyendo que estaría cerrada, pero esta cedió sin dificultad, lo que nos sorprendió. Posó sus dedos en la pared y buscó un interruptor. Cuando notó algo parecido, apretó. A pesar de las extrañas sensaciones que sentíamos, nos

adentramos en el interior de aquella sala sin dudarlo. La luz penetró en nuestras pupilas y casi nos ciega. Era enorme, de paredes blancas, lisas, lavables, resistentes, con esquinas redondeadas que recordaba a la sala de cualquier hospital, increíblemente impoluta. El olor a desinfectante corroboraba mis sospechas, así como las dos camas operatorias y las otras de descanso, que daban al lugar una apariencia de sala de cirugía algo inusual.

—Tengo un mal presentimiento.

—Yo también —aseveré.

Entre los dos colocamos el cuerpo de mi nieta en una de las camas que había, la que estaba precisamente junto a una mesa de riñón semicircular, flanqueada por dos lámparas quirúrgicas. En el otro extremo, un equipo de aspiración portátil y otro de anestesia —con mesa incorporada y toma de oxígeno— daban al lugar el ambiente preciso que toda sala de cirugía requiere para intervenir de inmediato. Al lado de una de las dos camas operatorias había un equipo de laparoscopia, con el que se realizan intervenciones quirúrgicas a través de pequeñas incisiones.

—Os quedaréis aquí mientras busco una salida —me dijo—. Aprovecha para hacerte con medicamentos, ropa y con todo lo que podamos necesitar —añadió mientras cerraba la puerta y nos dejaba solas con nuestra suerte—. Regresaré —me aseguró.

Y no pude evitar abrazarlo. Él me estrechó fuertemente y noté el calor de su cuerpo. También el de su corazón.

—Más te vale —le contesté.

—Apodérate de algún bisturí o algo cortante, nunca se sabe —me aconsejó.

No pudo evitar despedirse sin regalarme un beso en los labios. Me entraron ganas de devolverle otro, pero me contuve. No perdí demasiado tiempo lamentándome. No era el momento. El peligro nos acechaba detrás de aquella puerta y no podía permitir que me atrapara desprevenida. Así que cerré la única salida que nos alejaba de aquella oscuridad mortecina y registré cada rincón de aquel lugar donde nos hallábamos.

Al fondo de aquella espaciosa sala, en una de las paredes laterales donde se encontraba la puerta de salida, se apreciaba un armario, incrustado en la pared y que llegaba hasta el techo, repleto de medicamentos e instrumental, pero también de sábanas blancas y limpias. La mitad del armario estaba vacío y no había ningún estante. Me sorprendió el diseño, pero no me paré a reflexionar. Tenía otras cosas más importantes en qué pensar. Me acerqué a

él, abrí la puerta donde estaba la ropa de cama y me apoderé de una de las sábanas. Olía a limpio. Lo normal hubiera sido ese olor a humedad que desprenden las telas cuando permanecen tiempo olvidadas. Pero no. Sentí escalofríos. Deseé que Fernando apareciese en ese instante. Respiré hondo y solté lentamente el aire por la boca. Notaba mi corazón agitado. Seguí mi recorrido con la sensación de que me hallaba en el lugar equivocado. Tal vez, en el más peligroso de todos. Y fue, entonces, cuando me fijé en ellas y enterré todos aquellos turbios pensamientos. En otro de los estantes del armario había también indumentaria para el personal de enfermería y las típicas batas verdes que suelen utilizar los cirujanos. También me adueñé de algunas. Alexandra necesitaba entrar en calor lo antes posible. Cerré el armario y volví al lado de mi nieta. Le coloqué una de las batas, la arropé con la sábana y me senté en la cama donde yacía. No hacía mucho que le habíamos administrado la medicación. Estaba convencida de que en ningún momento había perdido el conocimiento totalmente, de que seguía en un estado de semiinconsciencia pero muy débil y que, por consiguiente, cuando despertase necesitaría una fuerte dosis de glucosa.

El tiempo transcurría lento. Demasiado. Como no quería separarme de Alexandra, eché un vistazo a toda aquella sala desde donde me encontraba. De hecho, mis ojos se clavaron en un negatoscopio que había enfrente de la cama de mi nieta y pensé, en ese instante, en el orden de las cosas de aquel lugar, que empezaba a provocarme temblores, los mismos que intentaba controlar cada vez que me venían los recuerdos del campo. Me fijé en cada detalle. En uno de los rincones, justo el que se hallaba a la derecha de la puerta, una mesa rectangular sostenía varios microscopios y tubos de diferentes tamaños. Me pareció extraño que dichos objetos de laboratorio compartiesen espacio con camas operatorias y aparatos de reanimación. Además, en esa misma mesa había tres bancos giratorios, custodiados por cubetas vacías, que servían de asiento para laborar en ella. Era como si la mitad de aquel espacio fuese un laboratorio y la otra mitad una sala de cirugía. Todo estaba escrupulosamente ordenado. No cabía la menor duda de que aquella sala había sido utilizada recientemente. Me estremecí al pensarlo. De repente, un olor a quemado penetró en mi nariz. Humedecí con agua del grifo varias toallas, que cogí de una de las mesas que había junto a la cama donde yacía Alexandra, y coloqué una de ellas en su nariz y otra en la mía.

Y no pude evitarlo. Aquel olor característico a carne devorada por el fuego me confundió...



## Recuerdos silenciados

*Octubre de 1944*

Un cielo plomizo e invadido por cuervos, atraídos por el olor a muerte, cubría casi siempre el cielo de Ravensbrück en aquel primer mes de otoño que pasé en el campo de la muerte. Nunca me acostumbré a ese olor que nos envolvía día y noche, arrasando todas nuestras esperanzas. Al principio, creíamos que los nazis se divertían al aire libre organizando grandes festejos, con barbacoa incluida, con el único fin de atormentar nuestros estómagos. El hambre nos convertía en seres extremadamente vulnerables y egoístas. Fue, en realidad, el peor de nuestros enemigos. Nos acompañaba a todas horas, dormía con nosotras, conversábamos con ella y nos hacía enloquecer. Y ellos se valían de nuestra debilidad para utilizarnos a su antojo.

Una fría noche nos convocaron en la plaza central, la conocida *Appel Platz*, donde nos pasaban revista todas las mañanas para el recuento. Aquellas repentinas llamadas hacían que nuestros corazones bombeasen con tanta intensidad que parecía que iban a explotar. Aquella noche, cuando formamos las filas, apareció la temida Binz junto a un joven doctor de mirada perturbadora. Algunas de nosotras todavía no habíamos disfrutado del contacto cuerpo a cuerpo con un hombre. Encontrarnos con aquellos ojos azules, que brillaban como el fósforo en la oscuridad, y sus dientes blancos hizo que mi imaginación se desbordase; pero al instante dejé de soñar despierta cuando su voz, grave e implacable, lanzó las primeras palabras de veneno, odio y desprecio hacia nosotras.

Nos obligaron a desnudarnos. Nos dejaron en cueros durante horas, tiritando, mientras nos clavaba su lasciva mirada y calentaba su cuerpo con alcohol. Yo no pude evitar sonrojarme. Noté que mis músculos se tensaban. Mi respiración se aceleró cuando el joven se acercó a mí y, con uno de los extremos de la fusta que llevaba, me tocó uno de los pechos. Jugó con él haciendo círculos, hasta arañar mi piel. Me tragué el dolor. «Pequeños...», dijo rascándose la nariz. «¿Cuántos años tienes?», me preguntó lanzándome una mirada afilada que atravesó la seguridad con la que intentaba suplir mi menguada fe en Dios. Era la segunda vez que me hacían la misma pregunta y temí que me descubriesen: una niña de doce años compartiendo espacio en el

barracón de las mujeres. Los nazis separaban a las madres de sus hijos. A los niños se nos consideraba inútiles para el trabajo. Éramos un estorbo y, por esa razón, debíamos desaparecer para dejar de importunarlos. No les importaba el método. En más de una ocasión había visto cómo estampaban a los bebés contra los muros en presencia de sus madres y cómo se jactaban del sufrimiento de ellas. A veces, mientras cumplíamos con nuestras obligaciones, oíamos el llanto de alguna criatura intentando zafarse de los colmillos de alguno de los tantos perros que nos acechaban. Y oíamos, también, el llanto de la madre intentando salvarlo, las carcajadas de algunas guardianas, el ruido de un cañón recortado, y un silencio aterrador. Mi madre se dio cuenta enseguida y me dio instrucciones precisas. «Tienes quince años, Lía, y a nadie debes contárselo. No lo olvides», me dijo.

Esa noche mi madre se encontraba en la otra punta de la fila, junto a la rusa Olga y la francesa Marie. Erguida mantuvo la compostura e intentó disimular su preocupación. «Quince», volví a mentir. Mis conocimientos del alemán eran escasos pero, después de varios meses oyendo todos los días cómo ladraban su lengua, conseguí hacerme entender y responder sin que se sintieran ofendidos por mi pésima pronunciación. Y todo por sobrevivir. O lo hacías, o te condenabas.

Todas aprendimos a base de golpes.

El joven se olvidó de mí y noté la respiración calmada de mi madre. Fue, entonces, cuando el nazi se giró y se fijó en ella. A pesar de su extremada delgadez, era la más bella de todo el barracón. «¿Y tú?», le preguntó. «Treinta y tres», respondió ella. «La edad de Cristo», dijo. «Un destino irónico», sentenció. Mi madre contuvo las lágrimas en los ojos y se tragó la rabia. Él se acercó tanto a ella que temí que vaciase el cargador de su arma en su cabeza, como tenían por costumbre hacer los agentes de las SS cuando creían que nuestras mentes se fortalecían. Pero esa vez, el joven nazi le hizo una señal con la mano a su compañera y aquel gesto fue suficiente para que ella ejecutase su orden. La Binz se acercó a mi madre y la obligó a abandonar la fila. Se la llevaron en un camión junto a la joven Olga. Eran las más atractivas de nuestro barracón. Las acompañaron otras diez presas que no conocíamos de nada, ya que habían sido asignadas a otros bloques y apenas coincidíamos en los trabajos diarios. Esa noche la pasé bajo el cobijo de Gretchen, una comunista alemana cuya única hija, Hanna, de tan solo cuatro años, había sido enviada a Uckermark nada más llegar al campo. Aquel era el lugar maldito donde enviaban a los niños que separaban de sus madres.

Ninguno regresaba con ellas. Así que, para Gretchen, yo me convertí en su hija. Todas las noches se aseguraba de que recibiese mi ración de comida e, incluso, cuando me veía relamerme los labios, secos y agrietados, me daba su parte que yo, por supuesto, no aceptaba, pero que ella, como buena madre, insistía.

Casi todos los días se colaba en nuestras narices el olor que desprendía el lugar donde llevaban a las que el cansancio o la enfermedad había atrapado. Era tanta el hambre que teníamos que nos convencimos de que aquella humareda provenía de las cocinas donde preparaban los exquisitos menús que deleitaban a los nazis. Entonces, nos clavábamos las miradas y, en un silencio apocalíptico, sentíamos que nuestros estómagos se rompían del dolor.

Mi madre Gretchen enfermó y yo me sentí la peor de las hijas. Dos madres y ninguna había sido capaz de conservar. La mañana que apareció muerta quería desaparecer. Morirme yo también. Como ellas. Lo deseé tanto que una noche le di mi ración de comida a una joven polaca cuyos ojos saltones y su piel pegada al hueso denotaban su estado físico. «No seas estúpida —me dijo la francesa Marie—. Esa pobre ya está sentenciada, pero tú no. Mañana te comes lo que te echen. Los regalos te los guardas para cuando salgamos de aquí». Ella todavía conservaba intacta la esperanza. Aquella noche pensé que si mis dos madres hubiesen estado allí, viéndome derrotada, se hubiesen decepcionado. No podía defraudarlas. Se habían sacrificado por mí. Al día siguiente engullí la escasa comida que nos daban, ante la suplicatoria mirada de la polaca. No sentí piedad. «No puedes hacer nada», me repetí una y otra vez para no sentir debilidad. Mis madres, desde el corazón, me infundieron valor para olvidarme de aquella pobre desgraciada. Tan desgraciada, y pobre, como todas.

## Capítulo 3

### *Doce días antes de la entrada al túnel*

*Cuatro días después de la llegada de la doctora Lambert...*

*Gandía, 5 de septiembre de 2015*

—¡Lealtad, honor y valentía!

—Cállate de una vez, que me truenan los oídos —se apresuró a decir Margarita, más conocida por todos como la doctora Ballesta.

—Este ha perdido la chaveta —murmuró Fernando.

—¡Preparaos para morir hoy mismo! —clamaba Sebastián como un disco rayado.

—Date una ducha fría —le aconsejó Margarita que, como cada sábado, se quedaba unas horas más en la clínica para estar con Aurora, su amiga residente en aquella madriguera, como ella definía a todas las residencias.

Sin embargo, y a pesar de la animadversión que sentía hacia ellas y del hecho de que estaba jubilada desde hacía años, había aceptado el ofrecimiento del doctor Beltrán para dedicar unas horas al día a atender a los ancianos, ya que la amiga de Aurora era una respetada neuróloga y la mayoría de los residentes del geriátrico padecían alzhéimer.

—¡Apunta a esos cabrones, Mariano! Que no les dé tiempo ni a respirar —exclamó enardecido Sebastián mientras señalaba la lámpara del techo creyendo que era el enemigo.

—¿Quién cojones te crees? —lo increpó Federico.

Y con una expresión guerrera marcada en el rostro, sublevándose contra el mundo, Sebastián incitó al resto:

—¡Legionarios, a luchar!

—Te voy a rajar como a una sandía si no cierras esa boca, fascista de los cojones —lo amenazó Federico.

—Déjalo ya. ¿No ves que apenas puede mantenerse en equilibrio? —espetó Fernando, con la intención de calmar el ambiente enrarecido que provocaban siempre los mismos sujetos.

—No tengo miedo a nada, porque yo soy el hijo de puta más malo de todo este valle.

—¿Qué valle ni qué ocho cuartos! Estamos en una residencia —le aclaró Federico—. A ver si te enteras Sebastián, que estás como un cencerro.

Sebastián se dirigió a Federico e intentó intimidarlo acercándose a su cara, pero en el intento dio un traspié y se dio de bruces, provocando las risas de sus compañeros.

—¿Y cómo pretendes entrar en batalla si a duras penas te mantienes en pie? —se burló Federico mientras doblaba su periódico deportivo que había abandonado cuando Sebastián empezó con sus delirios.

A Sebastián le dolían las rodillas. Intentó incorporarse, pero las piernas le fallaban y era incapaz de hacerlo solo. Salvador, el celador que los vigilaba, lo ayudó a levantarse y no tardó en recriminarles a todos:

—¿Qué os creéis, manada de viejos chochos? Pero si no sois más rápidos que él. A ver, tú —señaló a Federico—, el bravucón del grupo que es incapaz de pelarse una manzana sin que le tiemblen las manos. ¿Y tú?

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, tú —señaló a Fernando—. El prepotente que se cree el más valiente de todos y ni siquiera se atreve a operarse de su presbicia a pesar de que le han repetido millones de veces que no va a sentir ningún dolor. Un *cagao*, eso es lo que tú eres.

—Yo no he provocado nada —replicó Fernando, dirigiéndose a él—. En todo caso, he intentado hacer tu trabajo —subrayó la última palabra—. Ser el celador de esta prisión no te da derecho a humillarnos.

—¿Se acabó la discusión! —exclamó la doctora Quesada, que apareció en el salón minutos después de que lo hiciese Eulalia, lo que le brindó la posibilidad a esta de ver en plena batalla verbal a algunos de los compañeros con los que ya había coincidido en el comedor y, a veces, en la sala de actividades.

La directora disimuló ante la psiquiatra las ganas de darles a todos un escarmiento. No era el momento ni el lugar para hacerlo y menos sin consultarlo. Esperaría unos días. Quizá unas semanas. Lo suficiente para que Eulalia confiase tanto en ella que fuese incapaz de creerse cualquier verdad que los ancianos le confesaran. No era la primera vez que lo hacía. Por su parte, Eulalia presentía que el cargo le iba grande a aquella hermosa y joven mujer. Ella, como psiquiatra, no podía evitar analizar a todo el que se cruzaba en su camino. Su instinto nunca le fallaba. Desde el primer momento que la vio tuvo la corazonada de que no era precisamente una persona de nobles sentimientos, pero tampoco la malvada madrastra de Blancanieves. Su mirada

escurridiza, escondida en aquellos ojos enormes y del color de la miel, no la enmarcaban en la categoría de ser despiadado, sino más bien inseguro y manipulable. Hacerse la dura era lo que la ayudaba a mantener el control entre tanto anciano desmemoriado o perturbado. Solo el tiempo le daría la razón o se la quitaría.

—Ya conocen a Eulalia, lleva viviendo unos días con nosotros y parece que algunos de ustedes se niegan a conocerla. Vamos, que pasan olímpicamente de ella —les dijo, dejándolos estupefactos—. Espero, por el bien de todos —la miraron fijamente—, que la traten con el respeto que se merece una ex doctora de cabecera. Les aseguro que a más de uno le iría bien entablar conversación con ella. —Y nada más finalizar su breve discurso, saludó con la cabeza a la doctora Lambert y se dirigió a su despacho.

Al oír aquellas palabras, Enrique alzó la vista del artículo sobre los recortes en investigación que estaba leyendo y le clavó una mirada acerada a la nueva. Eulalia la sintió plena y cruzada. Tragó saliva. A pesar de esa extraña sensación, ella le sonrió. En cambio, él se mantuvo serio, impertérrito. Había algo en la profundidad de sus ojos que la hizo estremecer. Por un instante creyó que había coincidido con él en algún momento de su vida. Pero, a todas luces, le resultaba improbable, porque aquel pensamiento la trasladaba hasta su infancia. Supo, entonces, que sus fantasmas no la habían abandonado y que se manifestaban en los momentos más inesperados. No tenía ningún sentido creer que ese pobre anciano y ella se conociesen. Así que apartó aquella absurda idea de su cabeza y se sentó al lado de otra anciana, a la que parecía no importarle nada de lo que estaba sucediendo en aquel salón.

—Se ha hecho muy tarde, Aurora —le dijo Margarita a su amiga—. Tengo que regresar a mis tareas. Ya sabes que no estoy aquí para estar solo contigo. Te prometo que dentro de unos días saldremos a dar una vuelta y pasaremos más tiempo juntas. —Y le estampó un sonoro beso en la frente.

La anciana asintió con la cabeza y se despidió de su amiga. Levantó la mano derecha hacia arriba, con dificultad, pero enseguida la dejó caer. Cuando Margarita desapareció por completo del salón, Aurora agachó la cabeza y se quedó mirando fijamente al suelo, con la mente suspendida en el aire. Cuando lo hacía, los demás creían ciegamente que buscaba, en aquel punto cercano a sus pies, todos los recuerdos que la habían abandonado en ese preciso instante y que, incluso, se había olvidado de su propia existencia. Se sumergía en un mundo inerte, completamente hueco, donde los

pensamientos no podían atropellarse ni enloquecerla porque habían dejado de existir. A Federico se le rompía el alma al verla en aquel estado. Eulalia la observaba desde la distancia. Decidió hacerle compañía. Y cuando se dirigía al armario donde guardaban los juegos de mesa, se percató de la mirada de un anciano. El mismo que se había fijado en ella desde su llegada al centro. Eulalia caminó lentamente, recreándose en sus pasos. Él no tardó en levantarse de la silla para acercarse a ella. Y en el preciso instante que ella tocó uno de los tres juegos de damas que había en el primer estante del armario, notó los dedos del anciano en su mano, pero no la apartó, simplemente lo miró a los ojos, sin perder en ningún momento la compostura ni los buenos modales.

—Lo siento —se disculpó el hombre—. No pretendía incomodarla.

—No lo ha hecho. —Eulalia desvió su mirada hacia la mano del anciano y sacó la suya del armario.

—Perdón, soy un estúpido. —Tomó el juego de damas y se lo entregó con una sonrisa traviesa que dejaba al descubierto sus dientes algo amarillentos por la nicotina.

—Gracias —dijo Eulalia con una expresión dulcificada en la mirada mientras envolvía entre sus manos la caja de damas.

—Me llamo Fernando.

—Eulalia.

—Es un placer conocerla. —Alargó el brazo y posó sus labios en la mano de la anciana.

Eulalia no pudo evitar que se le escapase una leve sonrisa, que intentó disimular rascándose la nariz. Nunca se había imaginado que algún día iba a convertirse en la protagonista de la obra de Zorrilla. «Una Inés octogenaria», pensó. Y al erguirse de nuevo, Fernando le clavó una mirada cargada de picardía que hizo reír a la doctora Lambert. «Lo que faltaba», murmuró la psiquiatra mientras se dirigía a la mesa donde se hallaba Aurora. Fernando se alejó con la sensación de haber conseguido su objetivo: no pasar desapercibido ante los hermosos ojos verdes de aquella dama, que le recordaba a su mujer fallecida.

La doctora Lambert se acercó a la mesa donde estaba Aurora, junto a otros ancianos que se entretenían con un parchís.

—Buenas tardes —saludó a todos. Nadie le respondió, salvo Aurora, que la miró y ella aprovechó aquel gesto involuntario para sentarse a su lado.

—Me llamo Eulalia —se presentó directamente—. Soy nueva y como no

conozco apenas a nadie había pensado que, tal vez, podríamos charlar un poco mientras echamos una partida, ¿qué le parece? —le preguntó mostrándole a la anciana el juego de damas.

Aurora le sonrió pero siguió callada, reaccionó como una niña que era incapaz de entender lo que le decían. Agarró las fichas y empezó a enfilearlas, colocándolas una tras otra, como intentando hacer un puzle sin sentido alguno.

—Bueno, a mí tampoco me apetece mucho —murmuró Eulalia derrotada—. Solo pretendía entablar conversación, pero ya veo que...

—No se lo tenga en cuenta —le dijo Federico—. A veces no recuerda dónde está, cómo se juega al ajedrez, si ha desayunado o no, o lo que hizo hace unos minutos. En cambio, otras parece la persona más lúcida de toda la residencia.

«Sin temor a equivocarme, diría que esta pobre mujer sufre demencia senil», diagnosticó en silencio, «más concretamente alzhéimer en la segunda etapa de la enfermedad». Estaba convencida de que, si le nombraba a Margarita, no se acordaría de la conversación mantenida con su amiga minutos antes. Sin embargo, la mirada de aquella anciana le producía una sensación extraña.

Precisamente fue Federico quien le confesó esa misma tarde lo mal que lo había pasado su amiga cuando descubrió su enfermedad. La primera vez que Aurora se dio cuenta de que algo le estaba ocurriendo fue un día que salió de compras con su amiga Margarita. Al entrar a la tienda y verse en aquel lugar, la invadió el miedo de no saber a ciencia cierta dónde se hallaba y cómo había llegado hasta allí. Lo último que recordaba era que, minutos antes, estaba en su cocina dándole órdenes a María, la rumana que había contratado para encargarse de las tareas del hogar. Recordaba perfectamente la conversación que había mantenido con ella sobre los alimentos que debía comprar para preparar el menú que tocaba ese día y los siguientes. Después, ya no le vinieron los recuerdos. Se asustó al verse en la *boutique*, y Margarita y la dependienta tuvieron que calmarla.

La segunda vez fue más humillante para ella. Se dirigía al banco y no pudo llegar. Había olvidado dónde se encontraba. Y cuando quiso sacar dinero en el primer cajero que vio tampoco fue capaz de recordar la contraseña de su tarjeta. Vagabundó durante varias horas por las calles de la ciudad, porque tampoco recordaba dónde vivía. La policía, alertada por el propietario de un bar que la vio dando paseos en círculos, totalmente

desorientada, se hizo cargo de ella. Las agentes, dos chicas muy jóvenes, buscaron entre sus pertenencias algún documento que la identificase. Pero no hallaron ninguno. Aurora se los dejaba siempre en casa. Así que se la llevaron a comisaría para tomarle las huellas dactilares que ayudasen a identificarla. Dos horas después, se encaminaban hacia el chalé donde residía la mujer. María, muy angustiada por la anciana, la esperaba en la puerta con la cara desencajada del susto.

Fue la misma Aurora, en uno de esos momentos de lucidez, la que decidió ingresar en la Clínica Geriátrica Gandía, a cientos de kilómetros de su residencia habitual en Madrid. Y lo hizo porque la convenció su amiga Margarita, que ya prestaba sus servicios médicos en el centro. María se ofreció a cuidarla las veinticuatro horas, pero la anciana no deseaba que la joven arruinase su juventud al lado de una vieja que, con el tiempo y el avance de la enfermedad, se transformaría en un ser irritable y sin voluntad. Muerta en vida. Un destino cruel al que no estaba dispuesta a dejarlo entrar en su hogar. Si lo hiciese, dependería totalmente de María para asearse, vestirse, andar o comer. Llegaría el día en que no podría aguantar la orina dentro de la vejiga y se olvidaría de la existencia de un cuarto llamado baño donde descargar y defecar. Demasiada carga para una joven que tenía toda una vida por delante y unos hijos que le pedían a gritos horas de dedicación y arrumacos.

La noche que tomó la decisión de ingresar no podía concentrarse en la lectura de una novela romántica que llevaba por la mitad. Disfrutaba como una adolescente de las acciones amorosas de dos jóvenes que se amaban y empezaban a experimentar con el sexo. Aquella noche fue consciente de que algo extraño le ocurría, que había dejado de ser aquella pastelera sosegada que engullía historias con la misma velocidad que los famosos dulces de chocolate que elaboraba. Se asustó cuando no pudo recordar las ideas que extrajo de aquellas primeras páginas y que había almacenado como un tesoro en la caja de su memoria. No. No pudo. Y se aturulló como una chiquilla al darse cuenta de que tampoco era capaz de rescatar de esa caja lo que les había acontecido a los protagonistas antes de conocerse, por qué se amaban y se odiaban tanto, qué oscuro pasado arrastraba la joven para desear la muerte de su amante... No. No pudo recordarlo. Y lo intentó. Pero no pudo. Ni siquiera el día que empezó la lectura de aquel libro, ni que lo hubiese acariciado como hacía con todos, mostrando de esta manera su inmenso amor por la lectura. Les sacaba brillo con un trozo de tela de algodón; no permitía que nadie los

tocase, ni siquiera María, porque al hacerlo se sentía ultrajada, violada. Su biblioteca era todo su mundo. Aquellos libros le inyectaban adrenalina para seguir viviendo. Los mimaba, los besaba, incluso fornicaba con ellos, con la mayoría de los protagonistas, ya fuesen hombres o mujeres, sobre todo con ellas. A veces aquellas lecturas le hacían recordar momentos importantes de su existencia, de su infancia. Sobre todo a ella, la niña de los ojos verdes.

Eulalia se fijó en aquella pobre mujer, cuyos recuerdos empezaban a borrarse. Era pronto para hacer un diagnóstico preciso. Aunque los síntomas eran claros, necesitaba observarla durante días, incluso semanas, hablar con familiares, compañeros, personal de la residencia, la propia Margarita, la doctora Quesada y, por supuesto, su colega, el doctor Espinosa. En ese momento decidió conformarse con estar cerca de ella y observar sus reacciones. Aurora, sin duda, formaría parte importante de su trabajo de investigación.

La sirena sonó una vez y todos, salvo Eulalia, que todavía no se había acostumbrado a los escandalosos horarios del centro, se levantaron para ir al salón donde la cena iba a servirse de manera inminente. Tuvo la extraña sensación de encontrarse otra vez en aquel pasillo gris e interminable de Ravensbrück, cuando las obligaban a hacer cola para ser cacheadas por las guardianas antes de entrar al comedor.

Fátima, una de las limpiadoras, al verla tan azorada, le recordó otra vez los horarios de la residencia.

—Aquí funcionamos como un reloj —le dijo sin medir si sus palabras le provocarían a la anciana mucha más inquietud.

Acto seguido, le entregó de nuevo la hoja donde se especificaban todos los horarios, incluidas las visitas y las normas del centro. Era la tercera vez que se la daba. Y cada vez que lo hacía, Eulalia recibía aquella información como un acto amenazante. Su pasado en el campo de la muerte la traicionaba. Se guardó aquella hoja —con las malditas y absurdas normas y horarios, que debía respetar a pies juntillas— en uno de los bolsillos de la rebeca larga de punto que llevaba puesta ese día y se encaminó al comedor, como el resto de sus compañeros.

Enrique, antes de entrar, arrancó el artículo que le interesaba, lo dobló cuatro veces y se lo metió en uno de los bolsillos interiores de su americana austriaca, un regalo de una buena amiga que se colaba en su habitación escondidas. Agarró con desprecio lo que quedaba del periódico y lo dejó de cualquier manera en el revistero donde los demás residentes compartían las

lecturas.

Se sirvió la cena con la tranquilidad de todos los días, pero con menos conversación que de costumbre. Todos la observaban, salvo Aurora, e intentaban disimular el desconcierto que les suponía compartir mesa con una nueva compañera. De hecho, el equipo directivo de la clínica no aceptaba a cualquier anciano sin antes pasar por un exhaustivo interrogatorio y la firma de ciertas cláusulas por parte de sus familiares y del propio anciano. Por eso, todos miraban con desconfianza a Eulalia, porque aquella desconocida los inquietaba cuando les hacía alguna pregunta que les recordaba los interrogatorios de la doctora Ballesta.

—¿Quién es el más antiguo? —preguntó Eulalia.

Permanecieron mudos. Comprendió que no era el momento. Decidió esperar. Fátima recogió los restos de ensalada que habían tomado. Aurora había rebuscado en su plato las verduras que más le gustaban y se había dejado las judías verdes y el tomate. Federico se comió la mitad, y Fernando se zampó la suya y las sobras de su compañero Antonio. La psiquiatra intentó de nuevo entablar conversación:

—¿Alguien me puede decir si hay alguna sala de deporte cerca de la residencia?

—Aquí hay de todo. Disponemos, incluso, de una sala especializada para realizar ejercicios sencillos y adecuados a cada residente —respondió toscamente Fátima—. No va a necesitar ir a ningún sitio —terminó su discurso alejándose de ella.

Aquellas palabras que había lanzado aquella joven de ojos castaños le llegaron heladas al corazón. Así lo sintió en ese momento. Le parecía una joven arrogante, pero enseguida se dio cuenta de que estaba dejándose llevar por las apariencias; las que te arrastran por el camino de la equivocación y te hacen juzgar a los demás sin ninguna justificación.

Los ancianos siguieron callados. Ninguno hizo un gesto de contrariedad ante la respuesta de Fátima. La doctora Lambert percibió el aire cortante y afilado que se respiraba en el comedor. Un ambiente rancio y extraño que no alcanzaba a comprender. Adoptó, entonces, la estrategia del silencio, una táctica que siempre le había dado buen resultado. Esperó a que uno de ellos tomase la iniciativa. Llegó su oportunidad en los postres, cuando Fátima sirvió la tarta.

—¡De chocolate! —exclamó Federico dirigiéndose a su amiga Aurora, cuyo semblante cambió cuando Fátima cortó el primer trozo y se lo sirvió

primero a ella.

—A mí también me gusta —se apresuró a decir Eulalia, mintiendo como una bellaca.

—¡Y a quién no! —soltó de repente Fernando, clavándole una mirada de complicidad que Eulalia supo descifrar.

—A mi nieta Alexandra, que no lo quiere ver ni en pintura —volvió a mentir.

—Pues debe ser la única del planeta —comentó Federico.

—Todos somos delicados. Tú tampoco te comes la zanahoria —le recordó Sebastián.

—Se la dejo a los conejos, como las bellotas a los...

Sebastián se levantó bruscamente de la mesa.

—¿Me estás llamando cerdo?

Pero antes de que pudiese reaccionar Federico, Fátima los mandó callar para que se concentrasen en la comida. Temía que se enzarzasen en una de sus discusiones de reproches mutuos y que acabasen con palabras hirientes. Era preferible que ella los calmase antes de que llegase la doctora Ballesta y utilizase algunos de sus métodos para tranquilizarlos. Lo hizo por Federico. Sabía que Salvador no cargaría su rabia contra Sebastián. Nunca lo hacía.

—¿Siempre discuten? —le preguntó Eulalia a Fátima, que empezaba a creer que aquella joven se hacía la fuerte ante todos. Estaba convencida de que se había construido su propia coraza para evitar que los demás se adentrasen en su corazón.

—No se lleve una mala impresión de ellos. Parece que no se soportan, pero yo sé que, en el fondo, no podrían estar el uno sin el otro —dijo sin convencimiento, simplemente para zanjar el tema.

—¿Y Enrique?

—Ese es un caso aparte —interrumpió Fernando, que ese día había convencido a Antonio para cambiar de sitio. Quería sentarse más cerca de Eulalia. Fátima aprovechó para dejarlos solos. Intuía que el anciano sentía un interés especial por la nueva.

—¿Por qué lo dice? —le preguntó intrigada Eulalia.

—No le interesa nada, solo la ciencia. Guarda en una caja de zapatos centenares de artículos científicos. Además, apenas se relaciona y no quiere que nadie lo atienda, solo pueden hacerlo los doctores Espinosa, Ballesta y el propio Salvador.

—Y supongo que también la doctora Quesada...

—No la quiere ver ni en pintura.

A Eulalia le pareció extraño aquel comportamiento.

—¿Y hay motivo? —Quiso saber.

—En más de una ocasión se ha enfrentado a ella, y delante de todos. Dos días antes de que usted llegase le dijo que no tenía las suficientes agallas para dirigir una clínica como esta... —De repente, se calló—. Hace usted demasiadas preguntas. Debería ser más prudente —le aconsejó Fernando.

—No soy ninguna cotilla —se defendió Eulalia, que se había sentido atacada—. Pero no me gustaría llevarme ningún disgusto.

—Y no se lo llevará si deja de hurgar donde no debe. Aquí hay gente que tiene muy malas pulgas —le advirtió.

Unos días en aquel centro fueron suficientes para que Eulalia percibiese algo extraño y misterioso que envolvía el ambiente de la residencia. Y aquel hombre que tenía frente a ella parecía el candidato ideal para mantenerla informada y saciar toda su curiosidad.

La doctora Lambert fue consciente, en ese preciso instante, de que lo tendría más difícil con Enrique, porque su carácter insociable le cerraba las puertas a su mente. No parecía tener ningún tipo de demencia senil, pero no descartaba la posibilidad de que sufriera un trastorno antisocial de la personalidad con brotes narcisistas. Había algo en su mirada diferente a la de los demás. Veía en ella poder, mucho poder. Debía vigilarlo de cerca. No sabía por qué, pero lo haría. Su olfato detectivesco nunca la engañaba. «Tendré que ir con mucho tacto con él», caviló. Le parecía un sujeto peligroso por sus brotes de agresividad pero, también, por las acciones que podría provocar un sujeto de esas características en una residencia geriátrica. No le quitaría ojo de encima y, por supuesto, hablaría con la directora de los cuidados que debería recibir en el centro. Y lo pensó porque en ese momento se olvidó de que ya no ejercía como psiquiatra, de su condición de doctora jubilada.

Eulalia tampoco probó la tarta. El chocolate le traía recuerdos demasiado amargos que, todavía, permanecían intactos en su memoria a pesar del tiempo transcurrido. Apartó el plato. Aurora no tardó en apoderarse de él y en devorar la tarta.

—¡Le encanta! —exclamó Federico.

—Ya veo —dijo sorprendida por la rapidez con la que Aurora se había zampado el trozo que había dejado ella.

Cuando tragó el último pedazo, Aurora la miró y Eulalia, por un instante,

creyó encontrarse de nuevo en aquel corredor con las otras presas. Cerró los ojos unos segundos y los volvió a abrir. Una estrategia que utilizaba para hacer desaparecer los fantasmas del pasado que la atormentaban: aquellas paredes grises infestadas de todo tipo de insectos que se abalanzaban sobre ellas; la comida nauseabunda que las obligaban a ingerir; el ruido del palo de la Binz cuando impactaba en su piel; el manoseo de algunas guardianas hacia sus cuerpos enjutos y endebles. Pensamientos que a veces se apoderaban de su mente.

Terminaron de cenar. El primero en abandonar la mesa fue Enrique, que se despidió secamente. «Lo hace siempre», le contó Fernando. Todos creían que aquel comportamiento era producto de su prepotencia. Lo toleraban, pero no les caía bien a casi ninguno, solo Sebastián compartía juegos con él y Aurora conversaba a veces, cuando estaba algo lúcida y recordaba quién era ella. Federico intuía que no era trigo limpio, que su pasado estaba repleto de acciones abominables; incluso, que podría haber pertenecido a la División Azul junto a su amigo Manuel Tejeda, uno de los pocos que se dignaban a dirigirle la palabra. Por eso no soportaba que su querida Aurora mantuviese amistad con él. En cambio, los ancianos que llevaban menos tiempo en la clínica lo veían como un sujeto inestable pero totalmente inofensivo, un pobre diablo que se hacía pasar por científico.

Después de la cena podían estar una hora despiertos en el salón antes de ir a sus respectivas habitaciones. Salvador aprovechaba para darles la medicación a los ancianos enfermos de alzhéimer y párkinson, prácticamente la mayoría, bajo la supervisión de la doctora Ballesta y del doctor Espinosa y, siguiendo las indicaciones de ambos, a veces los acompañaba a la sala secreta. Siempre lo hacía después de cenar, y cada tres o cinco días, para no levantar sospechas. A esas horas de la noche, la mayor parte del personal médico de la clínica ya se había marchado a casa, salvo los doctores Espinosa y Ballesta, que a veces permanecían hasta la madrugada.

Ese día, el séptimo que pasaba Eulalia en la clínica, le tocaba el paseo nocturno a Aurora. Desde que residía en el geriátrico era la segunda anciana que Salvador sacaba a pasear a esas horas de la noche. La primera que Eulalia vio cogida del brazo del celador fue a Pilar, dos días después de su llegada, pero no le dio importancia porque aquella vez hizo mucho calor. En cambio, en esta ocasión la noche se presentaba fría después de toda una tarde de tormenta y ráfagas de viento, que habían impedido a los ancianos disfrutar de los paseos habituales por el jardín. Se vieron obligados a permanecer

recluidos en el interior, realizando diferentes actividades lúdicas. Sin embargo, Salvador no recibió ninguna contraorden a pesar de las inclemencias del tiempo. Había que continuar cumpliendo con el plan establecido. Y así lo hizo. Se acercó a la anciana, la asió del brazo y le dijo con la dulzura a la que los tenía acostumbrados cuando a él le interesaba mostrarla:

—Abuela, agárrese a mi brazo, que vamos a caminar un poco antes de dormir.

Muchos observaron, callados, la escena. Sabían perfectamente a qué tipo de paseo se refería Salvador. En cambio, Eulalia y Fernando se cruzaron las miradas, y la psiquiatra, sorprendida, soltó de repente:

—¿No le parece demasiado tarde para dar vueltecitas por la calle?

Salvador la ignoró. Y los demás también. Dar paseos en noches demasiado frescas, después de una tormenta de verano, era de insensatos. La única explicación que se le ocurría a Eulalia era pensar que la joven doctora Quesada no era tan competente como creía, que le faltaba formación y, lo peor, experiencia con ancianos.

Una hora después, Aurora seguía con su repentino paseo nocturno acompañada por Salvador. Fátima se acercó a todos para recordarles que debían abandonar el salón e irse a descansar a sus respectivas habitaciones.

—¿Y Aurora? —preguntó inquieta Eulalia.

—Ya estará con los angelitos. No debería preocuparse tanto por ella. Le aseguro que está perfectamente. Los paseos forman parte de nuestra terapia.

No podía creer lo que estaba oyendo. Sabía perfectamente que un exceso de humedad ambiental, muy frecuente en zonas costeras, unido al frío inusual y al viento desapacible que estaba haciendo esa noche, podría provocarle a la anciana un susto llamado «bronquitis» pero, también, un dolor acentuado en las articulaciones debido al reuma que padecía. Así que, por mucho que Fátima se esforzase en justificar aquellos paseos en plena noche, Eulalia seguiría sin entenderlo. Al verla tan inquieta, Fernando se acercó a ella:

—Es mejor que vaya a su habitación y descanse —le aconsejó—. Mañana será otro día y verá las cosas de otro color.

—Aunque intente disimularlo, sé que piensa lo mismo que yo.

Fernando le clavó una mirada tierna e insistió:

—Hágame caso. Enciérrese en su habitación y mañana, si quiere, puede desahogarse conmigo. Sé escuchar y tal vez le vaya bien tener un amigo aquí. —Esbozó una leve sonrisa.

La doctora Lambert lo miró fijamente. Hasta ese día no se había percatado del color avellana de sus ojos, de la profundidad de su mirada y de la sinceridad de su alma. Le agradeció el gesto y le devolvió la sonrisa.

# EL TÚNEL

*Una hora y media en el interior*

Fernando se retrasaba. Me había quedado dormida junto a mi nieta, abrazada a su estático cuerpo. Me desperté con la sensación de haber vivido una terrible pesadilla. Otra más. Enseguida me di cuenta de que apenas había podido conciliar el sueño, de que aquellas imágenes de ultratumba las estaba viviendo intensamente en aquel lugar. El olor a quemado había desaparecido. No quedaba nada de él. Como si nunca hubiese existido. Y llegué a creer, incluso, que había sido producto de mi imaginación.

Hacía más de una hora que Fernando nos había dejado en aquella fría sala. Demasiado tiempo, pensé mientras acariciaba la mejilla de Alexandra. Me prometió que volvería. Yo le creí. Necesitaba hacerlo. Mis nervios empezaron a asomar. Decidí registrar cada rincón de aquella sala, donde me hallaba junto a mi nieta, con la extraña sensación de haberme equivocado al entrar en ella. Mi estómago protestaba y Alexandra seguía atrapada en aquel sueño profundo, que empezaba a inquietarme. Aun así, no perdí la esperanza de que en algún momento despertase con un hambre voraz. Y entonces me puse a buscar, como una desesperada, algo que llevarnos a la boca.

Aunque el espacio era inmenso, las posibilidades de encontrar comida eran escasas. Aquello no parecía la sala de descanso que utilizan los médicos con el fin de reponerse de intensas horas de trabajo y de abandonarse a otros pensamientos; pero tampoco a una sala de cirugía preparada para intervenir en una arriesgada operación; ni a un laboratorio completo de sillas giratorias, cubetas listas para ser utilizadas, microscopios de campo oscuro o de contraste de fases. No. Aquello parecía una sala híbrida, donde todo era posible y misterioso. Todo estaba escrupulosamente ordenado y limpio. Ni siquiera una mota de polvo. Sin duda alguna, aquella sala estaba siendo utilizada a pleno rendimiento, porque nadie se preocupa de mantener impoluto un espacio tan grande si no tiene intención de sacarle provecho. Me asaltaron los temores y la imaginación empezó a adueñarse de mi mente, llenándola de ideas descabelladas, enfermizas.

Mi estómago empezaba a rugir y la garganta la sentía acartonada. A

pesar de todo, no desistí en el empeño de encontrar algo que nos aportara energía para seguir vivas. Me dirigí hacia los armarios que había al fondo de la sala y abrí todos los cajones. Uno por uno. Nada. Ni una diminuta miga de pan. Por un instante creí encontrarme de nuevo en el campo, cuando el hambre me acompañaba a diario. El hambre. Siempre el hambre. Siempre conmigo, de la mano a todas partes.

Era como retroceder en el tiempo. Sin buscarlo. Sin desearlo. Acechándome. Otra vez.

## **Recuerdos silenciados**

*Mediados de noviembre de 1944*

A todas nos invadía y se adueñaba de nuestra mente. Era imposible vencerla. El hambre se convirtió en la peor de nuestras pesadillas. Todavía recuerdo cómo ella me infundía fuerza para seguir luchando. Mi madre había regresado del burdel donde la habían retenido y aquel otoño empezó a sentir que la vida se le escapaba. Ella, hasta el último minuto, pensó en mí y en cómo podía mejorar mi situación en aquel infierno. Creo que, en el fondo, sabía que le quedaba poco tiempo. Había oído decir a otras reclusas que el grupo que se encargaba de confeccionar los uniformes de los agentes de las SS tenían ciertos privilegios. Uno de ellos, y el más importante para mi madre, una ración de comida extra al día. Repugnante como la que nos daban, pero en mayor cantidad. Un verdadero lujo para todas nosotras, que solo al imaginarlo se nos inundaba la boca de saliva.

Antes de la Guerra Civil, mi madre era modista. Trabajaba sin descanso, dejándose las pupilas en cada encargo. Y yo, que la veía tan sacrificada por la familia, la ayudaba siempre que me dejaba. «Quiero que estudies, Lía», me decía cada vez que me oía protestar. Pero yo soñaba con inventar diseños para sus amigas, otras féminas avanzadas a su época, con la mente abierta y el pensamiento noble como ella. No me escuchó porque no quiso hacerlo. «Tienes que estudiar», me repetía sin ser consciente de que mis perspectivas de futuro se resumían en una simple palabra: ayudarla. A pesar de toda esa insistencia en convertirme en persona ilustrada, porque mi madre era la más pesada de las madres, la quise como a nadie. Ella fue todo para mí. Y fue tanto mi empeño en ayudarla cuando era niña, que aquella terquedad mía me salvó la vida en el campo.

En pleno otoño, soportando temperaturas bajo cero en el barracón, llegó la oportunidad que esperábamos. Cayeron enfermas cinco reclusas del grupo encargado de confeccionar los uniformes de los nazis que combatían en el frente. Una mañana se las llevaron a trabajar, como de costumbre, pero cinco de ellas nunca regresaron. Enfermas no les servían. Sin embargo, enseguida se arrepintieron de haberlas ejecutado. Podrían haber confeccionado los últimos trajes de gala de sus miserables vidas. Pero acabaron con ellas antes

de que el mismísimo Führer anunciase, de manera inesperada, como solía hacer siempre, su primera visita al campo. El comandante Suhren montó en cólera y amenazó a todo su equipo con severas represalias si no encontraban rápidamente sustitutas para hacer los dichosos trajes.

Así que, una noche, nos sacaron a todas, a empujones, de los barracones. Ni siquiera formamos hileras. Nos llevaron a una enorme sala y nos obligaron a sentarnos en el suelo. Minutos después nos dieron a cada una de nosotras hilo, aguja, una tijera para compartir entre diez reclusas y una tela maloliente y tan agujereada como un colador. Una treintena de guardianas, acompañadas por aquellos perros monumentales cuyos dientes nos atemorizaban, nos custodiaban sin quitarnos el ojo de encima. Las instrucciones de la Binz fueron claras, directas y esperanzadoras para algunas de nosotras: «Aquellas que consigan elaborar un vestido con esos harapos comerán un succulento menú con carne y trabajarán en la fábrica de confección». A todas se nos hizo la boca agua. Mi madre me miró fijamente y sonrió. Era su forma de decirme que podíamos conseguirlo, que recordase las veces que me había enseñado a sacarle provecho a una tela desgastada. Solo tenía que pensar en la forma que quería darle, zurcir algunos agujeros formando florecillas y asegurarme de que el corte fuese perfecto, para que la caída del vestido diese ese toque de elegancia que me llevaría hasta aquel apetitoso menú prometido por la «bestia rubia», como empecé a llamarla yo.

Algunas acabaron enseguida. Cuando las guardianas se dieron cuenta de que la costura no se les daba bien, las devolvieron a sus barracones con algunos moratones por su inutilidad, algo que no soportaban los nazis. Necesitaron una hora para comprobar quiénes teníamos destreza con la aguja. Dos horas después, quedábamos solamente cuarenta del centenar que había al principio. Todas deseosas de devorar el preciado premio. Trabajamos sin descanso toda la noche. Fueron descartando a las candidatas a base de azotes o latigazos. Mi madre y yo resistimos y, finalmente, entramos en el grupo de afortunadas: cinco mujeres privilegiadas. Y esa misma noche, con los propios vestidos que habíamos confeccionado, correctos pero hediondos, nos llevaron directamente a la fábrica junto a las otras. No probamos el menú hasta el día siguiente. Pasamos horas y horas cortando cada traje que lucirían los comandantes y jefes en esa inesperada visita del Führer, armando cada uno de ellos con alfileres antes de hilvanarlos, sin respirar siquiera, sin podernos rascar ni mirarnos a los ojos. El humo de los guisos de la cocina se colaba salvajemente en la fábrica y provocaba en nosotras una reacción en cadena.

«Venga, chicas, que nos queda poco», decíamos alternativamente para animarnos, mientras nuestros estómagos se alimentaban de aquel aroma embriagador. Llegué a pensar, incluso, que aquel premio culinario solo existía en las cabezas de todos aquellos nazis, para obligarnos a ser más productivas. Después de quince horas seguidas, cuando comprobaron que habíamos avanzado mucho y el resultado era satisfactorio, nos dieron nuestro succulento premio: un trozo de carne reseca, acompañado de tres patatas y una rebanada de pan duro. Me supo a gloria y me relamí los dedos.

## Capítulo 4

### *Once días antes de la entrada al túnel*

*Gandía, 6 de septiembre de 2015*

A la mañana siguiente, Eulalia se levantó muy temprano. No había podido pegar ojo pensando en Aurora, en cómo se encontraría después de su paseo nocturno. Se puso el albornoz y abrió la puerta con cuidado para no despertar a Sebastián, cuyos delirios la habían martirizado también aquella noche. Anduvo con sigilo, mirando de reojo en todos los rincones del pasillo para asegurarse de que nadie se había despertado. En una de sus manos portaba una horquilla del pelo. Aunque lo había visto hacer infinidad de veces a los protagonistas de las series policíacas que veía en sus ratos ociosos, nunca había forzado ninguna. En varias ocasiones, Eulalia se había fijado en las cerraduras de las habitaciones de los ancianos y había llegado a la conclusión de que eran fáciles de abrir con una simple horquilla, ya que tenían un mecanismo de cierre por torsión. Todas, salvo cuatro: la de la enfermería, la del cuarto que había en el sótano, la que siempre permanecía cerrada y la de la directora.

Al llegar a la habitación de la anciana, Eulalia estiró la horquilla con los dedos hasta conseguir un pedazo de metal recto y largo. Seguidamente lo introdujo en el agujero de la cerradura y la giró en sentido contrario a las agujas del reloj; luego en el sentido de las agujas del reloj hasta que escuchó un chasquido. «Ya está». Respiró aliviada. La abrió lentamente, entró y la cerró evitando hacer ruido. Dirigió la vista hacia la cama y vio un bulto enorme debajo de las sábanas. Se había equivocado otra vez. Sus continuos presentimientos habían llevado por la calle de la amargura a sus hijos y a sus nietos durante los últimos tres años. El fallecimiento de su marido, Patrick Lambert, una eminencia en Derecho, la condenó a la prudencia. Temía tanto quedarse sola, que otro de sus seres queridos la abandonase para siempre, que se inquietaba en exceso. Ya no era la misma. No podía remediarlo. Cuando sentía que el peligro acechaba a las personas de su entorno más cercano, no podía evitar preocuparse. La asaltaban los temores, el corazón se le aceleraba

y las piernas le flaqueaban sin que pudiera controlarlas.

Y ahora estaba haciendo exactamente lo mismo: preocuparse innecesariamente.

Decidió darse media vuelta y regresar a su habitación. Intentó no hacer ruido para no despertar a la pobre mujer que yacía tranquila. Pero cuando estaba a punto de tocar el pomo de la puerta con la mano, dio media vuelta y se dirigió nuevamente a la cama. «El silencio era demasiado inquietante para una mujer con problemas respiratorios», meditó. Entonces retiró lentamente las sábanas. Se quedó atónita. No era Aurora. Había entrado en la habitación de Pilar. Aquella pobre mujer dormía plácidamente y ella había estado a punto de perturbar sus sueños. La arropó con cuidado y al hacerlo no pudo evitar fijarse en los pinchazos que le cubrían algunas zonas de los brazos. Parecían haber sido provocados por inyecciones. Su mente iba tan rápido que no tardó en hacer hipótesis. «Podría ser diabética e inyectarse insulina», conjeturó. Pero no se quedó más tiempo para averiguarlo. No le dio importancia y se dirigió a la puerta sin hacer el más mínimo ruido.

Recordó, entonces, que la habitación de Aurora se encontraba al fondo del pasillo, muy cerca de la de Fátima. Caminó con sigilo, girándose de vez en cuando para asegurarse de que no había nadie más en el pasillo. Cuando llegó a la puerta, forzó la cerradura con la misma horquilla. No tardó tanto como la primera vez. Entró y vio la cama de Aurora vacía. Se dirigió al baño, pero tampoco estaba. Aurora no había pasado la noche en su habitación. Un sudor frío recorrió todo su cuerpo. Tuvo una extraña sensación. Decidió regresar a su habitación lo antes posible y encerrarse en ella para reflexionar con calma. Pero cuando estaba a punto de abrir la puerta, cambió de idea. La curiosidad se había cruzado en su camino. No lo dudó ni un instante. Se dirigió al armario, abrió un cajón y buscó con la mirada hasta que halló lo que necesitaba. Cogió dos prendas interiores de la anciana y se las colocó enrolladas en ambas manos a modo de guantes. Quería saber quién era ella. Empezó a registrar todos los estantes del armario y los cajones, también en la mesilla, con el fin de encontrar la documentación de la anciana. Y lo hizo con delicadeza y una tranquilidad pasmosa, como si estuviese acostumbrada a registrar casas ajenas. Acabó exhausta y con la misma información que al principio. Ni documento nacional de identidad, ni dinero, ni tarjetas de crédito, ni siquiera su tarjeta sanitaria, tan importante para una anciana. De hecho, en el armario tampoco guardaba un simple bolso de paseo. Resopló. Entonces le vino una ráfaga de alarmantes pensamientos, de esos que invaden

la mente de cualquier delincuente, y abandonó la búsqueda para evitar que la sorprendiesen husmeando.

Al llegar a su cuarto se encerró en él con la sensación de que, en aquel lugar, las intrigas flotaban en el aire. Agarró la almohada, la colocó junto a la cabecera y se sentó en la cama con la espalda pegada a ella. Necesitaba reflexionar bien sobre cómo debía actuar para no levantar sospechas. Al principio, pensó en preguntarle directamente a la doctora Quesada por el cargo que ejercía como directora, pero enseguida se le esfumó esa idea. Cabía la posibilidad de que ella estuviese al tanto de lo que ocurría y que, incluso, fuese la responsable de la desaparición de la anciana. No podía dar un paso en falso sin estar plenamente segura. «Presunción de inocencia: toda persona es inocente hasta que se demuestre lo contrario», recordó.

De repente, pensamientos contradictorios se le cruzaron. «¿Y si Aurora se encuentra perfectamente y toda esta locura ha sido un repentino impulso provocado por su enfermedad?», meditó. Si eso era lo que había sucedido, probablemente estaría deambulando por las calles sin rumbo fijo, algo frecuente en los enfermos de alzhéimer: perder la noción del tiempo y su propia identidad. «¿Qué identidad?», se preguntó frotándose la barbilla. Eso era, precisamente, lo más preocupante de todo: la falta de ella. Y también el hombre de mirada inquietante: «Salvador», pensó en voz alta. La anciana había salido del centro en su compañía. Así que eliminó la posibilidad de una repentina escapada voluntaria a causa de su demencia.

«Identidad», no podía olvidarse de esa palabra, la tenía clavada en la memoria. «¿Cómo es posible que una mujer que padece serias enfermedades resida en un geriátrico sin documentos que acrediten quién es realmente?», se dijo en el más absoluto de los silencios. «Tal vez se los dejó en casa el mismo día que ingresó en el centro», pensó la psiquiatra segundos después. «El olvido. El maldito olvido». El principal síntoma de su enfermedad. Sin embargo, aquella idea carecía de sentido común. «No creo que a esta anciana, cuyas enfermedades la acompañan a diario, la hayan aceptado en el geriátrico sin tarjeta sanitaria. Carece de toda lógica. Aunque, también, cabe la posibilidad de que la propia doctora Quesada la tenga en su poder», reflexionó. De pronto, le vino una respuesta posible a tanta intriga: la pobre mujer se habría llevado con ella el único bolso que tendría y, seguramente, en él guardaba celosamente todos esos documentos. «Imposible», se dijo. Del comedor directa a la calle. No tuvo tiempo de subir a la habitación.

Cuando estaba a punto de abandonar su cuarto, se arrepintió en el acto y

cerró la puerta. Pensó en su propia identidad. Se puso la mano en la barbilla, tapándose la boca con el dedo índice, e intentó recordar dónde había guardado su documentación. «En el bolso marrón», dijo en voz alta. Allí tenía todos sus papeles: el documento nacional de identidad, el pasaporte, las tarjetas de crédito, el carné de colaboradora para asuntos policiales y el carné profesional de articulista de *Le Monde*. Se acercó al armario y lo abrió. Agarró el bolso y buscó la cartera negra donde solía guardar todos esos documentos, pero no la encontró. Decidió volcar encima de la cama todo lo que había en el bolso. No halló ni siquiera las tarjetas de visita. Se dirigió a la mesilla y abrió el cajón. Tampoco. Volvió al armario y rebuscó entre la ropa y en los cajones interiores donde guardaba las prendas más íntimas. Nada. Era como si alguien se hubiese tomado la molestia de hacer desaparecer todos los documentos que acreditaban quién era en realidad. Empezó a inquietarse. En ningún momento pensó en el maldito olvido. Estaba segura de que, antes de salir de casa, había cogido la cartera y había comprobado que no faltaba nada y que, minutos después, la había metido en el bolso. Sabía que no la había sacado ni siquiera para pagar la horchata que se había tomado con su nieta antes de ingresar en el centro.

«¡Alexandra!». Eso era lo que tenía que hacer, ponerse en contacto con ella lo antes posible. Volvió a la mesilla con el fin de no perder los nervios. Seguramente se estaba dejando arrastrar por su instinto policial, desvirtuando la realidad. O, tal vez, la enfermedad empezaba a manifestarse, de puntillas, otra vez, arrancándole algunos recuerdos. Pero al abrir la mesilla y comprobar que no había nada, empezó a sentir tiritona. Le sucedía cuando no podía controlar la situación. Su móvil tampoco estaba. Se acordaba perfectamente de que la noche anterior lo había puesto debajo del libro que estaba leyendo. Pero al no encontrar el móvil, volvió a abrir de nuevo todos los cajones del armario aun sabiendo que no era su forma de proceder. Tenía por costumbre dejarlo siempre en la mesilla de su habitación, encima o en el cajón. Y en el geriátrico había hecho exactamente lo mismo. Hábitos que no podía controlar, de los que no podía desprenderse. Por eso estaba convencida de que alguien se lo había llevado por alguna razón, de que en aquel lugar las cosas no funcionaban con normalidad, que los que ingresaban entraban pero no se marchaban libremente.

Y, por consiguiente, que Aurora había desaparecido.

## *Playa de Gandía*

El mar estaba en calma. A esas horas tempranas poca gente paseaba por la orilla, solo los madrugadores y los adictos al deporte. Alexandra se sentó en la arena totalmente exhausta por el esfuerzo físico realizado. Respiró hondo para que el olor a mar penetrase en sus pulmones. Echó la espalda hacia atrás y se tumbó con los brazos extendidos. Sus dedos no paraban de jugar con los finos granos de una arena blanca y limpia. Cerró los ojos, cogió aire por la nariz y lo contuvo durante un par de segundos. Después, lo soltó lentamente por la boca. Lo hacía cada vez que necesitaba relajar los músculos. Se quedaría en la playa un rato más. Nadie la esperaba.

Mientras su cuerpo, semidesnudo, descansaba tendido en la arena y los escasos rayos solares lo acariciaban, se preguntaba cómo le iría a su abuela en aquel encierro que ella misma había elegido, qué estaría haciendo en ese preciso instante. A esas horas se la imaginaba en el jardín de la residencia, tomando el desayuno tranquilamente con los otros ancianos. Entonces, recordó lo que le había contado cuando ella la llamó por teléfono el mismo día que ingresó. Y lo hizo porque se sentía intranquila al abandonarla en aquel extraño lugar. Necesitaba saber cómo le había ido el encuentro con la doctora Quesada.

—Las habitaciones son bastante pequeñas. Tengo que confesarte que me siento como en una prisión —le dijo su abuela.

—No tienes por qué hacerlo —insistió Alexandra—. Nada de torturarse por un proyecto de investigación que es puro placer para ti. Creo que deberías pensar en...

—¿Abandonar? Ni lo sueñes. No lo he hecho en toda mi vida y no voy a hacerlo ahora —le dejó claro.

—Quédate en casa, disfrutando de los días soleados, de los atardeceres desde la terraza —insistió su nieta.

—No lo entiendes, hija.

—No, no lo entiendo. No entiendo qué placer encuentras indagando sobre enfermedades que conoces como la palma de tu mano.

—Quiero saberlo todo. Absolutamente todo. Porque dentro de unos meses, o de unos años, no recordaré ni quién soy...

Al oír aquellas apagadas palabras, Alexandra se quedó callada y se le humedecieron los ojos. Su abuela acababa de sincerarse con ella. Aquella maldita enfermedad se estaba adueñando de sus recuerdos, arrancándoselos poco a poco, sin piedad. Tenía alzhéimer. Ese día, cuando su abuela le

confesó los verdaderos motivos que la arrastraban a ese absurdo proyecto, lo entendió todo: necesitaba averiguar qué le iba a suceder a ella en los próximos años, en qué se iba a convertir y si sería capaz de soportarlo. En el fondo, carecía del suficiente coraje para afrontar su futuro inmediato. Pero, también, había tomado aquella determinación porque era incapaz de quedarse de brazos cruzados, sabiendo que su vida se convertiría en un trasiego constante para sus hijos y nietos. Entonces, pensó que su abuela estaba poniendo tierra de por medio y los estaba alejando de su lado para que no sufriesen, que todo aquello del proyecto había sido una mentira porque tenía la intención de vivir definitivamente en aquel geriátrico.

Alexandra sintió enormes deseos de abrazarla, aunque no compartiese con ella la absurda decisión de quedarse en aquel lugar solitario. La Psiquiatría había sido su profesión, pero Alexandra consideraba que ya había llegado la hora de que su abuela la abandonase para siempre, que debía disfrutar de los paseos por la playa y de sus caricias. Decidió convencerla para que se olvidase de aquel absurdo proyecto, de convertirse en residente permanente de aquel lugar tan apartado de los suyos. Con ese pensamiento se levantó bruscamente y, de repente, sintió un fuerte dolor en el costado y en la cabeza. Cayó en la arena, de rodillas. Algo aturdida, se tocó la cadera. Sentía que le quemaba la piel. Fue, entonces, cuando vio tendido en el suelo, también dolorido, al hombre que la había arrollado mientras corría.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó ella.

—Lo siento. Deje que la ayude —se ofreció él.

—No se preocupe. Estoy bien —contestó Alexandra malhumorada.

El hombre se acercó a ella y la miró detenidamente para asegurarse de que no había heridas importantes, solamente algún rasguño en el costado izquierdo.

—Han sido mis deportivas —le dijo—. Cuando estreno calzado soy el más patoso del universo.

—¿Y siempre se lleva por delante a alguna chica? —le insinuó ella mientras intentaba levantarse.

Cuando consiguió erguirse, le clavó la mirada. Descubrió unos ojos de un azul intenso que se le antojaron hermosos. Sintió cosquillas en el estómago y pinchazos como agujas. De pronto, le entraron arcadas y vio las piernas del hombre balanceándose como una peonza. La oscuridad apareció de repente y la atrapó. Algunos mañaneros, que se habían detenido al verla inconsciente en la arena, enseguida formaron un círculo a su alrededor.

—¡Habrás sido de la impresión! —exclamó una mujer pelirroja que rondaba los cincuenta—. No todos los días se tropieza una con un joven tan *apañado*.

—Sí, muy *apañate*, pero está hecho un zopenco —resopló su compañera, una morenaza mal conjuntada y de labios demasiado voluminosos—. Pobre criatura, un poco más y la escalabra —remató.

El hombre, harto de los comentarios de aquellas dos mujeres que lo devoraban con la mirada, decidió llevarse a la joven lejos de aquellas chismosas. La cogió en volandas y anduvo con ella varios metros, hasta llegar a la puerta de un bar que acababa de abrir. El dueño, un sexagenario de aspecto dócil, lo invitó a pasar y cerró su negocio para que aquellas dos mujeres no se atreviesen a entrar. Se quedaron pegadas a los cristales de la puerta creyendo que el anciano las dejaría pasar. Pero cuando lo vieron empuñando un cuchillo jamonero salieron a escape, antes de que al propietario le entrasen ganas de llevárselas por delante. «Ya ni siquiera los viejos son de fiar», murmuró una de ellas mientras las dos ponían los pies en polvorosa.

Alexandra se incorporó después de varios segundos inconsciente. El dueño le ofreció un vaso de agua y ella se mojó los labios. Cuando levantó la mirada para devolverle el vaso, se fijó en el lugar y se dio cuenta de que no recordaba cómo había llegado hasta allí ni quién era aquel señor mayor que la miraba con aire paternal.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

—¿De neta que no se acuerda?

—No, y no me mire con esa cara de espanto como si hubiese visto un fantasma.

—¡No *se peine* conmigo! —exclamó el hombre.

—¿Qué hago aquí? —preguntó nuevamente Alexandra.

—La trajo el bato con el que se dio el cate en la playa.

—¿Y dónde está él?

—Salió *a toda trena* a la farmacia. ¡Tremenda raja se ha hecho!

Alexandra se tocó la herida de la frente y se fijó en el moratón que tenía en el costado. Apenas recordaba nada. Solo el calor de un cuerpo que la sujetaba. Mientras se pasaba los dedos por el cardenal, oyó que la puerta se abría y levantó bruscamente la mirada. Era él.

—Por fin has despertado —le dijo mirándola a los ojos—. ¿Y la ambulancia? —preguntó el hombre al dueño del bar.

—Mejor que ahuequen el ala —respondió el anciano con tono guasón, porque sabía perfectamente que tardaría veinte minutos más.

—Esto es inaudito —protestó el hombre.

—No, cuate. Los recortes de su *bobierno*.

Alexandra intentó incorporarse y, al verla con la intención de caminar, el hombre le ofreció su brazo y le dijo al tabernero:

—Me la llevo al hospital.

—¡Órale! Pero antes hágase *el moño de las agujetas* para no rodar por el suelo.

Aquel domingo, cuando ni siquiera las agujas del reloj marcaban las ocho, las urgencias del Hospital Francesc Borja no cesaban de recibir enfermos aquejados de diferentes males. Algunos eran víctimas de algún accidente de tráfico; otros del abuso de alguna droga después de un intenso sábado; y una familia de seis miembros hacía cola en los servicios para aliviar el dolor de tripa que tenían y descargar los vómitos que les estaba provocando la salmonelosis. Allí, en aquella sala de espera donde aguardaban todos, ansiosos por ser atendidos con rapidez, Alexandra y el hombre esperaban con tranquilidad que algún enfermero se acordase de ellos en algún momento. Eran los únicos que no mostraban impaciencia. De vez en cuando se miraban y sonreían. Y en una de esas miradas cruzadas él aprovechó para presentarse:

—Leo —dijo ofreciéndole la mano para estrechársela.

—Alexandra —le devolvió el saludo.

—Y ahora que ya nos conocemos, ¿me podrías explicar en qué estabas pensando para levantarte como lo hiciste?

Alexandra se echó a reír.

—Perdone, pero el que se cruzó en mi camino fue usted —le contestó con cierto tono sarcástico.

—Tutéame, por Dios, que no soy tan viejo.

El hombre sonrió y la joven enarcó ligeramente las cejas.

—¿Me vas a responder o vamos a permanecer calladitos hasta que nos atiendan?

Se quedó pensativa unos segundos, los suficientes para devolverle una respuesta a la altura de su insistencia.

—En la persona que más quiero en la vida.

Se acarició el mentón, pensativo. Aquellas palabras le sonaron a coraza.

—¿Y quién es el afortunado? —preguntó con cierta decepción al saber

que el corazón de aquella linda muchacha le pertenecía a otro. Aun así, aquella situación no suponía para él un obstáculo insalvable.

—Afortunada —le aclaró Alexandra.

A Leo se le iluminó la mirada.

—¿Tu madre?

Alexandra agachó la cabeza y se le escapó una leve sonrisa. Se sentía ridícula. Aquel hombre de ojos azules, melena salvaje y mirada intensa le parecía atractivo. Por un instante creyó que estaba interesado en ella, pero prefirió no martirizarse pensando en esa posibilidad. «¿Cómo un hombre tan apuesto como él iba a fijarse en una joven que no superaba el metro setenta y tan insignificante como ella?», se preguntaba en silencio, ahogando toda su esperanza. Ni siquiera había heredado la belleza de su madre, creía ciegamente.

—No, pensaba en mi abuela.

—¡Ah! —exclamó algo sorprendido, ya que no se la imaginaba en situación afectuosa hacia una anciana, aunque esta se tratase de su propia abuela. Parecía más bien una joven desprendida de las relaciones familiares.

—Es la única persona que me comprende en la vida. La quiero mucho.

Leo se puso serio de repente.

—Espero que no te haya incomodado mi pregunta. A veces soy demasiado curioso.

—¡Como todos! —ironizó Alexandra, regalándole segundos después una de sus espontáneas sonrisas.

Ambos se echaron a reír y un enfermero, que pasaba en ese instante cerca de ellos, les recordó que no debían hacerse notar.

—¡Compórtense! —les dijo—. No están en una feria.

Pasaron toda la mañana en aquella sala de urgencias atestada de seres que se sentían solos y abandonados por el escaso personal que trabajaba. Una larga espera que aprovecharon para conocerse. Consiguieron abandonar aquel hospital, exhaustos y hambrientos, alrededor de la una y media del mediodía.

—Te invito a comer.

—No sé si debo. Me gustaría visitar a mi abuela, asegurarme de que se encuentra bien.

—Con el estómago vacío poco podrás hacer.

Alexandra dudó en aceptar. Presentía que su abuela la necesitaba. La noche anterior se había desvelado varias veces. Había soñado que alguien le inyectaba un líquido mortal y nadie hacía nada por ayudarla. Se despertó

empapada en sudor y con el corazón latiéndole a mil por hora. Pero Leo tenía razón. Debía comer algo antes de hacerle una visita y cerciorarse de que todo iba bien.

# EL TÚNEL

*Dos horas y media en el interior*

Una hora tardó Fernando en regresar con nosotras. Llegué a pensar, incluso, que nos había abandonado. No trajo nada. Absolutamente nada. Y yo me sentía desfallecer. La garganta reseca. Los labios deshidratados. La esperanza de salir vivos desvaneciéndose en el aire.

—Los he oído discutir cerca de la cocina y no he podido colarme. Era demasiado peligroso —se justificó.

Agaché la cabeza. Fernando, al verme tan seria, me levantó la barbilla para que lo mirase fijamente.

—He encontrado algo. —Se metió las manos por debajo del pantalón, las agarró con fuerza y las puso encima de la mesa. Eran dos pistolas semiautomáticas.

—¿De dónde las has sacado? —le pregunté totalmente aturdida.

—Había una caja llena de armamento al lado de la puerta de acceso a las cocinas.

—Eso quiere decir que conocen la existencia del túnel.

—Sí, pero todavía no se les ha ocurrido buscarnos aquí. Así que no es necesario dramatizar.

—Las echarán en falta.

—Tal vez, pero encontraremos la salida al exterior antes de que ellos entren. Te lo prometo.

Me giré y volví al lado de mi nieta. Aquellas palabras salidas de su boca me sonaron a lo que muchos llaman una mentira blanca; la que se utiliza, poco acertadamente, para no preocupar en exceso. A mí, en cambio, me provocó el efecto contrario: las manos empezaron a temblarme y sentí un escalofrío recorriendo cada centímetro de mi cuerpo. Fernando mintió. Pero me tragué enterito aquel embuste. Permanecí callada durante treinta intensos minutos. Tan intensos como mi vida. Ni siquiera fui capaz de dirigirle de nuevo la mirada. No podía. No quería. Me sentía dolida. Alexandra me necesitaba. Así que no perdí más tiempo en lamentos. Acaricié las mejillas de mi nieta, le agarré una mano y la estreché contra las mías. Y fue en ese

preciso instante cuando noté que uno de sus dedos se movía. Di un brinco y grité enloquecida:

—¡Está despertando, Fernando! La medicación ha funcionado.

No pude evitar abrazarlo. Sentí su calor atravesándome el corazón. Nos miramos fijamente y nos besamos en los labios. Fue un acto impulsivo, como la primera vez. Nos dejamos arrastrar por nuestros verdaderos sentimientos, sin miedos, arrinconando nuestras diferencias. No nos dimos cuenta de que mi nieta había abierto los ojos y nos observaba embobada, con una sonrisa disimulada adornando su boca.

—Abuela —me dijo con una voz trémula que denotaba su confusión ante el lugar donde nos hallábamos—. ¿Dónde estamos?

—No hables, cariño. Descansa.

—En un hospital —le aclaró Fernando—, donde hay médicos que te curarán y muy pronto saldrás de aquí.

Lo miré de soslayo ante la tremenda falacia que acababa de escupir por la boca. «Embustero», le reprochó mi mente. Lo agarré del brazo y, una vez lejos de los oídos de mi nieta, le recriminé:

—Alexandra no es ninguna ingenua. Es más lista que tú y yo juntos. Así que esa enorme trola que acabas de lanzar no tiene patas para escapar de la listeza de mi nieta.

—Es una simple mentirijilla pero, si te ha molestado tanto, cuéntale la verdad y deja de jorobarme.

Fernando se dio media vuelta, avanzó hacia la salida y abrió la puerta.

—¿No te atreverás a dejarme sola?

—Ya no estás sola.

—Siempre tienes que estropearlo todo —le reproché recordando todavía sus besos.

—Alguien tendrá que salir a buscar comida, ¿no?

—Sí, por Dios, que me muero de hambre —dijo mi nieta con los ojos entrecerrados, humedeciéndose los labios con la lengua.

—Un poco de agua —me pidió.

—Ahora mismo.

Aquella fue la primera vez que Fernando se alejó de mí sin despedirse.

—Necesito beber —me decía mi nieta.

Cogí uno de los vasos que había en una de las mesas y me dirigí a un pequeño baño que había junto a la sala, lo lavé un poco con agua del grifo del lavabo y lo llené de agua. Cuando regresé al lado de Alexandra, la encontré

semidormida. Le di de beber y enseguida cerró los ojos. Había permanecido semiinconsciente demasiado tiempo. Así que le susurré al oído con la intención de que me respondiese. Tenía miedo de que, si la dejaba dormir otra vez, jamás despertase. Así que pellizqué suavemente una de sus mejillas mientras mi voz le susurraba dulces palabras. Pero lo único que conseguí fue un «abuela, no seas pesada» que me tranquilizó.

Me resigné a aquel silencio. «Mejor tragarme sola los temores que compartirlos con ella», pensé. Decidí cerrar los ojos yo también. Una forma de huir de la profunda soledad en la que me hallaba. Y la maldita jaqueca apareció de nuevo para hacerme compañía.

Sentía que la cabeza me iba a estallar...

## **Recuerdos silenciados**

*Finales de noviembre de 1944*

«Me duele mucho», le dije a mi madre después de terminar nuestra jornada en la fábrica de confección de uniformes del campo. Apenas habíamos tenido tiempo de saciar nuestro apetito. El hambre seguía persiguiéndonos, incansable. La comida era algo más abundante, pero no lo suficiente como para acabar con nuestro dolor de estómago. Yo seguía teniendo pesadillas todas las noches. En ellas me atiborraba de dulces, de carnes y frutas, y de las odiosas verduras, que se convirtieron en todo un manjar en mis sueños. Y aquel olor del pan de leña que preparaba mi abuela cada mañana me acompañó noche tras noche. Ese olor a pan de centeno, recién salido del horno, atravesaba todos mis sentidos. Un olor que todavía permanece en mi memoria, a pesar del tiempo transcurrido y del avance de mi enfermedad, ese olor que forma parte de mi historia familiar.

Antes de estallar la Guerra Civil, mis abuelos regentaban una panadería. Las hábiles manos de mi abuelo Jaime con la masa y la imaginación de mi abuela Constanza con los dulces hicieron posible que su pequeño negocio prosperase, y que sus productos se convirtieran en alimentos imprescindibles de la despensa de todos nuestros vecinos. Mi madre aprendió el oficio y pudo haber sido una estupenda panadera, pero la aguja le ganó la partida a la masa y acabó formándose en otro gremio, llenando de tristeza los corazones de sus padres, que no consiguieron que al menos uno de sus hijos perpetuase el oficio familiar. Todos, absolutamente todos, aprendieron y se movían entre los hornos como peces en el agua, pero ninguno siguió los pasos de mi abuelo.

Mi madre ayudaba a mi abuela en la preparación del pan familiar e, incluso, se atrevía con algunos dulces. En casa, mi abuelo nunca hacía pan. Bueno. Ni pan, ni nada. Decía que no le correspondía, que eran tareas de féminas y que mi abuela y mi madre eran las únicas que debían realizarlas, al ser las únicas mujeres de la familia. Nunca lo entendí, hasta que me casé. Cuando se metían en la cocina, yo las acompañaba porque me quedaba embelesada viendo cómo introducían sus dedos en la masa madre de mi abuelo. Una masa madre legendaria, única, que había heredado de su padre, mi bisabuelo, y que le daba un sabor especial al pan: el de las uvas pasas con

granitos de anís.

Recuerdo cómo mi abuelo cuidaba aquella masa madre todos los días, cómo la refrescaba añadiéndole dos cucharadas de harina de centeno y un poquito de agua para que volviese a su textura inicial. «Que no se reseque — me decía—, porque entonces tendré que elaborar otra y perderemos nuestra identidad. Ya no será la misma. Ya no será nuestro tesoro». Y a mí, entonces, me entraba la risa floja. «Hay que mimarla y acariciarla como a un niño de pecho», me repetía hasta la saciedad. «Devolverle la vida», decía. «Hidratarla como a un sediento». Y recuerdo, también, cómo la golpeaba, la estiraba, la doblaba y se olvidaba de ella... Luego, la humedecía... y volvía a golpearla y se la llevaba al pecho. Entonces... se le saltaban las lágrimas. Cada vez que hundía los nudillos en la masa me parecía que reanimaba a un herido. Había oído hablar de ellos, pero no los había visto nunca, hasta que perdimos la guerra. Ni siquiera a mi padre, cuando se marchó a combatir y acabó en el hospital a los pocos meses de su partida. Nunca regresó. Ni al hospital. Ni al frente. Ni a casa.

Aquella masa madre de mi abuelo Jaime fue lo único que heredamos cuando acabó la contienda. Y lo difícil que fue para todos preservarla de nuestras miradas hambrientas. Nos hacía perder la conciencia aquel olor a fermento, a bodega vieja. Resistimos la tentación de hincarle el diente porque era nuestra única salvación: reabrir la panadería, totalmente destruida por las bombas, y ganarnos la vida, dignamente, con ella. Pero nunca lo conseguimos. Perdimos aquella particular herencia. Y a mi abuelo algunos años después. Una repentina enfermedad le arrebató la vida. Y la esperanza. Con él se llevó el secreto de nuestro tesoro familiar. Todavía recuerdo lo que nos contaba sobre nuestra herencia. Según decía, cuanto más tiempo viviese aquella masa —porque era nuestra, solo nuestra—, el pan que elaborásemos con ella tendría mejor sabor. Y no sé si estaba en lo cierto, pero aquel pan de centeno que hacía en casa mi abuela Constanza, con el tesoro de mi abuelo, era gloria bendita.

El olor del delicioso pan de centeno con aroma a pasas anisadas de mi abuelo, el del pastel de nueces, que elaboraba mi abuela, y el que desprendía los domingos el fricandó de ternera con setas de mi madre se adueñaron de mis pensamientos durante todos los días que pasé en el campo de Ravensbrück, intentando luchar contra el hambre y los nazis.

Pero, también, aquella niña de mirada angelical me acompañó hasta el final. Ella... y sus dedos embadurnados de chocolate.

No he podido olvidar, ni tampoco quiero hacerlo, el día que la vi por segunda vez. La primera fue nada más llegar al campo, cuando nos dirigíamos a los barracones y ella jugaba en un jardín esplendoroso junto con otros niños, también de mofletes rosados. Ella se fijó en nosotras. Yo en ella. Era menuda, de cabellos dorados y olor a jabón. Apareció de repente un día, en la fábrica, con los dedos pringosos de pastel. No pude evitarlo. Pasé mi lengua por mis labios, relamiéndomelos. Ella me sonrió y se acercó. El olor del chocolate penetró en mi nariz, dejándome semiinconsciente. Quise abalanzarme sobre él. No tuve tiempo. Ella, juguetona, me ofreció un bocado y yo, ansiosa, me tragué todo el trozo. La niña de mirada angelical, cabellos dorados y olor a jabón se puso a llorar, tan egoísta como yo antes de la guerra, y le enseñó a una vigilante lo que le había quedado del pastel. Y también sus dedos, limpios y chupados. La *Kapo*, encolerizada, se acercó a mí y me propinó la bofetada más dolorosa de todas las que había recibido. Y pensé que había peores castigos: días sin probar bocado alguno, soportando los olores de la cocina donde se preparaban las comidas de los nazis y que se colaban en la fábrica mientras cosíamos a destajo.

Lo que nunca llegué a imaginar era que aquel pensamiento se haría realidad, pero no en la fábrica mientras trabajaba, sino en la celda de la muerte.



## Capítulo 5

### *Diez días antes de la entrada al túnel*

*Gandía, 7 de septiembre de 2015*

Eulalia seguía preocupada. Aurora no los había acompañado en el desayuno ni tampoco en el almuerzo. Llevaba dos días desaparecida. Cada vez que le preguntaba a Fátima, esta le respondía que la anciana se encontraba indispuesta y que la doctora Quesada había dado órdenes estrictas de que permaneciera en su habitación. Sin embargo, Eulalia sabía que allí no había nadie. Necesitaba hablar con su nieta, pero tenía la extraña sensación de que alguien la vigilaba. No sabía cómo hacerlo sin levantar sospechas. Salvador no cesaba de observarla en cada momento, incluso se ofrecía a ayudarla aun sabiendo que ella, a diferencia de los demás ancianos, no padecía dolores de consideración ni trastorno alguno. Solamente su nieta estaba al corriente de su enfermedad, ni siquiera la directora del centro había sido informada.

Esa tarde, Fátima se percató de que Eulalia estaba demasiado inquieta y se acercó con la intención de averiguar qué le sucedía:

—La encuentro algo preocupada.

—No es nada. Son los años, que no perdonan.

—No la creo. A usted le pasa algo y me lo va a contar ahora mismo.

Agarró la primera silla que vio cerca y se sentó a su lado, dispuesta a escucharla. Eulalia no debía sincerarse con Fátima porque nadie en aquel geriátrico, salvo la doctora Quesada, conocía los motivos profesionales que la habían llevado a ingresar en el centro: observar las conductas de los ancianos que padecían alzhéimer o párkinson y su comportamiento, para llegar a conclusiones que ayudasen a mejorar la calidad de vida de estos enfermos. Pero, sobre todo, ayudarse ella misma para ser capaz de afrontar su propio destino. Un secreto que solo había compartido con dos personas: el doctor Gregorio Espinosa y su nieta. No tenía la más mínima intención de revelárselo a nadie más. Necesitaba de manera imperiosa descubrir su futuro inmediato, aceptarlo. Estaba convencida de que si convivía con personas que padecían la misma enfermedad que ella, tendría más de la mitad del camino

andado. Eso fue lo que le dijo su amigo Gregorio. Y él fue, también, quien la convenció para ingresar en la Clínica Geriátrica Gandía.

—Cuénteme qué tormentosos pensamientos la tienen tan apenada —la animó Fátima.

Eulalia se quedó desconcertada por el léxico tan bien elegido de la empleada. No era frecuente encontrarse con una joven inteligente y culta dedicada a la limpieza. Mucho menos en un lugar como aquel, donde sus obligaciones no se centraban únicamente en tener el lugar como una patena, sino también en mantener la higiene de los ancianos. En más de una ocasión, aquella joven de apariencia huraña había hallado en alguna de las habitaciones manchas marrones, apestosas, o líquidos amarillentos esparcidos por doquier, y había sorprendido a más de uno con las piernas pringosas y hediondas. Entonces, Fátima aguantaba la respiración mientras lo aseaba y retiraba los restos del suelo, en el mejor de los casos, o de las sábanas, en el peor de ellos. Salvador y ella eran los únicos que pernoctaban en el centro. El resto del personal, incluida la directora, regresaba con sus respectivas familias.

—A mí no me pasa nada —le contestó Eulalia algo contrariada—. Solo que hoy me siento especialmente sola. Echo de menos a mi nieta.

Eulalia intuía que Fátima también escondía algún secreto. Sus ojos la delataban. Con ella intentaba disimular pero no lo conseguía, porque a veces se ponía a la defensiva o era excesivamente amable, el mismo comportamiento que había visto en más de una ocasión a muchos de sus pacientes cuando no deseaban contárselo todo. Por eso a la doctora Lambert no la podía engañar.

—Pues eso tiene fácil arreglo —le dijo Fátima.

La joven se levantó y se dirigió a la mesa donde se encontraba Fernando, que estaba jugando al parchís con Lourdes y Mariano, una pareja muy dicharachera que residía en el centro desde hacía año y medio. Se acercó al oído de Lourdes y esta sonrió a Eulalia. La buena de Lourdes, porque para todos era toda bondad, le hizo un gesto con la mano para que los acompañase. A ella no le apetecía. Aun así, decidió cobijarse en la amabilidad de aquellos ancianos.

### *Residencia de la doctora Lambert*

Alexandra recogió con desgana los restos de *crudités* de la mesa. Por mucho

que lo intentaba no podía olvidarse de su abuela y de aquel inesperado proyecto, que había cogido desprevenidos a su padre y a ella. Esa preocupación inicial se habría disipado si, el día que la acompañó, no hubiese tenido la sensación de que la urbanización donde se hallaba la clínica era demasiado tranquila. No parecía una zona donde residiesen familias normales, cargadas de niños ruidosos que disfrutaban de sus ratos ociosos chutando balones que estampaban en los cristales de algún vecino quejumbroso. Nada de eso. Aquella era una zona apartada del mundo urbano. Silenciosa. Una tranquilidad sobrecogedora. Y eso hizo que se fijase en los chalés colindantes y en los autos de lujo que había aparcados en cada uno de ellos, grises y oscuros como el ambiente que se respiraba en aquel extraño lugar.

Pilar llegó de la compra con la cara descompuesta por el calor. Entró a la cocina y se encontró a Alexandra depositando dentro del fregadero el plato que había utilizado.

—Ya me ocupo yo —le dijo la mujer algo apurada.

—No he podido esperar. Estaba hambrienta.

—He comprado rape. —Lo colocó encima del mármol—. A tu abuela le encanta.

Algunas lágrimas empezaron a recorrer el rostro fatigado de Pilar y, como no deseaba que la joven la viese llorar, se las restregó con la mano.

—Yo también la echo mucho de menos.

—No entiendo por qué lo ha hecho. Tiene una familia que la adora. —Absorbió otras lágrimas que amenazaban con salir mientras guardaba el rape en el frigorífico.

—Se ha empeñado en hacer un trabajo de investigación de campo. Estará solo un tiempo. Volverá pronto.

—¡Dios te oiga!

—Lo dudo. Está demasiado ocupado —masculló Alexandra. Agarró una manzana de una de las bolsas que había traído Pilar y, cuando se disponía a darle el primer bocado, la mujer frunció el ceño—. Está bien, la lavaré. —La puso debajo del grifo y la frotó con un paño de cocina—. Cada vez te pareces más a mi abuela. —La abrazó y la besó en la mejilla.

Pilar sacudió la cabeza y suspiró.

—La gente que vive en esa urbanización es desabrida.

Alexandra se olvidó de la manzana.

—¿Por qué lo dices? —preguntó algo inquieta por aquella repentina

reacción.

—Apenas se relacionan entre ellos.

—Bueno, según dice mi abuela hay individuos insociables y no por eso se les debe condenar por ello —puntualizó no muy convencida.

—Viven aislados del mundo.

—¿Y qué opinas de la clínica donde está mi abuela?

—Como en casa, en ningún sitio. Te lo digo yo.

—Tienes razón —convino Alexandra—. Pero no has respondido a mi pregunta.

—Que cuesta un riñón. Eso opino. Así que tu abuela tiene que estar como una reina.

—Pues entonces no deberíamos preocuparnos tanto. —Le dio un mordisco a la manzana—. ¿Y cómo sabes que es cara? —le preguntó sin rodeos.

—Porque una amiga mía quiso ingresar a su madre y, cuando la directora le dijo la cantidad mensual que debía pagar, casi le da un pasmo.

—¡Vaya!

—Pero como le pareció un lugar serio y muy limpio, convenció a sus otros hermanos para que ayudasen en el pago y volvió con la suma. —Sacó los pimientos y los tomates de la bolsa y los guardó en el frigorífico.

—Y la aceptaron.

—Pues no. Le dijeron que todas las camas estaban ocupadas y las que no... reservadas desde hacía meses.

### *Clínica geriátrica*

Eulalia necesitaba hablar con Alexandra, contactar con ella lo antes posible. Cuando entró en el geriátrico, la doctora Quesada la convenció para que le entregase el móvil a Salvador con la excusa de que no podía hacer ninguna excepción, ya que supondría una discriminación con respecto al resto de residentes. A Eulalia no le gustó la idea, pero la directora insistió tanto en la conveniencia de que recibiese el mismo trato que los demás que no pudo negarse, a pesar de que tenía la sensación de que no debía alejarse de un aparato que la mantenía comunicada con el resto del mundo. En la clínica no se permitía a los residentes usar móviles ni ordenadores. Una norma que sorprendió a la doctora Lambert. Pero ¿cómo negarse a ello sin sembrar la duda y la desconfianza en una joven directora llena de complejos?

Aceptó sin condiciones porque podía hacerlo y, al mismo tiempo, quedarse tranquila. Le puso en la mano uno de los dos móviles que llevaba encima. Su hijo le había regalado un Smartphone en su último cumpleaños, el que se guardó. A la doctora Quesada le entregó su antiguo móvil. Pensó que no podía encerrarse en un centro sin sentirse segura, que confiar plenamente en las personas era convertirse de la noche al día en una ingenua incurable. No podía arriesgarse y no lo hizo. Por eso se llevó los dos móviles que tenía, entregó el que apenas utilizaba y se guardó el que la mantenía comunicada con el resto de los mortales.

Eulalia estaba convencida de que la habían descubierto hablando con su nieta el mismo día que llegó. «Alguien se dedica a fisgonear y pega la oreja detrás de las puertas», conjeturó. No podía borrar de su memoria esa idea. Era la única probable de las muchas que había barajado. Aunque apenas la conocía, a Fátima la veía capaz de hurgar en las habitaciones y de escuchar detrás de las puertas. Aun así, su olfato le decía que aquella joven de cabellos largos y ondulados, del color del chocolate, recogidos en una cola de caballo, tenía buen fondo. Las vibraciones con Salvador eran muy diferentes. Tenía la sensación de que aquella amabilidad que mostraba era pura fachada, que detrás de aquellas palabras y gestos cariñosos se escondía un ser contradictorio, incluso perverso. Enseguida se dio cuenta de que estaba dejándose arrastrar por las apariencias y que no debía descartar ninguna posibilidad. Ni siquiera que su intuición la llevase a engaño. Mientras intentaba poner en orden sus ideas, Fátima le contaba anécdotas sobre el esfuerzo que estaba realizando Lourdes. Las palabras de la joven las oía tan lejanas como las olas del mar, hasta que la anciana se dirigió a ella:

—*Siééntetese aquí yacoompañenos* —le dijo la buena de Lourdes, cuya candidez se reflejaba en cada línea tierna y discontinua de su rostro ajado y, a pesar de eso, no dejaba de sonreír.

Tampoco podía controlar los movimientos de la cabeza ni de las manos. El párkinson se había adueñado de su sistema nervioso. También de su lengua. Cuando los temblores se apoderaban de su cuerpo, apenas podía controlar los movimientos de las manos, pero no se rendía. Y cuando le tocaba mover ficha hacía el esfuerzo de avanzar y lo conseguía, después de dos eternos minutos de espera para sus compañeros, que en ningún caso perdían la paciencia, sino todo lo contrario, la animaban hasta que llegaba a la última casilla.

—*Sigue, sigue, que te falta una* —le decían.

Cuando la buena de Lourdes, porque era más buena que el pan, llegaba al final todos alzaban las manos, eufóricos, y su marido le regalaba un beso en la boca, que ella aceptaba complacida. Y ella se ponía muy contenta cuando recibía todas aquellas muestras de afecto.

### *En los alrededores de la clínica...*

Era día de visita y su abuela la esperaba ansiosa. Aparcó el coche en la puerta principal de la urbanización, obedeciendo las órdenes estrictas del guardia de seguridad, y se adentró a pie en la calle principal. Anduvo varios metros con las palabras de Pilar grabadas en la memoria. «Viven aislados del mundo», le dijo. Y Alexandra no pudo con aquella curiosidad que la perseguía cada vez que olía a situación anormal, turbia o delictiva. Necesitaba algunas respuestas que aplacasen aquel sentimiento de intranquilidad que la embargaba. Aunque era demasiado pronto para calificar aquella sensación que le producía aquel lugar, decidió dar un paseo por los alrededores de la clínica para comprobar con sus propios ojos el alcance de las palabras de Pilar.

Contabilizó un total de treinta chalés que rodeaban la clínica. Todos de un mismo estilo arquitectónico, con dos plantas, porche y amplios jardines. En algunos había piscina y, a pesar del sofocante calor que hacía a esas horas de la tarde, nadie disfrutaba de ellas. Mientras caminaba por el centro de la carretera sin miedo a ser atropellada, ya que era una urbanización cerrada, apenas encontró gente en las calles. Dos niños jugaban al baloncesto en las inmediaciones de sus casas y un hombre cuarentón de mirada pérfida regaba las plantas. No apartó sus ojos de ella. Alexandra se sintió observada, pero no se atrevió a girarse para no levantar sospechas. Cuando alcanzó el cruce, respiró hondo. Aquel rostro le resultaba familiar, pero no conseguía recordar dónde lo había visto por primera vez. Continuó su paseo en dirección a la clínica hasta que, de repente, se le pasó por la cabeza cruzar los límites. Entonces, se encaminó hacia uno de los chalés, que había a unos cien metros de la puerta de la clínica, y se adentró en el jardín. Se acercó a los grandes ventanales para ver el interior. Una decoración vanguardista, algo sobria y fría para su gusto, invadía aquel espacio. Estaba tan ensimismada en aquel lujoso paisaje artificial que no oyó los pasos de alguien que se acercaba tras ella.

—¿Qué hace? —rugió enojada una mujer enfundada en un vestido verde ajustado al cuerpo, que dejaba en evidencia sus curvas.

—Lo siento. No quería molestar.

—¡Váyase! Este es un barrio tranquilo. No nos gustan los intrusos.

—¿Qué pasa, cariño? —le preguntó su marido, un hombre joven, apuesto y repeinado cuyo traje, hecho a medida, resaltaba la clase a la que pertenecían.

—Esta joven, que ha tenido el descaro de colarse en nuestro jardín.

—No lo he podido evitar, tienen unas flores preciosas —se justificó Alexandra mientras retrocedía para llegar a la acera.

—Si la vuelvo a ver por aquí, llamaré a la policía —la amenazó.

Alexandra se alejó de las miradas rabiosas de aquellos seres con un sabor amargo en la garganta.

### *Clínica geriátrica*

—Ahora le toca a usted —le dijo Mariano a Eulalia.

—Espero recordar cómo se juega.

—No se preocupe. Aquí la mayoría no lo consigue.

Todos se echaron a reír, menos Eulalia. Necesitó unos minutos para pensar qué debía hacer. Se precipitó y movió su ficha antes de lanzar el dado. Entonces Fernando tiró de nuevo y le dijo que retrocediese dos casillas, que en el dado había salido cuatro y ella había avanzado seis. Colocó la ficha donde le había indicado Fernando y le sonrió como muestra de agradecimiento. Él le devolvió la sonrisa.

Estuvo un buen rato jugando con ellos hasta que, de repente, la invadió el recuerdo de Aurora. No pudo resistir la tentación de preguntarle a Fernando por ella.

—Olvídese de Aurora y no se meterá en ningún lío —le aconsejó.

—¿Qué está pasando aquí? —insistió ella.

—Nada que deba saber.

Cuando había decidido confiarle que la anciana no se hallaba en su habitación, Salvador le tocó el hombro, le echó una mirada inquisitiva a Fernando y le comunicó a Eulalia que tenía visita. Se levantó bruscamente, ansiosa por ver a su nieta; estaba convencida de que era ella. Cuando la vio esperándola en la sala, se lanzó desesperada a sus brazos. Alexandra se emocionó.

—Vayamos a mi habitación —le indicó a su nieta.

—Lo siento, señora Gramunt —la interrumpió Salvador—. Las visitas se

hacen en la sala.

—Pues, entonces, nos quedaremos aquí —contestó Alexandra sin ser consciente de que su abuela necesitaba cierta intimidad para relatarle, con todo lujo de detalles, lo que estaba aconteciendo en aquel extraño lugar; mejor dicho, lo que estaba viendo, oyendo, pero, sobre todo, viviendo y sintiendo.

—Sentémonos, entonces —dijo Eulalia mirando de soslayo a Salvador, que las observaba mientras calentaba con las manos la taza de café que acababa de servirle Fátima.

Alexandra estaba eufórica. Le brillaban los ojos y su abuela supo por su intensidad que había conocido a alguien. Podía oler su felicidad. Sin embargo, nada más acomodarse en la silla, la joven notó que su abuela estaba algo tensa y abandonó por unos instantes aquella dicha que la embargaba.

—¿Qué pasa, abuela? —le preguntó directamente.

—¿Por qué has tardado tanto?

Alexandra supo que las cosas no iban bien. Su abuela había pronunciado las palabras mágicas que decía cuando las cosas se torcían. No era ese tipo de mujer que malgastara su tiempo en reprocharle a los demás sus ausencias. Amaba la soledad y la buscaba. Saboreaba cada instante que dedicaba en silencio a dejar fluir sus pensamientos, sin interrupciones de ninguna clase. Era un alma solitaria que disfrutaba siéndolo. Por eso, aquella pregunta retórica era la que siempre utilizaba para informar a su nieta cuando había encontrado una pista de un caso sin resolver y se hallaba en compañía de quien no debía escucharla.

Alexandra había comprendido el mensaje. Le apretó las manos y, siguiendo las pautas que le había enseñado su abuela, la calmó un rato. Salvador las seguía con la mirada y la joven empezó a sentirse incómoda. Aquella mirada la intimidaba. Suspiró e intentó olvidarse de ella. Enseguida se dio cuenta de que estaban siendo vigiladas por el celador y de que su abuela necesitaba comunicarse con ella. Entonces, utilizó la estrategia del despiste que le había enseñado. Lo que Eulalia desconocía era que aquellas frases se habían convertido en realidad para Alexandra.

—He conocido en la playa a un chico guapísimo.

—¿No ves, hija, como a ti también te suceden cosas hermosas?

Salvador sacudió la cabeza al oír hablar de amores, el tema cansino de las mujeres y que tanto lo aburría. Se tomó de un sorbo el resto de café que quedaba y dejó la taza encima de una mesa. Se puso a conversar con Pilar —

la anciana en cuya habitación Eulalia había entrado por equivocación creyendo que era la de Aurora— y la acompañó hasta la enfermería. Entonces Alexandra, con sus manos enredadas en las de su abuela, se acercó más a ella:

—*Raconte-moi* —le dijo en francés casi murmurando.

—*Une vieille femme a disparu* (Una anciana ha desaparecido). *J'ai enregistré sa chambre...* (He registrado su habitación).

—*Tu es devenue folle?* (¿Te has vuelto loca?) —la increpó su nieta.

—No me interrumpas, Alex, *on n'a pas de temps* (no tenemos tiempo) —le dijo su abuela recorriendo con la mirada algunos rincones de la sala—. Menos mal que lo hice, *parce que je n'ai rien trouvé dans sa chambre* (porque no hallé nada en su habitación) y eso es lo que más me escama.

Alexandra frunció el ceño.

—Tal vez esa mujer se ha marchado. ¿No has pensado en esa posibilidad?

—No seas ingenua, hija —le reprochó.

—No deberías sacar conclusiones precipitadas. Tú misma me lo has repetido muchas veces. Seguro que hay una explicación.

—¿Y cómo explicas, entonces, que no encuentre mis documentos en el bolso donde los guardé?

Alexandra le apretó las manos y la miró fijamente. Sentía dolor. Dolor en el alma.

—Abuela, estoy empezando a preocuparme, porque no estoy entendiendo nada.

—Pues que ella no los tiene y a mí me han desaparecido.

—¿Estás segura de que los tienes aquí y no te los has dejado en casa? —le preguntó con una pizca de crueldad en su voz, necesaria para hacerla reaccionar.

Los ojos se le humedecieron a Eulalia.

—No me crees —le dijo conteniendo las lágrimas, soltando las manos de su nieta y dejando caer su espalda en el respaldo de la silla.

—*Ce n'est pas ça, mamie* (No es eso, abuela). —Cruzó las manos y le devolvió una mirada desazonada.

—*Quelqu'un est entré dans ma chambre et m'a piqué toute ma documentation* (Alguien ha entrado en mi habitación y se ha llevado toda mi documentación) —insistía Eulalia—, *et aussi le mobile que m'a donné ton père* (y también el móvil que me regaló tu padre). *Voici les choses étranges*

*qui se passent, fille.* (Aquí están pasando cosas muy extrañas, hija). Me duele ver que tus ojos están llenos de incredulidad.

Sus manos reclamaron las de su nieta. Alexandra se las estrechó y respiró hondo.

—No te enfades conmigo pero es que, desde que me confesaste lo de tu enfermedad, no paro de darle vueltas a la cabeza. —Le clavó una mirada húmeda—. *Oublie ce projet et viens chez moi* (Olvídate de este proyecto y vuelve a casa conmigo) —le apretó las manos fuertemente.

—No puedo, Alex.

—No te entiendo, abuela. Si eso que me has contado es cierto, no alcanzo a comprender que prefieras poner en peligro tu vida por una investigación más que disfrutar de mi compañía.

—¿Una ambiciosa periodista no entiende mi necesidad de descubrir la verdad? —inquirió la anciana, algo molesta por la egoísta actitud de su nieta—. Ya no se trata solo de una investigación más y de atrapar a un culpable —le aclaró acercándose a su cara—. *Une femme a disparu et je dois la trouver* (Una mujer ha desaparecido y yo tengo que encontrarla). Y lo haré con o sin tu ayuda —sentenció clavándole la mirada a su nieta.

—Creo que lo mejor es que avise a mi padre y le cuente que estás perdiendo el juicio.

—No harás eso.

—Sí, sí lo haré.

—Me dejarás tu móvil y me ayudarás en la investigación desde el exterior.

—¿Te has vuelto loca? ¿Y si te ocurre algo? ¿Y si pierdes la memoria y no recuerdas quién eres? Deberías decírselo a papá. No podrás ocultar por más tiempo tu enfermedad.

Alexandra intentaba sujetar las lágrimas, que amenazaban con salir disparadas.

—Sé cuidarme perfectamente, pero te necesito a mi lado. Además, me lo debes por las veces que te he ayudado en tus reportajes.

La joven periodista se puso las manos en la cabeza y se quedó en silencio, intentando digerir la locura de su abuela. No podía perder tiempo porque, en cualquier momento, aparecería Salvador y solo de pensar en esa posibilidad se le aceleraba el corazón. La conocía demasiado bien. No podía dejarla indefensa, incomunicada. Se levantó de la silla y la convenció para que la acompañase. Cuando llegaron a la puerta de los servicios, introdujo

sus dedos en el bolso y sacó su móvil. Le estrechó las manos y se lo dio disimuladamente. Segundos después la abrazó y le susurró al oído la contraseña.

—No sé si estoy haciendo lo correcto. Escóndelo bien. No puedes perderlo otra vez.

—Descuida hija.

—Llámame a casa si las cosas se ponen feas.

—Sabrás de mí antes de lo que imaginas.

Se abrazaron y se despidieron. Alexandra se alejó con un nudo en la garganta. Lo sabía. Se lo había visto en la mirada. Tenía un mal presentimiento. Mientras su nieta se dirigía a la salida, Eulalia aprovechó para entrar en los servicios, comprobó que no había nadie y se encerró. Dejó el móvil encima del lavabo, se mojó la cara, se miró en el espejo y suspiró. Se quedó pensativa unos segundos, los suficientes para decidir hablar con la directora del centro. Agarró el móvil, lo apagó y se lo guardó debajo de la faja. Se la colocó bien, se estiró con los dedos el cabello hacia atrás y salió.

Tenía a Sebastián pegado a sus espaldas desde que lo vio en el ascensor. Se dirigió a su habitación sin mirar atrás, sabía que él no le quitaba ojo de encima. Abrió la puerta, entró y la cerró con calma para no levantar sospechas. Una vez dentro, abrió el armario y dejó el móvil debajo de una falda azul que había colocado después de las ocho blusas que se había traído y que había guardado en el tercer cajón. Memorizó la contraseña que le había dado su nieta y, como le costaba recordarla, agarró un papel, la escribió en él y lo dejó encima del móvil. A veces la memoria le fallaba. No podía correr riesgos ni tampoco entrar en el despacho de la doctora Quesada con el móvil encima. Y cuando se dirigía a la salida, de repente se paró en seco. Guardar el móvil en el armario era ponérselo fácil a quien se dedicaba a registrar las habitaciones. Así que pensó en buscar un lugar más seguro. Entonces recordó que en su pequeña maleta morada había una doble funda. Aquel maletín de viaje la había acompañado en muchos casos de investigación en los que había participado junto al comisario Guillaume Fernandes. No se lo pensó dos veces. Guardó el móvil y el papelito con la contraseña en esa doble funda, resguardado de ojos indiscretos y maliciosos. Suspiró por segunda vez y salió de la habitación dispuesta a mantener una agradable conversación con la directora.

Sebastián seguía en el pasillo, no conseguía abrir la cerradura de su habitación. Tuvo que tragarse el orgullo y dejar que Fátima lo ayudase. Ella

era la encargada de hacer las camas y de la higiene en general del centro y de los ancianos. La ayudaba Consuelo cuando estaba libre de sus funciones como enfermera y chica para todo. Esa mañana, cuando Sebastián se refugió en su cuarto, Fátima se quedó sola en la planta. A esas horas, los residentes solían pasear por el jardín, leían el periódico en el salón o realizaban actividades lúdicas para ejercitar la memoria en la sala de juegos. Todos, salvo Sebastián y Eulalia, estaban entretenidos.

Fátima empezó a preocuparse excesivamente por Eulalia, porque su intuición de psicóloga frustrada le decía que se sentía algo incómoda en el centro. Le había dado muchas vueltas a la cabeza y había llegado a una conclusión: la pobre anciana todavía no había aceptado que el único lugar donde viviría el resto de sus días era en una residencia; que la habían abandonado a su suerte sus propios hijos y nietos porque se había convertido en una carga en sus vidas, tan pesada como la poca conciencia que conservaban; y que la joven que la visitaba era la única que se preocupaba por ella, pero que el paro había entrado en su vida impidiéndole hacerse cargo de su abuela. Sí. Eso era exactamente lo que había sucedido. Y a Fátima le entró una pena enorme, tan gigantesca como aquella fabulación.

Toda esa enumeración de motivos justificaban, para Fátima, el estado anímico de la anciana: la profunda tristeza de su mirada y la soledad infinita que, según su desbordante imaginación, sentía entre las paredes blancas del geriátrico, las que, seguramente, le evocaban amargos recuerdos de algún hospital, o de alguna pérdida que le había arañado el corazón. Y decidió seguirla para consolarla. Entonces fue cuando la vio entrar con tranquilidad en el despacho de la directora. Su sorpresa aumentó de tamaño cuando vio cómo la directora se dirigía a Eulalia con un trato demasiado solemne para una simple residente. Precisamente, la amabilidad con los ancianos no formaba parte del buen carácter de la doctora Quesada. De hecho, en muchas ocasiones los humillaba y les decía que se merecían estar solos por ser pretenciosos y egoístas. Una actitud que Fátima no entendía de una doctora, pero que aguantaba por los mil trescientos euros que ganaba y, sobre todo, porque se lo debía a alguien: un secreto que guardaba y callaría hasta el final. Ese día, la joven descubrió que tal vez Eulalia no era quien decía ser. Recorrió cada rincón del pasillo con la mirada fija a ambos lados para asegurarse de que estaba sola y se acercó a la puerta del despacho de la directora. No tardó en poner la oreja en ella.

—¿Cómo le va con los residentes?

—No demasiado bien. Algunos se muestran reacios a compartir sus pensamientos conmigo y eso que no saben que soy psiquiatra...

Fátima se tapó la boca con las manos y enarcó las cejas. Segundos después las separó de los labios y las cruzó pegadas al pecho. Suspiró y expulsó el aire por la boca lentamente. «Es una impostora», murmuró. De pronto, las puertas del ascensor se abrieron, y Fátima se alejó del despacho de la directora y disimuló estar fregando el suelo. Lo hacían todas las limpiadoras cuando se cansaban de sus quehaceres, pegaban las orejas a las puertas para después darle al pico. Fátima se quedó con las ganas, afortunadamente para Eulalia, y tuvo que abandonar sus deseos. Consuelo la buscaba con desesperación porque un anciano no había podido aguantarse y había defecado en el propio salón, alborotando a todos los demás. Y mientras Fátima se alejaba de la puerta con la sensación de perderse la conversación más interesante, e intrigante, de toda su miserable vida, la directora y la psiquiatra conversaban relajadamente:

—Ya le dije que no sería fácil. ¿Qué piensa hacer para ganárselos?

—Ahora no me preocupa eso.

—¿Y qué es lo que la tiene tan inquieta? —le preguntó la directora mientras ordenaba en un manoseado y viejo archivador algunos historiales médicos—. Ya me ha dicho Salvador que anda usted algo alborotada. —La miró fijamente y se dirigió a su mesa.

Eulalia se echó a reír.

—Exagera. Creo que ha habido un malentendido. Eso es todo.

—Ya. Aun así, como directora, me gustaría saber qué ha pasado. Espero no incomodarla.

—Claro que no. Pero ya le repito que no es nada serio.

—La escucho. —Pegó la espalda en el respaldo de su sillón sin dejar de mirarla.

—Estoy interesada en Aurora para mi proyecto de investigación —soltó Eulalia para comprobar si se emocionaba de alguna manera al escuchar el nombre de la anciana.

—Me parece muy buena elección.

—Sí, lo es. El problema es que hace dos días que no la veo en la sala y ni siquiera baja al comedor. ¿Se encuentra indispuesta? ¿Está enferma?

A la doctora Quesada se le escapó una carcajada.

—No le veo la gracia —le reprochó la psiquiatra.

—Lo siento —se disculpó—. La culpa es mía por no haberla informado.

—Informarme ¿de qué? —preguntó contrariada.

—Que en la clínica disponemos de un pequeño balneario, donde llevamos a nuestros residentes con problemas de reuma y artrosis para que reciban un tratamiento especial, con médicos expertos en esos temas. Entre ellos, una servidora, que estoy especializada en reumatología.

Eulalia enarcó ligeramente las cejas. Una pizca de asombro e incredulidad asomó en sus ojos. Había algo en la mirada de aquella mujer que le producía desconfianza. Tenía la extraña sensación de que estaba jugando con ella, de que aquel balneario al que hacía referencia era una excusa para evadir su pregunta. No podía creerla hasta no ver a Aurora. Y tampoco podía creer que aquella doctora arrogante que tenía delante fuese, además de geriatra, reumatóloga. Demasiada dedicación para una mujer que se preocupaba excesivamente de su imagen, de mantener las uñas largas, limadas y pintadas, el cutis terso, sin imperfecciones, las mejillas rosadas y un cuerpo de bandera, de los que sienten envidia todas las mujeres. No. Le parecía imposible que una mujer como Carmen Quesada, tan preocupada en resaltar su belleza, dedicase todo su tiempo a aliviar los dolores de aquellos ancianos desmemoriados e impertinentes la mayoría de las veces.

—En estos momentos se encuentra mejor que usted y yo juntas —le aseguró dedicándole una amable sonrisa, fingida, que dejó al descubierto sus dientes blancos como la nieve—. La verá mañana en el desayuno y podrá hablar con ella de todo esto, con total normalidad, porque no ha ocurrido nada.

—Si usted lo dice... No soy quién para dudar de su palabra.

—No debería.

—De todas maneras, si se encuentra tan bien como dice... No entiendo, entonces, por qué dio órdenes al personal de que nadie molestara a Aurora con la excusa de que se sentía indispuesta y necesitaba descanso.

La directora le clavó una mirada afilada. En ese preciso instante la hubiese zarandeado como hacía con los ancianos que no interesaban a quienes la habían contratado, pero necesarios para dar la imagen de normalidad que se respiraba en la residencia. Y lo hacía cuando la vida se le antojaba mísera y se arrepentía de haber aceptado aquel trabajo.

—Por supuesto que está descansando. —Un rictus de seriedad invadió su rostro, se sintió atacada—. Es lo que aconsejamos a nuestros residentes después de las terapias que reciben. Pero ¿de dónde ha sacado usted esa fábula de la indisposición?

—De la propia Fátima.

A la doctora Quesada se le cambió el semblante de la cara. Estaba empezando a hartarse de la joven limpiadora, que desde hacía varios meses no paraba de meter sus narices donde no debía.

—Discúlpela, últimamente no se entera de nada. Tendré que despedirla.

—No hace falta que llegue a esos extremos.

—Le garantizo que no volverá a repetirse. Hoy mismo la pondré en su sitio.

—No me gustaría que por un malentendido se desprendiese de una persona competente.

—Personas competentes hay muchas en este país, a patadas, doctora Lambert, y con mejores referencias que esa metomentodo.

Enseguida se arrepintió de haber nombrado a Fátima. Se dio cuenta de que la había puesto en un aprieto y que, probablemente, perdiese su trabajo por su imprudencia. Decidió buscarla para hablar con ella y aclarar todo el embrollo. Estaba, incluso, dispuesta a ayudarla a encontrar otro trabajo para recompensarla por su desliz. Entonces le vino el pensamiento del transcurrir del tiempo, de los recuerdos que vienen y van, del desgaste del cuerpo y de la mente, del deterioro en general. Ella no era inmune a todos esos cambios. Aquel resbalón denotaba que ya estaba perdiendo facultades. No obstante, y a pesar de ser consciente de ello, no podía olvidarse de aquella investigación. Necesitaba saciar su curiosidad y averiguar qué había pasado con Aurora.

No descansaría hasta averiguar la verdad.



# EL TÚNEL

*Tres horas y media en el interior*

Desde la distancia, ella observaba mis pasos errabundos. Me contemplaba con pensamientos recelosos y confusos que navegaban en su mente, enmarañados. Se mojó los labios con la lengua, tan reseca como su garganta, e intentó ponerse de pie. Pero no podía. Cerró los ojos y abandonó la idea. Yo seguía vagabundeando por todos los rincones de aquella sala, ajena a todo ese esfuerzo quebrado de mi nieta. «Afronta tus miedos», le dije en muchas ocasiones, cuando apenas me llegaba al pecho. «¿Rendida? Jamás», me hubiese respondido ella. Se apoyó en la cama y consiguió erguir su cuerpo. Quería levantarse y me lanzó un grito frustrado para que la sacara de allí. Yo había dejado volar mis pensamientos en aquel aire enrarecido que nos envolvía, absorta en ellos, tanto que me olvidé de su propia existencia. Aquellos recuerdos se habían apoderado de mi mente. Alexandra se despertó de nuevo aturdida y con la sensación de haber dormido durante un día entero. Ni siquiera recordaba que antes lo había hecho y que, incluso, nos había hablado. Sentía los párpados tan pesados como su cuerpo. Demasiadas horas atrapadas en aquella oscuridad obligada. Pero no se rindió. Sacó fuerzas para escupir un sonido gutural que me alertó. Fue, entonces, cuando me giré y la vi de pie, clavándome aquella mirada inquietante y silenciosa que me provocó una leve sacudida en algunos músculos del pecho.

—No, mi amor. Ni lo intentes.

Me acerqué a ella tan rápido como me dejaron mis pies cansados, tan cansados como mi corazón.

—No deberías. Es mejor que te tumbes.

Alexandra negó con la cabeza y me hizo un gesto con la mano para que la ayudase a incorporarse.

—Ni hablar.

Mi niña insistió.

—No es buena idea.

Y desistió. Sabía perfectamente que enfrentarse a mí significaba perder la batalla. Permanecimos calladas durante unos segundos. La miré a los ojos

y los vi transparentes, aunque desorientados y tan perdidos como su mente. Y lo supe enseguida. Mi niña intentaba recordar cómo habíamos llegado hasta ese lugar que le producía un desasosiego indescriptible. Nunca había visto en ella aquella mirada angustiada. Y conociéndola como la conocía, me armé de seguridad con el fin de controlar cada rincón rígido de mi cuerpo para que no detectase el miedo que me atenazaba. Pero mis manos sudaban demasiado y ella se daría cuenta al instante. No tendría escapatoria. Probablemente me enfrentaría a un interrogatorio sin tregua, parecido a los tantos que había presenciado junto a mí en la comisaría de Toulouse. Sabía que no se conformaría con respuestas dilatadas y que, en el caso de que volviese a ser la misma, necesitaría desgranar los últimos episodios de su vida para entender qué hacíamos perdidas en aquella sala, tan extraña como enemiga.

Pero no pudo. No. No pudo. Su mente había borrado aquellos recuerdos. Los últimos. Los que necesitaba en ese instante de su vida. Y por mucho que se esforzaba en recordar, no conseguía recuperarlos. Ella, mi pobre niña, sentía alfileres en su garganta y la mente hueca y vacía como su estómago.

—Me muero de hambre —dije con la voz rota, casi en un susurro.

Ella sonrió mientras yo me acariciaba el estómago.

—Yo también, abuela.

Se me cortó el aire al oírla tan clara y directa. Como siempre. Y tomé, en ese preciso instante, la decisión más difícil de mi vida. Fernando llevaba demasiado tiempo sin dar señales de vida y yo empezaba a impacientarme. Sabía que no aguantaríamos mucho más sin ingerir ningún alimento. El agua del grifo no era suficiente. Mi nieta, débil y herida, necesitaba recuperar fuerzas. Y yo también si pretendía sacarla con vida de aquella ratonera. Pensé en Fernando y los ojos se me encharcaron. Intenté disimular mi congoja ante la mirada azorada de Alexandra. Pero fue demasiado tarde. Algunas lágrimas furtivas se me escaparon, delatándome.

—*Mamie, ne pleure pas*. Saldremos de esta —dijo casi masticando las palabras, con la voz quebrada, áspera y amarga como sus recuerdos borrados.

Me quedé callada, tragándome todos los pensamientos que no quería compartir con ella, y le devolví una sonrisa envuelta de una seguridad fingida.

—Tengo que salir en busca de comida —murmuré—. No sé. Colarme en la cocina y agarrar lo que encuentre.

Alexandra me clavó una mirada inquietante, colmada de preocupación. Supe, entonces, que los recuerdos le venían confusos, pero ahí estaban. Sabía

lo que significaba aquello: meterme en la boca del lobo. Había sido testigo de la fragilidad de mi corazón. Y, lo peor de todo, era consciente de que no me rendiría fácilmente. Sintió pánico. No obstante, lo escondió. Como tantas veces había hecho ante mis otras acciones temerarias, las que nos hacía cómplices, aquellas que nunca compartió con su padre, mi querido Nathan. Y me regaló un abrazo tan gigantesco como su amor. Yo le aconsejé que permaneciese recostada, que no malgastase las escasas fuerzas que aún le quedaban, que no se hiciese la valiente, que se arrojase, que..., que... que... Pero, sobre todo, le prometí que volvería.

Nos despedimos conteniendo el dolor. Cuando cerré la puerta que la separaba de mí, sabía que los ojos de mi niña se habían convertido en dos barcos naufragando en océanos inabarcables. Sentí el miedo dentro de los huesos, ese miedo que te invade cuando sabes que ya no habrá una segunda vez. Y estuve a punto de flaquear y regresar junto a ella.

Si lo hubiese hecho, nos hubiéramos condenado definitivamente.

Llevaba diez minutos caminando por aquel agujero sin vislumbrar una tenue luz de esperanza, ni a Fernando. Y, al recordarlo, sentí nuevamente alfileres, pero en esta ocasión en el corazón. Cerré los ojos y me dejé caer, arrodillada, no rendida. Ella me esperaba. Y yo se lo había prometido. Durante aquellos minutos de descanso, recuperé el aliento. Me dolían los labios. Me los acaricé con la lengua para refrescarlos. La oscuridad se hacía cada vez más sibilina. Sentía cómo me tragaba entera. La única linterna que teníamos se la había llevado Fernando. Y yo, en ese instante, me encontraba a merced de mis propios miedos, los que me habían perseguido la vida entera. Respiré hondo y expulsé el aire por la boca, lentamente. Conseguí levantarme y empecé a caminar sigilosa, pegada al muro, con la respiración en la garganta y el corazón a punto de estallarme en el pecho. Pero ya no me dolía. Debía continuar. No podía permitir que el hormigueo que sentía en las puntas de los dedos me paralizase las piernas.

Y anduve con la sensación de que arrastraba una inmensa culpa, la que no me dejaba avanzar cada vez que me venían los recuerdos de mi cabezonería por llevar a cabo aquel proyecto de investigación, tan indeleble como el recuerdo de aquella niña...

## Recuerdos silenciados

*Finales de noviembre de 1944*

La *Kapo* me agarró del brazo y me hizo lamer el suelo por donde había pasado ella, delante de la mirada de mi madre, que no pudo, aunque lo intentó, contener el llanto. La golpearon brutalmente en la cabeza por mostrar debilidad. Y yo, mientras la contemplaba tumbada y con una brecha en la frente, limpié con mi boca toda la suciedad del suelo de la fábrica. La niña de mirada angelical, cabellos dorados y olor a jabón se quedó observando la escena como si estuviera ante la pantalla del cinematógrafo, con la boca sucia de chocolate, pero con la cara aterrorizada. Eso vi al fijarme en ella cuando serpenteaba en el suelo del largo pasillo que barría mi cuerpo, mientras una de mis manos intentaba liberarse del brazo con el que me arrastraba aquella presa, que se había vendido al enemigo por una ración extra de comida y algunos privilegios más.

La primera noche que pasé en el búnker no reparé en el espacio donde me hallaba. Estaba tan asustada y dolorida que no tuve tiempo de fijarme. Durante horas, mi mente se alimentó del recuerdo del áspero suelo de la escalera de hierro que había descendido hasta la planta baja, mientras la *Kapo* de mirada imperturbable aporreaba mi espalda con una vara de madera maciza. Al llegar a la celda, me agarró del pelo y me arrastró hasta el interior. Oí sus carcajadas cuando cerró la puerta y me dejó completamente a oscuras, inmóvil, con las piernas temblorosas, el corazón agitado y la cara desencajada. A tientas intenté levantarme, con tan mala fortuna que me di en la cabeza con un taburete que estaba fijado al suelo. Me apoyé en él y conseguí levantarme, pero fui incapaz de permanecer erguida, y al instante me tambaleé y acabé en el suelo, derrotada.

No consigo recordar el tiempo que permanecí tumbada, si fueron minutos, horas o días. Me despertaron sus ladridos, palabras medio en alemán, medio en polaco, que apenas lograba entender. La misma *Kapo* regresó, me obligó a incorporarme y a formar como un soldado, tan recta como una regla en posición vertical. Recibí un latigazo extra por cada gesto encogido que me separaba de aquella línea perfecta en la que debía convertirse mi cuerpo, y algunos más por cada quejido que se me escapó. En

el campo había que tragárselo todo, hasta el dolor. Y mientras me castigaba con latigazos, secos y frenéticos, esperábamos a la supervisora jefe, que se encargaría de ejecutar el castigo definitivo que merecía mi osadía. Unos minutos después llegó Dorothea Binz, «el ángel rubio exterminador». Creí que mi vida llegaba a su fin en aquel preciso instante, que, después de soportar cinco latigazos extras, mi cuerpo se retorcería como una serpiente. Pero no. Resistí. Y lo hice por las ganas de aferrarme a la vida. A una vida plena que todavía me imaginaba a pesar del dolor y del hambre. No sucumbiría. No. Y fue un objetivo que me marqué cuando se llevaron a mi madre para prostituirla. En aquella ocasión, aquella soledad alimentó en mí las ganas de sobrevivir. Por eso, cuando volvimos a estar juntas nos dimos cuenta de que debíamos disfrutar de nuestra compañía cada segundo de vida. Yo había dejado de ser la misma. Solamente un mes me bastó para fortalecer mi mente. Un mes soportando la profunda soledad que te deja el abandono. No. Ya no era la misma. Y en el búnker no podía ser diferente. Tenía que seguir luchando y llenando mi corazón de esperanza. Cuando la derrota invadía mi cuerpo, entonces veía el rostro de mi madre ante mí, animándome. Mi madre me acompañaba hasta en el dolor. Y eran tantas las ganas que tenía de abrazarla y besarla, que aguanté erguida cada latigazo sin derramar una sola lágrima, apretando los dientes cada vez que sentía el brazo negro y elástico de la Binz en mi espalda. Diez latigazos más. En total quince fueron los que merecí por tal atrevimiento. Y aquella niña de mirada angelical, cabellos dorados y olor a jabón lo presencié todo, detrás de la supervisora jefe, totalmente muda y con la cara descompuesta.

Y ella fue, precisamente ella, la única que se atrevió a romper las reglas del campo.

La primera vez, y la más importante de todas, cuando esa misma noche que empezó mi castigo se atrevió a robarle las llaves del búnker a la guardiana responsable de su custodia. Aprovechó la somnolencia que le entró, provocada por la ingesta excesiva de alcohol durante la cena, y se dirigió nuevamente al búnker. Ella era una de las pocas niñas que Dorothea apreciaba realmente. La trataba como a una hermana pequeña y deseaba que aprendiese todas las formas posibles de tortura. Por eso se la llevó esa noche a la celda de castigo. Había llegado el momento de empezar seriamente con su instrucción, creía la Binz.

Lo que no podía imaginar aquel demonio rubio de mujer era que aquella niña se quedase impactada y reaccionase ofreciéndole ayuda al enemigo.

A hurtadillas de su madre abandonó el salón, donde se reunían normalmente los nazis después de la cena, y salió a jugar con los otros niños. No antes de hacerse con las llaves de la *Aufseherin* encargada esa noche de vigilar la zona donde se hallaba el búnker. Sin que los otros niños se percatasen, se fue alejando poco a poco, hasta que llegó a mi celda y abrió la puerta. Cuando la vi frente a mí, se me paralizó el cuerpo. No fui capaz de soltar una sola palabra. Enmudecí al instante. Y ella, la niña de mirada angelical, cabellos dorados y olor a jabón me ofreció la parte que le tocaba del trozo del pastel de chocolate que había elaborado su madre, la única chef verdadera que había en el campo y la responsable directa de los platos diarios que servían a los nazis. Eso, más un trozo de carne con salsa de champiñones que había rescatado de entre las sobras de los platos de los médicos, las enfermeras y los agentes de las SS.

Ella, aquella preciosa niña, se disculpó con aquel dulce regalo que alivió mis heridas, las más profundas, las que no sanaban nunca: las del estómago.

## Capítulo 6

### *Diez días antes de la entrada al túnel*

*Playa de Gandía, 7 de septiembre de 2015*

Cuando se despidió de su abuela, Alexandra subió a su coche y se dirigió hasta la playa. Había quedado con Leo. La había invitado a tomar una copa frente al mar, cerca del hotel donde él se alojaba, concretamente en el bar del mexicano. Llegó antes que él y decidió dar un paseo por la orilla, porque no soportaba quedarse de pie esperando. Se pondría nerviosa y empezaría a elucubrar sobre si vendría o no. Lo mejor era olvidarse unos minutos de la cita. Se dirigió hacia la playa, se descalzó y caminó por la arena. Se quedó contemplando el horizonte, las olas agitadas y las gaviotas volando alrededor de los barcos pesqueros, con las palabras de su abuela revoloteando en su cabeza.

—Yo suelo pasear por aquí todas las noches —le susurró al oído una voz masculina.

Leo había aparecido de repente y Alexandra ni siquiera se giró, aunque se moría de ganas por adentrarse en su mirada, pero, también, temía que él, al verla de frente, supiera leer en sus ojos y descubriese lo que su corazón sentía.

—Es una suerte vivir tan cerca de la playa —dijo ella.

—Una suerte con fecha de caducidad. Cuando acabe mi trabajo en Gandía, volveré a Madrid y allí no podré disfrutar del mar.

Alexandra desvió la mirada hacia sus pies e hizo un círculo en la arena. Leo se descalzó también. Intentó corregir el círculo que había hecho la joven y no pudo controlarse. Y ella, al ver el corazón que había dibujado él con los dedos del pie, levantó la mirada a los edificios de enfrente para esconder la sonrisa que dibujaban sus labios.

—¿Y cuál es ese trabajo que te retiene aquí? —le preguntó con el fin de saciar la curiosidad, la misma que la perseguía a todos los lugares a donde iba.

—Está empezando a refrescar.

Leo desvió la conversación hacia un terreno menos peligroso para sus intereses, porque la última vez que le había confesado a una mujer que se dedicaba a la investigación privada acabó ahuyentándola, y Alexandra le parecía una mujer demasiado atractiva para dejarla escapar tontamente. No se arriesgaría. La joven agarró sus zapatos y se dirigió a la ducha para quitarse la arena de los pies. Leo hizo lo mismo. Ambos se calzaron y entraron en el bar del mexicano.

—¿Qué hay de nuevo? —se interesó el anciano clavándole la mirada a la joven.

—Todo bien, gracias —le contestó ella.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó rápidamente el detective para evitar que aquel hombre acabara bombardeándola con un interrogatorio al que no deseaba responder.

—Una cerveza.

—Que sean dos.

—¡¡Marchando dos *chelas*!! —vociferó el mexicano dirigiéndose al joven que tenía contratado, ahogando en su garganta todas las preguntas que flotaban en su mente.

Estaba convencido de que si descargaba todo aquel arsenal de curiosidad no sería interpretado por aquellos dos clientes como muestra de verdadera preocupación, sino como las típicas frases que lanzan los pobres diablos que intentan matar el tiempo de puro aburrimiento.

Leo y Alexandra se acomodaron en la mesa más apartada de los escasos clientes que se encontraban en ese momento en el bar. Se quedaron en silencio. Ninguno de los dos quería precipitarse, echarlo todo a perder.

—Estas son de *a grapa* —dijo el mexicano cuando les sirvió las cervezas.

—¿Y a quién tenemos que agradecer tantas atenciones? —se interesó Leo.

—A Diego.

—Encantado de conocerlo. Yo soy Leo y ella es Alexandra. —Se estrecharon las manos—. Le agradecemos lo que hizo el otro día.

—*A la fregada* se nota que son *buena onda*.

—¿De dónde es usted? —le preguntó Alexandra, extrañada por el acento y el vocabulario que utilizaba el hombre, y que la tenía realmente despistada. No se parecía en nada al español peninsular con el que estaba familiarizada por su abuela.

—De *Chilangolandia*.

La joven periodista enarcó las cejas.

—De Ciudad de México —le aclaró Leo.

Alexandra se quedó perpleja ante los conocimientos de su nuevo amigo.

—Viví tres años en México y acabé hablando casi como ellos, aunque ahora estoy desentrenado...

—Pues aquí me tiene para *platicar* lo que mande —se ofreció el anciano.

—¿Y usted tampoco es de acá? —preguntó el mexicano dirigiéndose a la joven.

—Pues no. De Toulouse.

—Su marcado acento francés la delata —remarcó Leo.

—Pues dicen los de acá que allá hay buenos *brujos*.

—¿Brujos?

—*Matasanos* —le aclaró el mexicano a la francesita.

Los dos jóvenes se echaron a reír ante las ocurrencias del tabernero que, a pesar de sus sesenta años, se sentía con la misma energía de un chaval. Cejas pobladas, ojos negros, pequeños y algo achinados. Cabello corto y liso, tal vez demasiado. Su aspecto físico era puro engaño. Como era bajito y rechoncho, todos creían que era un hombre debilucho. Sin embargo, era tan fuerte como un toro bravo.

—¿Has podido hablar con tu abuela? —le preguntó Leo cuando se alejó el tabernero y después de dar el primer sorbo a la cerveza que le había servido.

—Sí, y te confieso que me ha dejado más preocupada que antes. Está convencida de que una anciana ha desaparecido y que a ella le han quitado todos sus documentos personales. Vamos, que alguien ha entrado en su habitación y se los ha robado.

—¿Y no se los habrá dejado en casa?

—Todavía no he tenido tiempo de mirar, pero cuando regrese pondré patas arriba su dormitorio.

—Ya —dijo circunspecto el detective.

—Hasta el momento su olfato nunca la ha engañado. Ahora... ya no sé qué pensar —le confesó Alexandra con la incertidumbre que le provocaba el reciente conocimiento de la enfermedad de su abuela.

La aterrorizaba descubrir que el alzhéimer, con el tiempo, mermase su increíble intuición. Por eso, esa misma noche, cuando regresara a casa, registraría cada rincón de la habitación de su abuela para dar con aquellos

malditos documentos que tan preocupada la tenían.

## *A la mañana siguiente...*

*Clínica geriátrica, 8 de septiembre*

«¿Qué ha pasado?», preguntaban a Fátima algunos ancianos, los recién llegados, con el miedo todavía pegado en sus pupilas, al ver cómo se llenaba el pasillo de hombres y mujeres ataviados con batas blancas.

—Pilar ha tenido un infarto —les informó ella.

Médicos y enfermeras luchaban desesperados para reanimar a la más veterana del centro, pero todo esfuerzo fue en balde. La anciana falleció a los pocos minutos. «Que Dios la tenga en su Gloria», murmuró Mariano, el marido de Lourdes. Sebastián y Enrique se miraron, pero no se dijeron nada. A Lourdes, cabizbaja, se le derramaron algunas lágrimas que, al instante, secó su marido con un pañuelo de tela que siempre llevaba consigo. Cada vez que fallecía uno, siempre hacían la misma representación teatral. Parecía que la tenían estudiada y a Fernando le mosqueaba. Federico, en cambio, le estrechó la mano izquierda a Consuelo y ella se la apretó con fuerza. La hubiese abrazado en ese instante, pero no se atrevió delante de todos para evitar que algunas mentes enfermizas conjeturasen sobre relaciones inexistentes. Su corazón le pertenecía a Aurora. Todo el mundo lo sabía. Pero también él era consciente de que en el centro residían malas pécoras, dispuestas a todo con tal de separarlos porque nadie se había fijado en ellas; se sentían excesivamente solas y olvidadas. Así que Federico se contuvo. Dejó temblando a la joven Consuelo, que todavía no se había acostumbrado a ver a la Parca tan de cerca, casi rozándola. Cuando el coche fúnebre se llevó a Pilar, la joven no pudo aguantar más las arcadas y vomitó encima de Fátima:

—¡Lo que faltaba! —protestó la limpiadora—. Bastante tengo con quitarles la mierda a estos —señaló a los ancianos— para que, encima, tenga que limpiar la tuya. ¿Y tú eres enfermera? ¡Serás floja! —exclamó mientras se dirigía al cuarto trastero, donde guardaba todo el material de limpieza.

Federico se tragó sus pensamientos porque sabía que enfrentarse a Fátima significaba hacerlo con Salvador y no le apetecía aumentar la distancia afectiva que había entre ambos.

Fernando aprovechó el alboroto que se había formado en torno a la joven

enfermera, recién licenciada y con menos agallas que cualquiera de ellos a sus años, y se aproximó a Eulalia. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, le murmuró al oído:

—El corazón no le ha fallado.

—¿Cómo dice? —reaccionó sorprendida, frunciendo el entrecejo.

Al instante Salvador se colocó detrás y Fernando se alejó de ella. Debía evitar a toda costa que sospechase de él, que se diese cuenta de que estaba investigando. No solo temía por él, sino también por la anciana que acababa de conocer. Necesitaba encajar algunas piezas y la información que le suministraría su nieto esa misma tarde.

La principal razón de aquel acercamiento era la imperiosa necesidad de tener a alguien con quien compartir sus temores y aquella investigación en la que se había embarcado junto a su nieto. Este le había informado de que Eulalia era la candidata ideal. Curiosa y preguntona. Tal vez excesivamente. Y Fernando, después de haber mantenido conversación con ella en varias ocasiones, la creía valiente y con las suficientes agallas para afrontar cualquier dificultad. El aliado perfecto. Además, de estatura media, ojos verdosos y piel blanca. Se la imaginó en plena juventud, con veinticinco años. «Bellísima», la piropaba en la más profunda soledad de su habitación, y de su cama.

Hacía tiempo que no experimentaba tantas sensaciones juntas. Cuando estaba frente a ella, apenas podía disimular lo que aquella mujer le provocaba en su interior. Controlarse no había sido su mayor virtud en la vida. «No seas bruto y compórtate como un señor», le advirtió su nieto. «Qué poco me conoces, hijo», le respondió ofendido. «No te enojés, abuelo, pero te van más las faldas que el chocolate...», le contestó Leo. Y en esa conversación que mantuvo con su nieto se calló lo que había sentido cuando vio entrar a Eulalia por primera vez en el salón. No pudo dejar de mirarla ni un solo instante. «Despreocúpate —le dijo—. No tengo ninguna intención de comportarme como un energúmeno».

Fernando tenía muy claro que debía continuar con su cortejo particular disfrazado de caballerisca picardía, la justa para no parecer, a ojos de ella, un viejo solitario carente de afecto. Necesitaba estar seguro de que ella sentía algo por él, aunque solo fuese una pizca de afecto. El amor vendría luego, con la amistad, la ternura, el roce... Desde que enviudó, ninguna mujer había ocupado su corazón ni sus pensamientos, y cuando se había fijado en alguna, el maldito destino, Dios, o el infortunio se la había arrebatado. Debía esperar

el momento adecuado. Tampoco iría a la desesperada. «Soy un hombre», se repetía hasta la saciedad. No debía dejarse arrastrar por las emociones. Pero aquella interrogadora mujer de ojos claros, algo indiscreta, había conseguido despertar en él el deseo de volver a amar y sentirse amado.

Su olfato de exagente le decía que podía confiar en ella.

Eulalia se dio cuenta de que a Fernando se le iluminaba el rostro cuando la miraba. Las mujeres saben con certeza cuándo despiertan el deseo de un hombre. Por esa poderosa razón —y siempre que Salvador no merodease cerca de ellos—, la psiquiatra decidió realizar algunas actividades con Fernando. Se convertiría en su sombra. Confiaba en que, finalmente, compartiese con ella los secretos del centro que guardaba, celosamente, en su memoria. Estaba convencida de que no los había compartido con nadie. Quizá por desconfianza. Se le veía un hombre bastante sociable, pero extremadamente prudente. Sin embargo, estaba segura de que hablaría, y en el caso de que no lo hiciese, ella acabaría sonsacándole. Se le daba bien obtener información. Eso fue lo que argumentó el comisario Guillaume Fernandes ante sus superiores para conseguir que la doctora Lambert formase parte del equipo experto en investigaciones criminales.

Eulalia los observaba a todos con la extraña sensación de que en aquellas paredes convivían almas con dos sentimientos hacia la muerte totalmente opuestos: a algunos se les veía realmente atemorizados; en cambio, el resto se mostraba como si *María Guadaña* formase parte de sus vidas, seguían con sus actividades cotidianas, como si nada hubiese ocurrido aquella mañana. Entre ellos, Sebastián y Enrique que, al rato de hacer su aparición el equipo médico, se pusieron a jugar al póker. Pilar ya formaba parte de la historia reciente del centro. Nadie se interesaría por ella. Ni siquiera los que habían sido hasta ese día sus compañeros.

¿Por qué llorar por alguien que había decidido su destino?

### *Residencia de la doctora Lambert*

Esa misma noche, Alexandra estaba más nerviosa que nunca. En unos minutos aparecería Leo y, sin embargo, no podía dejar de pensar en su abuela y en todo lo que le había contado; en el personal que trabajaba en la residencia; en la directora; y en Salvador, sobre todo en él, en su mirada ladina y recelosa. No podía quedarse de brazos cruzados mientras a su abuela se le fundían las entendederas. Debía convencerla para que abandonase aquel

absurdo proyecto que la había llevado hasta esa extraña residencia, que le ponía los pelos como escarpas. Un lugar tan inquietante como todos aquellos misterios donde se había adentrado junto a su abuela para aprender de ella y convertirse en la periodista que era. No obstante, pensar en todo eso significaba, al mismo tiempo, desconfiar de su «saber hacer» y de su extraordinario olfato. Y, entonces, sentía que la estaba traicionando. Su abuela jamás le hubiese dado la espalda a ella. No. No podía fallarle. Debía apoyarla. Era lo justo. Se lo debía por las muchas veces que la había ayudado en sus reportajes periodísticos. Ahora su abuela la necesitaba y ella no podía defraudarla. De pronto, sonó el timbre de la puerta. «¡La cena con Leo!», recordó. Ni siquiera le dio tiempo a arreglarse un poco y ponerse algo de carmín en los labios; él había llegado y esperaba impaciente en la puerta. Antes de abrir, se miró en el espejo del *hall*, pasó los dedos por el pelo y se pellizó las mejillas.

—Lamento no haber traído un Bourgogne —se excusó Leo nada más entrar—. La bodega estaba cerrada y en el supermercado no tenían. Espero que sirva un Rioja.

—Es perfecto —dijo Alexandra, frotándose la mano derecha, sudada, en el pantalón.

—No te veo muy convencida.

—No es por el vino.

—¿Entonces?

—Es mi abuela. Tengo que sacarla lo antes posible de ese centro donde se ha empeñado en estar —soltó arrastrada por un impulso inexplicable, sin pensar en las consecuencias de confiar excesivamente en un desconocido. La preocupación le había obnubilado el sentido común.

—Si es tan terca como mi abuelo, no lo conseguirás —le aseguró Leo.

—¿También está en una residencia?

—Por voluntad propia y cabezonería.

—¿En Madrid?

—No. En la Clínica Geriátrica Gandía.

—¿Qué coincidencia! Mi abuela también está allí.

—Son muchas las cosas que nos unen.

«Demasiadas», pensó la joven periodista.

—¿Cenamos? —propuso Leo.

La comida transcurrió sin grandes emociones. El joven intentó varias veces entablar conversación con Alexandra, pero ella parecía no disfrutar del

momento y Leo empezó a sentirse algo incómodo.

—Creo que no ha sido buena idea venir. Es mejor que me vaya.

Se levantó, asió su plato, lo llevó a la cocina y lo dejó en la mesa americana. Alexandra lo siguió.

—Lo siento, pero soy una pésima anfitriona.

—La peor que he conocido —le acarició la mejilla.

—Quédate —le pidió Alexandra, pero no se atrevió a acercarse excesivamente a él, aunque lo deseaba.

—No serviría de nada, seguirías pensando en ella. ¿Por qué no me cuentas qué es lo que te tiene tan preocupada? Tal vez pueda ayudarte.

—Pensarías que soy una estúpida.

—Es posible pero, si no lo haces, no lo sabrás.

Alexandra dudó unos segundos. Contarle el problema que le rondaba por la cabeza era confesarle, al mismo tiempo, cuestiones que no se atrevía a revelar por el momento. Apenas lo conocía. Sin embargo, había algo en su mirada que le decía que podía confiar en él. Y fue, entonces, cuando recordó las sabias palabras de su abuela: «Desconfiar de todos puede ser tan peligroso como confiar en todos. Sigue tu instinto y sabrás cómo actuar».

—Creo que mi abuela está... no sé... —Se quedó callada unos segundos, no se atrevía a pronunciar las palabras—. Insiste en que están sucediendo cosas rarísimas en esa residencia.

—¿Qué cosas?

—Como te dije ayer, se le ha metido en la cabeza que alguien se apodera de las tarjetas de crédito de los ancianos, de sus documentos nacionales de identidad, es decir, de toda la documentación con la que llegaron, como si quisieran hacerlos desaparecer para siempre. Ella insiste en que alguien ha entrado en su habitación y se ha llevado todos los suyos...

—Seguro que hay una explicación —manifestó, poco convencido de que la joven exageraba. De hecho, estaba perfectamente informado de todo lo que acontecía en la residencia.

—Por supuesto —dijo Alexandra—. Pero no he hallado ninguna respuesta en esta casa y me la he pateado enterita. Cada rincón. No sé...

—Entonces... empiezas a creerla —le dijo observándola detenidamente, sin perderse ni un solo detalle de su mirada y de su rostro desmaquillado. Le parecía preciosa. En ese preciso instante lo hubiese dado todo por penetrar en sus pensamientos.

—Las pruebas son las pruebas y aquí no están sus documentos. Así que,

en algún lugar deben de estar, ¿no?

—Puede ser que, al ingresar en el centro los guardase tan bien en su habitación que ahora no recuerda dónde los puso.

—Tal vez —contestó ella con la mente suspendida en el aire, recordando la enfermedad que padecía su abuela.

—Cuando nos mudamos, nuestros hábitos lo hacen también, pero no siempre podemos mantenerlos —dijo Leo—. Nos tenemos que adaptar a las nuevas circunstancias y eso hace que suframos pequeños lapsus de memoria.

Aquellas palabras le sembraron la duda a Alexandra. Aun así, en esa hipótesis de Leo y en sus propios temores no encajaba la supuesta desaparición de la anciana.

—Me ha contado que sigue sin saber nada de esa mujer que se llama Aurora; que fue a su habitación esa misma noche, cuando todos dormían, y que no estaba allí.

—¿Se atrevió a entrar sin ser invitada? ¡Vaya! Me parece que tu abuelita ha visto demasiadas películas de suspense.

Alexandra se dirigió a la puerta y la abrió.

—Será mejor que te vayas —dijo muy enojada.

—Lo siento —se disculpó Leo—. No pretendía herirte.

—Mi abuela es una respetada psiquiatra que colabora con la policía de mi país en casos difíciles. Tiene más olfato que muchos policías juntos. Si ella dice que en ese lugar ocurre algo extraño es que es así.

—Perdóname. —Leo cerró la puerta—. Lo mejor es que nos sentemos y me cuentes todo con detalle. Y ya que nuestros abuelos se encuentran en ese lugar, lo que tenemos que hacer es apoyarnos y averiguar qué es lo que está pasando. ¿Te parece bien?

Alexandra se dirigió al salón y se dejó caer en el sofá como un cuerpo pesado, no por los kilos —era algo enjuta—, sino por la carga de responsabilidad que llevaba pegada a sus espaldas. Leo se sentó a su lado y no apartó la mirada de sus ojos pardos. La joven se frotó las manos, respiró profundamente y, acto seguido, le confesó que era periodista y que trabajaba para *Le Monde*. Leo fingió sorprenderse y se quedó pensativo. Dudaba en sincerarse, pero creyó que no era el momento. Antes debía tener en su poder el pasado de la joven. También el de su abuela. No debía correr riesgos innecesarios, ni siquiera por una joven de mirada tierna.

—Si tu abuela es una psiquiatra tan respetada, ¿por qué la habéis ingresado en una residencia? —preguntó con la intención de ver la reacción

de Alexandra y medir su franqueza, la que no era capaz de brindarle él. Necesitaba estar seguro del terreno que pisaba.

—Fue ella. Se le ha metido en la cabeza realizar su último proyecto de investigación y lo quiere hacer sobre algunas enfermedades que sufren muchos ancianos. Nosotros no estábamos de acuerdo, pero ella insistió y no pudimos evitarlo. —Se quedó en silencio unos segundos, los que necesitó para recomponerse—. Ha sido un error dejarla venir. —Se levantó y se encaminó hacia la pérgola acristalada que había dejado abierta aquella noche. Leo la siguió—. Mi padre no quería que abandonase Toulouse —le contó con la mente perdida en las olas que se estrellaban en las rocas—. Pero no la hubiéramos podido convencer. —Se sentó en el sofá de hierro envejecido—. Ya te he dicho que es muy cabezota.

—Ya veo. ¿Y decidiste viajar con ella a España para asegurarte de que se encontraría bien?

—No exactamente. Me apetecía trabajar un tiempo en este país.

—Claro.

Alexandra tenía la sensación de que Leo no estaba siendo del todo sincero con ella, de que aquellas preguntas le recordaban demasiado a los interrogatorios que hacía la policía francesa y que alguna vez había tenido la ocasión de presenciar junto a su abuela, en compañía del comisario Guillaume Fernandes. Decidió no seguirle el juego.

—¿A qué vienen tantas preguntas?

Leo permaneció callado, pero no apartó su mirada de los ojos de la joven, que le parecían hermosos. Alexandra lo miró con desconfianza.

—Vete —le dijo en un arrebató.

—Solo pretendía ayudarte.

—Pues lo estás haciendo de pena.

Leo intentó acariciarle el mentón, pero Alexandra giró la cara hacia un lado. Segundos después se dirigió a la puerta y la abrió. El hombre que la desconcertaba se levantó del sofá, se despidió con un rictus sobrio en su rostro y abandonó la casa sin pronunciar una sola palabra. Alexandra cerró la puerta y se quedó pegada a ella durante unos segundos. Se sentía ridícula, tremendamente ridícula; había dejado escapar otra oportunidad en su vida. Pero había algo en la mirada de aquel hombre que le producía desbarajustes emocionales, incapaz de controlar. Demasiado poder en su mirada. Respiró hondo y soltó el aire de golpe.

Decidió olvidarse de él y centrarse en ayudar a su abuela. Se dirigió a su

habitación, se acercó a su mesa de trabajo, se acomodó y encendió el ordenador portátil. Empezó a buscar información sobre la doctora Carmen Quesada. Había demasiados perfiles idénticos al suyo. Era como buscar una aguja en un pajar. Intentó dar con ella a través del nombre de la residencia «Clínica Geriátrica Gandía». Apenas había información. El día de la inauguración, alguna fiesta especial y poco más. Lo intentó en las páginas amarillas de la ciudad, pero no aparecía. Si no les interesaba promocionar el centro, «¿cómo conseguía la directora atraer a los ancianos?, ¿cómo les llegaba la información?», se preguntaba con la misma incertidumbre que se apoderaba de sus pensamientos cada vez que caía en sus manos un trabajo de investigación. Decidió contactar con el doctor Gregorio Espinosa, el amigo de su abuela. Lo encontró enseguida en su página web. Le envió un mensaje urgente. Y otro a su padre. Debía ponerle al corriente de algunos acontecimientos, aunque no se lo contaría todo. Esperaría unos días.

No quería defraudar a su abuela.



# EL TÚNEL

*Cuatro horas en el interior*

Mis pies ya no me respondían y los latidos del corazón se me habían multiplicado. Ni siquiera mi mente trabajaba. Me sentía paralizada, como si en un segundo dejase de existir. Todos aquellos pensamientos, preñados de malos augurios, merodeaban lejanos a mi cuerpo. Los veía volátiles, flotando en el aire como espectros humanos, deseosos de atraparme con sus brazos deformes. Pero no. No me detuve. Fue más fuerte el deseo de salvar a mi nieta que el miedo que me atenazaba. No. No lo hice. Ni siquiera cuando algunos recuerdos volvieron a invadirme. Continué avanzando en aquella frenética búsqueda de comida. La imagen de mi nieta me acompañaba. También su sonrisa y sus ojos llenos de vida. No necesitaba más alicientes para fortalecer mi ánimo.

Ella. Solo ella, me bastaba.

Me siento incapaz de precisar el tiempo que estuve caminando por aquella penumbra, sola y abatida.

De pronto, y cuando menos lo esperaba, me topé con una puerta metálica en uno de los muros de aquel túnel. No recordaba haberla visto antes. Cuando dejé a mi nieta en aquella sala, me encaminé hacia una de las dos únicas galerías que había siendo consciente de que, tal vez, me equivocaba, pero la memoria empezaba a fallarme y era incapaz de recordar el camino que había andado junto a Fernando. Parecía nueva, nada que ver con las que había en el geriátrico, que eran de falsa madera de abeto. Justo al lado había una caja rectangular de madera. Intenté abrirla, pero no pude. Pesaba demasiado. Entonces recordé la pistola semiautomática que había encontrado Fernando. Tal vez la había cogido de esa misma caja. Me olvidé de ella y me centré en la puerta. La empujé con suavidad para comprobar su resistencia y, ante mi sorpresa, se abrió, dejando escapar una intensa luz que me cegó durante unos segundos. Dudé en entrar, pero tampoco le di demasiadas vueltas a no hacerlo. Era un espacio excesivamente angosto. Solo había unas escaleras de caracol y, aunque era consciente de hacia dónde me llevarían, decidí subir las. Las rodillas me dolían por la maldita artrosis. Aun así, seguí avanzando,

aunque con la angustia de saber que podría toparme con alguno de ellos, pero, también, con la certeza de que estaba haciendo lo correcto. Me adentré en aquella espiral que me arrastraba a olores familiares, perturbadores para mi estómago vacío. Y supe, entonces, que me encontraba muy cerca de los fogones de la residencia.

Accedí a la cocina después de llegar al final de las escaleras y de haber cruzado un estrecho pasillo a oscuras con el corazón en un puño. Tenía la extraña sensación de que aquellas paredes se encogían por momentos, como queriendo aplastarme. También sentí miradas escondidas tras sus muros que me hicieron acelerar el paso. Estaba convencida de que no se trataba de alucinaciones provocadas por la debilidad. El final de aquel pasillo me llevó a una falsa pared. Entonces recordé lo que había hecho Fernando para cerrar desde el interior la puerta de acceso al túnel que había en la biblioteca de la directora. Empujé en uno de los extremos de aquella pared con todas mis fuerzas hasta que oí el ruido de engranajes. La pared desapareció ante mis ojos incrédulos. No perdí tiempo pensando en cómo lo había logrado. Me adentré en el interior de la cocina. Una vez allí —y sin apartar la mirada de la salida que conducía al salón donde se hallaban aquellos perturbados— cogí algunos restos de pan que había encima de la mesa, algo de chocolate y de jamón de york que rescaté del frigorífico y los metí en uno de los paños de cocina que solía utilizar Olga, la cocinera del geriátrico. Agarré, también, un poco de queso y dos manzanas y me los guardé en los bolsillos de la bata blanca que llevaba puesta.

Cuando me disponía a abandonar aquel lugar, no me fijé en el líquido aceitoso que cubría el suelo y resbalé. Caí de espalda y mi cabeza dio contra un cuerpo. Me giré y la respiración se me cortó. Era la pobre Olga con el cráneo reventado. Las manzanas rodaron por las baldosas y se alejaron de mí. Me olvidé de ellas cuando oí el disparo de un cañón recortado que me paralizó. Venía de la primera planta. Me apoyé en las patas de la mesa que había en el centro e intenté levantarme; entonces sentí un objeto cortante entrando en el interior de una de mis rodillas. La más frágil de las dos. Me tragué aquel quejido, que salió disparado de la laringe, y el dolor que sentía. Me había clavado uno de los cuchillos de cocina que solía utilizar Olga para cortar en filetes las carnes rojas. Tiré de él con las dos manos y con las escasas fuerzas que aún me quedaban. Cuando noté que la punta salía al exterior, ahogué el dolor en la garganta para no ser descubierta. Lagrimones enormes surcaron mis mejillas. Me arranqué un trozo del largo de la bata que

llevaba y me lo enrosqué en la rodilla, presionando en la herida con el fin de cortar la hemorragia.

Abandoné el lugar con las pocas viandas, agarradas con la desesperación del hambre, y con un reguero de sangre que había ensuciado el suelo, dejando mi huella en él. La pierna me pesaba tanto que apenas podía caminar. Aun así, me dirigí hacia la entrada de aquel estrecho pasadizo y, una vez dentro, di un golpe seco a la falsa pared provocando su cierre de inmediato. Cuando me quedé atrapada en aquel agujero, empecé a caminar agarrándome al muro. Notaba la hinchazón de las venas y la sensación de vértigo que se apoderaba de mi cuerpo. «Lo he matado», oí decir a Luis. «¿A quién?», preguntó Enrique. «A Federico». Entonces el corazón se me paró al instante y noté un fuerte dolor en el pecho. Me detuve y respiré hondo para recomponerme de la impresión. «¿Y Aurora?». «No la hemos visto». «¿Y a los otros?». «Tampoco». «Hay que encontrarlos», insistió Enrique. Su voz, grave y áspera, se podía distinguir entre miles. «Mirad por todos los rincones», gritó Salvador. «No pueden haber ido muy lejos», dijo Antonio. Y mientras sentía aquellas palabras pegadas a mi cuerpo por la proximidad, otras voces se unían a las del líder. «¿Habéis cerrado todas las puertas?», preguntó de nuevo Enrique. «No tienen escapatoria», aseguró Mariano. Nunca lo hubiese imaginado de él ni de la buena de su mujer. «¿Dónde coño se han metido?», protestó encolerizado Sebastián. «A por ellos», les ordenó Enrique.

Descendí las escaleras con la mente vagando en las palabras que acababa de oír y el dolor acompañándome. El estremecedor sonido de aquel disparo se había quedado grabado en mi memoria. Y los recuerdos del campo de la muerte aparecieron brutalmente. Uno. Dos. Tres. Diez seguidos. Veinte. Treinta. Cuarenta. Hasta cien cuerpos se desplomaban en un solo minuto. Y mis ojos se llenaban de imágenes espeluznantes, de ríos de sangre. Aquel recuerdo aterrador provocó en mí la necesidad de aligerar el paso, de evitar que la muerte me alcanzase.

Cuando llegué al final de las escaleras, abrí la puerta de acceso al túnel empujando con fuerza con las manos y con un grito silencioso atrapado en la garganta. La oscuridad me engulló en un segundo. Y recordé las palabras de Fernando cuando entramos por primera vez en el túnel, con Alexandra en los brazos, huyendo de la locura de aquellos seres. «No te detengas», me decía. Y no lo hice. Caminé aguantando el dolor, con su voz zumbándome en el oído y el rostro de mi nieta clavado en la memoria. Ella me esperaba. No podía fallarle. Enseguida pegué el cuerpo al muro para protegerme de la

oscuridad. Pero conforme iba avanzando tenía la extraña sensación de que aquel camino se estiraba en cada paso que daba. Las piernas empezaron a temblarme. Avancé arrastrando los pies, prácticamente pegados al suelo, pero la herida me dolía tanto que me dejé caer, apenas podía mantenerme en pie. El dolor que sentía era tan intenso que se me hacía insoportable. Aun así, no me detuve. Ella seguía en mis pensamientos. Repté como una serpiente hasta que alcancé la puerta de la sala donde se hallaba Alexandra. Toqué con los nudillos y me identifiqué. Pero mi nieta no me respondió. Sentí el miedo atravesándome el corazón. Empujé la puerta. No se abría. Alexandra no respondía a mi llamada. Temí lo peor. Cerré los ojos, me dejé caer, abatida por el esfuerzo realizado y el dolor, y me derrumbé en un segundo.

Oí una voz lejana que me llamaba y noté una mano en el hombro. En un acto reflejo abrí los ojos y lo vi frente a mí.

—¡Has vuelto! —exclamé sobresaltada mientras intentaba levantarme. Él me ayudó y yo no pude evitar abrazarlo.

—¿Por qué has tardado tanto? —le reclamé.

—No ha sido fácil colarme en la cocina y robar algo de comida —me confesó Fernando, mostrándome una fiambra con medio pollo al horno que había agarrado del frigorífico a la desesperada. No pude evitar que se me escapase una carcajada.

—No hagas ruido, insensata. Nos podrían oír.

—Lo siento —me disculpé—. Pero he estado allí y no te he visto.

—Te dije que no te movieses de aquí.

—El tiempo pasaba y no sabíamos nada de ti —me justifiqué.

—Es muy peligroso y no estás bien. No hay más que verte... Pero ¿qué te ha pasado en la rodilla? —me preguntó mientras se agachaba para ver la herida. Se levantó y me acarició la mejilla.

—¡Estás helada! —Sentí su calor.

—Mareada... un poco mareada, pero estoy bien, de veras.

—Es mejor que entremos y te cure esa herida.

Rodeé su cuello con uno de mis brazos y entramos en la sala intentando no hacer ruido. Alexandra dormía. Era preferible no asustarla. Pero aquella proeza resultó difícil para dos ancianos de movimientos torpes. Fernando me llevó hacia una cama y me ayudó a tumbarme en ella. Asió un recipiente pequeño de aluminio, lo llenó de agua del grifo, agarró un paquete de compresas esterilizadas que había en uno de los armarios, sacó una de ellas y la sumergió en el agua del recipiente. Se lavó las manos con jabón antes de

meterlas en él. Luego, roció mi herida con las gotas de agua que salían de la compresa al comprimirla entre sus dedos. Lo hizo varias veces hasta que la herida quedó limpia. Acto seguido, humedeció con Betadine otra compresa esterilizada y me desinfectó primero la zona de alrededor del corte. Luego, volcó el bote de Betadine directamente en la herida, pero como seguía sangrando cogió un trozo generoso de gasa y presionó con los dedos en ella durante diez minutos. Enseguida la gasa quedaba empapada y él, como si se hubiese dedicado media vida a hacer curas, la cambiaba por otra y volvía a presionar fuertemente. Cuando dejó de sangrar me puso tres puntos de sutura. Preparó otra compresa esterilizada con un ungüento de antibiótico y me lo colocó en la herida. Me la tapó con un vendaje profesional. Cuando terminó el trabajo, no pude controlarme y le pregunté sin rodeos:

—¿A qué te dedicabas antes de ser espía?

—¿De verdad quieres saberlo?

—¿Tú qué crees?

—En mi trabajo, para sobrevivir, hay que saber un poco de todo. En cada servicio que realizas te juegas la vida, pero también puedes poner en peligro las de otros.

—¿Y qué otras cosas sabes hacer?

—Cocinar como los ángeles y elaborar bombas y desactivarlas, por ejemplo. —Ambos sonreímos y a Fernando le brillaron los ojos—. Es mejor que descanses —me dijo. Apartó de mi frente algunos mechones rebeldes y me dio un cálido beso. Cerré los ojos al instante.

No puedo precisar el tiempo que permanecí dormida. Desperté con Fernando a mi lado. Al poco rato, él abrió los ojos y nos miramos. Vi su preocupación en las pupilas. Se levantó y me preguntó si me dolía, le dije que un poco, pero que podía soportarlo. No me creyó. En el fondo me conocía más de lo que yo imaginaba.

Aunque intenté convencerlo de que mi debilidad se debía al cansancio acumulado y no a la herida, yo era consciente de que mi corazón empezaba a resquebrajarse también, que la herida podría infectarse y que, por consiguiente, no aguantaría una intensa caminata hasta ponernos a salvo. Sabía que mis fuerzas flaqueaban y que en un momento u otro mi cuerpo acabaría rompiéndose como una muñeca de porcelana.

—Con el estómago vacío no llegaríamos muy lejos —aseguró.

—Pero están muy cerca. Los he oído en la cocina y no tardarán en encontrarnos. Cuando se den cuenta de que no estamos en ningún lugar,

pensarán en el túnel. Encontraste aquellas armas y eso significa que conocen su existencia —le recordé—. Y cuando no sepan dónde buscarnos, entonces entrarán en este agujero y estaremos perdidos.

—Lo sé. Este sitio ya no es seguro. Sin embargo, creo que este túnel tiene diferentes galerías que recorren la ciudad por debajo. He visto dos salidas, pero estaban selladas. Seguro que hay otras. Además, he encontrado otra puerta de acceso.

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

—Da justo a la habitación de Aurora. Es otra falsa pared que hay en el pasillo.

—¿La has visto?

—No. Pero ella es más fuerte de lo que crees —mintió. No estaba seguro de ello ni de que permaneciese aún con vida—. Cuando me dirigía a la cocina... ¡Dios! ¡Cómo me ha costado llegar hasta allí! Casi me descubren.

—¿Pudiste ver lo que estaban haciendo?

—Mejor que no lo sepas. —Se tragó aquel pensamiento. Me vino a la memoria el disparo que minutos antes había oído en la cocina. Lo miré fijamente. No hicieron falta más palabras.

—¿Y la doctora Quesada? —me interesé por ella a pesar de que no se lo merecía.

—No lo sé. Creo que, cuando se formó el jaleo, todavía no había llegado.

—¿Viste a Olga?

Asintió y prefirió guardarse los detalles.

—Entré en la cocina, me llevé lo que pude y salí echando leches.

—¡Fátima! —exclamé con la voz entrecortada.

Enmudecimos. Recordamos el momento en que la dejamos en el suelo, minutos antes de entrar en el túnel.

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes —insistí frotándome las manos. El frío empezaba a penetrar en mis huesos y el cansancio se estaba adueñando de mi fortaleza.

—Sí —convino él—. Pero estamos muy débiles y necesitamos reponer fuerzas. Descansaremos mientras comemos algo. Después, ya veremos.

Admití que era lo mejor, aunque con la sensación de que aquella decisión acabaría por entorpecer nuestra escapada, pero poco podíamos hacer desmayados por la fatiga y el hambre. Me ayudó a incorporarme y me puso una almohada en la espalda. Me indicó con la mano que me quedase quieta.

Se alejó de mí y colocó encima de una mesa las viandas. Despertó a Alexandra y la acompañó hasta la silla que había acercado a la mesa donde había puesto las provisiones. A mi nieta se le abrieron los ojos como platos cuando vio el pollo. Se metió un buen trozo en la boca y se la llenó de golpe. Engullía tan rápidamente que temí que se atragantara.

—Despacio, Alex.

Y al verla masticar desesperadamente no pude evitar recordar las veces que yo había comido con la misma ansia...

## Recuerdos silenciados

*Finales de noviembre de 1944*

Desde la oscuridad que me habían impuesto podía oír los alaridos de Huguette, una alsaciana muy resabiada, joven y pelirroja, con la que se divertía una de las numerosas y deshumanizadas guardianas que nos custodiaban. Aquella pobre infeliz estaba siendo castigada por negarse a descalzarse en el campo repleto de grava durante el recuento. Se quejaba de las heridas. Pero a aquellas perras no les importaba nuestro dolor, se regocijaban en él. Desde mi celda oía el ruido de los latigazos que estaba recibiendo la pobre Huguette de la famosa Binz, la barbarie personificada, la más hábil y certera administradora de penas junto a su maestra, Mandel, apodada «la tigresa», de la que lo aprendió todo. Todas las que caían en sus manos estaban sentenciadas a muerte. Ninguna sobrevivió. Tampoco Huguette. No pude dormir aquella noche pensando en ella. Y también en que, tal vez, yo sería la siguiente. Y lo peor, que aquella niña de mirada angelical estuviese allí junto a su maestra, convirtiéndose en lo que yo odiaba.

Antes de mi encierro en el búnker, en aquellas noches en las que intentaba cerrar los ojos en el barracón junto a mi madre, había oído muchas historias que contaban algunas reas sobre las torturas que se realizaban en él. Se decía que Mandel y Binz habían adiestrado a Gresse, otra rubia con carita de ángel, utilizando todos los métodos imaginables para someter a las castigadas. Las tres mujeres se coordinaban a la perfección para atormentar a las presas con atroces prácticas sexuales. Me encogí al pensarlo y no pude pegar ojo en toda la noche. Dejé de oír a Huguette y lloré desconsoladamente, pero en silencio, tapándome la boca con las manos y tragándome las lágrimas para humedecer mis labios deshidratados.

Y en aquel inquietante silencio, de repente oí unos pasos que se detuvieron al otro lado del muro. Unas manos, desesperadas, escarbaban la tierra. Mi corazón se agitó. Siempre el miedo acompañándome a todas partes. Pero no. Aquellos menudos dedos no pertenecían a ninguna de nuestras torturadoras como había pensado, sino a aquella niña de cabellos dorados y olor a jabón. Ella. Otra vez. En esa ocasión no había conseguido hacerse con las llaves. En la celda donde me hallaba había un pequeño agujero en el muro exterior, pegado al suelo, por donde se colaba el aire y me permitía respirar.

Un descuido de la guardiana responsable de custodiar aquel terrorífico lugar de castigo. Y aquella niña de mirada angelical, cabellos dorados y olor a jabón aprovechó para agrandar aquel agujero, utilizando el cuchillo que había robado en la cocina donde trabajaba su madre. Con mucha destreza me pasó trocitos de chocolate, fruta y pan, con sabor a tierra. Mis dedos atrapaban aquellos manjares con violencia, tanto que la asusté.

—Espacio, que me arañas.

—Lo siento —me disculpé con la boca llena de chocolate.

Después de varios meses en el campo de la muerte, el vocabulario alemán que manejaba era suficientemente amplio para mantener una conversación algo fluida. Todas lo aprendimos. Una cuestión de supervivencia.

—¿Por qué me ayudas? —le pregunté en alemán mientras masticaba.

—Come y calla.

Acto seguido colocó en el agujero, varias veces, tapones de botella con agua. Los agarré con seguridad, no podía permitirme el lujo de que alguna gota humedeciese el terreno. Cuando mis labios rozaban aquel líquido, me relamía de placer. Notaba que mis labios recuperaban su suavidad, aunque todavía me dolían a rabiar.

—Me llamo Erna. Mañana regresaré con más.

—Eulalia, pero mis amigos me llaman Lía.

Erna introdujo uno de sus dedos en el agujero y yo, sin pensarlo, lo acaricié. Algunas lágrimas se me escaparon, las que no pude absorber.

—¿Puedo llamarte Lía?

—Claro.

Ella apretó fuertemente mi dedo. Sentí su calor y me eché a llorar en silencio.

—Pronto saldrás de aquí. Te lo prometo. Intenta dormir un poco.

—Me da miedo la oscuridad y los perros no paran de ladrar. A veces creo que van a entrar para devorarme.

—No pienses en eso, Lía. Ahora tengo que marcharme.

Liberé su dedo y ella lo sacó rápidamente para salir corriendo antes de ser descubierta por la guardiana nocturna que hacía la ronda. En aquella escalofriante soledad me quedé con la voz de aquella niña grabada en la memoria.



## Capítulo 7

### *Nueve días antes de la entrada al túnel*

*Gandía, 8 de septiembre de 2015*

Aquella fue una noche fresca y desquiciante para Eulalia. Los últimos acontecimientos vividos en la residencia la habían desvelado por completo. Cada vez que cerraba los ojos le asaltaban los temores de que a Aurora le hubiese ocurrido algo. Pero, también, las ácidas palabras de su hijo Nathan cuando la llamó esa misma tarde.

—Si insiste en quedarse, no tendré más remedio que coger el primer avión y plantarme allí, y le aseguro que no me marcharé sin usted. —Eulalia advirtió en la voz de su hijo un tono agresivo inusual.

—No puedo dar carpetazo a este asunto y olvidarme como si no pasara nada. Sabes que tengo muy buen olfato y no me suelo equivocar —le contestó ella, intentando justificar su decisión de quedarse en aquel lugar, donde se respiraba un ambiente cuajado de silencios forzados.

—¿Cree que es prudente continuar con ese proyecto? —le reprochó Nathan—. Tiene a su nieta muy preocupada y ya sabe cómo es Alex.

—Demasiado melindrosa —le recordó ella.

—Porque la quiere.

—Debería ayudarme a esclarecer los hechos en lugar de chivarse a su padre.

—¿De verdad quiere complicarse la vida por algo que ni siquiera comprende? Creo que se está involucrando demasiado en asuntos ajenos. Deje de hurgar, se lo pido por favor.

—Necesito desentrañar este misterio. No espero que lo entiendas.

—Déjelo ya y vuelva a casa con Alex. Hablo en serio.

El rostro de Eulalia se endureció y una fina línea apareció entre sus cejas. De pronto, decidió poner punto final a aquella conversación.

—¡Hijo! ¿Me oyes?

—No juegue conmigo, que la conozco.

—Te oigo muy mal. Hay demasiado ruido.

—Madre, no se le ocurra...

—¿Qué dices? No te oigo nada. ¿Sigues ahí?

—No se haga la tonta. No hemos terminado.

—Pues como no oigo nada, ya hablaremos otro día.

—¡Madre!

—Bueno, hijo, no te estreses, ¿vale? Que ya sabes que no es bueno para tu migraña. Y como no sé lo que dices porque la comunicación es...

—Se oye perfectamente. Ni se le ocurra...

—Te quiero. —Cortó la comunicación dejándolo con la palabra en la boca.

Después de aquella conversación con Nathan, Eulalia apagó el móvil. Apenas le quedaba batería. Cogió su cargador, que afortunadamente todavía conservaba, buscó un interruptor y lo puso a cargar. Por las noches era el mejor momento para hacerlo. Nadie podía entrar sin su permiso y sorprenderla. Mientras cargaba el móvil, deambuló por su habitación, meditabunda. No abandonaría la clínica geriátrica sin averiguar qué estaba sucediendo, qué secreto escondían sus paredes y silenciaba la mayoría de los residentes. La doctora Lambert tenía la impresión de que algunos de aquellos ancianos sabían más de lo que aparentaban. Se acostó con la mente colmada de perturbadores pensamientos. Apagó la luz y se arrebujó entre las sábanas. Pero su mente seguía trabajando, sin tregua, con la imagen de Aurora persiguiéndola. No podía cerrar los ojos. Lo intentó durante varias horas, moviéndose de un lado a otro de la cama, hasta que se hartó. Entonces, encendió la luz de la lámpara de noche, se colocó la almohada en la espalda y agarró una de las novelas que estaba leyendo:

*El inspector Fontaine volteó el cadáver de la joven y descubrió la marca del asesino. Le había hecho el dibujo de un corazón roto en el pecho izquierdo, a la misma altura del corazón de la joven. Había utilizado una navaja de punta corta para su obra. Las amordazaba y se lo hacía en vida. Cuando se cansaban de gritar, entonces las estrangulaba. Era la quinta víctima, todas con la misma marca, y ninguna había sido forzada. El inspector...*

Cerró el libro de golpe. La imagen de Aurora invadía todos sus pensamientos. Asió el móvil y miró la hora. Estaba a punto de amanecer.

Pensó en dar una vuelta por el centro antes de que el personal se reincorporase a sus rutinarias tareas. Se puso un batín y se calzó las zapatillas. Abrió la puerta y la cerró tras ella sin hacer el mínimo ruido. Salvador dormía en la habitación contigua y debía evitar a toda costa que se despertase. Algunas veces lo había oído pasear por el pasillo cuando el insomnio le hacía la guerra. Intentaba por todos los medios conciliar el sueño, incluso se refugiaba en la cocina y capturaba alguna sobra de la cena, que engullía sin apetencia. Entonces, regresaba a su cuarto, con el estómago inflado como un balón de fútbol, y se retorció en la cama de dolor; deseaba ganarle la batalla al insomnio, pero siempre acababa vencido, desvelado completamente y con un humor de perros al día siguiente. Por eso era un riesgo recorrer aquellos pasillos sabiendo que podía toparse con el malhumorado Salvador. Anduvo sigilosamente hasta llegar a la habitación de Aurora. Portaba en la mano la horquilla que utilizó la primera vez. Forzó la cerradura y entró despacio. Se aproximó a la cama y destapó un poco la colcha. Parecía el cuerpo de Aurora. De repente, la anciana se giró y Eulalia respiró hondo. Regresó a su habitación y se encerró en ella.

Aurora se encontraba perfectamente.

### *A las ocho de la mañana...*

Fátima estaba preparando las mesas para el desayuno cuando entró Eulalia con el semblante más relajado.

—Hoy tiene buen color. Se nota que ha dormido bien.

—Mejor que nunca.

—¿Y a qué es debido el cambio? Ayer tenía el rostro compungido.

—A nada en especial —contestó Eulalia, sin darle más explicaciones—.

¿Puedo desayunar ya o tengo que esperar al resto?

—Lo siento, pero todavía no es la hora.

—¿A las nueve?

—Como todos los días —contestó la joven con tono arisco.

Eulalia intuía que a Fátima le ocurría algo, porque había esquivado la mirada cuando se dirigió a ella. Fátima no podía olvidar que el día anterior la había sorprendido conversando tranquilamente con la directora del centro y que estaba fingiendo ser lo que no era: una pobre anciana desvalida. Agachó la cabeza y continuó colocando los cubiertos y platos en las mesas. Pero cuando vio que Eulalia regresaba a su habitación, le sugirió un lugar para

controlarla de cerca:

—¿Por qué no lee un rato en el salón? Hay prensa de hoy y seguro que le interesará.

Fátima siguió con sus tareas, sin perder de vista a la anciana, y Eulalia supo, entonces, que había llegado el momento:

—Tal vez lo haga —respondió—. Pero antes me gustaría hablar contigo —añadió.

—Claro. —Alzó la vista, agarró una silla y le ofreció asiento a Eulalia mientras ella terminaba de colocar los cubiertos—. Soy toda oídos.

Eulalia no sabía cómo empezar, cómo contarle que tal vez se quedaría sin trabajo y que la causante de tal infortunio era precisamente ella. Temía que la joven armase un escándalo y que escupiera por la boca palabras malsonantes acerca de su persona; palabras que había escuchado más de una vez a los inmigrantes norteafricanos en su querida Toulouse, cuando eran interrogados por la policía francesa con la que trabajaba con asiduidad. Pero tenía que alertarla. No se merecía ser despedida cuando no había cometido ningún acto que lo justificase. Todo había sido un malentendido que ella estaba dispuesta a subsanar.

—Creo que he metido la pata hasta el fondo.

—¿A qué se refiere?

—A que, sin pretenderlo, te he comprometido...

—Lo sé. La directora me ha entregado esta mañana una carta en la que me amenaza con ponerme de patitas en la calle si hablo más sobre las terapias que se realizan en el centro.

—Lo siento. Si pudiera hacer algo...

Fátima dejó encima de una mesa los cubiertos y se acercó a la anciana, desafiante:

—No sé qué es lo que está haciendo aquí, usted no está escapando de la soledad y a la legua se ve que no tiene ninguna enfermedad mental como la mayoría de estos pobres desgraciados. Si de verdad quiere hacer algo por mí, no me haga más preguntas. No necesita la ayuda de una limpiadora como yo porque usted, como psiquiatra que es, encontrará las respuestas a todas sus dudas. La escuché hablando con la directora —le confesó.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! Te gusta espiar detrás de las puertas.

—No me insulte.

—No pretendo hacerlo, pero no me lo pones fácil.

Fátima le retiró la mirada y se alejó de la anciana para retomar sus

quehaceres. Eulalia se quedó pensativa unos segundos. Ella estaba en lo cierto. Aquella joven era mucho más que una simple limpiadora. Era despierta, audaz y tremendamente lista, tanto que le producía cierto temor tenerla de enemiga. La había descubierto y la necesitaba como aliada. Debía recuperar su confianza cuanto antes. Decidió quedarse en el salón. Rebuscó entre la prensa que había, agarró el periódico que leía cada mañana y se sentó cómodamente en el mismo lugar de siempre. Esperó allí a que llegara la hora del desayuno. De vez en cuando alzaba la vista y se fijaba en los movimientos de la joven, en sus gestos y, sobre todo, en su mirada cuando se la dirigía ella también.

Eulalia intuía que, tal vez, Fátima sospechaba que en aquel centro sucedían cosas que rozaban la ilegalidad. No la veía capaz de participar en ellas, pero sí de silenciar lo que veía. En su larga trayectoria profesional había conocido a muchas personas como ella: espabilada y suficientemente avispada como para atreverse a rebuscar, a escondidas, en los cajones del despacho de cualquier jefe con el fin de encontrar llaves que abriesen puertas prohibidas. Estaba convencida de que Fátima lo había hecho en más de una ocasión y que había utilizado, incluso, sus dotes persuasivas de mujer con Salvador para tal empeño. No encajaba en aquel ambiente. Era cultivada. Y escurridiza también. Lo que ella necesitaba para descubrir lo que estaba sucediendo en aquel centro. «Pero ¿qué hacía una joven como ella limpiando váteres y aseando a ancianos que a duras penas podían valerse por sí mismos?», se decía por las noches cuando la asaltaban miles de interrogantes que invadían todos sus pensamientos. Entonces le vino a la memoria un nombre: Alexandra. Su nieta debía averiguar quién era realmente Fátima. Le enviaría un mensaje al móvil. Mientras tanto, ella intentaría recuperar su confianza. «Paciencia», se dijo.

—¡Lealtad a la Patria! —exclamaba a gritos un anciano mientras entraba en el salón.

—Lo que faltaba, el loco de Sebastián —murmuró Fátima.

Eulalia había oído el comentario y aprovechó para limar asperezas con ella:

—¿Siempre dice lo mismo?

—No. Muchas veces amenaza con degollarme como a un cordero.

—Supongo que lo hace porque eres...

—Mujer. Sí. Nos nombra a todas y ya se figurará para qué. Es lamentable tener que lidiar todos los benditos días con seres tan

despreciables.

—No se lo tengas en cuenta. A su edad...

Fátima calló cuando lo vio entrar. Salvador lo acompañaba y Sebastián no se atrevería a meterse con ella delante de él. Sabía cómo se las gastaba. Lo acomodó en una butaca y le dio el periódico de todas las mañanas.

—¡Viva España y la madre que la parió! ¡Viva! —vociferaba con el brazo levantado y los ojos abiertos, tan abiertos que parecía que iban a estallar, dejando vacías sus cuencas.

—Ya ve —le dijo Fátima a Eulalia—. Como una verdadera cabra —sentenció.

Fátima se retiró a la cocina para ayudar a la joven Ana, la nueva ayudante de cocina, que no acababa de encontrarle el punto a las tortas de maíz. Olga, la cocinera, estaba reunida con la directora para organizar el menú semanal y hacer las correspondientes modificaciones. Una vez de vuelta a los fogones, se enfrascaría en los preparativos de las comidas y no dispondría del tiempo que necesita una novata como Ana. Fátima se había ofrecido a ayudarla, como había hecho otras veces con las otras ayudantes. Ninguna había aguantado el despotismo de Olga ni las exigencias de la directora. Ana tampoco lo haría. Se marcharía al día siguiente.

Eulalia aprovechó para sentarse al lado del anciano y conversar con él. Se había dado cuenta de que padecía brotes de locura, pero necesitaba charlar con él, sin interrupciones de ningún tipo, para hacer un diagnóstico más preciso y determinar el grado de la enfermedad. Lo que no imaginaba la doctora Lambert era el grado de odio que almacenaba en su corazón.

—Por aquí se comenta que usted fue legionario.

—¡Acabáramos! —exclamó el anciano sin despegar los ojos de la portada de un periódico—. Otra chismosa en el corral de la Pacheca.

—Oiga, sin faltar —contestó Eulalia, algo enojada—. Solo pretendía ser amable.

—Pues métase su amabilidad donde le quepa —respondió el anciano clavándole la mirada. Eulalia la sintió helada.

La doctora Lambert se tragó las palabras hirientes que le venían a la mente. Se las hubiera soltado de buena gana, pero debía atemperar sus nervios si quería sacar beneficio alguno. Se alejó de Sebastián. Decidió olvidarse de él y centrarse en Fernando, que en ese preciso instante entraba en el salón. Este saludó a todos, incluso a Sebastián, y le sonrió a Fátima. También a Eulalia. Ella le devolvió la sonrisa y decidió acompañarlo:

—¿Puedo? —preguntó señalando un asiento que estaba vacío.

—Por supuesto. Puede sentarse donde le venga en gana. Esta no es mi casa. —Abrió el periódico para empezar a leer. Quería hacerse el interesante.

Eulalia se sentó a su lado, algo desconcertada por tanto anciano malhumorado. Lo de Sebastián no la sorprendía, pero Fernando ¿por qué había sido tan arisco con ella? Era respetuoso y educado con todos. Y con ella también lo había sido hasta ese preciso instante. Incluso había llegado a pensar que sentía atracción por ella. Así que aquel repentino cambio la había pillado desprevenida.

—Creía que le caía bien —dijo Eulalia sin preámbulos, para obligarlo a reaccionar.

—No se equivoca.

—Pues no entiendo su mal humor.

—Tengo mis días y hoy es uno de los que muerdo si me hacen demasiadas preguntas.

Eulalia estaba convencida de que mentía. Fernando continuó leyendo, a pesar de que se moría de ganas por contemplar los ojos verdes de la anciana. Había algo en aquella mujer que lo intimidaba. Siempre había sido él el que había llevado las riendas en las relaciones con las mujeres. Por eso se casó con Teresa, porque era él quien tomaba las decisiones. En cambio, ahora se encontraba frente a una mujer que lo ponía algo nervioso. No debía dejarse embaucar por ella. Hacerlo significaba sucumbir a la debilidad. Fingió dominar la situación.

—¿He dicho o hecho algo que lo haya molestado? —inquirió Eulalia realmente sorprendida por el tono áspero del anciano.

—No.

—¿Entonces?

—Eso es lo extraño, que no se molesta por nada. Es usted demasiado... ¿Cómo diría? —Se tocó el mentón—. Comedida. Sí, esa es la palabra exacta. Sebastián le acaba de lanzar un dardo envenenado y, en cambio, usted...

—Controlarse no es malo.

—Claro que no. Pero solo lo hacen los que se encuentran perfectamente, no los pobres diablos que vivimos en este... —Se llevó los dedos de la mano a la barbilla para buscar la palabra adecuada—. Confortable lugar —soltó con serenidad mientras extendía el brazo hacia el centro de la sala.

—Ya.

—Dígame, señora Gramunt, ¿qué coño está haciendo usted aquí?

Eulalia se quedó callada, rumiando los motivos que arrastraban a Fernando a utilizar un tono tan grosero con ella. El silencio la invadió por unos instantes. No respondería a lo loco sin medir antes las consecuencias. Necesitaba tiempo para pensar en la mejor respuesta, en una que lo convenciese y no sospechase de nada, sobre todo de su verdadera profesión. Aquella manera de deducir que tenía Fernando le hacía creer que quizá se encontraba ante un exagente de policía. Tantos años codeándose con ellos la habían llevado a pensar en esa posibilidad. Solo necesitaba descubrir sus dotes de sabueso para dejarlo al descubierto. Intuyó que podría convertirse en un estupendo aliado. Y atacó:

—Si le cuento una historia, ¿me promete que guardará el secreto?

—¿Por quién me ha tomado? —Cerró el periódico y lo dejó encima de la mesa—. Por supuesto que lo haré.

—Acérquese —le indicó con el índice de su mano derecha—. Nadie debe enterarse —le susurró al oído.

Se aproximaron tanto que parecían dos chiquillos a punto de compartir el primer beso de sus vidas.

—Estoy aquí porque he intentado suicidarme en dos ocasiones.

Fernando se alejó de repente.

—No la veo a usted capaz de tomarse medio bote de pastillas para estirar la pata.

—Ni yo tampoco —aseguró ella—. Acérquese, por favor.

El anciano se aproximó otra vez, pero con más cautela que antes.

—Me lancé al vacío desde un tercer piso en dos ocasiones y estoy viva de milagro.

—¡Y que lo diga! —exclamó Fernando tocándose de nuevo la barbilla. Se quedó pensativo unos segundos—. ¿Y qué la llevó a cometer tremendo disparate?

—Un crimen perfecto.

—¿Me está tomando el pelo? —Se distanció de ella y miró a su alrededor.

—Estoy compartiendo un secreto con usted, y agáchese, insensato, que nos van a oír.

Fernando se acercó de nuevo a Eulalia con la emoción que le suponía convertirse en cómplice de un delito, cuyos pormenores todavía desconocía, pero por poco tiempo.

—¿Y a quién se cargó? —le preguntó sin rodeos.

—A mi marido.

Fernando frunció el entrecejo, dudaba de que estuviese delante de una asesina, pero la curiosidad por descubrir si se trataba de una fábula o de una terrible confesión lo llevó a seguirle el juego, con la misma intensidad que había hecho cuando trabajaba en el CESID, la agencia de inteligencia española.

—¿Y nunca sospecharon de usted? —le preguntó directamente, iniciando así su particular interrogatorio.

—Sí, y de mis hijos, y de otros pobres desgraciados que frecuentábamos, pero nunca descubrieron quién acabó con su vida.

—¿Y cómo lo hizo?

Fernando agarró un cuaderno de notas que lo acompañaba a todas partes y donde apuntaba cada día las cosas importantes que le ocurrían. Anotó las últimas palabras de Eulalia y le aclaró:

—Escribo todo lo importante que me cuentan. Es defecto profesional, ¿sabe?

Eulalia asintió con la cabeza. Era cuestión de minutos que le confesara a qué se dedicaba. Pero debía fingir sorprenderse. Cualquiera lo hubiese hecho en aquella situación.

—¡Interesante! Pero le recuerdo que es un secreto. Es mejor que guarde ese cuaderno y grabe mis palabras en su memoria.

—No tema, sé guardar un secreto. Pero si tanto miedo le da este cuaderno —se lo enseñó—, solo tengo que hacer esto. —Lo cerró—. Ya está.

Eulalia asintió con la cabeza y le sonrió.

—El delito prescribió y si me denunciase ahora...

—¿Por quién me ha tomado?

—Dígame usted.

—Puede confiar en mí. Le juro que mis labios quedarán sellados. —Le estrechó la mano y Eulalia se la acarició. Él se estremeció.

—¿Sabe qué le harían a una vieja como yo?

—Nada. Créame que nada —le aseguró.

—¿Quiere que le cuente cómo acabé con la vida de mi querido esposo?

—¿Lo envenenó con ricina?

—¿Se ha vuelto loco? Yo no soy una espía, sino una simple doctora de ambulatorio.

—Pero con suficientes conocimientos como para...

—Por supuesto —lo interrumpió—. Lo hice con estroncio 90 —le

confesó.

—¡Qué bruta! —exclamó en voz alta irguiéndose de golpe.

—No sea imprudente, baje la voz, que nos pueden oír, y siéntese de una vez —le dijo con gestos apurados, mirando a su alrededor. Temía ser sorprendida por Fátima que, en caso de suceder, le arruinaría el momento de diversión con su inoportuna presencia.

—Y el estroncio le provocó una enfermedad...

—Ósea, que lo llevó a un cáncer terminal.

—¡La madre que la parió! —exclamó otra vez el anciano, pero esta vez abrió los ojos dejando que Eulalia viese sus pupilas dilatadas—. Es usted más peligrosa que el temible Barba Azul.

Fernando no podía creer que aquella mujer de mirada dulce, ojos cálidos y aspecto jovial fuese capaz de cometer tal atrocidad. Se la imaginaba sentada, junto a sus amigas, tomando té tranquilamente mientras conversaba de temas con menos enjundia. O compartiendo confidencias con sus compañeros de profesión sobre el drama de algunos pacientes, lamentándose, incluso, por no poder ayudarlos. Pero jamás hubiese imaginado que aquel rostro enternecedor que tenía ante sus ojos se atreviese a maquinar actos tan abominables y que, en sus ratos ociosos, perdiese su tiempo en documentarse sobre los venenos más mortíferos y silenciosos para acabar con el prójimo sin dejar rastro alguno.

—Pero ¿cómo se hizo con el veneno? Hay que tener buenos contactos en la profesión para conseguirlo sin que sospechen de uno. Se lo digo yo, que sé un rato largo de todo esto.

—Hace demasiadas preguntas. ¿Era usted policía? Si no me dice quién es ahora mismo, a qué se dedicaba antes de aterrizar en este lugar, no sabrá nada más.

No debía contárselo a nadie. Fue lo primero que su nieto le hizo prometer cuando tomó la decisión de ingresar en el geriátrico. Leo sabía que su abuelo era un bocazas y que ensancharía todos sus recuerdos profesionales, poniéndose en evidencia. No debía contárselo a nadie y, sin embargo, se moría de ganas por hacerlo.

—Está bien. Pero debe sellar sus labios.

—Seré una tumba —le prometió Eulalia.

—Más le vale, porque de lo contrario me encargaré de que todos se enteren de quién es usted.

—¡Suéltelo ya!

—Soy un agente secreto todavía en activo —masculló. Acto seguido se acercó al oído de ella y le confesó.

—Trabajo para el Centro Superior de Información de la Defensa. El conocido CESID.

—¿En serio?

—Como lo oye. —Se hizo el interesante.

—¿Pero ahora no se llama Centro Nacional de Inteligencia? —preguntó Eulalia algo confusa por la información que le estaba suministrando el anciano.

—¿Y qué más da cómo se llame ahora? Lo importante es que soy un espía y nadie debe enterarse. ¿Estamos?

—Claro. —Se quedó en silencio durante unos segundos, los que necesitó para digerir aquella información—. ¿Y qué es lo que está espiando? —le soltó de repente.

Fernando se quedó callado. Intentaba recordar cuáles eran las órdenes que había recibido. Tenía la mirada perdida en un punto de la pared de enfrente y no cesaba de rascarse la mano derecha. En pocos segundos se la puso roja y Eulalia observó que empezaban a temblarle las manos. Le había prometido a su nieto que mantendría la boca cerrada. Era mucho lo que había en juego. Todavía no había llegado el momento. Y recordó el consejo de su nieto: «Si la cagas, te haces el chalado». Entonces, el anciano se levantó y dijo:

—Fátima, quiero tarta de chocolate.

Salió corriendo al comedor en busca de la limpiadora y Eulalia, boquiabierta, enarcó las cejas. Fernando tampoco estaba bien, a no ser que estuviese fingiendo ante ella, creía la psiquiatra. «Demasiada coincidencia», pensó. No había ni un solo anciano en aquel geriátrico que no padeciese alguna enfermedad mental, párkinson o alzhéimer. Sus enfermedades los habían convertido en niños chicos que obedecían sin rechistar las órdenes del personal.

La clínica contaba con demasiado personal cualificado. Los ancianos que padecían tales enfermedades eran tratados de manera muy especial por un grupo de seis médicos expertos: la doctora en neurología, Margarita Ballesta; el doctor en medicina general, Gregorio Espinosa; la doctora en geriatría y reumatología, Carmen Quesada; el joven psiquiatra, Daniel Ballesta, hijo de Margarita; y María Salas, otra joven neuróloga que solía quedarse solo por las mañanas. Lo más curioso era ver en plena acción, dentro de ese equipo, a

dos médicos de avanzada edad: los doctores Ballesta y Espinosa. Excelentes profesionales, pero octogenarios como ella. «¿Qué hacían dos ancianos como ellos en aquella clínica y en activo?», se preguntaba. Sin duda alguna, estaban jubilados, lo que la llevó a plantearse una colaboración especial. Sentía tanta curiosidad, que decidió preguntárselo a su amigo Gregorio cuando tuviese la oportunidad de hablar con él. Desde que ingresó, parecía que se lo había tragado la tierra.

Además de ese grupo de seis médicos, había otro equipo encargado del resto de residentes. Era como si aquella clínica estuviese dividida en dos. Eso fue lo que más sorprendió a la doctora Lambert: la clasificación de los enfermos. De hecho, diferenciaban a los residentes con el color de las pulseras que rodeaban sus muñecas. Los que padecían párkinson, alzhéimer u otro tipo de demencia las tenían de color verde. Los demás las llevaban rojas. A Eulalia ese color la había acompañado parte de su vida: el rojo de las ideas de sus padres, el mismo que los condenó a la muerte; también el del triángulo que llevó pegado en el brazo durante los meses que pasó en Ravensbrück.

En la clínica, la mayoría de los ancianos que portaban las pulseras verdes se encontraban en fase avanzada de sus respectivas enfermedades, y parecían frágiles y vulnerables. «*Voilà*», murmuró. Eso era lo que buscaba en ese grupo concreto de residentes la doctora Quesada: seres vulnerables. Ya creía haber encontrado el punto de conexión. Ahora debía centrarse en descubrir los motivos por los cuales la directora del centro se interesaba por todos ellos. Todavía la consideraba una de las responsables de los extraños hechos, pero no la principal, porque Eulalia estaba convencida de que aquella mujer carecía de suficientes agallas para delinquir en solitario.

# EL TÚNEL

*Cuatro horas y media en el interior*

Fernando tenía la mente suspendida en el aire. Algo le rondaba la cabeza. Y yo, que no podía mantenerme callada cuando olía el peligro, le pregunté sin medir que su respuesta pudiera denotar una inmensa preocupación:

—Has encontrado una salida, ¿verdad? —le pregunté aun sabiendo que, por su afán de protegernos, me arriesgaba a oír una verdad a medias.

—No exactamente. —Agachó la cabeza.

—Explícate.

—Hay una, pero... —ahogó la frase.

Dejé el trozo de jamón de york encima de la mesa, me limpié con una toalla y levanté ligeramente su mentón con suavidad para fijarme en sus ojos. Su mirada angustiada me atravesó las pupilas.

—¿Pero? —insistí.

—Tendríamos que escapar por... —No se atrevía a pronunciar la palabra —. Ya me entiendes.

—No. No te entiendo.

—Pues que no he dado con ella, solo con algo que podría llevarnos hasta una salida.

El silencio se apoderó de los tres. Alexandra dejó de comer y se quedó meditabunda, con los pensamientos vagando en algún rincón de su mente.

—Supongo que ese lugar al que te refieres, es el mismo por donde circulan las aguas.

—Sí —afirmó Fernando, interrumpiéndome.

A Alexandra le dio una arcada y vomitó el trozo de pollo que intentaba tragarse. Fernando no se atrevió a mirarla mientras intentaba ayudarla y fue, entonces, cuando percibí en su gesto cierto nerviosismo, que me alertó.

—¿Hay algo más que debemos saber? —le pregunté con tono seco.

Apartó la mirada y la clavó en el trozo de pollo que tenía entre las manos.

—Allí... —volvió a ahogar la frase.

—¡Por Dios! Continúa —le supliqué.

—Con esa herida no puedes hacer grandes esfuerzos. Es mejor que nos quedemos aquí.

Sus palabras me enojaron sobremanera. No solo estaba en juego mi vida, sino también la de mi nieta y la suya.

—No me sirve esa respuesta. Me hace sentir culpable y responsable de vuestro destino. Así que déjate de tonterías y habla a las claras —le contesté con el orgullo herido.

—Está bien. —Dejó de comer y se limpió las manos con una toalla—. No creo que puedas entrar en ese lugar con la rodilla como la tienes. Se te mojaría la herida y podría infectarse. Creo que la solución es que uno de nosotros lo intente. Dos se quedan. Uno se va. ¿Te convence esta respuesta?

Mi nieta y yo nos quedamos calladas. Alexandra abandonó definitivamente el trozo de pollo y me miró fijamente. Leyó mi pensamiento. Yo, el suyo. Estaba aterrada.

—Eso quiere decir... que uno de vosotros se quedará conmigo —dije clavándole la mirada a Fernando, con la convicción de que mi nieta había comprendido el mensaje.

—¡Ni hablar! No pienso abandonarte aquí y mucho menos codearme con las ratas —soltó enojada.

—Es la única posibilidad que tenemos —le dije—. Y si sale mal... —Miré a Fernando—. Preferimos que te salves tú.

—Tiene que haber otra salida —insistió Alexandra.

—No. No la hay —aseveró Fernando—. Las salidas que he encontrado están selladas.

—¿Está completamente seguro de que no hay otra salida? Puede que no se haya fijado bien y se haya dejado algún camino sin recorrer —le reprochó mi nieta.

—Te juro por Leo que no he encontrado otra salida. Tal vez la haya, pero me he pateado todo el túnel arriesgándome, incluso, a ser descubierto. Lo único que sé es que no podemos quedarnos aquí de brazos cruzados, sin hacer nada, dejando pasar el tiempo.

Alexandra parpadeó para hacer desaparecer la humedad de los ojos y, al no conseguirlo, se los masajeó con el índice y el pulgar en un intento por reprimir las lágrimas y las emociones. Sacudió la cabeza y dijo:

—No, abuela. No pienso meterme en esa cloaca y dejarte sola.

Fernando apoyó los dedos en las sienes con un gesto que denotaba cansancio. Sus ojos revelaban un profundo agotamiento que intentó fingir

ante mi nieta.

—No estará sola —dijo esbozando una mirada sincera—. Yo cuidaré de ella mientras tú buscas ayuda —le prometió.

—Tienes que hacerlo, Alex —intenté convencerla apretándole las manos.

—No insistas. No pienso dejarte aquí con esos depravados sueltos por el geriátrico. ¿Y por qué no va usted a pedir ayuda? —le propuso a Fernando.

—Yo sé defenderme con armas. Sé disparar. Lo he hecho muchas veces —confesó—. Pero si os quedáis las dos, tal y como estáis no tendríais ninguna posibilidad de sobrevivir. Ninguna —sentenció.

—Es posible. Pero usted tampoco puede con su alma y no le serviría a mi abuela de mucha ayuda.

—¡Alex! No seas grosera —le recriminé.

—Déjala que se desahogue. Lo necesita.

Fernando se dejó caer sobre la silla y se sumió en un silencio hosco. Durante unos segundos permanecimos callados hasta que, de pronto, Alexandra se levantó, dio algunos pasos y noté que se tragaba el dolor que sentía cada vez que posaba el talón en el suelo.

—No. No es buena idea —dije finalmente—. Apenas puede caminar y no llegaría muy lejos.

Fernando asintió, derrotado.

—Tienes razón. Ha sido una estupidez por mi parte creer que, tal vez, ella...

—Lo haré —afirmó Alexandra.

—¿Estás segura? —le pregunté intentando calmar los latidos de mi corazón, que se habían acelerado a mil por hora.

El miedo invadió mi cuerpo en un segundo y lo sentí como agujas que se clavaban en cada rincón. El mismo miedo que se apoderó de mí aquella vez que el ángel exterminador abrió la puerta de la celda de castigo donde me hallaba a merced de su brazo metálico...



## Recuerdos silenciados

*1 de diciembre de 1944*

Aquel día amanecí con un sabor amargo en la garganta, y no por los trozos de chocolate y fruta que me había traído Erna, sino por la extraña sensación de que la muerte me acechaba. Sentía la imperiosa necesidad de contemplar, por última vez, los cúmulos grises que abrigaban los rayos del sol. Tal vez porque, en el fondo, mantenía intacta la esperanza de que se colase alguna luz por alguna ranura del muro que daba al exterior. Y mientras imaginaba ese momento vital, la puerta se abrió y la vi con látigo en mano y una sonrisa perversa recorriéndole la mandíbula. Erna a su lado, con los ojos conteniendo el llanto. Me estremecí, pero me tragué todas las lágrimas que se acumularon en las pupilas de mis ojos. Algunos de los niños que vivían en el campo, los hijos de nuestros carceleros, eran adiestrados a conciencia. Erna, una de las discípulas de la Binz, me lanzó una mirada derrotada y lastimera. Agachó la cabeza y dejó que aquella bestia me agarrase de un brazo y me arrastrase hasta el centro del búnker. Todavía quedaban restos de sangre de Huguette. Aun así, me mantuve firme y no lloré. Ella, impertérrita, empezó a sacudirme la piel con su brazo elástico, salvajemente, y no pude evitar que de mis labios se escapase un grito desgarrador. Pero no lloré. Ni siquiera tuve tiempo de pensar en ello. Sentía quemazón en la piel y apreté los dientes para soportar el dolor. Cerré los ojos, vi el rostro de mi madre y noté el tacto de sus dedos acariciándome las heridas. «Dos». Grité otra vez. «Tres». Me mordí los labios. «Cuatro». Apreté los dientes con rabia. «Cinco». Se me escaparon algunas lágrimas que intenté absorber. «Seis». Su brazo elástico se quedó pegado a mi piel. «Siete». Me desmayé al instante.

Me despertó la voz de Erna, al atardecer, cuando las guardianas se reunían en el comedor para jactarse del dolor que nos habían infligido. Intenté moverme, pero mi cuerpo no respondía a mis deseos. Y la voz de Erna entraba dulcemente en mis oídos, llenándolos de paz.

—Despierta, Lía —me decía desde la otra parte del muro, pegada a nuestro secreto. Pero yo era incapaz de mover un solo músculo. Los sentía pisoteados. Y la piel de la espalda escocida—. Lo siento —se disculpó—. No podía hacer nada.

No se lo recriminé. Al fin y al cabo, yo era una presa más y ella disfrutaba de todos los privilegios como hija de una nazi. Yo no era nadie. Sí. Miento. Sí lo era: un ser muy peligroso para todos ellos que merecía sufrir hasta lo indecible. Aunque me costaba aceptarlo, era consciente de cuál era mi lugar. Sencillamente por eso no le reproché nada.

—He traído un potingue que prepara mi madre para las heridas —me dijo pegada a la pared de la celda—. No sé de qué está hecho, pero es lo que me pone cuando me caigo. Si a mí me cura, a ti también tiene que ayudarte.

Intenté reptar para acercarme al agujero donde Erna había introducido varias jeringuillas que había robado de la enfermería. Algunas las llenó de agua y otras con aquel unguento. Olía a cebolla y miel, y me vinieron los recuerdos de mi abuela Constanza y de mi madre, cuando me obligaban a tomar sus preparados o me los extendían en la piel limpia.

—Con la piel sucia... las heridas se me infectarán.

—Espera un momento.

—¿Qué vas a hacer?

Erna se puso de pie y oí el crujido de un tejido al rasgarse.

—No hagas ninguna tontería —le rogué.

—Ya tengo la solución en mis manos —me aseguró.

Se arrodilló de nuevo e introdujo por el agujero un trozo de tela de su vestido. Lo cogí y percibí por el tacto un pequeño objeto. Lo desenrollé. Cuando descubrí de qué se trataba, se me escapó una sonrisa.

—¿Te sirve?

—Sí.

Erna había introducido en aquel trozo de tela suavísimo, que se ensució al contacto con la tierra, otro trozo limpio y una cucharita lo suficientemente pequeña para que pudiera caber por el agujero de mi salvación.

—¿De dónde la has sacado? —le pregunté con los ojos clavados en aquel diminuto juguete que me hacía soñar despierta.

—De mi cocina particular.

Yo nunca tuve una. Tampoco una casita de muñecas, solo una muñequita de trapos viejos que me hizo mi madre antes de estallar la guerra.

—Cuando te vea tu madre con el vestido roto...

—Ya me las apañaré. Está demasiado ocupada en contentar los estómagos de ellas y el de un médico al que le pone ojitos... y algo más.

No pude evitar que se me escapase una carcajada que Erna prolongó con su garganta. Aquella niña de mirada angelical, cabellos dorados y olor a

jabón se había convertido en mi salvavidas en aquel océano donde el dolor y el sufrimiento campaban a sus anchas.

## Capítulo 8

### *Nueve días antes de la entrada al túnel*

*Gandía, 8 de septiembre de 2015*

Leo esperaba la llegada de Alexandra. Había quedado con ella a la hora del almuerzo en el bar del mexicano para hablar sobre los extraños acontecimientos que tenían en vilo a la abuela de la joven. Diego atendía a dos clientes habituales que desayunaban siempre a esa hora tempranera mientras otros conversaban sobre las últimas «mamarrachadas», como llamaban ellos a las acciones de los gobernantes:

—¿Qué cuentan estos politicuchos?

—Que habrá nuevas elecciones.

—Pues nada, votaremos otra vez, aunque el país se vaya al carajo.

—¡Y un cuerno! Por mí que se metan sus papeletas por el agujero del culo. No pienso ir a votar nunca más, solo al hospital cuando me toque.

—¿Qué tal la pierna?

—Más tiesa que un palo. Cuando me llamen para abrirme, ya estaré criando malvas.

—Ándale, Mariano, y échese un coyotito.

—¿Qué coño has dicho, Diego?

—Que te vayas a casa y duermas la siesta —le aclaró el kiosquero.

El tabernero se alejó de la barra con una sonrisa socarrona recorriéndole la mandíbula mientras se dirigía hacia la mesa donde se encontraba Leo.

—Aquí tiene el pincho de tortilla, la chela y la cajetilla de cigarros —le dijo enseñándole los incisivos.

El joven no cesaba de mirar hacia la puerta, también su reloj. Lo había hecho varias veces en diez minutos. Empezaba a impacientarse. Incluso llegó a creer que Alexandra le daría plantón. Diego se dio cuenta de que estaba excesivamente nervioso y lo acompañó un rato.

—¡Ay, compadre! Lo veo *aplatanado*.

—El trabajo.

—No me *cuentee*. Lo que necesita es que lo *apapache* esa chava tan

buenorra del otro día.

El detective sonrió con desgana, sacudió la cabeza y le indicó con un gesto que le sirviese otro café. «Ya la *amolé* por *hocicón*», murmuró el mexicano mientras se dirigía a la barra. En ese instante apareció Alexandra, algo agitada, sin maquillar, con vaqueros y una blusa transparente cubriendo su cuerpo, que dejaba visible un sujetador apretando sus pechos voluptuosos. Leo se quedó sin aire. Diego y los clientes no pudieron evitar dedicarle a la joven una mirada de arriba abajo.

—Llegas tarde. —Señaló con el índice su reloj de pulsera.

—Lo sé y lo siento. Me he quedado dormida —se justificó—. Anoche me acosté a las cuatro y cuando me he despertado esta mañana y he visto la hora, he cogido lo primero que he encontrado en el armario y he salido zumbando.

—Claro —contestó él sin dejar de contemplarla—. Supongo que también estarás hambrienta —le dijo abarcando toda su boca con la mirada. Se moría de ganas por acariciarle la piel, besarla.

—Tiene muy buena pinta —dijo la joven clavando sus ojos en el pincho de tortilla. Leo le acercó el plato, ella cortó un pedazo generoso y se lo metió en la boca—. Ni siquiera —se llevó las manos a la cabeza mientras masticaba — me he peinado.

—No te hace falta. Estás preciosa.

Alexandra no se ruborizó. No obstante, notó que sus músculos se tensaban y que sus manos empezaban a sudar. Siempre le sucedía cuando un hombre la ponía algo nerviosa después de un piropo que no esperaba. Entonces intentaba disimular que no le afectaba en absoluto. Para Leo era algo más que un manido gesto disfrazado de galantería. Por eso le lanzó una sonrisa en la que intentó esconder el deseo que sentía por poseerla.

—Para *ponerle Jorge al niño* —murmuró el mexicano desde la barra sin apartar la mirada de la joven, dejando estupefactos a algunos clientes.

—Podría ser tu hija —le soltó el kiosquero.

—No hay *fijón*. La *chava* está para *enchufarse* a ella —le contestó el tabernero.

Alexandra, que no se había percatado de nada, calentó con las manos la taza de café con leche que le había servido el anciano tabernero. En cambio, Leo le clavó una mirada reprobatoria a Diego y este comprendió que estaba empezando a enojar a su cliente.

—No *se encabrone*, compadre. Estaba de guasa. Podría ser mi *chamaca*.

Leo asintió y aceptó las disculpas del mexicano que, aunque algo rudo, le parecía buena gente. De hecho, a Leo le gustaba el bar de Diego. Le traía recuerdos de sus años en Ciudad de México por la cantidad de fotografías que el anciano había colgado en una de las paredes laterales del local. En ella se podía contemplar el Zócalo, la plaza construida sobre la que fue en otros tiempos el epicentro de Tenochtitlán (capital de la cultura azteca). La misma plaza que está rodeada de otras joyas arquitectónicas coloniales, las que Diego inmortalizó en su cámara para llevarse un pedacito de su tierra a España. Y fotografió, también, las calles aledañas, que reflejaban la agitada vida de su ciudad: ejecutivos de negocios, ostentosos autos, pequeños comerciantes, trabajadores y tiendas extranjeras de ropa se mezclan en las calles del complejo centro de la urbe y, ahora, en su local lleno de recuerdos. Pero en ninguna de esas fotografías aparecían los rostros de los seres queridos que un día abandonó.

—¿Y ahora qué? —preguntó directamente Alexandra.

—Les haremos una visita a nuestros abuelos, como buenos nietos que somos, pero separadamente.

—Es decir, que nadie tiene que enterarse de que nos conocemos.

—Exacto.

—¿Cómo se te da indagar en internet? —le preguntó Leo.

—¿Qué quieres que busque?

—Todo lo que encuentres de la doctora Carmen Quesada y del geriátrico que dirige: la inauguración de la residencia, estudios y formación de la directora, entrevistas, todo lo que puedas averiguar de ella y del centro que dirige.

Leo necesitaba asegurarse de que no se había equivocado con ella al elegirla, que su instinto tampoco lo había hecho. Por eso le dio aquel encargo, una información que ya conocía.

—Ya lo hice hace unos días y no encontré nada interesante.

—Pon más empeño. Seguro que hay algo adonde poder agarrarnos. Los periodistas sois muy hábiles en estas cosas. —Le dio un sorbo generoso a la cerveza.

—Ya. ¿Y puedo saber qué es lo que harás tú? —espetó la joven, algo molesta por la cantidad de tareas que le había encomendado.

—Conocerla personalmente.

—¿Has quedado con ella? —preguntó sorprendida por la rapidez con la que había provocado el encuentro con la directora.

Leo negó con la cabeza.

—¿Entonces?

—Coincidiremos esta tarde en una conferencia a la que ambos estamos invitados. Y no preguntes más. Confía en mí.

*Sala de conferencias, a las 19:00h*

Leo entró a la sala del hotel donde se celebraba el III Congreso Internacional de la Enfermedad de Alzheimer y buscó con la mirada a su gran amigo el doctor Angulo Martínez, especialista en enfermedades mentales y único ponente de la conferencia que estaba a punto de comenzar. Leo aprovechó los minutos previos a la conferencia para saludar a Angulo, que conversaba con varios colegas.

—¿Dónde diablos te has metido todo este tiempo? —le preguntó Angulo sin dejar de saludar a los asistentes a su paso.

—Ya me conoces. Me aburre la rutina. Y tú, ¿sigues casado con esa víbora?

Angulo esbozó una leve sonrisa.

—Lo nuestro fue un divorcio anunciado. —No le apetecía hablar del asunto—. Pero, cuéntame, ¿vienes solo? —El detective asintió—. Ya decía yo que aquel bombón de mujer no era para ti.

Leo amagó una sonrisa y dio un trago a la copa que le acababan de servir. En ese momento vio aparecer a la doctora Quesada. Todos los ojos se volvieron hacia ella. El pelo ondulado y rubio le caía exuberante hasta la mitad de la espalda descubierta. Sus ojos ocultos tras unas inmensas gafas de sol provocaban que los hombres se fijasen en sus labios carnosos y rojos.

—¿Me disculpas? —le dijo Leo a su amigo. Este, al ver cómo se acercaba a Carmen Quesada, no pudo evitar hacerle un comentario.

—Ya veo que no has cambiado... Ahora entiendo por qué querías la invitación.

—No me perdería tu charla por nada del mundo.

—Ya.

—Hablamos luego —le dijo él, alejándose del conferenciante. No quería perder de vista a la doctora.

«Acabarás devorado, como siempre», murmuró Angulo que, acto seguido, se puso a hablar con otro colega. Cuando Leo llegó al lugar donde se encontraba la doctora Quesada, se paró en seco como si, de repente, se hubiese topado por azar con una conocida.

—Carmen, ¡qué coincidencia!

—¿Perdón?

—Leo, ¿no te acuerdas? —Le dedicó una de sus generosas sonrisas.

—Pues no. Y, según tú —lo tuteó con cierto tono irónico—, ¿dónde se supone que nos hemos conocido?

—¡Qué poca memoria tienes, mujer! ¡Con la cantidad de cosas que hemos compartido juntos!

—¡Ah! ¿Sí? ¿Como cuáles?

—Paseos por la playa, charlas, cenas y noches intensas. En todas ellas estuviste increíble...

—¡Vaya!

La doctora no pudo evitar sonreírle ante su flirteo con ella. Lo dejó hablar porque quería averiguar qué era lo que pretendía con tantos recuerdos fingidos. Estaba convencida de que todo era puro engaño para acercarse a ella con algún fin sexual. Aun así, decidió seguir con aquella farsa. Se moría de ganas por descubrir hasta dónde sería capaz de llegar.

—Y ya que estoy tan desmemoriada, ¿me puedes recordar dónde nos conocimos?

—Ya veo que lo has olvidado... En fin, siento haberte molestado.

Leo se giró en dirección contraria para dejar de importunarla. Carmen nunca había sido seducida por un hombre tan joven y atractivo como Leo, ya que los hombres que frecuentaba últimamente tenían rostros avejentados y más de sesenta soles. A pesar de que no soportaba a los cuentistas, aquella situación que estaba viviendo le resultaba divertida. Dejó que continuase porque, en el fondo, necesitaba aquellos halagos. ¿Sería esta una oportunidad que le brindaba la vida para dejarse llevar por otras caricias más dulces y jóvenes que las que le proporcionaban los hombres, de anchos bolsillos, con los que compartía su cama desde hacía ocho años, y también algo menos salvajes de las que le regalaba el más vigoroso de todos? Por eso, antes de que Leo se alejase de ella, reaccionó a tiempo:

—Un momento.

El detective se detuvo y se giró. Aprovechó para encenderse un cigarrillo mientras ella caminaba hacia él con paso lento y firme, clavándole una mirada tan inquietante y lujuriosa como sus caderas.

—Te has equivocado de mujer —le dijo sin pestañear, tragándose su aliento.

—Estaba convencido de que eras...

—¿Decepcionado?

—En absoluto.

Leo se fijó en sus ojos. Eran unos ojos bonitos, con un iris grande del

color de la miel.

—Y ya que hemos llegado a esta situación... deberíamos aprovechar la ocasión y presentarnos. Soy Carmen Quesada y tú eres...

—Leonardo Contreras, pero todos me llaman Leo —le mintió en el apellido y le ofreció la mano.

—Encantada.

—El placer es mío.

Se estrecharon las manos efusivamente sin dejar de mirarse. Leo aprovechó para acariciársela un poco. Carmen sintió un hormigueo que le recorrió todo el cuerpo.

—¿Y a qué te dedicas, Leo? —le preguntó mientras liberaba su mano y caminaban hacia el jardín, alejados del resto de invitados y de sus miradas.

—Soy analista clínico. Trabajo en mi propio laboratorio.

Eso era, precisamente, lo que necesitaba: un laboratorio donde pudiera depositar toda su confianza sin dar demasiadas explicaciones. Y un hombre con el que pudiese disfrutar de verdad.

—Y tú eres...

—Reumatóloga.

—¿Con consulta propia?

—Ya me gustaría. —Soltó una leve sonrisa—. Soy también geriatra y, desde hace unos años, dirijo una clínica geriátrica.

—Sacrificada elección —comentó Leo con cierto tono, fingido, de admiración.

—Si yo te contara...

Y mientras ambos tonteaban sin ningún tipo de pudor, se acercó un camarero con una bandeja. Leo tomó dos copas de cava y le ofreció una a Carmen. Las cosas no le podían ir mejor. La doctora coqueteaba con él; quizá por la soledad de su cama conyugal, al seguir casada con un hombre que ya no la miraba con deseo, pensó al principio el detective. Nada más lejos de la realidad. Pero también por las ansias de un amante que la poseyera sin piedad. Y dio en el clavo en este último pensamiento. Leo había olido toda aquella frustración y se aprovechó de ello para seducirla. Aquella mujer, que tanto inquietaba a la abuela de Alexandra, le parecía muy atractiva. Demasiado para rechazar una oportunidad si se le presentaba. Lo tenía todo pensado. Una mujer como aquella no tardaría en invitarlo a un lugar más discreto. Y, con un par de caricias, la convencería para abandonar la conferencia.

Esa noche, mientras él se divertía con la doctora Quesada, Alexandra se volvía loca buscando la información que él le había pedido. Se había pasado toda la tarde consultando páginas web. En esa ocasión halló algunos enlaces realmente interesantes. En uno de ellos descubrió que la clínica había sido construida en el mismo terreno donde se había edificado una antigua casa de estilo modernista. La familia que la habitaba la abandonó en la década de los ochenta y nadie se ocupó de ella durante treinta años. De hecho, algunos movimientos okupas se adueñaron de la finca varios años hasta que el consistorio municipal los sacó a la fuerza, averiguó el paradero de los propietarios y consiguió convencerlos para que la vendiesen. Aquella magnífica casa abandonada, de la que se apropió el Ayuntamiento de Gandía, fue rehabilitada y utilizada posteriormente como centro cultural para asociaciones juveniles. Pero la llegada de la crisis y los recortes en el presupuesto provocaron que el ayuntamiento tomase la decisión de quitarse ese gasto adicional y la sacó a subasta a finales de 2012. Lo más sorprendente fue averiguar que el propietario de una prestigiosa clínica madrileña se había apropiado del centro cultural e hizo construir una clínica geriátrica en 2013, derrumbando toda la arquitectura de la antigua casa, lo que provocó desconcierto entre los amantes de los edificios modernistas, que acusaron al afamado doctor de su escaso interés en conservar una auténtica joya de arte, ya que podría haber sido considerada patrimonio cultural de la ciudad. Tardaron nueve meses en terminar la construcción de la clínica, con un estilo totalmente vanguardista.

«¿Por qué un famoso doctor en psiquiatría se embarcaría en aquel proyecto?», se preguntaba Alexandra. Le parecía absurdo construir una residencia geriátrica a miles de kilómetros de Madrid cuando podía hacerlo allí mismo, en la propia capital, donde ejercía como médico. Sin embargo, decidió comprar un terreno en un lugar lejano y turístico como Gandía. Para Alexandra no tenía ningún sentido. Pero menos sentido tenía que el afamado doctor se apropiase de una casa destruyendo una estructura arquitectónica modernista de tanto valor. Podría haber ampliado el edificio conservando su esencia. Pero no lo hizo. Prefirió construir uno nuevo encima de aquellas ruinas, tan apreciadas por expertos, a pesar del gasto económico que le supondría.

Se tomó de un trago el café que se había preparado y se levantó para llevar la taza a la cocina. Mientras tiraba al cubo de la basura los restos de la *pizza* que se había zampado, sonó el timbre de la puerta. Miró la hora en el

reloj de pared de la cocina y se dio cuenta de que ya era medianoche. Solo podía ser Leo. Se encaminó a la puerta y, antes de abrirla, se miró en el espejo de la entrada, se pellizcó suavemente las mejillas y se retiró de la frente algunos mechones que le cubrían los ojos.

—He pensado que, tal vez, te apetecería dar un paseo por la playa.

—Es muy tarde y estoy muy cansada —mintió. El olor de las axilas penetró en su nariz y le recordó que no se había duchado.

—Soy un estúpido. —Se dio media vuelta y empezó a descender las escaleras que lo conducirían hasta el camino que lo llevaría a la puerta principal, después de dejar atrás el jardín que rodeaba el chalé.

Alexandra deseaba estar con él, pero no se sentía atractiva en ese momento. Además, se había pasado parte del día en pijama buscando información sobre la dichosa clínica y su directora, una mujer de curvas pronunciadas que parecía haberse equivocado de profesión, mientras Leo había estado toda la tarde haciéndole compañía a ella, camelándosela tal vez. Con aquel denigrante aspecto no podía competir con ella. Una pizca de celos y un treinta por ciento de envidia asaltaron su corazón. Por eso no lo invitó a entrar. Cuando un hombre le atraía demasiado era incapaz de lanzarle una mirada de complicidad y, mucho menos, de robarle un beso si intuía que él coqueteaba con otras y ella se sentía poca cosa. Entonces, le ofrecía el camino plagado de espinas. Solo el que estaba realmente interesado en ella lo cruzaba, soportando el dolor. Su hermano Eric le repetía muchas veces que era tan mortífera como una víbora pero más escurridiza que cualquier serpiente común. Y lo hacía en aquellas ocasiones en las que la había visto poner en su sitio a más de un Casanova. «No hay quien pueda contigo, hermanita, tienes la lengua más larga que el rabo de un toro, pero eres más cobarde que una gallina», le decía cada vez que ella le confesaba que se sentía insegura cuando le atraía un hombre mucho mayor que ella. Y al recordar a su hermano Eric, reaccionó a tiempo y abrió la puerta:

—Ya que has venido... podemos aprovechar y compartir información.

Leo permaneció callado durante unos segundos, se giró y le clavó una intensa mirada, que desconcertó a la joven. Ella le lanzó otra cargada de arrepentimiento.

—Mejor lo dejamos para mañana —le contestó el detective—. Quedamos...

—En el bar de Diego —se adelantó la periodista.

—¿A las ocho?

—Seré puntual.

—Más te vale.

Alexandra cerró la puerta. «Parezco tonta», se dijo. Deseaba hacer el amor con Leo y, sin embargo, a veces era incapaz de dejarse arrastrar por sus deseos. Otra ya le habría insinuado con su cuerpo sus ganas inmensas de sentir sus caricias. Ella se aguantó. Y todo por su maldita inseguridad, que siempre aparecía cuando menos la esperaba.

Presentía que era un hombre muy curtido en el amor, ese tipo de canalla que puede enloquecer a cualquier jovencita, pero ella no era una jovencita cualquiera, sino una mujer de veinticuatro años bastante experimentada en relaciones, tanto con chicos como con chicas. No era una devoradora sexual, pero tampoco una mojigata. Aun así, la mirada de Leo la empequeñecía y le hacía recordar su diferencia de edad y lo mucho que le quedaba por aprender en el arte de la seducción. No podría resistirse mucho más tiempo. Se moría de ganas por estar con un hombre diez años mayor que ella.

## *Ocho días antes de la entrada al túnel*

*9 de septiembre de 2015*

Aquella mañana, la ciudad amaneció con el cielo cubierto de nubes plomizas que avanzaban sin tregua. «Un día de tormenta ideal para quedarse en casa plácidamente», pensó Alexandra. Se había levantado húmeda y se dejó llevar por un impulso: envió a Leo un SMS cambiando el lugar de la cita e invitándolo a desayunar en su casa. De repente, se acordó de que no tenía nada en el frigorífico. Se levantó de la cama, se dio una ducha rápida, agarró la primera camisa que vio en el armario y unos vaqueros, se vistió a la velocidad de una gacela y salió de casa hacia la pastelería de la esquina, donde hacían unos bollos rellenos de nata que quitaban el sentido.

Cuando regresaba de la pastelería, encontró a Leo llamando al timbre de la puerta.

—Como no has respondido a mi mensaje, creí que no vendrías.

—Pues aquí me tienes, con ganas de probar uno de esos bollos que traes. —Y de otros deseos que se guardaba.

Entraron y Leo la ayudó a llevar las bolsas a la cocina. Las colocaron encima de la mesa americana y él se ofreció a preparar huevos con beicon. Mientras lo hacía, aprovechó la ocasión para avanzar en su particular investigación:

—¿Has averiguado algo interesante? —le preguntó sin rodeos.

Alexandra le puso al corriente de toda la información que había encontrado en internet sobre la clínica. Leo la escuchaba concentrado en el beicon y en sus palabras, enérgicas y llenas de entusiasmo. Se la imaginó en plena discusión con su jefe para conseguir que su artículo saliese en portada. «Apasionada en su trabajo», pensó. Y no pudo controlarse. Cortó un trozo de beicon que había pasado por la sartén y se lo acercó a la boca. Ella se lo comió directamente de sus dedos. Se miraron con deseo y sonrieron. Alexandra agarró dos vasos anchos, los llenó de zumo de naranja, se los dio a Leo y él los dejó en la mesa. Acto seguido, abrió uno de los armarios de arriba para coger dos platos y en segundos notó los dedos de Leo sujetándolos para evitar que acabasen en el suelo. No podía dejar de mirarla, de adentrarse en el color pardo de sus ojos enormes, tanto como sus pestañas.

—Tengo que reconocer que eres realmente buena buscando información.

—Ahora te toca a ti. ¿Qué has averiguado de la doctora Quesada? —le preguntó para disimular el temblor de su cuerpo ante su intensa mirada.

—Poca cosa —le respondió Leo secamente. Sus ojos no podían dejar de contemplarla.

—¿Como qué? —insistió Alexandra.

—Me sorprendió que no supiese dónde se encuentra la costa Amalfitana.

—Yo tampoco lo sé. —Sonrió.

—Es un tramo de costa italiana bañado por el mar Tirreno, situado en el golfo de Salerno, en la región de la Campania.

—Que no lo recuerde no significa nada —puntualizó Alexandra.

—Yo no estoy tan seguro. Una de mis fuentes me contó que es una enamorada de Italia y que vivió en esa zona durante muchos años.

—Al igual tiene malos recuerdos que desea olvidar.

—Tal vez.

—¿Y has descubierto algo interesante? —le preguntó mientras servía los huevos con beicon en los platos.

—Su acento extranjero.

—¡Vaya! ¿Y por qué te sorprende?

—Porque me consta que es española.

—A lo mejor ha vivido durante un tiempo fuera de España.

—En Rumanía. Eso fue lo que me dijo.

—¿No ves? El otro día, en el bar de Diego, tú mismo te atreviste a imitar su acento. A ti se te pegó cuando viviste en México y todavía eres capaz de recordarlo. —Leo esbozó una leve sonrisa. Aquella joven era bastante más avispada de lo que imaginaba—. ¿Algo más? —le preguntó mientras masticaba un trozo de beicon con huevo.

—No la veo capaz de mancharse las manos de sangre.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Es una corazonada. —Apartó la mirada de los ojos de ella.

Leo permaneció callado, reflexivo. Sabía que debía contárselo, pero no era el momento de hacerlo ni la situación propicia. Esperaría. Quería estar seguro de que podía confiar plenamente en ella. Era demasiado lo que había en juego y aunque su corazón le decía que era de fiar, su cabeza le advertía que dar pasos en falso podría arruinar todo lo andado. Mientras, utilizaría la capacidad investigadora de la periodista para avanzar en el caso.

—Hablas como los policías.

—No son los únicos que tienen olfato —se justificó.

—Cierto —convino Alexandra echándose a reír—. Está mi abuela, que es un *crack*.

A Leo se le escapó una carcajada y a ella se le contagió. Alexandra le dio un bocado a uno de los bollos que había comprado.

—Tienes un poco de nata en el labio.

—¿Dónde? —le preguntó ella con la intención de hacerla desaparecer.

—Más abajo. —Le indicó él con el dedo.

—¿Aquí? —le preguntó de nuevo ella señalando una parte del labio inferior donde no sentía el frío de la nata.

—No. Déjame a mí.

Leo se acercó a los labios de ella y se comió la nata con los suyos. Segundos después los abandonó. Le clavó la mirada y a la joven sus ojos azules le penetraron el alma. Entonces la besó varias veces, con intensidad. Cada beso iba acompañado de un mordisco en el labio inferior o superior, hasta adentrar su lengua en las profundidades de la boca de Alexandra. Se separó unos segundos y la contempló. Lo suficiente para desearla aún más. Ella le desabrochó la camisa sin apartar la mirada de sus ojos y él acabó quitándosela por completo. Leo acarició con sus labios los de la joven y con pequeños mordiscos rodeó toda su boca. Llegó al mentón y fue descendiendo lentamente por el cuello. Juntó sus labios de nuevo con los de Alexandra, pero esta vez apretándolos con los suyos intensamente, tragándoselos, mientras sus dedos descendían hacia los pechos de la joven. Aprovechó para desabrocharle el sujetador.

Alexandra había cerrado los ojos y Leo no podía dejar de mirarla, de contemplar su cuerpo desnudo ante él. Le parecía tan bella, tan diferente a las otras mujeres con las que había estado, que no pudo resistirse y le robó un beso en la boca. Alexandra se despertó y se lo devolvió.

—¡Eres tan hermosa!

—No exageres. —La joven se echó a reír—. Seguro que se lo dices a todas.

Leo guardó silencio. No habían transcurrido ni veinticuatro horas de su visita al despacho de la doctora Quesada. Y no había sido, precisamente, para hablar de asuntos serios, sino para descargar todo el deseo que había sentido por ella. Carmen le parecía una mujer muy atractiva, curtida en experiencias de todo tipo, dispuesta a juegos eróticos para huir de la monotonía. Enseguida

descubrió su larga experiencia en ellos y su falta de pudor, algo aparentemente extraño en una mujer cuya vida transcurría entre ancianos desmemoriados. Y cuando la poseyó con pasión y ella reaccionó con la misma intensidad, se convenció de que no era mujer de un solo hombre. No le importó. Él la disfrutó aquella noche. Con Alexandra había sido distinto. A ella, en cada caricia y beso que le regaló, la había amado sinceramente. Aun así, intentaría deshacerse cuanto antes de aquel sentimiento. No se dejaría arrastrar por los encantos de una joven francesita, sensual y juguetona en la cama. Enamorarse era un acto mortal de necios y no estaba dispuesto a caer en las redes de ninguna mujer.

Sin embargo, para la joven aquello había sido la experiencia más especial que había vivido en mucho tiempo. El tacto de los dedos de Leo en su piel, recorriendo todo su cuerpo, y los susurros al oído la habían hecho sentir única. Aquello no había sido solamente satisfacer sus deseos carnales, sino mucho más profundo. No había experimentado las mismas sensaciones con ninguno de los jóvenes con los que había estado. Un buen revolcón, fornicar para descubrir. Así de simple. En cambio, con Leo había llegado a tocar el cielo con el pensamiento.

El silencio los envolvió y Alexandra creyó que el tiempo se había detenido. Sus corazones empezaron a recobrar el ritmo pausado. Leo cerró los ojos y dejó que sus dedos se entrelazasen en los cabellos salvajes de Alexandra. Ella se abrazó a él. En pocos segundos se quedaron dormidos. El cansancio los venció.

Una hora después, una ráfaga de viento abrió la ventana del dormitorio. Alexandra se despertó, se dirigió hacia ella y la cerró con fuerza. Se giró y miró a Leo. No quiso despertarlo. Se encaminó a la ducha, sin prisas. Leo, que había abierto los ojos cuando el viento había irrumpido en la habitación, fingió que dormía. Aprovechó para vestirse cuando la joven se levantó. No la siguió, como a ella le hubiese gustado. Abandonó el calor de aquella cama, se puso los vaqueros rápidamente, agarró la camisa y se marchó sin despedirse. Temía que Alexandra lo bombardease a preguntas sobre la doctora Quesada y él, en esos momentos, no se veía con ganas de afrontar el interrogatorio al que lo sometería. Mucho menos despotricar contra Carmen. Alexandra le parecía bella en todos los sentidos de la palabra, pero Carmen era sexi y muy curtida en el arte del placer. Hoy no era el mejor día para hablar de la investigación. Necesitaba alejarse de todos esos sentimientos que podían arañar su corazón. En sus planes más próximos no había incluido complicarse

la vida. Cerró la puerta de la calle con sumo cuidado y se dirigió a la habitación de su hotel. Necesitaba una ducha fría y despejar su cabeza.

*Ese mismo día, en el bar de Diego*

A esas horas del almuerzo el ruido era ensordecedor. Los clientes, la mayoría trabajadores ansiosos por calmar el rugido de sus estómagos vacíos, hilaban conversación tras conversación mientras esperaban los platos con los que saciarían el hambre que los devoraba por dentro. Diego empezaba a impacientarse y no cesaba de reprocharle al único camarero que había contratado que fuese más rápido que un rayo. Cada vez que el pedido de un cliente se retrasaba y este empezaba a escupir improperios por la boca, Diego le repetía:

—Andrés, como *Chicho terremoto*, pero si la cagas sal *en chinga loca* no más...

Así hacía el joven cuando la paciencia del cliente se agotaba y este perdía los estribos: poner tierra de por medio y no *envalentonarse*. Pero casi siempre entraba Diego al quite, porque al pobre Andrés le temblaban hasta las uñas del pie. El tabernero se aproximaba al cliente y le decía:

—Anda un poco *avionado*, pero es *buena onda*, de *neta*. No se *encabrone* con él.

Y mientras intentaba apaciguar al cliente que había perdido la compostura, daba órdenes al muchacho para que le sirviese el aperitivo especial de la casa y otra cerveza.

—El taco y la *chela* son de *a grapa*, ¿cómo lo ve? —le decía con la absoluta convicción de que el asunto quedaría zanjado. Y casi siempre lo conseguía, pero ese día al joven Andrés le nombraron a la madre y Diego no podía permitir que a su muchacho le faltase el respeto un hombre que había estado en la trena. Así que se dirigió al cliente deslenguado con su cuchillo jamonero entre los dedos:

—Con este sacatripas —se lo enseñó— te voy a rajar como a un melón.

—A ver si tienes cojones, pedazo de cabrón.

Diego se abalanzó con agilidad sobre el cliente y este apenas pudo reaccionar. Lo agarró del cuello y antes de que el cuchillo atravesase el estómago del hombre, notó que varias manos lo sujetaban de los brazos por

detrás, para evitar que cometiese la mayor estupidez de su vida.

—¡Que la cagas, Diego! ¡Que la cagas! —le repetía un cliente habitual.

—¡Suéltalo ya! —le decía otro intentando desarmarlo.

—¡Que lo suelte, joder! —vociferó Leo, que acababa de entrar en el local.

Diego, al escuchar la voz de su reciente amigo, abrió los puños y dejó caer el arma encima de una mesa. Leo le clavó una mirada acerada al cliente deslenguado y recordó haberlo visto salir de la comisaría de policía custodiado por dos agentes. Le advirtió que si volvía a pisar el bar, él mismo se encargaría de arruinarle la libertad condicional que le habían concedido. Luego, se volvió a Diego y le clavó una mirada reprobatoria:

—Y usted, ¿se ha vuelto loco? —lo increpó mientras agarraba el cuchillo con la otra mano y se lo entregaba al joven Andrés.

—A mi muchacho le ha mentado a la madre y yo no voy a *achicopalarme* —se justificó. Su voz grave se confundía con el rumor de los clientes.

—Dejémoslo estar —contestó Leo—. Voy a tomar el menú del día y una botella de vino, por favor. Tinto. Ni se le ocurra traerlo blanco —le dijo con total confianza. La que se había ganado ese día.

—¡Cómo no! Ahorita *reboto*.

Y como si no hubiese sucedido nada, Diego se dirigió a la barra, le pasó el pedido de Leo al joven Andrés y se metió en el almacén. Cuando salió, llevaba entre sus manos un sobre cerrado del tamaño de un folio y se lo entregó a Leo.

—Aquí tiene, *compadre*. Lo trajo un agente de la *comanchería* y no entiendo por qué se lo ha dejado aquí. A no ser que mi humilde bar se haya convertido en su lugar de... Vamos, que pocas opciones hay. —Se acarició la coronilla—. O lo han *chingado* o *chambea* con el *comanche*...

Leo le clavó una mirada socarrona a Diego que provocó que los ojos del tabernero se abriesen como platos.

—No le dé tantas vueltas a la cabeza, podría acabar mareado —le aconsejó el detective mostrándoles los incisivos—. Llevo entre manos un asunto muy serio y el comisario prefiere este lugar para nuestros intercambios. Espero que no le importe. También es cliente suyo.

—A mandar —le dijo con una media sonrisa divertida y con la mano levantada hacia la frente, imitando torpemente el saludo militar.

—¿Y de lo otro? —le preguntó con la voz firme y serena.

—Si quiere saber si soy policía, la respuesta es no. El comisario y yo somos viejos amigos. Nada más.

—Pues no me lo trago, porque a ese *lepero* sus palabras lo han arrugado como a un frijol.

—Ese no es estúpido y sabe perfectamente lo que le conviene. Y ahora, si no le importa —de repente se puso serio—, necesito leer estos documentos. Si es posible, a solas.

—A mandar. —Le regaló otro saludo militar, en esta ocasión más firme y acertado que el primero.

Mientras Diego se alejaba de la mesa, Leo abrió el sobre. Durante varios días había esperado aquellos documentos como agua de mayo. Había puesto al tanto al comisario de su sospecha de que algo no iba bien en el geriátrico donde había ingresado su abuelo para averiguar desde el terreno. Y lo hizo mucho antes de conocer a Alexandra, de que esta lo pusiera al corriente de las preocupaciones de su abuela. En el sobre había también datos de la joven y de su abuela. Alexandra se había sincerado, pero él no debía correr riesgos innecesarios sin estar completamente seguro del suelo que pisaba. Los documentos que le había enviado su amigo el comisario ampliaban la información que necesitaba sobre ellas:

*«Eulalia Lambert, viuda del prestigioso abogado Patrick Lambert, es una respetada psiquiatra francesa, aunque de origen español, que colabora asiduamente con los cuerpos policiales franceses por ser experta en comportamientos de asesinos en serie. Ha obtenido innumerables reconocimientos de sus colegas, así como del Gobierno e instituciones francesas. Es, en resumen, una eminencia en su profesión. El comisario Guillaume Fernandes avala su intachable currículum. Se ha instalado recientemente en Gandía, en el chalé que compró junto a su marido. Todo parece en regla.*

*Su hijo Nathan Lambert es uno de los mejores abogados criminalistas que tiene nuestro país vecino. Vive en Toulouse y se ha divorciado recientemente. La joven de la que me hablaste es hija suya y trabaja en Le Monde como periodista. No se ha metido en ningún lío desde que llegó a España. Es buenísima en reportajes de investigación, según palabras textuales del jefe de redacción del mencionado periódico. Tiene un hermano, Eric, que está obsesionado con la informática. Vamos, la oveja negra de la familia*

*Lambert: una vez lo detuvieron por falsificar expedientes profesionales de algunos trabajadores de la empresa donde lo contrataron. Duró un año. Todo un elemento al que tendríamos que controlar si apareciese por nuestras calles.*

*Con respecto a la doctora Carmen Quesada, te dejo varios documentos para que los leas con tranquilidad. La clínica geriátrica que dirige fue construida en 2013 por el doctor Mauricio Beltrán, un psiquiatra muy admirado y respetado entre sus colegas que consiguió hacerse con la propiedad. Otra eminencia más que ha dejado huella en la Medicina... Así que no la cagues si no estás completamente seguro. No des ningún paso sin consultármelo antes, ¿entendido? La Clínica Beltrán de Madrid es suya y desde que falleció, curiosamente el mismo año que se construyó la residencia geriátrica en Gandía, pasó a manos de su esposa, Aurora Beltrán.*

*Poco sabemos de esta mujer, solo que reside en el geriátrico mencionado y que ha cedido hace unos días el cincuenta por ciento de las acciones del mismo a la Fundación Beltrán, creada por su marido un año antes de su muerte y que dirige ahora el doctor Gregorio Espinosa. Me consta que es una anciana enferma de alzhéimer. Por tanto, alguien la ha empujado a tomar esa decisión. Sé, por su empleada María, que para el doctor Beltrán la clínica geriátrica era muy importante, que invirtió mucho capital. Parece ser que en el hospital, minutos antes de morir, le hizo prometer a su mujer que hiciese lo posible por conservarla, que contratase personal cualificado, pero que no se trasladase a ella, que en casa estaría más tranquila. Dos meses después de la muerte de su marido, abandonó su residencia en Madrid y se plantó en Gandía. María está convencida de que la están manipulando por algún interés económico. Yo también lo creo, pero no tenemos ninguna prueba de ello. Ceder la mitad de las acciones de una propiedad cuando había prometido conservarla... Algo no encaja. Tu abuelo tiene que acercarse a la doctora Lambert y descubrir qué diablos hace un personaje como ella en esa clínica. Me temo que esconde algo y tiene que averiguar qué es. Nos iría de perlas que ella colaborase con nosotros. No importa cómo lo consiga. No hay tiempo que perder.*

*El pasado de Aurora Beltrán es una verdadera incógnita.*

*Desconocemos su verdadero lugar de origen ya que, según consta en su primera tarjeta de residencia, entró en nuestro país cuando era una niña y bajo la protección del régimen. Había estado en Dinamarca junto a una pareja que la adoptó, pero a los pocos meses de llegar murieron en extrañas circunstancias y los familiares más cercanos la entregaron a la embajada española. Allí coincidió con Jaime de Castro, un cardiólogo de reputado prestigio y amigo personal del mismísimo Caudillo, que se responsabilizó de ella. Su mujer, Asunción Varela, no podía darle hijos y decidieron adoptarla. Así nació Aurora de Castro Varela. Se crio entre médicos, pero a ella no le interesaba enfundar su cuerpo en una bata blanca, sentía pasión por la repostería. Con el tiempo consiguió convencer a sus padres adoptivos para que le regalasen una pastelería en Madrid. La misma que, con los años, se ha convertido en la más importante de la ciudad. Seguro que alguna vez te has dejado caer por Brownie Délisse y has probado sus creaciones de chocolate. Son una maravilla.*

*Con respecto a los extraños acontecimientos que están sucediendo en el centro (ocho muertos y cuatro desaparecidos desde que se inauguró), hemos avanzado poco. No nos consta que esos cuatro hayan fallecido, pero sí que compraron billetes para embarcarse en diferentes cruceros repartidos por el mundo. Nos hemos puesto en contacto con la Interpol para averiguar qué es lo que ha pasado con ellos y hace escasos días nos han confirmado que ninguno embarcó. Así que seguimos sin saber nada de su paradero ni si están vivos o muertos. En cuanto a los ocho ancianos fallecidos, cuatro la palmaron por causas naturales relacionadas con la vejez, tres por un infarto al corazón y el amigo de tu abuelo por coma etílico, como así consta en los informes del forense que realizó las ocho autopsias. Lo peor de todo, mi querido amigo, es que estamos atados de pies y manos, ya que todos fueron incinerados de manera voluntaria, es decir, que firmaron un documento que lo acredita. Por tanto, es inviable la posibilidad de practicarles una nueva autopsia. Vía muerta en este punto.*

*Aunque tenemos muchas sospechas, no disponemos de ninguna prueba contundente que responsabilice a la doctora Carmen Quesada de tales hechos. En cambio, sí contamos con una de las*

*personas con el suficiente olfato para ayudarnos a descubrir lo que está sucediendo allí. Ya sabes a quién me refiero: la doctora Eulalia Lambert. Que tu abuelo no la pierda de vista. Y tú tampoco a su nieta. Mantenme informado».*

Guardó los documentos cuando Andrés le sirvió la ensalada del menú. Leo había decidido llamar a Alexandra para quedar con ella esa misma tarde. Necesitaba saber qué otros datos había descubierto la avispada joven. Esa misma mañana, antes de quedarse dormidos, ella se había comprometido a seguir buscando en internet y a enviarle mensajes a su abuela para intercambiar información. Leo le prometió que haría lo mismo con su abuelo y que visitaría a algunos contactos dentro de la policía. Una sinceridad a medias. No se sentía cómodo jugando a dos bandas, pero la vida de todos aquellos ancianos, incluida la de su abuelo y la de la propia doctora Lambert, lo justificaba todo. Se terminó la ensalada y empezó a devorar el bistec con patatas, con el rostro de Alexandra grabado en su retina. No quería herirla. Le gustaba. Tal vez demasiado, aunque le costaba reconocerlo. Se dejó arrastrar por el recuerdo de sus labios y de su cuerpo. De repente, apartó el plato y se tocó el mentón con los dedos pulgar e índice de su mano derecha, mientras su mente se perdía en un punto de la carne que minutos antes le había servido Andrés.

—¿No está a su gusto? —le preguntó el joven camarero.

—Está perfecta.

—¿Entonces?

—No tengo apetito. Sírreme un café.

—Ahora mismo.

# EL TÚNEL

*Cinco horas en el interior*

Fernando nos condujo hasta la salida que unía el túnel con el alcantarillado de la ciudad. Mientras nos aproximábamos, el olor nauseabundo penetraba con intensidad en nuestras narices. Mi nieta se aguantó las ganas de vomitar y a mí se me revolvió el estómago, reacción que intenté disimular ante la mirada intranquila de Fernando. Al llegar al punto exacto donde Alexandra debía descender unas escaleras metálicas para adentrarse en aquellas aguas, saqué del bolsillo de la bata blanca que llevaba puesta un trozo de tela de color verde que había arrancado de otra. Antes de enrollárselo en la cabeza, con el fin de protegerla de aquel repugnante olor, la besé en la mejilla y mis labios se juntaron con algunas lágrimas que derramaron sus ojos. Entonces pronuncié las palabras mágicas que denota el arrepentimiento:

—Hija, no lo hagas si no estás convencida.

—He dicho que lo haré y no hay más discusión. —Y se cubrió la boca y la nariz con el trozo de tela que minutos antes le había dado.

Nos despedimos con un fuerte y silencioso abrazo. Su corazón se aceleró cuando sus piernas notaron el frío de aquellas aguas malolientes, por donde debía caminar durante un tiempo indeterminado. Lo supe por su mirada, tan transparente como su alma. Mi niña era consciente del peligro que corría en esas aguas apestosas y de que, tal vez, no llegase a tiempo de pedir ayuda. Nuestras vidas estaban en sus manos. Cuando mi nieta entró en aquellas aguas y se alejó de nosotros, Fernando se quedó meditabundo. Entonces me di cuenta de que el verdadero peligro la acechaba a ella. Quise avisarla, pero ya había desaparecido.

Fernando sentía la culpa en la garganta. Aquella alternativa era suicida. Durante unos segundos dudó en dejarla marchar y se le cruzó el pensamiento de evitar que mi nieta se internase en aquel conducto sombrío, tenebroso y turbio. Quizá se había precipitado. Quizá. Pero había permanecido mudo, sin compartir con nosotras sus miedos. Creo que, en el fondo, a pesar de tanto temor agitado en su corazón, sabía que esa alcantarilla conducía hasta una salida en alguna calle. Por eso contempló, silente, cómo Alexandra intentaba

moverse en aquellas aguas mientras mis manos temblaban al imaginarme que nunca más la vería. Y con ese atroz pensamiento removiéndose en mi interior, me esforcé al máximo en retener en mi memoria la imagen, bella y pulcra, del rostro de mi nieta.

Hasta que desapareció.

Fernando se alejó unos metros de las escaleras que unían el túnel con el alcantarillado y yo me quedé allí unos segundos más, en soledad y con mi dolor. Me senté junto al último escalón que me había separado de mi nieta y, segundos después, sentí cómo el frío de aquel suelo calaba en mis huesos. Demasiadas emociones juntas para un corazón tan castigado y herido como el mío. No pude reprimir las lágrimas. Pero no las dejé que se apoderasen de mis ojos, me las quité con los dedos cuando las noté corretear caprichosas por las mejillas. No podía soportar la idea de que Fernando me viese hundida en la desesperación. Los músculos de mi cuerpo se tensaron y mis ojos se encogieron. Él no se percató de nada, estaba demasiado inmerso en su culpa. Y esta era tan enorme y asquerosa que no se atrevió a mirarme. Mejor así, pensé en ese instante. No le hubiese perdonado un acto hipócrita de esa magnitud.

Permanecí sentada en aquel peldaño durante varios minutos. No quería marcharme. Creía que si lo hacía abandonaba a mi nieta. Fernando se paseaba de un lado a otro, con los ojos clavados en aquel suelo negruzco, con el remordimiento persiguiéndolo. Demasiado tarde para rectificar. Por eso no se atrevía a mirarme a los ojos. Se mantuvo con la cabeza agachada hasta que decidí levantarme:

—No podemos quedarnos aquí, plantados como dos pasmarotes.

—No, claro que no —contestó frotándose las manos. Lo hacía siempre que las sentía frías, para esconder los remordimientos—. Aquí no podemos estar, tu pierna... Es mejor que esperemos en la sala.

Asentí con un leve movimiento de cabeza, aunque no con el corazón. Solo pensar que debía volver a ella, y tragarme ese olor a desinfectante —que impregna el ambiente de cualquier quirófano—, me hacía perder la calma. Eso era lo peor. El aroma a producto químico de laboratorio que se colaba en mis orificios nasales y penetraba en mi interior, colmándolo de veneno. Entonces, los recuerdos giraban como una peonza en mi mente y se precipitaban enfurecidos. Y por mucho que lo intentaba, no conseguía ahuyentarlos. Acababan apoderándose de mis pensamientos, adueñándose, incluso, de mis momentos de paz. No, no quería regresar allí. Tenía un mal

pálpito. Aun así, acepté porque era consciente de que, en nuestro lamentable estado, las opciones que teníamos eran escasísimas.

Empezamos a caminar con la mirada hacia el camino que nos llevaría a aquella sala de malos augurios. Fernando me seguía con la sensación, también, de que nos estábamos equivocando, de que aquella decisión nos adentraba en la boca del lobo. Y lo supe por su mirada inquieta y el frío que sentía en sus manos. Siempre el frío. No paraba de frotárselas. Aquel acto reflejo, donde amalgamaba culpa y temor, lo delató. Tanto él como yo éramos conscientes de que no teníamos otra alternativa mejor. Por eso anduvimos silentes hacia el precipicio. Allí, por lo menos, disponíamos de suficiente material punzante para defendernos en caso de sentirnos amenazados.

Ellos seguían buscándonos y no descansarían hasta encontrarnos.

Todo fue muy extraño durante el regreso a la sala que nos guarecería del frío. Yo no podía mirarlo a los ojos. Él, tampoco lo deseaba. Intentamos mantener una conversación distendida, pero ni él ni yo supimos distanciarnos de nuestros pensamientos. Los suyos, enfangados; los míos, atormentados. Y no pude evitar que algunos recuerdos me invadiesen de nuevo. Sobre todo, el de aquel otro agujero donde permanecí durante días a merced de los brazos elásticos y las lenguas viperinas de mis carceleras. Aquello sí que había sido una ratonera en el más amplio sentido de la palabra: un arma mortífera.

Cuando llegamos a nuestro refugio, Fernando me convenció para que intentásemos dormir. Cinco horas en el túnel era demasiado tiempo para dos ancianos abatidos por el cansancio. Pero mis ojos se negaban a permanecer cerrados. La imagen de mi nieta me lo impedía. Fernando lo sabía. Se acercó a mi cama y me los cerró con la yema de los dedos. Sentí sus labios. Era su forma de pedirme perdón. Sin embargo, la herida seguía sangrando en mi corazón. Me acarició la mejilla y los abrí. «Tal vez no ha sido buena idea», me confesaron sus ojos. «Es tarde para arrepentimientos», le contestaron los míos mientras mis dedos, serenos, recorrían su barbilla peluda. «Ojalá lo consiga», desearon sus ojos. «Es fuerte», le aseguraron los míos. «Pase lo que pase, estaremos juntos», me dijo con un hilo de voz. «Hasta el final», le contesté posando mis dedos en sus párpados, cerrándoselos suavemente mientras mis labios susurraban las primeras notas de *Au clair de la lune*, una canción de cuna que les cantaba a mis hijos cuando eran unos críos: *Mon ami Pierrot, prête-moi ta plume pour écrire un mot. Ma chandelle est morte, je n'ai plus de feu. Ouvre-moi ta porte, pour l'amour de Dieu.*

Fernando se dejó atrapar por mi voz y el sueño lo venció. Se quedó abrazado a mi pecho. Y cada vez que me venía el recuerdo de mi nieta, lo besaba en la frente. Y cada vez que intentaba cerrar los ojos, veía el rostro de Erna vagando en el aire como un espectro...

## Recuerdos silenciados

*3 de diciembre de 1944*

En mi cabeza oía voces, desorientadas, que se mezclaban entre mis pensamientos.

—Lía, ¿estás despierta?

El silencio había invadido mi garganta y mi ánimo. Me quería morir. Pero aquellas palabras dulces danzaban en mi mente, enredándose con las imágenes más bellas que aún recordaba de la vida, de mi corta existencia. Y abrí los ojos para enfrentarme a ellas. Y al descubrir de quién se trataba, sentí enormes deseos de rodearla con mis escurridos brazos. Vi sus dedos agitándose dentro del agujero que me conectaba con el mundo exterior y me aferré a ellos como un náufrago a un salvavidas.

—No me los aprietes tan fuerte, que me los vas a romper —se quejó Erna.

—Lo siento. —Relajé los músculos de mi mano. Sentí una liberación que me reconfortó.

Entonces me entró esa risa contagiosa que no puedes frenar aunque lo desees. Y era tanta la fuerza que había en mi interior, que Erna acabó soltando una carcajada que yo copié sin ningún temor.

—¿Por qué me ayudas? —Le había dado muchas vueltas a la cabeza a esa pregunta. No conseguía entender que aquella niña, hija de una nazi, corriese tantos riesgos por una prisionera como yo.

—Mi madre no es carcelera.

—Pero es nazi.

—Alemana. —El silencio se apoderó de mi lengua—. Solo alemana —recalcó la primera palabra.

De pronto, oímos el ruido de unas botas que se aproximaban hacia donde ella se encontraba.

—Rápido, aléjate del agujero —le dije.

Me hizo caso sin rechistar. Pero antes hundió sus dedos en la tierra y escarbó un poco con el fin de tapar el pequeño agujero que nos permitía comunicarnos. Al notar que la oscuridad se apoderaba de la celda, mis pensamientos se agitaron, nerviosos, y mi cuerpo se tensó. Y cuando prácticamente había terminado de esconder nuestro secreto, se levantó y se

alejó del muro disimuladamente. A los pocos segundos se topó de frente con la guardiana y su perro de presa, que custodiaban el búnker. Pegué mi oído al muro.

—No deberías estar aquí —le recriminó—. Me veo obligada a informar a Dorothea.

—A ella no, por favor —suplicó Erna.

—Precisamente a ella, para que te dé el escarmiento que mereces, niña consentida.

—Si lo haces, mi madre se enojará y se lo dirá a su novio.

De repente, oí un grito. Imaginé que aquella bestia le había puesto la mejilla como un tomate.

—No me das miedo —le dijo Erna.

—Deberías —le respondió la ejecutora de penas—. Por mucho menos de lo que tú has dicho ahora, he mandado al infierno a muchas desgraciadas. No me pongas a prueba, niñaata.

—Si me vuelves a poner la mano encima, me encargaré de que el doctor Holzmann se entere y serás tú la que se vaya derechita al infierno.

—Y, dime, sabelotodo, ¿cómo lo vas a lograr si tu madre es una simple cocinera?

—*Chef* —la corrigió—, pero también la mejor amante.

La guardiana permaneció en silencio y Erna se mantuvo firme. Había aprendido de todas ellas cómo camuflar el miedo que sentía. Y la joven, experta en acallar bocas deslenguadas, seguramente ya había tenido suficiente ese día para perder la calma con una mocosa que no le llegaba al pecho.

—Apártate ahora mismo si no quieres que te cruce otra vez la cara.

—Todo tuyo —le respondió Erna reculando, dejándole libre el camino.

Y cuando mi amiga perdió de vista a la guardiana, se despidió de mí prometiendo volver al día siguiente. Fui consciente, entonces, de que no estaba sola, de que nunca estaría sola en el campo de la muerte.

Me desperté de madrugada, mojada por el sudor. Había soñado que la Binz me sacaba de la celda a rastras y que me obligaba a lamerle las botas llenas de estiércol. Y yo me negaba a tragar. Entonces su perro se abalanzaba sobre mí y sentía sus colmillos en mi brazo. Intensos. Tanto que mi propio grito me hizo volver a la realidad, a la oscuridad donde llevaba encerrada varios días. Había perdido la cuenta. Volví a tumbarme en aquel suelo ceniciento e intenté cerrar los ojos, pero la imagen de aquel animal, enseñándome sus incisivos, no me dejó. Recordé a mi madre. Y a Erna. Y al

pensar en ellas me dije a mí misma que debía afrontar mis miedos para hacerme fuerte. Cerré los ojos de nuevo y me quedé dormida, con la sonrisa de ambas proyectada en mis sueños.

## Capítulo 9

### *Siete días antes de la entrada al túnel*

*Clínica geriátrica, 10 de septiembre de 2015*

Los ancianos desayunaban tranquilamente, menos Aurora, que todavía no había bajado al comedor. Eulalia miraba su reloj con impaciencia, algo poco frecuente en ella. Empezó a inquietarse y, como no pudo aguantarse, le preguntó a Fátima, y esta le contestó:

—Es usted realmente pesada, señora Gramunt.

En ese preciso instante apareció Aurora sonriendo y saludando a todos, incluso a Eulalia.

—Ahí la tiene, vivita y coleando —ironizó Fátima.

A Eulalia se le escapó una sonrisa. Fátima se acercó a Aurora y la abrazó, un acto que desconcertó a la psiquiatra. Se dio cuenta, entonces, de que aquella joven también había estado preocupada por la anciana. Después de acompañar a Aurora a la mesa, volvió junto a Eulalia y le susurró al oído:

—Olvídese de todo. Se lo digo por su bien. No vaya a salir escaldada.

La doctora Lambert recibió aquella última frase como una amenaza. Aquella joven tenía revolucionada su cabeza con pensamientos que iban de un extremo al otro, al igual que dos amantes que se aman y se odian. Y todas esas acciones contradictorias de Fátima corroboraban su idea de que en la clínica se estaba cocinando algo muy gordo y de que ella sabía más de lo que contaba. No obstante, decidió no hacer más preguntas. Necesitaba un respiro. Disfrutaría del día leyendo o participando en actividades adormecedoras, pero entretenidas para la mayoría de los residentes. Eulalia estaba convencida de que muchos lo hacían, en el fondo, para olvidarse de lo que verdaderamente estaba sucediendo en el centro. Un pacto de silencio era lo que se respiraba en el aire, creía la psiquiatra. Pero, por el momento, tenía que dejar de hurgar si no quería levantar sospechas. Toda la mañana estuvo sonriendo y compartiendo juegos con algunos de sus compañeros, sin interrogatorios ni recorridos a escondidas por los pasillos de la clínica. Pasó la mayor parte del tiempo con Fernando. Su compañía la reconfortaba. Cuando entró al salón de

actividades, el anciano se acomodó en un sillón muy cerca de ella y la invitó a una partida de ajedrez. Desde el fallecimiento de Patrick no había vuelto a jugar con nadie y se preguntó si sería capaz de recuperar de su memoria todas aquellas reglas del juego. Eligió las fichas blancas y fue colocándolas en el tablero según lo hacía Fernando con las suyas.

—Estoy desentrenada —le confesó—. Apenas recuerdo los movimientos de las piezas.

—La reina es la más poderosa, y es normal, es una dama.

Fernando le clavó una mirada intensa. Eulalia esbozó una sonrisa.

—Es la única que puede moverse en todas las direcciones y tantas casillas como quieras —recordó ella.

—Siempre y cuando no pases por encima de una pieza de su color. Como ocurre con todas las piezas, si la dama captura una pieza rival, su movimiento ha terminado.

Las palabras de Fernando sembraron su memoria de nostalgia. «Cariño, un peón no puede comportarse como el caballo, no puede saltar», le decía Patrick cada vez que ella hacía un movimiento erróneo. Y al recordarlo, sintió un pinchazo en el corazón. Suspiró. Fernando, al ver cómo el rostro de Eulalia se había apagado como una bombilla, se olvidó del ajedrez.

—Yo también me acuerdo mucho de Teresa. A ella le gustaba jugar y era más lista que yo.

—¿De qué murió?

—De cáncer de páncreas.

—Lo lamento mucho.

—¿Y tu marido? —le preguntó sin percatarse de que había abandonado la formalidad de los primeros días.

—De un accidente de tráfico.

—Lo siento —le dijo conmovido. No pudo contener algunas lágrimas, que intentó absorber para que Eulalia no lo viese llorar. Pero aquellas gotas derramadas con dolor se deslizaron tímidamente por sus mejillas.

—¿Tienes hijos?

—No. —Negó Fernando con la cabeza agachada en duelo.

—Y ese joven que te visita, ¿quién es?

—Mi nieto. Mi hija murió en un accidente, como tu marido.

Eulalia enmudeció, pero eso no le impidió acariciarle las manos. Las sintió heladas.

—No sé qué decir.

—No hay nada qué decir. Fue mi culpa. No debí dejarle el coche aquel día.

—No digas eso. —Eulalia le estrechó las manos—. No somos dueños de nuestro destino, mucho menos de los ajenos.

Permanecieron en silencio durante unos segundos, los que necesitó Fernando para absorber las lágrimas y contener el dolor. Y cuando lo consiguió, le devolvió las caricias a Eulalia, levantó la mirada y le preguntó:

—La joven que viene casi todos los días, ¿es tu nieta?

—Alexandra.

—Una joven muy espabilada.

—Eso parece.

Se echaron a reír. Fernando no sabía cómo abordar el tema sin herirla.

—Tienes uno, dos, tres hijos...

—Constance y Nathan, el padre de Alex. Es un excelente abogado.

—¿Y tu hija?

—Pintora. Tiene su propia familia, su vida en Nueva York. De vez en cuando me envía un mensaje.

—Hace tiempo que no sabes nada de ella, ¿verdad?

Fernando le quitó con la yema de los dedos dos lágrimas que se le habían escapado. Eulalia parpadeó para hacer desaparecer las que amenazaban con salir.

—Patrick y ella no se entendían. Siempre discutían y Constance, que no quería estudiar Derecho, se enfrentó una vez a su padre y él le dio una bofetada delante de sus amigos. Ella no se lo perdonó y un día... —Se quedó callada.

—¿Y?

Eulalia se frotó los ojos.

—¿Te encuentras bien?

—Perdona, ¿qué te estaba contando?

—Pues lo que pasó el día que se marchó tu hija.

—¿Mi hija?

—Sí, Constance.

—¿Constance?

Fernando se percató de que Eulalia se sentía desorientada, como si, de repente, hubiese despertado en otro lugar y no recordase dónde se hallaba.

—Eulalia, ¿te pasa algo? ¿Qué tienes?

—¿Puedes acompañarme a mi habitación, por favor?

—Por supuesto.

Fernando le ofreció su brazo, y ella se agarró a él con la mirada perdida y con movimientos torpes provocados por la confusión. Se encaminaron hacia el ascensor y, una vez dentro, apoyó la cabeza en el hombro de Fernando. Él no se atrevió, aunque lo deseaba, a pasarle el brazo detrás de la espalda. Pero al detenerse el ascensor, ella se abrazó a él.

—Patrick, prométeme que la llamarás. ¡Sois tan orgullosos los dos! — Fernando se encogió de hombros y la abrazó con más fuerza—. Tienes que ser tú quien dé el primer paso. Me lo debes. —Y al oír aquellas palabras le acarició el cabello.

—Lo haré —le prometió—. Pero otro día. Hoy ya es muy tarde y hay que descansar.

—Me siento mareada.

Cuando llegaron a la habitación, Fernando miró al fondo del pasillo. Temía ser sorprendido y que lo obligasen a separarse de Eulalia. Abrió la puerta con la mano temblorosa. Entró sujetando a Eulalia y la cerró tras él. Ojeó el cuarto. Era exactamente igual que el resto de los otros que había tenido la oportunidad de ver. Paredes grises y decoración sobria. Espacios sin alma. No se detuvo a pensar demasiado en ello. Eulalia necesitaba toda su atención. Se dirigió a la cama con ella y la sentó. Apenas podía mantenerse erguida. Decidió descalzarla y la tumbó con delicadeza. La arropó con la colcha. Durante unos minutos la contempló en silencio. Sentía la necesidad de protegerla. Se recostó a su lado y apagó la luz. Ella se abrazó a su cuerpo y él le pasó el brazo detrás de la nuca. Permanecieron así casi toda la noche. Al amanecer, Fernando regresó a su habitación, no antes de cerciorarse de que ella se encontraba dormida y de estamparle un cálido beso en la frente.

*A la mañana siguiente...*

## *Seis días antes de la entrada al túnel*

*11 de septiembre de 2015*

Eulalia se despertó serena y con energía para empezar un nuevo día. No recordaba haber abrazado a Fernando, por lo que tampoco podía arrepentirse de ello. Pero sí de que él la había acompañado hasta la puerta de su habitación, como había hecho otras veces. Y también que habían jugado al ajedrez, que habían hablado de sus hijos, y de que se habían mirado con ternura. Y al darse cuenta de que su memoria permanecía intacta, de que su enfermedad avanzaba lenta, eso creía ella, dejó que sus pensamientos aflorasen como los pétalos de una margarita. Esa mañana se miró al espejo y se vio diferente, rejuvenecida. Bajó al comedor con ganas de ver a Fernando.

Él amaneció inquieto. Era consciente de sus sentimientos. No los podía esconder. Eran demasiado intensos. Apenas pudo conciliar el sueño. Sabía que el camino hacia Eulalia estaría plagado de espinas, pero lo recorrería igual. Quería estar con ella. Hasta el final. Antes de bajar al comedor, se acercó a la habitación de ella para saber cómo se encontraba, pero no se atrevió a llamar. Y al oír el ruido de la persiana, decidió esperarla en el comedor, como todas las mañanas.

Eulalia se quedó plantada en la puerta del comedor y asomó la cabeza con la esperanza de encontrar a Fernando. Este, al verla, le hizo un gesto para que lo acompañase. Sentados, uno junto al otro, se miraban de reojo mientras desayunaban las tostadas con aceite de oliva que les habían servido Fátima y Consuelo, acompañadas de un zumo, una infusión para ella y una taza de leche tibia para él. No perdieron el tiempo en comentarios superfluos. Fernando aprovechó para invitarla a dar un paseo por los jardines después del desayuno.

La esperó sentado en el banco que había junto a la fuente que decoraba parte del jardín de la entrada principal. Eulalia había subido a su habitación para coger la lectura que la tenía enganchada desde hacía días, y aprovechó para darse brillo en los labios y ponerse crema en las manos. Fernando miró su reloj de pulsera varias veces y pensó que a las mujeres, en general, les gusta hacer sufrir una pizca a los hombres para hacerse las interesantes. Le

recordaba a Teresa. La mujer de su vida.

Eulalia apareció en el jardín dejando tras ella un aroma a rosas. Cuando llegó al banco donde se encontraba Fernando, se sentó a su lado y él le regaló una generosa sonrisa. «Estás preciosa», le dijo. Ella le devolvió la sonrisa. Estuvieron compartiendo lecturas hasta la hora del almuerzo, bajo la sombra de uno de los muchos árboles que había en el jardín, junto a los bancos. Después de soportar horas de intenso calor, el viento apareció como un susurro que acarició sus cuerpos. Entonces, Fernando le propuso caminar un rato por el jardín que daba a la puerta de urgencias de la clínica. En aquella zona apenas había ancianos paseando. Y fue en ese preciso instante cuando Eulalia se atrevió a confesarle la congoja que le producía aquel lugar, mientras observaba una fila de hormigas.

—Estoy convencida de que te has dado cuenta de que en esta clínica están sucediendo cosas muy...

—Raras —la interrumpió Fernando.

Eulalia se detuvo, levantó la vista y se encontró con los ojos serios de Fernando.

—¿Qué estás haciendo aquí? Y no te andes por las ramas, por favor.

—Estoy investigando la muerte de un amigo —le confesó—. Y no pienso marcharme de aquí hasta descubrir quién lo mató. ¿Y tú? Porque no me trago que hayas abandonado a tu familia y tu chalé en Gandía para pasar los últimos días de tu vida en esta miserable clínica. Por lo poco que te conozco, creo que obrar así no va con tu carácter.

Eulalia se quedó en silencio, sopesando el alcance de aquellas palabras. Había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—Soy psiquiatra y estoy realizando mi último trabajo de investigación sobre algunas enfermedades que nos afectan a los ancianos.

Un halo de tristeza invadió la mirada de Fernando. Sin duda, había algo más doloroso que un simple proyecto, una realidad que estaba dominando la mente de aquella maravillosa mujer. Se calló y dejó que fuese ella quien tomase la decisión de compartir aquella cruel verdad. La que, por el momento, no se atrevía a desvelarle. Él no necesitaba saberlo.

De pronto, una furgoneta oscura se detuvo frente a ellos, cortándoles el paso. De su interior descendieron dos hombres enfundados en monos blancos. El más alto y corpulento los obligó a retroceder y les recordó que el almuerzo estaba a punto de servirse. Los ancianos decidieron obedecer y regresaron en silencio, hasta que Fernando, en un acto de confianza plena, le

dijo sin reparo alguno:

—Creo que debemos sincerarnos cuanto antes y compartir la información que cada uno ha averiguado. Esa furgoneta se detiene a las cuatro de la madrugada frente a la puerta de la clínica. Siempre los mismos días. Y he visto subir a ella a algunos ancianos.

—¿Quiénes?

—A Pilar, que en paz descansa, a Lola y a su marido.

—¿Y has podido averiguar algo más?

—No, porque cada vez que intento hablar con ellos tengo la sensación de que no son los mismos, es como si su memoria quedase limitada a algunos recuerdos. O bien, son tan listos que fingen. La verdad es que no he podido sonsacarles ni una sola palabra.

—Cuando me colé en la habitación de Pilar...

—¿Que hiciste qué? —espetó el anciano sorprendido por la iniciativa de su amiga.

—No me interrumpas, que pierdo el hilo y soy incapaz de...

—Perdona.

—Como te decía, al entrar y descubrir que no era Aurora...

—¡Madre santísima!

—¡Recórcholis! ¿Quieres dejar de interrumpirme?

—Lo siento. Continúa.

—Pues eso, que me fijé que en los brazos tenía marcas de pinchazos.

—¿De inyecciones?

—Sí —afirmó convencida Eulalia.

—¿Crees que están experimentando con los ancianos?

—No lo sé a ciencia cierta, pero esos paseos nocturnos, esa sala secreta que está en el sótano, según dicen cerrada siempre a cal y canto, los pinchazos en los brazos que tienen muchos... Se los he visto también a Lourdes... Esas extrañas muertes y desapariciones que me ha contado mi nieta. No sé, pero todo apunta a ello.

Entonces, Fernando reaccionó y le dijo que había pensado en entrar en el despacho de la directora después del almuerzo, porque todos los viernes tenía la costumbre de ausentarse durante varias horas, tiempo suficiente para registrar con tranquilidad. Eulalia sacudió la cabeza y no pudo evitar que se le escapase una sonrisa.

—Cuatro ojos ven más que dos —le dijo.

Fernando asintió con un brillo especial en la mirada.

Esperarían hasta la hora de la siesta, momento de descanso obligado por la directora. Y, al igual que los demás ancianos, se refugiarían en su habitación. Pero, a diferencia de ellos, ninguno de los dos tenía intención de meterse en la cama, sino de aprovechar que Salvador se encerraría en la suya para ganarle la batalla al insomnio; el momento perfecto para robarle las llaves del centro.

Los ronquidos del celador, que se escuchaban hasta en el pasillo, le indicaron a Eulalia que había llegado el momento de abandonar la habitación. Así lo hizo. Cuando Salvador empezó con su concierto particular, la doctora Lambert salió de su cuarto y se dirigió hacia la habitación de Fernando. Con los nudillos tocó la puerta tres veces. Fernando salió en silencio y la cerró tras él, sin hacer el más mínimo ruido. Se encaminaron hacia la habitación del celador y, al llegar, Eulalia forzó la cerradura de la puerta con la misma horquilla del pelo que había utilizado en las otras ocasiones. «Eres una caja de sorpresas», le dijo Fernando. Entraron y echaron una ojeada a la habitación, hasta que Fernando encontró el uniforme que utilizaba Salvador para atender a los ancianos. El celador roncaba plácidamente. La horquilla no les servía para abrir la doble cerradura de la puerta de la directora. La doctora Quesada y él eran los únicos que podían acceder a todas las habitaciones. Por eso necesitaban las llaves. Fernando registró en los bolsillos del pantalón que había en la silla. En uno de ellos las encontró. Cerraron la puerta con cuidado y anduvieron con sigilo por el pasillo hasta llegar al despacho de la doctora Quesada. Fernando intentó abrir la cerradura probando varias llaves. Parecía que ninguna encajaba. Las manos empezaron a temblarle. No podía controlarlas.

—Hace un par de años que me pasa —le confesó.

—Tranquilo, yo lo haré —le dijo ella.

Fernando se las entregó y ella probó con todas las que quedaban, sin perder en ningún momento los nervios. Cuando le quedaban tres, resopló al oír el pestillo. «Por fin», murmuró. Entraron con calma y Fernando la cerró tras él. Debían ser cuidadosos y no tocar nada que pudiese delatarlos. Eulalia dejó las llaves encima de la mesa de la directora y encendió su ordenador. «¡Recórcholis!», exclamó. Desconocían la contraseña. «Piensa, Eulalia, piensa», masculló. Intentó con «doctora Quesada», «Quesada», simplemente «Carmen». «Demasiado evidente», le dijo Fernando. Mientras Eulalia le daba vueltas a la cabeza, Fernando giró la vista hacia los documentos que había ordenados encima de la mesa. Todos iban encabezados con las dos primeras

letras en mayúsculas del nombre y del apellido de la directora, seguidos por la fecha correspondiente a la firma de ese día concreto. Entonces, Fernando pensó que tal vez Eulalia debía teclear esas dos primeras letras y añadir la fecha de inauguración del geriátrico. Ella intentó recordar el año, pero no conseguía recuperar de la memoria las palabras de su amigo Gregorio el día que le mencionó la existencia de la clínica. En su mente bailaban borrachas dos fechas: 2012 y 2013. Entonces Fernando le dijo que probase con las dos. Tampoco. Y sin pensarlo ni un solo segundo, Eulalia se dejó arrastrar por las corazonadas que la habían perseguido media vida; añadió la letra C de clínica, G de geriátrico y G de Gandía. Sin éxito. En ese instante recordó que la propia doctora le había comentado que en el mes de agosto se producían el mayor número de ingresos de ancianos, lo que ella denominaba el «abandono vacacional»; cifra que aumentaba al finalizar el periodo estival y esos pobres ancianos acababan engrosando la lista «de por vida». Tampoco. Resopló. «No perdamos los nervios», le dijo Fernando, cuyas manos seguían temblando.

La doctora Lambert pensó que estaban dando demasiada importancia a una contraseña del ordenador de una mujer de apariencia poco inteligente. Entonces tecleó seguido el nombre y el apellido. «*Voilà*», murmuró. Tan simple como ella. Lo que, sin duda, confirmaba la negativa impresión que se había forjado de aquella mujer. «De pocas luces», pensó. Aquello no encajaba con el perfil de un ser sin escrúpulos, capaz de cometer actos despiadados. Fernando tenía la sensación de hallarse en el lugar equivocado. Quizá no era allí donde debían buscar. No obstante, decidieron quedarse y echar una ojeada a aquellos documentos a los que pudiesen acceder. Eulalia miró su reloj de pulsera y se dio cuenta de que la maldita contraseña les había robado un tiempo precioso.

—Intenta abrir los cajones mientras yo busco los informes de los pacientes en el escritorio de su ordenador —le dijo a Fernando.

«Tan mandona como Teresa», pensó el anciano. Aun así, la obedeció.

Cuando Eulalia leyó «residentes» en una de las carpetas, la sonrisa iluminó su rostro. Estaba convencida de que en ella encontraría toda la información que necesitaban sobre los ancianos. Pero, al abrirla, líneas de decepción se dibujaron en su frente.

—No es posible. Está vacía —musitó incrédula. Respiró hondo varias veces y, por un segundo, sintió que la derrota se apoderaba de sus pensamientos. Solo un instante fugaz de vencimiento que la hizo más fuerte

para proseguir indagando.

—Sigue buscando —la animó Fernando mientras él forzaba los cajones sin éxito.

Y Eulalia lo intentó en otras carpetas. Primero, en dos seguidas, sin ningún descanso. Luego, en las otras que quedaban, pero tomándose un pequeño respiro entre carpeta y carpeta para reflexionar. Le dolían los ojos cuando se esforzaba en leer en la pantalla de un ordenador. Se los frotó con los dedos varias veces con el fin de aliviar la quemazón que sentía en los párpados. Entonces Fernando la relevó y él continuó la búsqueda durante varios minutos más. No había ningún dato de los ancianos que residían. Era como si toda aquella gente que había ingresado no existiese para la clínica, ni siquiera ellos. Se miraron desconcertados. No podían creerlo.

Eulalia se tocó la frente y, al hacerlo, vio una estantería repleta de carpetas de cartón, de las que se utilizaban antes para guardar documentos, y, junto a ella, un armario archivador. Recordó que la última vez que había mantenido una conversación con la doctora Quesada vio cómo en ese mismo armario introducía unos expedientes. Y lo tuvo claro. A la directora no le interesaba tener los informes de sus pacientes en su ordenador. Tal vez para evitar que algún desaprensivo de la informática accediese impunemente a ellos. Recordó a su nieto Eric. Esbozó una leve sonrisa. Dejó las lucubraciones para otro momento y se levantó del confortable sillón giratorio de la directora. Se dirigió al archivador y empezó a rebuscar en él de manera compulsiva. Primero, el informe de Aurora Beltrán. «*Voilà*», murmuró. Fernando le clavó una mirada de asombro. Había sido más rápida que él. Aquello le gustaba, pero al mismo tiempo le hacía sentirse inseguro. Se acercó a ella y fijó la vista en aquella gruesa carpeta amarilla. Eulalia leyó en voz alta el historial médico de la anciana.

Aurora había nacido en 1932 en una ciudad desconocida, ya que no aparecía el nombre de ninguna en el informe. Hicieron una lectura en diagonal, fijándose únicamente en palabras claves que les llevasen a alguna información relevante. Según constaba en su historial, la anciana había enviudado hacía dos años y fue entonces cuando ingresó en el centro. Se casó con Mauricio Beltrán, un prestigioso doctor en psiquiatría, dato que ya conocían por sus respectivos nietos. Eulalia había coincidido con él varias veces en congresos, conferencias, aeropuertos... En alguna ocasión, incluso, habían mantenido conversación entre colegas. Sin embargo, nunca le habló de Aurora y Eulalia llegó a creer que estaba divorciado o viudo. Nunca

mencionaba a su mujer ni tampoco llevaba alianza en el dedo. Además, se mostraba muy galante con casi todas las mujeres que se cruzaba en el camino. Con ella también flirteó. Aunque no consiguió nada, porque a Eulalia no le atraían los hombres excesivamente corteses y con el ego multiplicado.

En el historial de la anciana no aparecían nombres de hijos, pero sí la dirección de un chalé en Madrid y otros datos a tener en consideración: solo padecía alzhéimer y reuma; no había sido intervenida quirúrgicamente en ninguna ocasión; su situación fiscal estaba bajo control y, lo más importante, poseía cuentas corrientes en España y en Suiza, inversiones en bolsa, además de ser la propietaria legal de la clínica psiquiátrica que había heredado de su marido y de la Clínica Geriátrica Gandía.

—Si es dueña de esto, y posee tanto dinero, ¿qué coño está haciendo aquí? —soltó de repente Fernando, mirando a Eulalia con desconcierto.

Precisamente, esa holgada situación económica era lo que escamaba al exagente y a la expsiquiatra. Aurora disponía de suficiente capital como para ser atendida en su propia casa sin ningún tipo de dificultad. ¿Cómo una anciana, con esos antecedentes económicos, había decidido ingresar en una clínica geriátrica recién construida cuando también era la propietaria de la mejor clínica mental de todo el país?, se preguntaron.

Lo más curioso era la fecha de ingreso: noviembre de 2013, un mes después de la muerte de su marido. No tenía sentido. Antes de guardar el informe de Aurora, Fernando fotografió las páginas con el móvil mientras Eulalia empezó a buscar el historial médico de otro anciano.

—Hay varios que se llaman Sebastián —le dijo a Fernando.

—Pero solo hay uno que se apellida Batalla —le respondió él.

Sus dedos se movían frenéticos en busca del historial y como no lo encontraba empezó a ponerse nerviosa.

—Vuelve desde el principio, yo buscaré el de Enrique —le sugirió Fernando.

Debían mantener la calma y, al mismo tiempo, apresurarse. La directora podría presentarse en cualquier momento y sorprenderlos. Por fin, Eulalia lo halló en una carpeta anaranjada, con menos hojas, y también excesivamente pulcra y ordenada. Su historial era tan extenso como el de Aurora y, al igual que había hecho con el informe de esta, leyó su ficha casi susurrando: «Apellidos: Batalla Martínez». A medida que sus ojos se deslizaban sobre el texto, su expresión serena desapareció y dejó paso a otra cargada de

incredulidad. Le entró un sudor frío que le recorrió todo el cuerpo. Entonces le clavó la mirada a Fernando y leyó en voz alta.

Según constaba en el informe, Sebastián había ingresado en la clínica el mismo año que Aurora, en 2013, pero en agosto. Y lo más extraño era que ambos ancianos tenían su residencia habitual en Madrid, aunque en este caso se trataba de Alcorcón.

—Dos ancianos de la misma ciudad abandonan su hogar para vivir sus últimos días a cientos de kilómetros de sus casas... Eligen el mismo centro geriátrico e ingresan el mismo año. Esto no puede ser una simple casualidad —dijo Fernando.

Eulalia tampoco creía en ellas. La psiquiatra continuó leyendo en voz alta con la sensación de que estaban adentrándose en terreno pantanoso:

«Varón de ochenta y cinco años, nacido el diez de diciembre de mil novecientos treinta en Garganta la Olla (Cáceres), militar jubilado comprometido con la Legión española y superviviente de la guerra de Ifni-Sáhara donde quedó traumatizado. Fue intervenido quirúrgicamente en dos ocasiones a causa de la metralla que recibió en esa guerra y fue condecorado por su valor. Enviudó en dos mil nueve y es padre de Sebastián y Rosario. Su hija falleció dos meses antes de ingresar en el centro y sus nietos no quieren saber nada de él. Su otro hijo vive en Cuba y las relaciones con su padre son inexistentes».

Eulalia apartó la mirada del historial médico y la dirigió al ventanal. Mientras Fernando aprovechaba para fotografiar aquella información y enviársela lo antes posible a su nieto, ella se detuvo a reflexionar y llegó a la conclusión de que cabía la posibilidad de que aquel hombre —que le ponía el vello como escarpas cada vez que lo veía aparecer en el salón— no había elegido ingresar en aquel geriátrico para contemplar la vida, sentado plácidamente en una de las butacas del salón. Continuó leyendo: «Enfermedades diagnosticadas: esquizofrenia y brotes depresivos. A veces puede resultar violento». Sabía perfectamente lo que significaba eso. Aquel centro no era el mejor lugar para tratar ese tipo de trastornos mentales. Por consiguiente, en el caso de que empeorase, podría convertirse en un sujeto altamente peligroso. Entonces le vino la idea de que, tal vez, el sujeto hubiese recibido tratamiento psiquiátrico y también de que hubiese sido internado en algún centro psiquiátrico. Rebuscó desesperada en aquellos párrafos alguna

información al respecto. «Aquí está», murmuró. Le pidió a Fernando que encendiese la lámpara del móvil para ver con mayor claridad. Al parecer, Sebastián Batalla había sido paciente del doctor Mauricio Beltrán y había sido hospitalizado en su prestigiosa clínica psiquiátrica antes de ingresar en el centro geriátrico de Gandía.

—Es posible que Aurora conociese a Sebastián, o tal vez no —verbalizó Fernando.

—Lo raro es que ahora están los dos en el mismo lugar —añadió Eulalia.

—Aunque no en las mismas condiciones —terminó la frase Fernando.

—Ella dispone de innumerables fondos económicos, lo que hace aún más sospechosa su estancia en el centro —meditó Eulalia—. En cambio, Sebastián... —Dejó inacabada la frase.

La expsiquiatra continuó con la lectura y le extrañó no encontrar nada escrito sobre su situación económica y fiscal. No obstante, aparecía la dirección de su hijo, un teléfono de urgencia y su correo electrónico. Eulalia y Fernando supieron, entonces, que Sebastián había sido ingresado por voluntad de su hijo, o de alguien, y que esa persona, seguramente, se estaba haciendo cargo de los gastos. Había sido legionario y había combatido en la guerra del Sáhara. Eso explicaba su sentimiento de animadversión hacia Fátima, ya que la madre de esta era de origen marroquí y, aunque Fátima había nacido en Alicante y su padre era valenciano, ella seguía las directrices del islam. Por eso, la odiaba tanto. Terminaron de leer su historial y, mientras ella lo guardaba, empezaron a unir la información que habían recabado hasta el momento.

—Dos perfiles totalmente opuestos y un dato de conexión entre ambos que me parece extraño —dijo Eulalia.

—Que ambos viviesen en Madrid y que decidieran ingresar en el geriátrico el mismo año... No sé. Hay algo que se nos escapa.

—Sebastián había sido paciente del marido de Aurora —comentó él—. Así que la clave está en ella. No podemos perderla de vista.

Fernando terminó de fotografiar la información que aparecía en el informe de Sebastián como había hecho con el de Aurora. Necesitaban leer más historiales médicos para comprobar si aquel dato coincidía con otros residentes. Y el primer nombre que les vino a la cabeza fue el de Enrique. Se esforzaron en recordar el apellido pero, a los pocos segundos, desistieron. Nunca lo habían oído. Nadie lo llamaba por su apellido. A pesar de aquel inconveniente, decidieron continuar con la búsqueda del informe. En la

clínica habían contabilizado un total de veinticinco ancianos. «No eran tantos», meditó. Los ojos de Fernando, que parecían dos atletas en una carrera frenética hacia la meta, se fijaron en los datos personales que había aglutinados en el primer párrafo de cada historial hasta que se detuvieron en «Bayón». Ese era su apellido. No podía ser otro. Solo aparecían dos sujetos con el nombre de Enrique en el centro, pero uno ya no estaba y así constaba en la ficha. Sacó el informe del archivador y acercó el móvil para iluminar la información que necesitaba consultar. Eulalia se pegó a su cuerpo y el sintió su calor. Se estremecieron, pero ninguno se atrevió a llegar más lejos. El tiempo apremiaba y temían ser descubiertos en situación comprometida. Así que no perdieron ni un segundo e hicieron una lectura inteligente, buscando únicamente la información que les interesaba: año de entrada en el centro. «Fecha de ingreso de Enrique Bayón Campillo: agosto de 2013» . Levantaron la vista del informe y se miraron. «Demasiada casualidad», dijeron sus ojos. Sin dudarle un solo instante buscaron el lugar de residencia habitual en aquellas líneas que les estaban provocando desconcierto: «Madrid». Otro dato coincidente en los otros dos historiales. Enrique y Sebastián habían ingresado el mismo mes. Y, llegados a este punto, no pudieron controlar la curiosidad de adentrarse en los pormenores de la vida y del estado de salud de aquel sujeto. Tuvieron que respirar hondo varias veces para calmarse y evitar que el corazón se les acelerase demasiado. Eulalia se frotó de nuevo los ojos y Fernando continuó la lectura compartiéndola con ella:

«Nació en 1939 en la aldea leonesa de Castrillo de Polvazares. Recibió una educación basada en la disciplina militar ya que su progenitor, Arturo Bayón, era coronel del Ejército. Desde niño ya mostraba tendencia antisocial y brotes de agresividad, que su padre quiso corregir enviándolo a varios internados. Fue expulsado de la mayoría por incitar a la violencia a otros compañeros y por actitudes de desprecio hacia los demás».

Fernando alzó la vista. A Eulalia no le sorprendió aquella información. Desde la primera vez que lo vio y él le clavó aquella mirada inquisitiva supo que se trataba de un sujeto inestable. Fernando reanudó la lectura con ansia de llegar hasta el final:

«Cuando cumplió los dieciocho años, decidió ingresar en la Legión y

fue uno de los soldados supervivientes de la guerra de Sidi-Ifni, de la que regresó obsesionado por las armas de fuego pero, también, con un trastorno de la personalidad que lo obligó a abandonar la Legión».

—Eso significa —hizo una pausa— que Sebastián y Enrique tal vez se conocieron en aquella guerra y que alguien se ha encargado de que volviesen a encontrarse en el mismo lugar por algún motivo —meditó en voz alta el exagente.

Eulalia escuchaba a Fernando con la sensación de que el final de aquel informe le provocaría inquietud:

«Fue ingresado en un centro psiquiátrico a causa de un brote psicótico. Allí permaneció un año. Cuando salió tuvo numerosos problemas de socialización, tanto en el entorno familiar como en su círculo reducido de amistades».

Lo que no explicaba el informe y, por tanto, desconocían Eulalia y Fernando era que Mauricio y Enrique habían coincidido en la Facultad de Medicina y se habían hecho muy buenos amigos; tampoco que, cuando Enrique empezó a sufrir problemas de personalidad, Mauricio siempre estuvo a su lado. «Sus padres intentaron que reanudase sus estudios universitarios, que había abandonado por la Legión —continuó leyendo Fernando—, y consiguieron que se licenciase en Medicina Biológica, pero no ejerció porque estaba obsesionado con las armas y...».

De pronto, oyeron unos pasos que se aproximaban. Ni siquiera les dio tiempo a fotografiar la información que aparecía en el informe, como habían hecho con los otros dos. Miraron el reloj de pared y se dieron cuenta de que podría ser la directora, que regresaba de su largo descanso. Guardaron rápidamente el historial de Enrique y se escondieron en el cuarto de baño. Pésima elección, pensaron en ese instante. Demasiado tarde para rectificar. Nada más encerrarse en él, alguien abrió la puerta del despacho y se coló en su interior. Unos pasos silenciosos, que no se parecían en nada al ruido que hacían las suelas de los zapatos de tacón de la doctora Quesada, se acercaron a la mesa del despacho. Y al igual que habían hecho ellos, aquel intruso intentó forzar los cajones. «No es ella», aseguró Fernando. «Tampoco Salvador, yo tengo sus llaves», dijo Eulalia. El corazón se le aceleró. Debía controlarlo si no quería ser descubierta y verse en la tesitura de tener que dar explicaciones sobre su presencia en lugar ajeno. Se puso la mano en el pecho

e inspiró lenta y profundamente. Fernando la miró preocupado. «Enseguida se me pasa», le susurró ella al oído. Él llevó las manos de Eulalia a su pecho y ella retuvo el aire, contó hasta tres y luego lo soltó lentamente, manteniendo pegada su mano al cuerpo de Fernando. Y mientras repetían varias veces aquellos sencillos ejercicios respiratorios que la relajaban, oían cómo alguien revolvía en el interior de los cajones de la única mesa que había en el despacho. La persona que había entrado se desesperó al no hallar lo que buscaba y exclamó en voz alta:

—¡Maldita seas! ¿Dónde la tienes?

Entonces reconocieron aquella voz femenina. Era ella. Fátima. El corazón se le agitó nuevamente a Eulalia y tuvo que reiniciar los ejercicios de relajación para controlar sus latidos. ¿Qué buscaba Fátima en el despacho de la directora? ¿Cómo había conseguido la llave? La única explicación que les venía a la cabeza era que se la había robado a Salvador. Pero era imposible imaginar esa situación porque ella, Eulalia, llevaba sus llaves. «A no ser que la joven —conjeturó—, haya utilizado la técnica de la goma para dejar las huellas de todas ellas y, de esta manera, obtener una copia sin levantar la más mínima sospecha», le dijo a Fernando. Ya conocía la estrecha relación que había entre Fátima y Salvador, los había oído gemir de placer en la propia habitación de él en la madrugada, cuando estos suponían que todos dormían plácidamente. Salvo Eulalia, que no podía pegar ojo.

Cuando Fátima se marchó, Eulalia y Fernando salieron del baño y abandonaron el despacho con pasos largos, mirando a su alrededor para cerciorarse de que nadie los hubiese visto salir. Temían toparse con algún enfermero que hacía la ronda a esas horas. No querían correr más riesgos, así que aceleraron el paso hasta llegar a la habitación de Salvador. Eulalia abrió la puerta y se quedó en el pasillo, vigilando. Fernando entró y colocó las llaves en el mismo lugar donde las había dejado el celador. Salieron rápidamente de la habitación y entraron en la de Eulalia con el corazón en un puño. Se dejaron caer en la cama, de espalda, exhaustos por el esfuerzo realizado en tan poco tiempo. Ya no estaban para tantas emociones juntas, se dijeron con las miradas, mientras intentaban controlar los latidos de sus castigados corazones. A pesar del cansancio, no podían dejar de pensar en todo lo que habían descubierto pero, también, en lo que buscaba Fátima con tanta desesperación.

Comprendieron, entonces, que aquella extraña situación vivida les proporcionaba el acercamiento que necesitaban para conseguir la ayuda de

aquella joven: un pacto de silencio.

# EL TÚNEL

*Seis horas en el interior*

En aquella sala era consciente de mi decaído estado emocional y después de tantas horas encerrada en ella, sin noticias de mi nieta, ya no podía más con ese olor, que me transportaba a los peores años de mi infancia. Aquel aire que estábamos respirando me revolvía el estómago. Permanecimos sentados durante bastante tiempo, sin decirnos nada, hasta que Fernando rompió el silencio.

—¿En qué piensas? —me preguntó.

Me guardé mi primer pensamiento: en mis dos hijos cuando eran pequeños, abrazados a mí. Y compartí con él el segundo:

—En ella. En mi nieta.

Fernando me agarró la mano y me la estrechó con fuerza.

—No te sientas culpable —le dije—. Ella es puro nervio y lo conseguirá.

—Debí marcharme yo y no ponerla a ella en peligro —me dijo arrepentido—. He sido un cobarde —añadió casi en un susurro.

—No hubieses llegado muy lejos. Lo sabes. Apenas puedes caminar. — Posé mis manos en su cara y lo miré fijamente—. Estás agotado de todo el esfuerzo que hiciste con ella en brazos —le recordé—. Solo ella podía ir y solo ella puede lograrlo. Así que no te sientas culpable.

De pronto, el pulso se me aceleró y la cabeza empezó a darme vueltas. Fernando me sujetó y me obligó a sentarme, pero antes de llegar a la silla se me doblaron las piernas. Entonces me cogió en volandas y noté que sus brazos temblaban, como si no pudiesen soportar mi peso. Me tumbó en la cama, buscó una toalla, la humedeció con agua del grifo y me refrescó la frente y los labios. Su voz, temblorosa, me animaba a seguir despierta. Pero yo me sentía flotar. Pasó su brazo por mi nuca y me desabrochó varios botones de la blusa. Noté el frío de una toalla mojada en el cuello. Pocas veces me había sentido tan frágil. Aquello había sido una bajada de tensión por el cansancio acumulado. Conseguí recuperar la consciencia y Fernando me obligó a descansar. Me hablaba con ternura, sin apartarse de mi vera. Me gustaba su voz. Me calmaba.

Cuando me desperté, vi el rostro de Patrick animándome. Fernando me hablaba, pero yo creía que era mi marido quien me regalaba aquellas cálidas palabras, y me estremecí al no ver a mi Nathan junto a él con mi pequeña Constance en los brazos. Entonces quise levantarme para alejarme de aquella voz irreconocible. Fernando me sujetaba los brazos mientras intentaba tranquilizarme. Un grito salió disparado de mi garganta y lo alejó de mí. Intenté levantarme, pero la cabeza me daba vueltas y no podía mantenerme erguida. Fernando se acercó otra vez. Me entraron ganas de llorar. Me rodeó entre sus brazos. Cuando algunos recuerdos volvían sin avisar, entraban en mi cabeza y me abandonaban segundos después dejando mi mente vacía, me desorientaba y era incapaz de ubicarme en el espacio, de reconocer los rostros de los seres que me acompañaban en ese momento. Cerré los ojos para que el dolor del alma desapareciese, para evitar esforzarme en recordar quién era el hombre que me abrazaba y me acariciaba el cabello. Cuando me recuperé de aquel lapsus y Fernando me lo contó, no pude contener las lágrimas.

Aquella no fue la primera vez que me ocurrió. Hubo otras. No tuve valor de compartirlo con mi familia. Callé porque no hubiese podido soportar verlos sufrir. Una tarde había quedado con Guillaume en una cafetería del centro de Toulouse. Mientras conversábamos tranquilamente sobre el último caso resuelto de la brigada especial, de repente me quedé muda, sin poder continuar la conversación porque no sabía de qué estábamos hablando. Me empezaron a temblar las manos y Guillaume me acompañó a casa. Una semana después le confesé mi enfermedad.

Desde que me diagnosticaron alzhéimer, los recuerdos desaparecen y aparecen como magos caprichosos y crueles. A veces me abandonan pocos segundos. Otras se hacen de rogar. Por eso cuando regresan los que me hacen la vida más llevadera, intento agarrarme a ellos como a un clavo ardiendo, temerosa de que desaparezcan para siempre y no vuelvan jamás. Me esfuerzo en recordar los buenos momentos. Solo los buenos. Pero a veces, los otros se apoderan de ellos. Es como ser testigo de una batalla campal de pensamientos cruzados, colmados de imágenes que me martirizan. Casi siempre gano, porque nunca dejo de luchar. Sin embargo, en aquel túnel los recuerdos me amenazaban con no regresar. Me hacían pequeña, insignificante, la misma sensación que me embargaba en el campo de la muerte, rodeada de alambradas que me impedían ser libre.

Aquella vez, la voz grave y temerosa de Fernando se mezcló en mi cabeza con otra más serena que me alentaba a despertar, a volver a la

realidad. Aquella realidad de la que intentaba escapar...

## Recuerdos silenciados

*7 de diciembre de 1944*

—Lía, despierta.

Mis ojos se resistían. Y mi cuerpo, dolorido, también. Aquella voz melosa penetraba en mis oídos como una bella melodía. Por un instante creí hallarme en el paraíso, acompañando a mi padre en su paseo celestial, pero aquellas suaves palabras empezaron a denotar cierto enojo que me confundió.

—Venga, Lía. Tienes que despertar. Si no lo haces, creerán que ya no les sirves para nada y entonces no pararán hasta sacarte la piel a tiras. Lo vi ayer. Se lo hicieron a una.

Aquellas palabras consiguieron que mis ojos se abriesen por completo e intentasen mantenerse despiertos, luchando contra la oscuridad y las legañas. Me dolían tanto que amenazaban con cerrarse para siempre. Hice el esfuerzo de mantenerlos abiertos mientras intentaba ponerme en pie, pero esto último me supuso una hazaña casi imposible. Las articulaciones de piernas y brazos las sentía inflamadas, y los tobillos como cristales rajados a punto de romperse.

—Levántate y camina un poco. Tienes que hacerlo, Lía.

—No sé si podré.

—Lo harás.

Apoyé mis brazos en el taburete y me esforcé en permanecer erguida; como me costaba, pegué la espalda al muro. Notaba que los músculos de las piernas temblaban en el aire como hilos a punto de quebrarse. Habían estado estáticos durante varios días. Todos los que mi amiga Erna no pudo venir a traerme comida. Días y noches en aquella oscuridad, con la soledad y el hambre acaparando todos mis pensamientos. Su madre se había dado cuenta de lo que estaba haciendo y le había prohibido salir de su habitación. Sin embargo, no se atrevió a comunicárselo a la temible Binz porque sabía que, si lo hacía, no volvería a ver a Erna. Prefirió azotarla ella misma que dejar que el brazo metálico de la bestia rubia quedase marcado en su piel. Y fueron más de un azote los que recibió de su madre, tantos como las veces que me había alimentado con las sobras que servía su madre a los nazis. Y mientras se los daba, contenía las lágrimas en los ojos para que Erna no se percatase de su

debilidad. Y Erna, en cada azote que recibía, apretaba los dientes y se acordaba de mí. «Tú los aguantaste, y yo también», me confesó ese día. También me dijo que su madre dejó de atizarla cuando la vio sosegada y creyó que había aprendido la lección y se había olvidado de mí. Nada más lejos de la realidad. «Hoy podrás salir si me juras que no volverás a verla», le dijo su madre. Y ella lo hizo antes de estamparle un beso en la mejilla. Pero una cosa son las palabras que se prometen y otra muy distinta olvidarse de ellas.

Por eso Erna estaba allí, alentándome para que me pusiera de pie antes de que viniesen a buscarme y me diesen por muerta. Y yo, consciente de lo que me estaba jugando, reaccioné a tiempo. Intenté mover las articulaciones de brazos y piernas varias veces, soportando el dolor, antes de empezar a caminar. Cuando creí que ya había tenido suficiente entrenamiento, me lancé sin medir la distancia y me di contra la pared. Entonces fui consciente de que debía contar los pasos para no volver a chocar. Estiré los brazos y tanteé con las manos los límites. Lo repetí dos veces, hasta que conseguí familiarizarme con el reducido espacio en el que se había convertido mi vida: cuatro pasos y medio de largo por dos pasos y medio de ancho. Sin embargo, un pensamiento oscuro se coló en mi mente en un segundo y estuvo a punto de hacer tambalear mi voluntad. Dudé de que aquel esfuerzo me ayudase en algo. Tal vez para prolongar mi agonía, y pensé que era preferible sucumbir a la muerte que permanecer viva soportando las vejaciones de mis carceleras. Pero Erna insistía e insistía en que debía luchar hasta el último aliento de vida.

—Tienes que intentarlo. Si te ven caminar, te dejarán volver al barracón.

—¿Y cómo estás tan segura? Casi nadie regresa de esta celda de castigo.

—Lo sé, pero también las oigo hablar cuando mi madre les sirve la comida. Y dicen que todas las que entráis en el búnker sois unas flojas y por eso no merecéis vivir.

Aquellas palabras me paralizaron las piernas. Y el corazón.

—¿Y tú qué piensas? —le pregunté sin rodeos.

—Que ellas no son más fuertes que tú.

El silencio se adueñó de nuestras lenguas. Permanecimos calladas, y quietas, hasta que Erna lanzó al aire el pensamiento que vagaba en su cabeza desde que había oído aquellos comentarios de las guardianas.

—Necesitan mujeres fuertes para trabajar y si ven que has resistido todo este tiempo... pensarán que eres útil y que mereces vivir.

Y aunque el argumento de mi amiga me pareció sacado de un cuento surrealista, seguí caminando y moviendo las articulaciones. Y lo hice durante todo el tiempo que Erna estuvo acompañándome en aquella oscuridad, hasta que se marchó y me quedé con mi soledad y con sus palabras agitándose en mi interior. Entonces apareció el fantasma de mi abuela Constanza, animándome a seguir luchando, y en mis labios se dibujó una sonrisa. Levanté el brazo hacia su rostro y empecé a caminar con firmeza, sin que el dolor perturbarse aquel delicioso momento.

## Capítulo 10

### *Cinco días antes de la entrada al túnel*

*Clínica geriátrica, 12 de septiembre de 2015*

Aquella mañana se había levantado un viento desapacible procedente del mar. Aun así, Alexandra decidió terminarse el café con leche en la terraza acristalada. Cerró la puerta corredera, fijó la vista en el horizonte y se quedó de pie contemplando cómo las olas golpeaban las rocas del acantilado. Lo primero que hizo, después de salir de la ducha, fue enviar un mensaje a su abuela para comunicarle su estado de inquietud al no recibir respuesta del doctor Espinosa. La joven empezaba a impacientarse. En cambio, el silencio de su colega hacía creer a la doctora Lambert que se encontraba lejos del país, quizá participando en algún congreso médico. Eulalia aprovechó para llamar a su nieta con el fin de informarla de sus últimas averiguaciones, pero también para pedirle que le trajese el cargador del móvil y que buscara más información sobre Enrique Bayón Campillo y Sebastián Batalla Martínez. Alexandra se comprometió a hacerlo pero, también, intentó persuadirla para que volviese a su lado. «Te echo de menos», le dijo. Y su abuela prefirió guardar silencio y recordarle que la mantuviese informada si descubría algo interesante.

Después de hablar con su nieta, Eulalia se asomó a la ventana de su habitación, la abrió e inspiró hondo. Durante unos minutos saboreó el olor a mar. No pudo disfrutar mucho tiempo de aquel aroma, el viento soplaba con fuerza y temió agarrar algún resfriado. Cerró la ventana, se dirigió al baño y se metió en la ducha. Se dejó acariciar el cuerpo por el agua tibia que se deslizaba por él sin temor a perderse en los caminos agrietados de su piel curtida. Cuando cerró el grifo, no tardó en vestirse. A pesar de que el agua templada había calmado los músculos tensos de su cuerpo, sentía los nervios en el estómago. Necesitaba serenarse, pero reconoció que le costaría conseguirlo.

Bajó al comedor. Todo parecía en calma, salvo ella, que, como de costumbre, se había adelantado a la hora del desayuno.

—Todavía no lo servimos —le dijo Fátima nada más verla aparecer por la puerta.

—Lo sé, pero quería aprovechar para hablar contigo. —Intentó disimular su estado emocional.

Fátima siguió colocando cubiertos en las mesas. Aquella mujer le parecía demasiado pertinaz e intuyó que tanta insistencia era producto de alguna comezón cerebral que le estaría martirizando la sesera.

—Pronto llegarán sus compañeros y tiene que estar todo colocado y servido. No puedo perder el tiempo.

—Siento ser tan pesada, pero necesito preguntarte algo.

Fátima era consciente de que aquella mujer que tenía frente a ella no desistiría en su empeño por sonsacarle información sobre el centro. Si algo había aprendido después de varios meses al servicio de la doctora Quesada, era a discernir entre una persona obstinada y otra manejable y, sin duda, Eulalia entraba de cabeza en el primer grupo.

—Está bien. La escucharé. Pero lo hago porque sé que si me niego no me dejará en paz.

—Solo serán unos minutos —le aseguró Eulalia.

—Pues empiece de una vez si no quiere que me arrepienta.

—¿Qué buscabas en el despacho de la doctora Quesada? —le preguntó sin rodeos, a pesar de que sabía perfectamente que era preferible tantear el terreno antes de entrar en materia. Pero el tiempo transcurría en su contra y no podía esperar. Fátima dejó los cubiertos encima de una mesa y le clavó una mirada acerada.

—¿Cómo se atreve a seguirme? —espetó la joven.

—Quiero saber lo que está pasando aquí, eso es todo —le confesó Eulalia.

—Es usted más peligrosa que todos estos ancianos juntos.

—¿Peligrosos? ¿De qué estás hablando? —le preguntó contrariada.

—Mejor que no lo sepa si no quiere acabar...

—¿Qué sabes tú? —la increpó agarrándola del brazo—. Es mejor que me lo cuentes porque, si de alguna manera estás implicada en algo, podría ayudarte. Tengo muchos contactos que... —La joven limpiadora se zafó de la mano de la anciana, que le sujetaba el brazo con demasiada fuerza para una mujer tan entrada en años como ella.

—De nada le servirían esos contactos. Se lo aseguro.

—No te conviene callar —le aconsejó Eulalia.

—Sí, sí me conviene. Créame.

Fátima deseaba ponerle punto final a aquella conversación que no debía haber aceptado. Agachó la cabeza. Ambas guardaron silencio y el monótono tintineo de los cubiertos se instaló de nuevo en sus oídos.

—Si no me ayudas, me encargaré de que todos se enteren de que, a escondidas, abres las puertas de todas las habitaciones, incluidas las de tu querido Salvador y la directora. —Su voz sonó rotunda para una mujer octogenaria.

Fátima se giró ante la nueva descarga verbal de la anciana, se aproximó a ella y le clavó una mirada intimidatoria que no estremeció ni un ápice a la psiquiatra, acostumbrada a lidiar con asesinos.

—¿Me está amenazando? —Sintió ganas de estrangularla.

—Si tú me ayudas, yo te ayudo. Nos necesitamos —resaltó Eulalia con la voz serena.

La joven no dejó de mirarla en todo momento, quería atemorizarla, pero la anciana se resistía. Supo, entonces, que aquella mujer que tenía ante sus ojos era mucho más que una «matasanos mental de pacotilla», como pensaba de todos los psiquiatras, era una mujer temperamental y segura de sí misma. Nada que ver con la mayoría de ancianos que residían en la clínica. Oyeron pasos y Fátima desvió la mirada cuando vio entrar al comedor a los primeros ancianos. Se dirigió a la cocina mediterránea. Las palabras de Eulalia la atormentaron durante el servicio del desayuno y se vio en la necesidad de hacer algo para remediarlo. Había llegado demasiado lejos para que una doctora metomentodo le arruinase su plan.

Aurora no tardó en bajar acompañada de Federico, que se desvivía por hacerla sentir como una reina. Eulalia, al verla, no dudó ni un solo instante en halagarla ante la sorpresa de Enrique y de Sebastián, que presenciaron estupefactos la escena.

—¡Está usted radiante esta mañana! —exclamó Eulalia, poniéndose en evidencia.

Incluso Fernando se sorprendió. Ella fingió aquella alegría. En realidad, quería comprobar la reacción de la anciana con el fin de descartarla de su grupo de sospechosos.

Aurora le indicó con la mano que la acompañase a la mesa. Enrique no tardó en intervenir:

—No debería romper las reglas —le aconsejó con cierto sarcasmo.

—¿Qué reglas? —preguntó Eulalia.

—Las que nos recuerdan que tenemos que ocupar el mismo asiento en todas las comidas, y el suyo está al lado de Fernando y Lourdes. Esas reglas.

—¿Y quién ha impuesto «esas reglas»?

Todos callaron. Enrique también optó por el silencio comedido. Se sentó en su lugar de siempre, al lado de Sebastián, y agarró el periódico de todas las mañanas para leerlo mientras esperaba que le sirviesen.

—Me sentaré donde me plazca y nadie me lo impedirá —contestó Eulalia desafiante.

En ese instante, Fátima, Consuelo y Olga, la cocinera, entraron con las bandejas de los huevos revueltos, los quesos, la fruta, el pan tostado, la miel, los frutos secos y la margarina. Desde hacía varios días, la joven Ana ya no las acompañaba. Se hartó del carácter agrio y autoritario de Olga y se despidió.

—Aquí no puede hacer lo que se le antoje —intervino Fátima mientras dejaba la bandeja de los quesos en una de las dos mesas de servir que había en el comedor. Su cabeza se había convertido en un torbellino de pensamientos confusos después de la conversación que había mantenido con Eulalia minutos antes.

—Es mi amiga —soltó de repente Aurora, provocando un silencio apocalíptico en la sala.

—¡Qué amiga y qué ocho cuartos! —reaccionó sorprendido Federico—. Pero si solo la has visto un par de veces en tu vida —le recordó.

—Es mi amiga y se pondrá a mi lado —insistió Aurora—. Ven —le dijo a Eulalia, mostrándole el asiento que pretendía ocupar Federico.

Eulalia se acercó y se sentó junto a ella. Federico se apartó de mala gana y ocupó el de Eulalia. El silencio se apoderó del comedor. Todos los ancianos la miraron muy serios, desconcertados por la reacción de Aurora, incluso Eulalia, pero ninguno se atrevió a contrariarla. Ni siquiera Enrique, que parecía el más interesado en cumplir todas aquellas absurdas reglas, seguramente impuestas por la directora, pensó Eulalia. ¿Quién, si no, podía ser la artífice de las dichas reglas? Solamente ella. La única que tenía autoridad en aquel centro. Pero enseguida se arrepintió de aquel pensamiento y empezó a dudar. La mirada de Aurora le pareció poderosa y ella, al fin y al cabo, era la dueña legal del geriátrico.

La decisión de Aurora había molestado enormemente a Federico. Y a Enrique, que veía cómo la nueva residente iba escalando terreno afectivo en los corazones de algunos ancianos. No soportaba la idea de que otro, que no

fuese él, arrastrase a la mayoría a acciones que podían afectarle plenamente. Estaba acostumbrado a dominar la situación y a que todos lo obedeciesen sin rechistar. Todos, menos Aurora. Pero Eulalia parecía haberse ganado la confianza de algunos. Contuvo la rabia que sentía. Se puso a leer el periódico mientras esperaba a que Consuelo llenase su plato con dos cucharadas de huevos revueltos, un miserable trozo de queso de Burgos, una rebanada de pan y un bol rebosante de las insípidas frutas de siempre.

Eulalia se quedó mirando fijamente a Aurora y esta, al percibir la mirada intensa de la nueva en ella, le preguntó:

—¿Por qué está aquí, querida amiga?

—Por lo mismo que usted —se aventuró a decir la psiquiatra, sin estar segura de que aquella fuese la mejor respuesta a tan inesperada pregunta.

—Lo dudo. Tiene una nieta preciosa que la visita casi todos los días y le llena el corazón de esperanza. A mí solo me quedan amigos tan ancianos como yo. Salvo Margarita, todos viven aquí —le contestó Aurora dejando estupefacta a Eulalia—. Solo queremos que nos dejen en paz el tiempo que nos quede, sin interrogatorios que perturben nuestro silencio —añadió.

La doctora Lambert escuchó aquellas palabras con la extraña sensación de que iban dirigidas a ella. No parecían aprendidas de memoria, sino dichas con la cordura de una persona decidida y segura de sí misma. Aquel había sido uno de los escasos momentos de lucidez que tenía la anciana. Eulalia creyó que había llegado el momento de conocerla mejor.

—Lo siento, no era mi intención incomodar a nadie, pero no puedo evitar hacer preguntas. Supongo que es...

—Defecto profesional —se adelantó Aurora—. Se ha dedicado a la medicina, como lo hizo mi Mauricio, que Dios lo tenga en su gloria. —Dirigió la mirada al techo unos escasos segundos—. Los médicos no pueden evitar preocuparse por los demás. Eso la honra, pero no debería preguntar demasiado, porque cuando alguien insiste tanto como lo hace usted, solamente hay una posible respuesta: obsesión. Y las obsesiones pueden arruinarle la vida. Créame.

Las palabras de la anciana dejaron a Eulalia pensativa. La repentina elocuencia verbal de Aurora la desconcertó tanto que prefirió permanecer en silencio. En aquel preciso instante hubiese jurado que aquella anciana no padecía ninguna enfermedad. Tenía la impresión de que estaba caminando entre arenas movedizas y, cuando esa sensación le invadía la mente, sabía que una retirada a tiempo era mejor que una serie de preguntas indirectas e

intercaladas en medio de una conversación aparentemente inocente. Y así lo hizo. Se mantuvo callada, disfrutando del desayuno con sus compañeros e interviniendo algunas veces para hacer algún comentario, pero con los pensamientos revueltos en su mente, esperando el momento de soledad en su habitación para compartírselos con su nieta en WhatsApp y con Fernando en sus paseos diarios.

La rutina de los residentes de la clínica era, a ojos de la doctora Lambert, anodina y superflua. Después del desayuno, dedicaban una hora a actividades de esparcimiento. Los juegos de mesa eran los más solicitados por los ancianos. Esa mañana, Eulalia observaba sus reacciones mientras echaba una partida de ajedrez con Fernando. Aquel anciano había conseguido hacerla reír en más de una ocasión. Le gustaba su voz y su acentuada mirada. Le recordaba a Patrick, su difunto marido. Presentía que podía confiar en él. Fernando también. Lo supo el día que Eulalia le contó aquella trola del supuesto crimen que había cometido. Se dio cuenta entonces de que no era una mujer desvalida, sino inteligente y con carácter. Y por eso le confió la verdad, la que le mantenía en aquella clínica. Aquella mujer le interesaba demasiado como para ahuyentarla por una traición. «Tú haz lo que quieras con la joven, pero yo seré sincero con su abuela», le dejó claro a su nieto la última vez que vino a verlo. Dejaron la partida cuando Eulalia reparó en la mancha que había provocado un trozo de ciruela en la camisa de Fernando. «Maldita sea», refunfuñó el anciano al percatarse de su torpeza. «A mí me pasa muchas veces», le dijo ella con el fin de aplacar el sofoco que sentía él. Pero Fernando, totalmente azorado, decidió subir a su habitación y cambiarse de camisa. Y ya que el destino se había empeñado en llevarlo hasta allí, aprovechó para acicalarse un poco.

Antes del almuerzo, dedicaban siempre una hora a la lectura en el salón o en el jardín. Eulalia necesitaba respirar aire y decidió ocupar uno de los sillones que había en la terraza exterior. El viento había amainado y el cielo lucía un color azul que invitaba a pasear o disfrutar del calor tibio de los rayos solares. A los pocos minutos apareció Fernando y, con un gesto, le pidió si podía acompañarla. Un olor suave y agradable a perfume embriagó a Eulalia y no pudo impedir que se le escapase una tímida sonrisa, que intentó esconder sin éxito. Aquella situación le parecía realmente divertida. Fernando no tardó en fijarse en la lectura de su compañera:

—*Matar a un ruiseñor*, de Harper Lee. Una autora interesante y polémica. Supongo que sabrás que esa novela ha sido censurada en muchos

institutos norteamericanos.

—Por eso la estoy leyendo —contestó ella enarcando ligeramente las cejas.

—Ya veo que te van los autores que provocan recelos en la gente.

—Te equivocas. Me gusta la genta auténtica y las historias que hablan de la lucha contra los prejuicios, la justicia, la solidaridad y la amistad. Y si lo hacen utilizando un lenguaje fiel a la cruda realidad... mucho mejor.

Fernando sonrió mientras abría su libro en la página donde había dejado el marcapáginas el día anterior.

—Vamos, que te van las personas con agallas —añadió con la sonrisa aún pegada en los labios, dejando visible el empaste plateado que llevaba en uno de los premolares superiores.

Eulalia no pudo reprimir fijarse en la portada del libro que su reciente amigo estaba leyendo y le contestó:

—Y a ti los clásicos de la literatura universal.

—*Los hermanos Karamazov*, de Dostoievski. Es la segunda vez que la leo. Una obra maestra.

—Y una novela filosófica también.

Se miraron a los ojos y notaron el brillo que irradiaban. A Fernando el corazón se le aceleró. Eulalia sintió mariposillas en el estómago.

—¿En qué parte estás? —le preguntó ella volviendo la vista a la historia de Harper Lee.

—En «la investigación preliminar».

—Libro noveno.

—¿Lo has leído? —Se sorprendió Fernando.

Ninguno de los dos pudo evitar compartir la información que sabían; sus lenguas se liberaron como las de dos adolescentes al descubrir que les unía la misma pasión.

—Introduce los detalles del asesinato de Fiódor y describe el interrogatorio y tormento de Dimitri mientras que es cuestionado y sospechoso de un crimen que él no cometió —se apresuró a decir Eulalia.

—Y el lector sabe que Dimitri tuvo la oportunidad de matar a su padre, e incluso que lo deseó, pero no lo hizo.

—Sí —convino ella—, pero casi mata al criado de la familia.

—Lo aporrea en la cabeza con la mano de un mortero...

—Mientras que —lo interrumpe— escala sobre la cerca en el jardín de Fiódor.

—Todo apunta hacia Dimitri, pero la única persona que estaba en la casa a la hora del asesinato era...

—Smerdiakov, que fingió un ataque epiléptico el día anterior.

—Él fue quien mató a Fiódor —sentenció el exagente.

—Pero la evidencia en contra de Dimitri se impone, y es formalmente culpado de parricidio y llevado a prisión para aguardar el juicio —concluyó la doctora Lambert.

A Eulalia se le había reseca la garganta y, como notaba su corazón agitado, dejó brotar una sonrisa para disimular la congoja que sentía.

A Fernando le empezaron a temblar las manos y los pensamientos.

—¿Te apetece dar un paseo? —le preguntó con la voz entrecortada.

—Me encantaría —respondió ella casi susurrando.

Se levantaron casi a la vez y se encaminaron hacia la fuente que coronaba el jardín.

—Deberías volver con tu nieta y olvidarte de este lugar —se atrevió a decirle Fernando.

—Debería, pero no puedo —le contestó ella con una pizca de inquietud en el tono—. No antes de descubrir lo que está pasando aquí.

Fernando se detuvo y le cogió la mano.

—Creo que ha llegado el momento...

—¿El momento de qué? —le preguntó ella algo contrariada, sin apartar su mano de la de Fernando.

—De que tú y yo hablemos...

—Hablar... ¿De qué?

—De lo que sentimos.

Eulalia enmudeció. Aun así, no apartó su mirada de los ojos de aquel hombre que se estaba ganando un hueco en su corazón.

—Ya no somos adolescentes y no podemos perder el tiempo —añadió Fernando.

—Tienes razón. Ya no somos adolescentes. Y por eso no debemos comportarnos como ellos. —Se apartó de él para reanudar el paseo en solitario. Fernando la siguió hasta alcanzarla.

—¿Por qué no te dejas querer?

—Porque ya es tarde —le contestó clavándole una mirada resignada a la soledad del corazón.

—No te prometo noches apasionadas, pero sí abrazarte. Mi cuerpo abrigará al tuyo, tú ahogará tus penas en mi pecho y yo te regalaré besos

cada vez que los necesites. Solo eso.

Eulalia suspiró, le acarició el pelo encanecido y, sin dejar de mirarlo a los ojos, le contestó:

—Es mucho más del ideal de cualquier mujer.

—¿Entonces?

Eulalia reanudó la marcha encaminándose hacia la puerta de entrada a la clínica. Fernando se quedó quieto, callado, mientras veía alejarse a la mujer de la que se estaba enamorando. Eulalia anduvo silenciosa por el pasillo que la conducía al ascensor. Cuando llegó, se detuvo y lo esperó con la mente colmada de pensamientos que oía como el tintineo de una campanilla: «No lo dejes marchar»; «Es una estupidez»; «No le puedes ofrecer nada, ni siquiera los recuerdos»; «Necesitas amor»; «Él te ayudará en tu enfermedad»; «No seas egoísta»; «Si de verdad te importa, no lo condenarás a una compañera sin recuerdos»; «El amor supera todas las dificultades»; «Mereces una segunda oportunidad». Entró en el ascensor y pulsó el número de la primera planta. Y cuando las puertas del ascensor se estaban cerrando, alguien se coló en el interior.

—Sé lo que te atormenta. Me di cuenta el otro día —le confesó Fernando —, cuando te pregunté sobre tus hijos y, de repente, te bloqueaste. Parecías un animalito perdido en un bosque espeso. Te empezaron a temblar las manos y me pediste que te acompañara a la habitación. Y lo hice porque me necesitabas. Cuando llegamos me llamaste Patrick y te echaste a mis brazos. Y así permanecimos toda la noche. Estabas tan frágil, confusa y asustada que no me atreví a dejarte sola. Te quiero.

Eulalia intentó contener las lágrimas. No quería mostrar debilidad ante él, pero algunas se le escaparon y se deslizaron por sus mejillas, rosadas por el sofocón que estaba sintiendo. Él se las quitó con las yemas de los dedos y, mientras contemplaba el color verde del iris de sus ojos, le dijo:

—Mis recuerdos serán los tuyos. —Y juntó sus cálidos labios a los de Eulalia.

La puerta del ascensor se abrió y ambos se encaminaron hacia la habitación de ella, agarrados de la mano. Al llegar a la puerta, Eulalia le confesó:

—Tengo miedo.

—Yo también. Descansa un rato, todavía queda media hora para el almuerzo. Te vendrá bien. —Ella asintió. Fernando se llevó las manos de Eulalia a su boca y las besó. Las soltó con delicadeza, le acarició una de las

mejillas y se despidió.

Mientras Fernando se dirigía hacia su habitación, Eulalia entró en la suya con el corazón todavía acelerado por tantas emociones vividas en tan poco tiempo. Se sentó en la cama, se descalzó y se recostó un rato, vestida, con los ojos abiertos.

### *En el comedor...*

El almuerzo transcurrió tranquilo, como todos los días, hasta que en los postres Sebastián se levantó bruscamente de la mesa, se puso la mano en el pecho y, gritando a pleno pulmón, exclamó eufórico:

—¡Viva la Legión española y la madre que la parió!

—Siéntate de una vez, descerebrado —le ordenó Enrique, harto de los arranques patrióticos de su amigo.

Y Sebastián, sin mediar palabra, volvió a su silla como si no hubiese oído nada. Eulalia, desde que llegó al centro, se había ido percatando de que Enrique era el líder de la mayoría de los ancianos que residían en el geriátrico. Y también de que tenía un comportamiento narcisista extremadamente preocupante. Todos lo obedecían, salvo Aurora, que se atrevía a plantarle cara:

—Que haya paz —soltó con un tono de voz un tanto agrio.

Todos los ojos se volvieron hacia la anciana. Un silencio hostil embargó a los presentes, que intercambiaron miradas sombrías. Eulalia se llevó a los labios la taza de manzanilla que se estaba tomando, con gesto pensativo. Fernando, sentado junto a ella, permanecía callado. Minutos después, Aurora se levantó de la mesa, no antes de terminar el trozo de pastel de chocolate que le había servido Consuelo. Aurora había devorado las verduras, arrinconando la pechuga de pollo en un extremo del plato, y se había pasado directamente al postre.

—Debería probarlo —le sugirió a Eulalia—. Es una de mis mejores recetas —añadió con una leve sonrisa que a la psiquiatra se le antojó algo perversa.

Una sensación absurda, pero no pudo evitar sentir esa pizca de crueldad en su mirada. Por un instante creyó encontrarse en el lugar de sus pesadillas, el que intentaba olvidar cada vez que sus fantasmas aparecían. El chocolate le traía dulces, pero también amargos recuerdos de su infancia. Por eso rehusó probarlo. No podía ni quería. Aurora se alejó de la mesa y se acomodó en un

sillón, justo al lado de Federico. Durante varios minutos conversaron tranquilamente hasta que, de repente, Aurora se quedó callada, totalmente abstraída. Federico empezó a acariciarle el cabello.

Eulalia tenía la impresión de que aquella anciana sabía más de lo que aparentaba y de que no era, precisamente, una indefensa anciana como ella había creído al principio. ¿Quién era, en realidad, aquella mujer que todos respetaban tanto? Había algo en su forma de hablar, y también en su acento extranjero, que le provocaba cierta desconfianza pero, al mismo tiempo, tenía la extraña sensación de que la estaba protegiendo. No dejó de observarla mientras conversaba con Fernando. Tenía alzhéimer, sí. O eso parecía. Ya no estaba tan segura. Necesitaba pasar más tiempo con ella para hacer un diagnóstico más preciso. Pero no le resultaba fácil. A veces tenía la extraña sensación de que Aurora la esquivaba, como si oliese sus intenciones.

—No deberías perder tu tiempo con ella —le aconsejó Fernando—. Se le va la olla más a menudo de lo que imaginas.

—Es una pobre anciana que padece alzhéimer. Como yo.

—Tal vez, pero a mí se me ponen los pelos de punta cuando recobra la memoria y habla con tanta elocuencia. A veces creo que finge.

—No seas cruel.

—Lo siento. —Le agarró las manos—. No debí decirlo. Se me ha olvidado que tú también...

—No te preocupes.

—A veces se me desata la lengua y soy un...

—Bocazas.

Eulalia, en el fondo, sentía lo mismo que Fernando. Los momentos de lucidez de Aurora la tenían desconcertada. Era consciente de que conversar con ella no resultaría fácil. Y por eso sabía que debía aprovechar cada segundo de lucidez de la anciana si quería averiguar lo que estaba ocurriendo en la clínica.

—Si ahora intentases hablar con ella —añadió Fernando—, solo conseguirías frases sin sentido; no recordaría nada de lo que te ha dicho hace tan solo unos minutos.

—Lo que me ocurrirá a mí dentro de unos meses, o tal vez un año o dos... Quién sabe. —Se le humedecieron los ojos.

—Pero tú no estarás sola. —Le acarició la mejilla y la miró con ternura.



# EL TÚNEL

*Seis horas y media en el interior*

Después del pequeño susto que le di, Fernando y yo nos abrazamos. Intentamos dormir, pero solo pudimos descansar unos minutos. La verdad es que pasamos la noche en vilo, esperando en vano a que mi nieta apareciese ante nuestros ojos con alguna noticia alentadora. Pero el tiempo transcurría lento y éramos conscientes de que aquellos depravados acabarían buscándonos en el túnel. Permanecer en su interior se hacía cada vez más peligroso. Demasiado para quedarnos de brazos cruzados, esperando. Así que decidimos marcharnos de allí y continuar adentrándonos en el interior de aquel agujero. Nunca llegué a imaginar que aquella antigua casa, donde se había cimentado el geriátrico, guardase tantos secretos.

Abandonamos aquella sala con la incertidumbre pegada en nuestras pupilas. Fernando sujetaba la linterna, que centelleaba, mientras mis ojos se clavaban en la profundidad de aquel túnel, que se extendía más allá del alcance de la vista. Cada vez que nos topábamos con alguna puerta, que intentábamos forzar sin éxito, no podía evitar estremecerme al imaginar lo que podría esconder. Habíamos andado aproximadamente unos cuatrocientos metros y, de repente, tuve la sensación de que no nos movíamos, de que no habíamos avanzado nada. Apenas podía respirar y el dolor de la rodilla se me hacía insoportable. Me detuve.

—No puedo más —le dije a Fernando—. Me duele la herida.

Me dejé caer al suelo y respiré hondo varias veces para calmar aquel dolor punzante, que me impedía pensar con claridad.

—Es normal que te duela. Está demasiado tierna. Es mejor que descansemos un poco —me contestó él.

Se sentó a mi lado y, al sentirlo cerca, apoyé la cabeza en su hombro. Me abrazó con fuerza.

—Saldremos de aquí. Te lo prometo.

Quise creerlo. Era la segunda vez que me lo repetía. Pero sus palabras se cruzaron con mis pensamientos, que iban destinados única y exclusivamente a ella: mi nieta. Y fue, entonces, cuando Fernando se dio cuenta de dónde nos

hallábamos. Se levantó de golpe y se quedó mirándola, totalmente incrédulo.

—¿Qué pasa? —le pregunté inquieta.

Él permanecía callado, inmóvil, con la mirada clavada en un punto del que yo aún no me había percatado. Y cuando me giré para comprobar qué era lo que le había cambiado el semblante de la cara a mi amigo, me quedé sin aire. Nos encontrábamos en el mismo punto de partida, en aquella puerta cuyo interior me producía escalofríos.

Allí estaba ella, frente a nosotros. Otra vez.

—¡No puede ser! —exclamé sobrecogida.

Todo ese tiempo habíamos andado en círculos. Me estremecí. En ese preciso instante se derrumbó nuestra esperanza de encontrar una salida. Aquel lugar era lo más parecido a un laberinto. Cerré los ojos durante unos segundos, convencida de que al abrirlos desaparecería, de que aquella visión había sido fruto de nuestros propios temores. Y mi deseo se desvaneció en el aire.

—Entraremos y esperaremos a tu nieta.

—No sé si es buena idea.

—¿Y te parece más sensato que dos viejos como nosotros estemos deambulando como almas en pena por este agujero?

—Deberíamos intentarlo por el alcantarillado, seguirle los pasos a mi nieta. ¿Y si no ha llegado y necesita ayuda?

—¿Te has vuelto loca? La herida se te infectaría. Además, ¿ya has perdido la confianza en ella? Sabes perfectamente que tu nieta es fuerte como un roble y más obstinada que tú. No pierdas la esperanza. Es lo único que nos queda.

Fernando tenía razón. Ni mi rodilla aguantaría en aquellas aguas ni sus piernas más kilómetros en círculo. Y, lo más importante, debía seguir confiando en la fortaleza de mi nieta. A Fernando y a mí solo nos quedaba armarnos de valor y esperar. Era cuestión de tiempo que aquellas mentes enfermas nos buscasen en el túnel. El secreto que había guardado como un tesoro la familia Beltrán ya no lo era. No sabíamos si Aurora estaba al corriente. De lo que si estábamos seguros era de que nuestros perseguidores lo conocían y que lo utilizaban también para guardar armas. A pesar de todo, decidimos permanecer en aquella sala de cirugía, la enigmática sala secreta, siempre impoluta y preparada para operar. Fernando tocó el pomo con la mano y abrió la puerta. Al entrar, sentí una extraña sensación que me hizo retroceder.

—No tenemos otra opción —me aseguró.

Ambos lo sabíamos. Fernando se hizo a un lado y me dejó espacio para que yo entrase primero.

—Aquí podrás tumbarte y descansar —dijo señalando una de las camas—. Lo necesitamos. —Me quedé callada.

Cerró la puerta y avanzamos despacio hacia el centro de la sala. Yo me dejé caer en una de las camas laterales y él hizo lo propio en la del centro. Enseguida se le cerraron los ojos. Yo no podía. Permanecí despierta, recorriendo con la mirada cada rincón de aquel lugar que me ponía el vello como escarpas y me recordaba a mi nieta. Me parecía verla allí, semiinconsciente. Tardé en dejarme arrastrar por Morfeo, pero el cansancio me venció. Y cuando lo hice estuve casi dos horas atrapada en él.

El suficiente tiempo para que una cascada de recuerdos de mis fantasmas apareciesen en mis sueños...

## Recuerdos silenciados

8 de diciembre de 1944

*Y seguía y seguía atizándome con su brazo elástico y yo intentaba zafarme de él, pero era tan largo y duro que mi sangre empezó a manchar el suelo de la celda. «Nadie se salva de mis garras y tú no vas a ser menos, hija de puta». Y mientras ella ladraba aquellas palabras que me herían hasta el orgullo, mis dientes apretaban mis labios cada vez con más fuerza, tanto que notaba cómo la sangre me recorría el cuerpo y salpicaba mis pies desnudos y sucios. El dolor era tan intenso que dejé de sentirlo cuando creí que mi alma abandonaba mi cuerpo. Y aquella sensación extraña me hizo lanzar un grito tan desgarrador... que me despertó de aquella pesadilla.*

Me levanté erguida como una regla, como me había aconsejado Erna, pero convencida de que había llegado mi hora. Y pensé que la muerte era mejor que el infierno que me había tocado vivir. Apenas pude calmar la excitación de mi corazón cuando oí unos pasos firmes que se aproximaban peligrosamente a la puerta de la celda. Se me cortó la respiración en el preciso instante en el que se abrió. Era ella, Dorothea Binz, esperándome con una sonrisa siniestra, la que la acompañaba cada vez que administraba alguno de sus mortales castigos.

—Tienes mucha suerte —me dijo enseñándome los incisivos.

No me atreví a pronunciar palabra. Conocía perfectamente cómo las gastaba cuando osábamos hablar sin permiso. Ni siquiera pestañeé. Me convertí en una estatua viviente. Allí, entre aquellos muros que olían a muerte, aprendimos a congelar nuestros pensamientos para que no nos delatasen. Y a esperar. Siempre esperábamos. Por eso, aquel día esperé, mugrienta, cabizbaja y firme, a que ella moviese ficha en aquel siniestro juego de supervivencia. La Binz entró en la celda y yo me tragué la saliva más amarga de mi existencia. Fue, entonces, cuando la vi pegada a ella, sonriéndome. Erna, su mejor discípula, la acompañaba, y yo no podía creerlo. Mis ojos brillaron y mis labios estuvieron a punto de abrirse, de condenarme. Pero la Binz me advirtió con la mirada que me mantuviese firme. Obedecer, obedecer y obedecer. En eso se había convertido mi vida. Miento: en sufrir hasta lo indecible y en no mostrar debilidad. Y a pesar de que las piernas me temblaban, permanecí más recta que una regla. Y la

obedecí. Otra vez. Como siempre. Abandoné la celda y anduve hasta la puerta de salida del búnker con las suelas de las botas de la supervisora jefe pegadas a mi trasero, oliendo el aroma a jabón que iba dejando Erna tras sus pasos.

El sol me cegó nada más salir. Me sentía incapaz de abrir los ojos. Los mantuve cerrados, hasta que pude conseguir que la luz no me dañase las pupilas. Algunas lágrimas empezaron a descender por mi rostro macilento. Y cuando nos aproximábamos al barracón que me asignaron el primer día que llegué al campo junto a mi madre, me invadió una profunda tristeza al pensar que tal vez ella ya no se encontraba en él. Demasiados días sin saber nada la una de la otra. Abrí la puerta y entré con la sensación de que no merecía la pena vivir si mi madre no se hallaba en él. Mis ojos la buscaron con desesperación. Y no la vi. La tristeza se adueñó de mi corazón por completo y no pude evitar lanzar un grito, negando la evidencia. «Lo siento», me dijo una italiana que todas llamábamos la Libertaria. Me puso la mano en el brazo y me acompañó hasta el centro del barracón. Y a cada paso que daba, inmediatamente se abría un hueco, estrecho por las circunstancias, pero suficiente para que mi cuerpo cubierto de llagas, que me escocían a rabiarse, no rozase con los otros, tan mugrientos y cadavéricos como el mío. Y algunas, que no podían reprimir las lágrimas al verme convertida en un espectro viviente, me acariciaban el hombro o los dedos de las manos a mi paso. Allí, para sobrevivir, hacíamos turnos para sentarnos en los taburetes. Y al llegar al centro, me detuve en uno vacío, donde me ayudaron a sentarme. «¿Qué ha pasado?», le pregunté a la Libertaria. «Hace tiempo que del búnker no regresa nadie con vida —me dijo con la voz entrecortada—. Todas lo sabemos. Tu madre también lo sabía, pero nunca perdió la esperanza. Intentó varias veces hablar con alguna guardiana para que intercediese ante la Binz, pero lo único que consiguió fue que la humillasen. La *Kapo* Ruth le propinó un golpe en la cabeza que acabó con su vida tres días después de tu partida. No la llevaron a la enfermería, la dejaron... —Aquella frase se le había atragantado—. Murió en mis brazos. —Se hizo el silencio—. Antes de irse me hizo prometer que te cuidaría». «Todas te cuidaremos», oí decir a Olga. Y me abracé a la Libertaria sin poder contener el llanto.



## Capítulo 11

### *Cinco días antes de la entrada al túnel*

*Clínica geriátrica, 12 de septiembre de 2015*

Eulalia había quedado con su nieta esa tarde. Necesitaba hablarle de Fernando y compartir con ella sus sentimientos hacia él. Pero, también, que la pusiera al corriente de sus últimas averiguaciones. Estaba tan ansiosa por saber, que no pudo esperar. Encendió el móvil. Había decidido apagarlo después de recibir la llamada de su hijo, pero la última vez que habló con su nieta se le olvidó hacerlo. Solo lo utilizaba cuando necesitaba ponerse en contacto con ella. Así que lo encendió ese día y, cuando se disponía a enviarle un mensaje por WhatsApp, se dio cuenta de que apenas le quedaba batería. Intentó terminar lo antes posible aquella frase que se le resistía y, presa del nerviosismo, cometió errores lingüísticos imperdonables para una mujer cuya paciencia había sido objeto de admiración de quienes la estimaban. Dio a enviar y dejó que aquellas frases inacabadas volasen enfurecidas por la red hasta llegar a su destinataria. Ya no era la misma. Lo sabía. Se le humedecieron los ojos. Enseguida se los restregó con la yema de los dedos para hacer desaparecer la pena. Dejó el móvil encima de la cama y pensó que lo más sensato era cargarlo. No recordaba que lo había guardado en la doble funda de su maleta. Tampoco que le había pedido a Alexandra el suyo. Ausente de esa realidad, registró todos los cajones y estanterías del armario. Y como no lo hallaba, tomó la determinación de enviarle otro mensaje a su nieta para que se lo trajese esa misma tarde. Pero los dedos de la mano le temblaban demasiado. Todavía no se había acostumbrado a utilizar el móvil de su nieta. Sus dedos se movían torpemente. Entonces Salvador llamó a la puerta para avisarla de que Alexandra ya había llegado. No podía hacerla esperar. Aquel hombre rollizo se impacientaba si no abandonaban enseguida la habitación y era capaz de entrar sin avisar. Así que se olvidó del móvil y buscó su cuaderno de notas, arrancó un trozo de papel y escribió en él: «El cargador». No sabía si tendría oportunidad de hablar con su nieta con total libertad y a solas. No podía arriesgarse. Se levantó de la silla del

escritorio, se alisó la falda, enroscó el papel como si se tratase de un canuto (de cigarrillo), se lo escondió en el puño y salió de la habitación, dejando el móvil encima de la cama. Cogió el ascensor y bajó hasta la planta baja.

En la sala de visitas la esperaba Alexandra. Cuando vio a su nieta, le dedicó una larga y cálida sonrisa mientras extendía sus brazos hacia ella:

—¡Te echo tanto de menos! —le dijo apretándola contra su pecho.

—Yo también, abuela.

Al separarse, apretó las manos de la joven sin dejar de sonreír y Alexandra, al notar el canutillo de papel en la palma de su mano derecha, enseguida supo lo que tenía que hacer. Cerró el puño atrapando el papel y lo dejó caer en el interior de su bolso con disimulo. Luego, rebuscó en él una bolsa de flores perfumadas de azahar que le había comprado a su abuela.

—Para que tu ropa huela como los ángeles —enfaticó la última palabra mientras sus labios se alineaban en una cálida sonrisa, que a punto estuvo de quebrar el fuerte ánimo de su abuela.

Las dos, conscientes de lo que habían hecho, no dejaron de sonreír en todo momento, hablando de temas poco trascendentales, esquivando las miradas celosas de algunos ancianos que las observaban con la envidia clavada en el corazón. De vez en cuando intercambiaban información, casi murmurando y sin dejar de sonreír, y disimulaban con alguna frase incoherente cada vez que se acercaba alguien, pero no pudieron hacerlo con libertad hasta que Salvador abandonó la sala durante unos minutos. Uno de los ancianos se sintió algo indispuerto y él lo acompañó a su habitación. Entonces Alexandra aprovechó para sacar el cargador del bolso y dárselo a su abuela.

—*Cache le bien, s'il te plaît* (Escóndelo bien, por favor) —le rogó.

Eulalia se quedó sin aliento y su rostro se tornó blanco como la nieve.

—Abuela, ¿te encuentras bien? —le preguntó inquieta Alexandra.

—*Comment savais-tu que j'avais besoin du chargeur?* (¿Cómo sabías que necesitaba el cargador?) —soltó confusa la anciana.

—*Tu m'as envoyé un message hier* (Me enviaste un mensaje ayer). ¿No lo recuerdas?

Un rictus de seriedad y preocupación cubrió el rostro de Eulalia. La enfermedad avanzaba más rápido de lo que imaginaba y todavía había muchos cabos sueltos en aquella investigación para dejarse invadir por ella.

—¿Pasa algo, abuela? ¿Por qué tienes esa cara? —insistió azorada Alexandra, que no estaba acostumbrada a ver alicaída a su abuela. Le apretó

las manos con fuerza.

—Venga. Dejemos los sentimentalismos para otro momento —le sugirió—. No hay tiempo que perder.

—A veces eres más agria que el vinagre —le reprochó su nieta sacudiendo la cabeza.

—*As-tu trouvé certaines informations que j'ai demandé?* (¿Has encontrado algo de la información que te pedí?)

—¿Y cómo pretendes que lo haga? —Se acercó a la cara de su abuela—. Te recuerdo que dentro de una semana se me acaban las vacaciones.

—Hija, *tu es l'expert dans le journalisme d'investigation* (eres experta en investigación periodística). Algo se te ocurrirá.

—Necesito más información.

—Los dos fueron legionarios y vivieron en Madrid antes de venir aquí. Necesito que entres en sus cuentas corrientes, en las redes sociales que utilicen... —le resumió casi masticando las palabras.

Alexandra miró alrededor y, al comprobar que nadie las observaba, contestó a su abuela:

—El único que podría hacer algo así es Eric.

—Buena idea, Alex. Él es un lince para estas cosas.

A la joven se le escapó una sonrisa. Intuía que su abuela necesitaba reconciliarse con su nieto, pero su orgullo era tan grande que sería incapaz de reconocerlo. Pedir ayuda a Eric era su forma de decirle lo mucho que lo extrañaba.

—Te tengo que contar algo que me tiene desconcertada —le dijo Alexandra.

—Pues empieza ya, que nos queda poco tiempo. Salvador no tardará en aparecer.

—En este barrio hay gente muy rara, abuela.

—No entiendo, ¿a qué viene eso ahora?

—Pues que las veces que he venido apenas he visto gente en las calles y estoy hablando de una urbanización de unos treinta chalés, prácticamente sin vida exterior. ¿No te parece extraño?

—Son vacaciones, Alex. La gente viaja.

—¿Todos a la vez? Cuando aparco el coche y entro en la urbanización, tengo la sensación de que me observan desde los muros de esos lujosos chalés. Nadie pasea, ni hace deporte, apenas hay niños jugando en la calle y los pocos que veo se esconden en sus casas cuando me ven pasar. No sé...

Demasiado silencio. No me gusta este sitio y no deberías estar aquí.

Eulalia se frotó las manos, pensativa. Aquella información revelaba un dato importante del exterior que no debían obviar.

—Pues entonces tendrás que averiguar quiénes son los propietarios de todos esos chalés —la retó su abuela.

—¿Hablas en serio? No sé por qué te lo he contado. —Se arrepintió al instante—. Lo que tendríamos que hacer es olvidarnos de todo y tú deberías dejar este lugar y venirte conmigo, ahora mismo —insistió.

Pero su abuela parecía no escucharla. Alexandra frunció el entrecejo, aunque no le sorprendió su reacción. No tardaron en percatarse de que estaban siendo excesivamente observadas por un hombre trajeado que hablaba con un enfermero:

—Nos están mirando, abuela.

—Es normal, aquí no abundan las mujeres jóvenes y guapas —subrayó divertida.

—No tiene gracia, abuela. —Y, al girarse de nuevo para fijarse en aquel hombre que no dejaba de mirarla, se dio cuenta de que era el mismo que la había amenazado con llamar a la policía cuando ella se coló en su jardín la última vez que vino a la clínica—. ¿Quién es? —le preguntó intrigada.

—El hijo de Pilar.

—¿La anciana que falleció hace pocos días?

—La misma.

—¿Y qué hace aquí si ya está muerta? —espetó contrariada.

—No sé. Supongo que tendrá que liquidar la mensualidad y recoger sus pertenencias. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque me parece extraño que ingrese a su madre precisamente en un geriátrico que está frente a su casa.

Salvador se acercó a Alexandra y le indicó que la visita había llegado a su fin. La joven se levantó con la angustia pegada en el pecho. Sentía que su abuela estaba equivocándose al permanecer en aquel lugar y que poco podía hacer en esos momentos para convencerla. Solo seguir sus indicaciones al pie de la letra y ayudarla en aquella investigación. Mientras se alejaba de la persona que más quería y admiraba, notó una mano que le tocaba el hombro y, al girarse, un anciano se dirigió a ella en un tono que la hizo estremecer:

—No es bueno para ella tanta visita. Cuando cruces la puerta, los ojos de tu abuela se inundarán de lágrimas. Si realmente la quieres, deja de venir durante un tiempo y se adaptará mejor. No seas egoísta, niña.

Alexandra no podía articular palabra. Mientras aquel anciano se alejaba, ella le dedicó otra sonrisa a su abuela para disimular su desconcierto. Eulalia había observado muy extrañada cómo Enrique se dirigía a su nieta, cuando apenas mantenía conversación con ella. Se moría de ganas por saber qué diablos le había dicho para que a su nieta se le desencajase el rostro. Le entraron ganas de romperle la crisma a Enrique, pero se aguantó porque era consciente de que no le serviría de nada perder la compostura ante él. Después de lo que había leído en su historial, sabía que no era un pobre anciano inofensivo y ella tenía demasiados frentes abiertos como para complicarse la convivencia con él. Sin embargo, no pudo evitar sentirse angustiada.

Pasó la tarde dándole vueltas a la cabeza, intentando calmar los nervios para aparentar serenidad. Y tampoco pudo evitar que un pensamiento de arrepentimiento invadiese su mente: «Ha sido una soberana estupidez venir aquí. Tengo un mal presentimiento», se decía cuando se quedaba a solas en su habitación. No obstante, no podía abandonar aquella investigación. Lo sensato habría sido cruzar la puerta de salida. Sin embargo, algo muy fuerte en su interior se lo impedía, era como un grito de auxilio que oía en su cabeza y le rogaba que permaneciese.

Durante la cena se sentó al lado de Fernando y él le confesó que tampoco se fiaba de Enrique, que lo había escuchado hablar en su habitación con la doctora Ballesta y que aquella situación le había parecido realmente extraña.

—Se habrán dejado llevar por la pasión —bromeó Eulalia dejando escapar una carcajada que incomodó a Salvador, que no dejaba de observarlos desde la distancia.

—Ya, pero nadie discute en alemán si van a echar un polvo, digo yo —conjeturó Fernando mientras disimulaba que leía un artículo en el periódico sobre un nuevo caso de corrupción política que implicaba a un miembro del gobierno.

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído. Estos dos esconden algo y dudo que se trate de un asunto del corazón —enjuició Fernando.

En un instante Eulalia no sintió correr la sangre por sus venas. Era como si, de repente, su corazón se hubiese detenido, al igual que las manecillas de un reloj, y dejado de latir. Todo giraba a su alrededor: las miradas, las paredes, los muebles. Los ojos de Fernando. Notó que perdía la consciencia y, en un acto de desamparo, se agarró al brazo de él.

Minutos después despertó tumbada en la cama, al lado de Fátima, que no dejaba de ponerle paños fríos en la frente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó totalmente desorientada.

—Le ha subido la tensión y no me extraña. No se está quieta ni un segundo. Hasta su corazón está cansado de tanta agitación. Debería frenar el ritmo y calmarse. Nos ha tenido a todos en vilo. La doctora Ballesta la ha atendido personalmente y ha llamado al doctor Espinosa. Estará al llegar.

—Tengo que llamar a mi nieta.

—Usted no va a llamar a nadie. Y con respecto a las visitas, ya hablaremos cuando se encuentre mejor. —Cerró la puerta y la dejó sola.

Aquella última frase le sonó a un aislamiento obligado que no deseaba volver a experimentar. Se había dado cuenta de que aquel proyecto suyo se estaba convirtiendo en la peor de sus pesadillas. Supo en ese preciso instante que había llegado el momento de actuar, de mover sus fichas, de ponerse en contacto con las autoridades españolas y compartir sus sospechas con el comisario de policía de la ciudad. Necesitaba contactar con su nieta lo antes posible. Intentó levantarse pero apenas le quedaban fuerzas. Desistió y dejó caer su espalda en la cama. Probó otra vez, ladeando su cuerpo hacia la mesilla. Fue inútil. Suspiró. Cerró los ojos durante unos segundos. Los abrió de nuevo, cogió aire por la nariz y lo soltó lentamente por la boca. Lo hizo varias veces, hasta que la sensación de vértigo desapareció por completo. Lo intentó por tercera vez. Ladeó su cuerpo hacia la derecha, en dirección otra vez a la mesilla, colocó las dos manos en el colchón cerca del vientre y cuando se vio con fuerzas empujó con ellas, intentando incorporarse. La inercia hizo que su cuerpo se elevase y consiguiera mantenerse en equilibrio. Posó los pies en el suelo. Antes de abandonar la cama, volvió a respirar hondo. Se levantó y avanzó hacia el armario, lentamente, descalza, arrastrando los pies. Al llegar, pegó su pecho contra la puerta del armario y al instante se dio cuenta de que era incapaz de abrirla. No le quedaban fuerzas. Empezó a sentir un fuerte dolor en el pecho y otra vez tuvo la sensación de que todo giraba a su alrededor como un tiovivo.

Minutos después despertó y vio al doctor Espinosa observándola, con líneas de enojo dibujadas en su frente, mientras le ponía el tensiómetro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó aturdida.

—¿Qué hacías levantada?

Eulalia se mantuvo callada durante unos segundos. No recordaba lo que había sucedido y menos que hubiese abandonado la cama.

—No sé, me siento muy confusa.

—Es normal. Tienes la tensión por las nubes y el corazón... Noto cierta arritmia que me preocupa. Mañana ingresarás en el Hospital Francesc de Borja para que te hagan algunas pruebas —decidió el doctor.

—No es necesario, Gregorio —replicó.

—Sí, sí lo es.

—Ha sido un simple desmayo. Nada más —insistió ella.

—Has perdido el conocimiento dos veces en menos de hora y media.

—Eso no es nada. Pueden ser las emociones...

—Tú no, Eulalia, nos conocemos desde hace tiempo y sé perfectamente lo capaz que eres de controlar lo que sientes.

—Pura apariencia —le aseguró.

Gregorio le clavó la mirada a su amiga.

—Controlas tanto que a veces provocas miedo en las personas que te rodean...

—Porque parezco insensible —lo interrumpió Eulalia—. Te aseguro que no lo soy.

—Lo sé. —Desvió su mirada hacia su maletín para introducir el estetoscopio y el tensiómetro—. Pero podría ser algo más serio y prefiero que te hagas las pruebas. Y, si es posible, sin rechistar.

Gregorio se levantó de la cama, cogió el maletín y antes de marcharse se aseguró de que su amiga siguiera sus instrucciones al pie de la letra.

—No despegues tu cuerpo de esa cama, ¿me has oído? —le advirtió.

Eulalia asintió, pero el doctor no se quedó del todo convencido e insistió:

—No hagas ninguna tontería, Eulalia. Hablo en serio.

Eulalia le sonrió y con cierta ironía le pidió permiso para realizar cierta actividad:

—¿Puedo leer y escribir, o tampoco se me permite?

Gregorio amagó una sonrisa.

—Eres incorregible. —Sacudió la cabeza—. Mañana a las siete vendrá una ambulancia para llevarte al hospital, en ayunas.

Y antes de que abandonase la habitación, Eulalia decidió ponerle al corriente de los extraños sucesos del centro:

—Tengo que hablar contigo sobre algunas cuestiones de la clínica.

—Ahora no, Eulalia, tienes que descansar y yo tengo otros pacientes que me esperan. Estaré de vuelta en menos que canta un gallo. Procura descansar y no hagas ninguna tontería.

Abandonó la habitación de Eulalia con la certeza de que su amiga haría lo que le viniese en gana. Era como intentar recluir a una fierecilla en un metro cuadrado. Pero también con la preocupación de que su amiga estaba yendo demasiado lejos. Por su parte, Eulalia se quedó confusa ante la reacción de su amigo. La cortó de manera grosera y poco apropiada, y lo notó excesivamente nervioso. No era su forma de proceder. Entonces le vino a la memoria el rostro de su nieta. Necesitaba contactar con ella lo antes posible. Se levantó de la cama, buscó el móvil en la maleta de doble funda y, cuando estaba tecleando su número, de repente se sobresaltó. «¿De qué tengo que hablar con ella?», se preguntó. «¿Por qué estoy tan nerviosa?», se volvió a preguntar observando el temblor de sus manos. Algo la tenía realmente inquieta, pero no conseguía recordar por mucho que se esforzaba. La maldita enfermedad empezaba otra vez a trastocar sus recuerdos. Se sentía tan agotada que apenas le venían las ideas. Era como si, en un suspiro, su memoria se hubiese quedado hueca y todos sus pensamientos se hubiesen desvanecido. Los párpados le pesaban tanto que no podía mantener los ojos abiertos por mucho que intentaba permanecer despierta. Dejó el móvil en su sitio y decidió volver a la cama. Empezaba a notar los efectos del sedante que su querido amigo, el doctor Espinosa, le había administrado.

Fátima estaba recostada en un sillón, a su vera. Eulalia se despertó con la sensación de haber dormido dos días con sus dos noches enteras. Sin duda alguna eran los efectos de la medicación que la había ayudado a conciliar el sueño, pero que, sin embargo, había alterado inevitablemente la realidad del tiempo transcurrido. Miró la hora en el reloj de pulsera que había dejado en la mesilla. Las cinco de la madrugada. Recordó que en unas horas la vendrían a buscar para llevársela al hospital. Se sentía fuerte, con ganas de levantarse y con la total seguridad de que su cuerpo le respondería. Ya no sentía dolor en el pecho.

Al ver a Fátima a su lado, roncando, supo que había llegado su oportunidad y de que no debía desaprovecharla. Se incorporó con cuidado, apoyándose con las manos en la cama, y posó los pies en el suelo. Entonces se levantó y empezó a caminar lentamente, con pasos cortos pero seguros, hasta llegar a la puerta del armario donde creía que había guardado el móvil de su nieta. La abrió, dirigió la mirada al tercer cajón de la izquierda y rebuscó entre sus faldas con la mano derecha, hasta que recordó que lo había puesto en la maleta de doble funda. Cerró la puerta del armario con cuidado y se dirigió a la cama. Se agachó un poco y arrastró la maleta hacia los pies

descalzos. Como no podía levantarla, la abrió sentada en la cama. Cogió con torpeza el móvil y comprobó que apenas tenía batería. No lo había cargado. Pero pensó que le quedaba la suficiente para enviarle un mensaje a su nieta. «Te espero a las ocho en el Hospital Francesc de Borja. Me van a hacer unas pruebas. No te preocupes, que estoy como una rosa». Y acabó el mensaje con un emoticono sonriente. Acto seguido apagó el móvil para evitar que su nieta, presa del pánico, cometiese la estupidez de llamarla. Consiguió recostarse y esperó a que llegase la hora de vestirse para ir al hospital. El agotamiento la venció.

# EL TÚNEL

*Siete horas en el interior*

Dormí durante hora y media. El atronador ruido de la linterna de Fernando al estamparse contra el suelo me despertó. Miré hacia la cama donde se encontraba él y lo llamé. Seguía atrapado en los brazos de Morfeo. Entonces me levanté. Me acerqué a Fernando con la sensación de que alguien me observaba desde el otro lado de la sala. No vi a nadie. Me puse frente a él y lo zarandeeé. Llevaba la manga de la camisa remangada y, al tocarle el brazo, vi la marca que deja una aguja al atravesar la piel. Le abrí los párpados y tenía las pupilas un poco dilatadas. No recordaba apenas nada. Solo que, presos del cansancio, nos habíamos quedado dormidos. Aquella sala desquiciante, casi en penumbra, provocaba en mí miedos que creía haber superado. Sin embargo, pronto descubrí que aquellos miedos estaban justificados cuando oí unos pasos que se acercaban hasta nosotros. Reparé, entonces, en aquella respiración jadeante que me hacía sospechar que no estábamos solos. Quise apoderarme de un bisturí, pero no tuve tiempo de reaccionar. Me giré y allí estaba, frente a mí. Su mirada me produjo un escalofrío indescriptible. No parecía el mismo. Ya no. Me contemplaba silencioso y eso me perturbaba. Él lo sabía. Años de amistad compartiendo confidencias: «Qué mejor que un buen amigo para ahogar las penas», me decía cada vez que hablábamos por teléfono, le enviaba un correo o coincidíamos en algún congreso. Ahora, ya no importaba todo eso. Él ya no era el mismo. Até cabos y lo entendí todo. Me convenció para ingresar en el geriátrico con la burda excusa de llevar a cabo mi última investigación profesional. Él conocía mis síntomas, pero también que necesitaba enfrentarme a ese futuro que me esperaba con los brazos abiertos, conocerlo de cerca para aceptarlo.

Y no lo pensé porque aquel consejo venía de él, de mi mejor amigo: Gregorio Espinosa.

—¿Por qué? —le pregunté incrédula—. Háblame y no me mires así, como si estuviera volviéndome loca.

Se mantuvo callado. Sabía que aquel silencio me provocaría más desconcierto del que tenía. Pretendía desestabilizarme emocionalmente. Pero

no lo consiguió. Mi fortaleza se llamaba Fernando y se encontraba allí, junto a mí, aunque inconsciente.

—¿Qué le has hecho?

—Nada. Pero como se resistía tuve que recurrir al cloroformo. Después le inyecté un sedante que le mantendrá dormido durante unas horas. Pero no temas, su vida no peligrá, por el momento. Depende de ti.

—No puedo creer que estés implicado en algo tan sucio. —Gregorio soltó una carcajada y en el interior de su boca vi caminos retorcidos y tan oscuros como su alma—. Todos esos ancianos... Me niego a creerlo.

—¡No te imaginas hasta qué punto están manchadas mis manos! —Me las mostró. Las llevaba teñidas de un rojo intenso—. Si te acercas, podrás oler a su dueña y reconocerla. Tierna y fresca como una flor.

—¡Alexandra! —grité con el corazón herido por el impacto recibido—. Si le has hecho daño a mi nieta, te juro que...

—Se marchitó.

No pude contenerme. Me lancé sobre él, desesperada. Le clavé las uñas en el cuello y se lo apreté con rabia. Quería acabar con su vida. Pero la fuerza de Gregorio derrumbó aquel deseo. Consiguió zafarse de mis uñas, aunque no de las heridas que le causé. Sus brazos sujetaron los míos y quedé atrapada en ellos. Empujó mi cuerpo hacia el suyo y noté su aliento en mi cuello. Aquel abrazo traidor me supo a despedida.

—Estás echando por la borda tu prestigio —le dije.

—¿De qué prestigio me hablas? —escupió encolerizado—. De nada me han servido tantos años de investigación. Siempre estabas tú, robándome los honores, los halagos, el reconocimiento de toda la profesión. Tú, tú y tú. —Tensó la comisura de los labios—. Y yo en la sombra, ayudándote cuando lo necesitabas. Sí, en eso me convertí, en tu sombra.

—No es verdad.

—Pero eso cambiará a partir de ahora. Todos me recordarán. Y tú me ayudarás a conseguirlo trabajando en mi proyecto. Cuando me confesaste lo tu enfermedad y la necesidad que tenías de investigar sobre ella, vi en ti a la única persona que podría comprenderme, aceptar cualquier propuesta, ser capaz de llegar hasta el final.

—Dime qué le has hecho a mi nieta y te prometo que haré lo que me pidas, pero no a cualquier precio, no cruzaré ciertos límites. Lo sabes.

—No sufras por ella. No le tocarán un pelo si te portas bien. —Se rascó la nariz, pensativo—. Y con respecto a eso último que has dicho, te aseguro

que te los saltarás todos porque la vida de tu nieta depende de ello. Tú decides cómo quieres verla: viva o muerta.

Gregorio conocía la estrecha relación que me unía a ella. Por eso la nombró, para conseguir calmar al ángel negro que yo llevaba en mi interior. No la habían atrapado. Ni siquiera sabía dónde se encontraba. Pero le interesaba que yo lo creyese para conseguir su propósito: mi colaboración.

—¿Cómo sé que no le habéis hecho daño?

—Tienes mi palabra.

—En estos momentos, tu palabra vale una mierda —me desfogueé.

—Pues tendrás que conformarte con ella.

—No me basta. Quiero escuchar su voz —insistí.

—Es lo único que puedo ofrecerte como garantía. Tú decides. —Su respuesta me sonó ácida.

Alexandra era mi debilidad. Haría cualquier cosa por salvarla, pero Espinosa también sabía que yo no era ninguna ingenua y que no debía subestimarme.

—¿Qué quieres a cambio? —le pregunté directamente.

—Lo sabrás cuando aflojes esos nervios. No me sirves alterada.

Entonces me agarró del brazo, lo apretó contra su pecho, me empujó hacia delante y me llevó hacia una silla. Me obligó a sentarme y me ató las manos con una cuerda. Intenté convencerlo para que abandonase aquella locura, pero Gregorio tenía los ojos encendidos, la mirada fría, calculadora y perdida en el abismo de cualquier mente enferma. Después, dirigió la vista hacia el fondo de la sala. Con pasos firmes y seguros, se alejó de la silla donde yo me encontraba atada. Con la respiración controlada y las manos serenas, rebuscó en los armarios de la sala. Cuando vio lo que necesitaba, lo agarró, cerró el armario y regresó hacia mí.

—Por favor, no lo hagas —le supliqué.

Me tapó los ojos con una doble mascarilla y el corazón se me aceleró al instante. Él conocía mi secreto: el terror a la oscuridad. Lo había sufrido en el campo de la muerte, encerrada en la celda de castigo de donde casi nadie retornaba con vida. Yo fui una de las pocas excepciones. Pero todo cambió en mí cuando regresé al barracón y supe lo de mi madre. Ese día me convertí en adulta a la fuerza. Descubrí que debía luchar cada segundo de vida para sobrellevar el dolor, sobrevivir para honrar su memoria. Y en aquella sala, junto a Gregorio, otra vez debía luchar. Pero no para rescatar un recuerdo, sino a ella: mi nieta.

Resistir para sobrevivir. En eso se había convertido mi vida.

## Recuerdos silenciados

9 de diciembre de 1944

El primer día sin mi madre amanecí acurrucada en los brazos de la Libertaria. El ensordecedor ruido de la sirena para que formásemos en la *Appel Platz* nos sobresaltó a todas. No podíamos retrasarnos un solo segundo si no queríamos recibir un latigazo en cualquier parte de nuestro cuerpo. Nos recibió el mismo joven de ojos claros que se atrevió a arañarme uno de mis pezones con su vara de madera la primera semana que llegué al campo junto a mi madre. Había pasado una eternidad. Entonces, mi cuerpo temblaba y se encogía del susto. Aquella herida no se me infectó de milagro.

Esa mañana, nada más acercarse a nosotras, gritó encolerizado que nos desnudásemos. Pero en esa ocasión no me acobardé como la primera vez. Me despojé de mis trapos con la vergüenza intacta. Ya no podían humillarme más de lo que lo habían hecho, ni sentir un dolor más intenso del que sentía por la ausencia de mi madre. Me mantuve serena, firme y recta, pero con la dignidad colmando mi corazón. Mi fortaleza aumentó cuando vi aparecer a Erna detrás de la Binz. Sin embargo, al oír cómo la bestia rubia pronunciaba mi nombre, me vi de nuevo atrapada en la oscuridad de aquella celda y sentí agujas en el corazón. En ese amargo instante no podía imaginar que mi destino ya lo había escrito Erna. Ella había conseguido que su madre me aceptase como una de sus ayudantes de cocina, a pesar de los extraños lazos que nos unían a ambas. Creo, en el fondo, que lo hizo para controlarla de cerca. Mis labios dibujaron una leve sonrisa cuando vi a mi amiga frente a mí, con un brillo especial en los ojos.

—No deberías fiarte de la hija de una nazi —me advirtió la Libertaria.

—Ella no es mala —le contesté.

—Contigo no.

Y cuando me alejaba de la fila con mi ropa en las manos, sentí los ojos rabiosos de la Libertaria clavados en mis pupilas. Olga me miró con tristeza. El resto agachó la cabeza. Yo seguí mi camino, detrás de Erna, oliendo su aroma a jabón y con la sensación de que aquellos ojos enfilados que me observaban desde la distancia habían dibujado en el aire la palabra «traidora».

Erna entró primero y después lo hice yo, con la cabeza alta, deseando conocer a su madre. En aquel largo trayecto en dirección a las cocinas me la

había imaginado alta, de melena larga, rubia y ondulada, pero de rostro rudo y grosero como la mayoría de las guardianas que nos custodiaban. Nada más lejos de la realidad: cabellos pelirrojos y ondulados recogidos en un moño rebelde, estatura media, ojos grandes y verdes, y una carita redonda tan angelical como la de su hija. Me sonrió nada más verme y, enseguida, me puso entre las manos un delantal para empezar con mis labores de ayudante. Le dio instrucciones a Erna para que nos dejase a solas. Temí que aprovecharse aquel momento para lanzarme un discurso amenazante, recordándome quién era yo y cuál iba a ser mi destino. Me quedé sola con Heike, así se llamaba su madre, mientras Erna hacía el recado que le había mandado ella: ir al almacén y rescatar unas onzas de chocolate.

—¿Qué va a hacer con el chocolate? —le pregunté a Heike.

—El postre para esas brujas. —Dirigió su mirada hacia el comedor donde se habían sentado algunas de las guardianas que nos hacían la vida imposible. No pude contener la risa cuando la miré a los ojos y vi que ella también se reía. Esa fue la primera vez que pensé que aquella mujer no estaba en aquel lugar por decisión propia.

—¿Erna puede salir del campo cuando quiera? —le pregunté sin reparo.

—No es tan fácil. Nosotras no estamos encerradas en una celda como lo estás tú, pero tampoco somos libres del todo. —Clavó su mirada triste en la mantequilla—. Algún día lo entenderás.

Agarró con la mano un trozo y lo echó en el molde donde estaba la mezcla de harina y huevos. Empujó con los nudillos mientras intentaba no emocionarse, pero sus ojos evidenciaban lluvia. Y para evitar que mojase aquella deliciosa tarta de chocolate que había empezado a elaborar, me lanzó una pregunta que intenté esquivar:

—Dime la verdad, y no me mientas. —Tragué saliva—. ¿Cuántos años tienes?

«Es nuestro secreto. Nadie tiene que saberlo. Tu vida depende de ello», me repitió mi madre muchas veces. No debía decírselo. Si lo hubiese hecho, habría deshonrado su memoria. Heike parecía buena persona, pero eso no significaba «fidelidad». Pero también había azotado a su hija por mi culpa. Y aunque mi corazón me decía que podía confiar en ella, mi cabeza me repetía «prudencia».

—Quince —le respondí con serenidad, la que me inculcó mi madre para camuflar el miedo.

—Ya —reaccionó ella con tono descreído.

Y mis ojos se hundieron en la masa de aquel postre que imaginaba en el paladar de mi boca. Erna tardó en regresar y su madre aprovechó su ausencia para enseñarme cómo amasar el pan. En un instante me vi antes de la Guerra Civil, en la cocina de mi abuela Constanza junto a mi madre, con la cara blanca de harina y muy parlanchina.

Aquella no fue la primera vez que me sentí feliz junto a Heike. Aprendí a preparar platos que desde hacía tiempo solo aparecían en mis sueños. Como, por ejemplo, un apetitoso *Kasseler con Sauerkraut*, filetes de cerdo ahumado con una especie de repollo finamente picado y fermentado con agua y sal. También el puré de patatas *Kartoffelbrei* con especias y verduras; cada vez que la ayudaba a prepararlo se me hacía la boca agua. Y, cómo no, el delicioso *Strudel* de manzana. Pero el que me hacía perder el sentido era su gigantesco dulce de chocolate, que solo preparaba cuando el comandante jefe del campo lo exigía. Era una mezcla entre la *Sachertorte*, una tarta austriaca de chocolate, y el *Schwarzwälder Kirschtorte*, un bizcocho de cacao relleno de nata con guindas naturales. De vez en cuando me dejaba probarlo y sentía que mis labios pellizcaban el cielo.

Aprendí mucho de Heike, pero cada noche, cuando regresaba al barracón, se me encogía el estómago al recordar las miradas hambrientas de mis compañeras. Convencí a Erna para que me ayudase a rescatar algunas sobras de los platos que despreciaban las guardianas. No les bastaba con torturarnos hasta la muerte sino que, también, eran *exquisitas* en el paladar. A veces dejaban sin probar algunas de las *delicatessen* que preparaba Heike. Aquellos platos intactos y devueltos a las cocinas acababan en las bocas de los perros de presa que nos custodiaban. Un día, Heike nos sorprendió a Erna y a mí guardando a escondidas aquellos manjares. Pensé que me iba a denunciar y que iba a castigar a su hija. Sin embargo, cogió un trapo viejo, ató los lados y empezó a llenarlo de aquellas viandas que sabían a gloria bendita. Me lo puso en la mano y Erna me acompañó hasta el barracón para evitar que las guardianas que hacían la ronda nocturna me interrogasen.

No fue la única vez que Heike agasajó a mis compañeras con esas sobras. Cuando llegábamos al barracón, me despedía de Erna, yo abría la puerta mientras ella se alejaba y las miradas de mis compañeras se clavaban en aquel trapo inflado de felicidad que sujetaba mi mano. Desesperadas, se adueñaban de su contenido. Agarraban un trocito con los dedos, que después chupaban, menos la Libertaria. Nunca me perdonó. Nunca lo entendí. Pero yo siempre le ofrecía un pedacito de cielo.



## Capítulo 12

### *Cuatro días antes de la entrada al túnel*

*Hospital Francesc de Borja, 13 de septiembre de 2015*

Apenas había pacientes en la sala de espera para ser atendidos. La doctora Quesada iba de un lado a otro, inquieta, intentando resolver las cuestiones burocráticas, que parecían complicarse cada minuto.

—He avisado a su nieta para que traiga toda su documentación sanitaria. Ya me entiende: informes de sus revisiones periódicas, medicamentos prescritos... En fin, espero que no le importe.

—Todo lo contrario —contestó Eulalia sorprendida del comportamiento tan excesivamente correcto de la directora del geriátrico.

Se la veía entregada a su trabajo. Su rostro de preocupación contrastaba con la idea que se había forjado sobre ella en los últimos días: la de una embaucadora que se aprovechaba de la fragilidad de unos ancianos carentes de afecto. Sin embargo, le parecía tremendamente difícil imaginar que una mujer que no cesaba de preocuparse por su estado de salud fuese capaz de provocar la muerte a esos pobres con el fin de robarles. Caviló durante unos segundos y, finalmente, concluyó que esa posibilidad existía. La mayoría de estafadores y desaprensivos que había tenido la desdicha de conocer a lo largo de su vida desprendían apariencias apacibles y amables, que calaban en los corazones de sus víctimas. Por eso acabaron todas entre las manos de sus verdugos. No obstante, había algo en la doctora Quesada que no encajaba en el perfil de una persona sin escrúpulos capaz de ponerle fin a la vida de un ser humano. Una cosa era engañar para enriquecerse y otra muy distinta asesinar para lograrlo. Necesitaba conversar con ella más veces para confirmarlo. No se demoraría en hacerlo. Había demasiadas vidas en juego.

La espera la estaba impacientando. Media hora más y acabaría mostrando su indignación. Se olvidó de todo cuando vio aparecer a su nieta con la documentación que le había requerido la doctora Quesada.

—¡Abuela! —exclamó Alexandra con preocupación al verla postrada en una cama nada más entrar en la habitación—. *Que s'est-il passé? Tu étais*

*bien quand je suis parti.* (¿Qué ha pasado? Estabas perfectamente cuando te dejé).

—No es nada. Un simple mareo...

—Con desfallecimiento en dos ocasiones y en menos de dos horas —añadió Quesada, que se sentía en la obligación de sincerarse con la nieta de la anciana.

—¿Es eso cierto?

—No es para tanto —desdramatizó.

—De eso nada —la interrumpió la directora—. Si estamos aquí es para asegurarnos de que no hay nada serio de lo que debemos preocuparnos. ¿Has traído lo que te pedí? —le preguntó a la nieta de la doctora Lambert.

—Hace pocos meses que llegamos a Gandía y todavía no nos han entregado la tarjeta sanitaria. Lo que tenemos es un seguro privado. Espero que sirva. —Se lo mostró.

—No te preocupes. Servirá.

—Ya me he puesto en contacto con ellos y necesitamos que nos remitan el motivo por el cual está en el hospital, es decir, una descripción detallada de las pruebas que le van a realizar y la correspondiente factura. Y aquí tiene el resto de los documentos que me pidió: informes, medicamentos que toma, resultados de las últimas pruebas... No sé si está todo.

—Es suficiente. Quédate con tu abuela mientras yo me encargo de todo este papeleo. Estoy convencida de que tu compañía la va a animar. —Le apretó las manos—. Depende de los resultados, es posible que tenga que quedarse esta noche. En ese caso, intentaré que puedas pasarla con ella. —Le regaló una sonrisa que desconcertó a Eulalia.

—Se lo agradezco un montón —le dijo Alexandra con lágrimas contenidas en las pupilas y el corazón todavía encogido por el susto.

Mientras nieta y abuela juntaban sus cuerpos en un cálido y largo abrazo, la directora Quesada se alejó para seguir batallando con las cuestiones burocráticas. De repente, Alexandra dejó de abrazar a su abuela y la miró con enojo:

—Si no regresas conmigo a casa, llamaré a papá y...

—¿Otra vez vas a traicionarme? —espetó Eulalia dirigiéndole una mirada de reproche a su nieta.

Alexandra no pudo controlar el calor en sus mejillas. Cabizbaja, se le escapó un suspiro desazonado.

—No me dejaste alternativa —se defendió—. Pero no me arrepiento de

haberlo hecho. Y si continúas con tu terquedad, lo volveré a llamar —la amenazó.

Eulalia afiló la mirada.

—No te atreverás —la retó para comprobar el grado de valor que conservaba. Pero se encontró con unos ojos serenos y seguros.

—Sí, sí lo haré. Y estoy convencida de que, en esta ocasión, cogerá el primer avión y se plantará aquí. Se te acabó la aventura, abuelita.

—De ese centro no me saca ni Dios —replicó—. Voy a descubrir lo que está pasando allí y tú tienes que ayudarme. —Levantó la cabeza un poco y le hizo un gesto a su nieta para que le colocase la almohada en la cabecera de la cama—. Ahora, cuéntame de una vez lo que has averiguado de la doctora Quesada.

—¡Y dale con la burra al trigo!

—Larga ya antes de que llegue —refunfuñó.

—Eres incorregible. —Alexandra sacudió la cabeza.

—¿Quieres empezar de una vez? —espetó malhumorada.

—Está bien. Durante los primeros meses, después de la inauguración, la clínica la dirigía una tal doctora Rojas.

—¡Luisa! —exclamó sorprendida la doctora Lambert.

—¿La conocías?

—Sí, una de las mejores especialistas en geriatría. Creo que tuvo una relación especial con Mauricio Beltrán, pero eso no viene al caso. Continúa.

—Pues a lo que iba. Lo más sorprendente es que dejó de dirigirla una semana después de la muerte del doctor Beltrán. He intentado localizarla, pero no hay rastro de ella, es como si la tierra se la hubiese tragado. Algunos de sus amigos me han dicho que vive en una isla del Caribe, y que decidió abandonarlo todo y empezar una nueva vida. Nadie mantiene contacto con ella.

—O ella no quiere que se la encuentre... —murmuró Eulalia.

—La doctora Quesada la reemplazó en el puesto. Y ahora viene lo mejor. —A su abuela se le abrieron los ojos como platos—. Carmen Quesada no tiene experiencia ni formación en medicina...

—¿Cómo?

—Lo que has oído.

Eulalia se irguió y le clavó una mirada de desconcierto a su nieta.

—Un momento. ¿Carmen Quesada no tiene titulación para ejercer como doctora? —preguntó incrédula.

—La verdadera doctora sí, pero ella no, aunque sean dos gotas de agua físicamente. He visto la imagen del rostro de la auténtica y es clavado a la que se hace pasar por ella, pero con diez kilos más.

—¿Estás insinuando que la actual está suplantando a la verdadera y que se ha hecho cirugía plástica? —inquirió torciendo el gesto.

—No lo estoy insinuando. Me temo que le ha robado su vida —conjeturó su nieta. Su abuela se quedó muda, intentando digerir aquella información. En pocos segundos reaccionó:

—Despacio, Alex. ¿Cómo has averiguado todo esto?

—Cuando empecé a buscar en internet, me topé con una entrevista que le había hecho un periódico italiano a la verdadera doctora Quesada en 2009. Al principio no sospeché nada, porque la imagen que aparece en ella es idéntica a la actual doctora, pero conforme fui leyendo empecé a darme cuenta de que, tal vez, no se tratase de la misma persona. Además, aparecía una foto de cuerpo entero y la verdadera es regordeta y más recatada en el vestir.

—Hay mujeres que adelgazan para sentirse bellas, cambian de estilo, de maridos, de amantes. No sé, hija. No veo a dónde quieres ir a parar...

—Hay datos que no coinciden con los que me contó un amigo.

—Explícate mejor.

—En la entrevista se decía que era italiana de origen, pero que no pudo crecer en su ciudad natal, Salerno, que está en la región de Campania, porque sus padres, a las pocas semanas de nacer ella, regresaron a España y la registraron en Madrid como española. Ellos se lo ocultaron y ella acabó descubriéndolo. Desde ese día, Italia ha formado parte importante de su vida, pero en silencio. Y ese secreto solo lo conocía su mejor amiga. Agárrate, abuela, porque te vas a desmayar del susto...

—¿Quieres terminar de una vez? —gruñó.

—Eso es lo más extraño, que su amiga sea precisamente la doctora Rojas.

Eulalia sintió que la sangre dejaba de correr por sus venas.

—Solo ella sabía que su amiga había aprendido italiano y lo hablaba como una nativa. La actual doctora Quesada no tiene ni idea. Me lo ha confirmado un amigo que me está ayudando en la investigación.

—Entiendo. —Eulalia se quedó pensativa.

—¿Y dónde está la verdadera doctora?

—Estuvo alejada de la profesión durante varios años por una fuerte depresión a causa del fallecimiento de su marido y de su único hijo en un

accidente de tráfico. Su aparición repentina en los medios, después de tanto tiempo, y su espectacular físico sorprendieron al principio a los colegas. Sin embargo, pronto se acostumbraron a verla...

—Y supongo que a disfrutarla —dijo recordando el sofá cama que había en su despacho.

—¿Crees que se han deshecho de la verdadera?

—Si tus sospechas son ciertas, me temo que sí.

—Además, su acento extranjero desconcertó al principio a sus colegas, pero ella arguyó que había pasado bastante tiempo fuera de España, concretamente en Rumanía.

Eulalia, pensativa, se tocó el labio inferior con los dedos pulgar e índice. Todo empezaba a encajar.

—Abuela, las cosas se están complicando muchísimo y podrían ponerse peor. En ese lugar se está cociendo algo muy gordo y me parece absurdo que te pongas en peligro tontamente. Ha llegado el momento de comunicárselo a la policía —razonó la joven.

—No tan rápido, Alex.

—Es que ya no se trata solamente de las desapariciones y muertes sospechosas, sino de posibles asesinatos: Quesada, Rojas...

—Tú lo has dicho: «Posibles».

—¿No crees que estén muertas?

—No lo creo. Estoy convencida.

—¿Entonces?

—Sin pruebas no hay delito. Que esa mujer tenga acento rumano y conozca o no la región de Campania no demuestra nada porque, como bien has dicho, eso último era un secreto que solo una persona conocía y que ya no está, seguramente, entre los vivos... No sirve como prueba ante un juez. Pero sí podríamos cotejar las huellas dactilares de la verdadera doctora, que conserva la policía en el pasaporte y documento nacional, con las de la suplantedora. Hay que urdir un plan.

Nieta y abuela se cruzaron las miradas. Eulalia suspiró.

—¿Has averiguado algo más? Por ejemplo, ¿cómo consiguió ser directora de la clínica?

—Lo extraño es que, a parte de esa entrevista, apenas hay información reciente en internet sobre la actual doctora Quesada. Vamos, que no frecuenta conferencias ni congresos.

—Ya. —Se tocó la nariz—. El día que ingresé me dijo que tenía que

coger un avión para asistir a uno.

—Pues te digo yo que nada de nada. El último congreso al que asistió data del año 2013, antes de la inauguración de la clínica. Y estoy convencida de que no acudió ella, sino la verdadera...

—Interesante. Hay que averiguar más sobre esta mujer. Qué lugares frecuenta, qué hace y a dónde se dirige cuando sale de la clínica. Todo lo que puedas.

—No me está resultando fácil. Es escurridiza. Por eso me he puesto en contacto con Eric. Ya sabes lo bueno que es y la cantidad de contactos que tiene.

—Has hecho bien.

—Otra cosa, abuela. En la clínica hay varios inversores.

—Creía que el geriátrico pertenecía a Aurora Beltrán y que formaba parte de la herencia que le dejó su marido.

—Y lo fue.

—Hablas en pasado.

—El cincuenta por ciento ya no es suyo.

—¿Y a quién pertenece?

—A una fundación.

—¿Quieres ser menos escueta en tus repuestas, por Dios, que nos van a dar las uvas? —le reprochó su abuela, temerosa de que apareciese de un momento a otro alguna enfermera y las interrumpiese.

—Es que no te lo vas a creer...

—¡Larga de una vez! —gruñó por segunda vez.

—La misma que fundó su propio marido.

—¿Te refieres a la Fundación Beltrán?

—¿La conoces?

—Tuvo problemas con el Ministerio de Sanidad porque querían llevar a cabo un proyecto científico, el proyecto Ares, pero no contaron con el apoyo del ministro y lo desestimaron. Eso creía yo...

Eulalia notaba que el ritmo de su corazón se aceleraba de nuevo. Respiró hondo para calmar los nervios y evitar que su nieta se percatase de su estado. Pero Alexandra vio desconcierto en su mirada y palidez en su rostro.

—Abuela, ¿te encuentras bien?

—Perfectamente —mintió—. ¿Y sabes quién dirige la fundación ahora? —le preguntó directamente.

—No te va a gustar nada oírlo...

—¡Suéltalo ya!

—Es un amigo tuyo...

—¿Quieres hablar de una vez? —espetó dejando al descubierto un elevado grado de impaciencia.

—Gregorio Espinosa.

El rostro de Eulalia se tornó blanco. No fue capaz de articular una sola palabra. Respiró hondo un par de veces. Le dio un sorbo al vaso de agua que le había dado su nieta y consiguió serenarse. Desentrañar aquel misterio les estaba llevando a límites insospechados y altamente peligrosos. Aun así, no abandonaría la investigación, pero tampoco dejaría que su nieta corriese riesgos innecesarios.

—Creo que ya es hora de que te diviertas y te olvides de todo esto —se limitó a decir, dejando estupefacta a su nieta.

—¿No estarás hablando en serio?

—Completamente.

—¡Ni hablar! Si tú no vuelves conmigo, yo no pienso dejarte sola.

—Si te pasara algo, no me lo perdonaría, hija. —Le acarició una mano y se la llevó al pecho. Alexandra se acercó a su cara y le dio un cálido beso en la mejilla—. Disfruta de tus vacaciones. Hazlo por mí —le susurró al oído.

—Ya te lo he dicho. Lo haré si tú lo haces —le contestó su nieta después de besarla.

Alexandra quería que su abuela se olvidase de todo y regresara a casa donde, según ella, debía estar tranquila y en paz. Pero también sabía que no la convencería y que, por consiguiente, era mejor apoyarla que dejarla sola con aquella locura que estaba revolucionando su vida, y se preguntó si aquella necesidad que tenía de descubrir la verdad y hacer justicia se estaba convirtiendo en una obsesión. Aun así, decidió ayudarla, aunque eso significase entrar en el interior de una cloaca repleta de cadáveres.

De repente, se echaron a reír como si una de ellas le hubiese contado a la otra el mejor chiste del año. La estrategia del disimulo. La directora Quesada se aproximaba con un brillo especial en los ojos. Abandonaron las risas cuando se detuvo frente a ellas.

—Todo arreglado. Podrás quedarte esta noche sin ningún gasto —informó a la joven.

—No es necesario, puedo costear la cama de mi nieta —se apresuró a decir Eulalia, algo contrariada por la aparente generosidad de aquella mujer.

—Guárdese para unas vacaciones. Ya le he dicho que está todo

solucionado, el geriátrico se hará cargo de los gastos. No es la primera vez que lo hacemos.

—No lo pongo en duda, pero no puedo aceptarlo —insistió Eulalia. «Impostora», se decía mientras cavilaba en el tipo de artimaña que habría utilizado para suplantar a la verdadera doctora. Y no pudo evitar imaginársela con clientes de un prostíbulo.

—Ya es tarde. Disfrute de este momento —le dijo la directora—. Estoy convencida de que tienen muchas cosas que contarse. —Miró a ambas—. Pronto la llamarán para hacerle una analítica completa, un electrocardiograma y un ecocardiograma. Hace tiempo que no se hace ninguno... —Se dirigió a Eulalia—. Debería estar más pendiente de su salud.

—¡No puedo creer que nos hayas engañado haciéndonos creer que te los habías hecho! —exclamó Alexandra mostrándole su enojo.

—Ha sido un simple mareo. Estáis haciendo una montaña de un granito de arena.

—¡Un granito de arena! —se indignó la joven.

—Lo importante es que está aquí —intervino la directora del geriátrico—. Cuando terminen de hacerle todas las pruebas sabremos si se trata de un granito... o de una montaña. Así que de nada sirven las regañinas. —Le dirigió una mirada reprobatoria a la joven—. Tal vez tenga que someterse a una ergometría, ya sabe, un examen de esfuerzo. Es mejor que se relajen las dos y disfruten del tiempo que van a pasar juntas.

—Tiene razón —convino Alexandra—. Y después volverás a casa y te olvidarás de proyectos —le dijo a su abuela.

—Creo, jovencita, que eso debe decidirlo ella.

—Ni un simple mareo, ni siquiera los achaques de la vejez me cortarán las alas.

—Eres demasiado mayor para embarcarte en grandes proyectos, y el tuyo lo es. Hazme caso, abuela, vuelve a casa conmigo.

—No insistas o acabarás provocándome un infarto con tanto reproche.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Se acabaron las discusiones —zanjó la directora con el fin de evitar subidas de tono de la joven, que no estaba dispuesta a consentir.

Eulalia le agradeció nuevamente el gesto de hacerse cargo de todo el papeleo. Sin embargo, seguía creyendo que aquellas aparentes acciones desinteresadas de la directora no eran sino acciones estratégicas para ganar tiempo. Un tiempo que a Eulalia parecía agotársele. Solo pensar en la

posibilidad de que su corazón se resquebrajase hacía que sintiese más ganas de luchar por sobrevivir. Sabía que algún día la muerte llamaría a su puerta, que podía, incluso, pillarla desprevenida en ese preciso instante. No soportaba la idea de que apareciese de sopetón y la obligase a abandonar el mundo de los vivos, es decir, a sus nietos, a sus hijos, a todos aquellos ancianos que dependían de ella, de la fortaleza de su corazón, para liberarse del yugo de aquella suplantadora con carita de aparente bondad y de los otros responsables de todas aquellas muertes y desapariciones. No. No lo permitiría.

—Que descanse, doctora Lambert —le deseó la directora.

—Gracias, Carmen, por tus desvelos —le respondió Eulalia ante la sorpresa de su nieta, que no entendía a qué venía tanta familiaridad cuando hacía escasos minutos le había desgranado sus actos delictivos.

—Es un placer ayudarla. Me tiene para lo que necesite. No dude en pedírmelo.

—Lo haré —afirmó Eulalia dejando atónita a su nieta, que empezaba a creer que su abuela estaba perdiendo la cordura.

Cuando la directora desapareció de su campo de visión, Alexandra no pudo aguantarse y le exigió explicaciones.

—¿A qué viene eso, abuela?

—No te entiendo, hija —le respondió mientras alisaba la sábana con las manos.

—No te hagas la tonta conmigo. ¿Qué estás tramando?

—Avanzaremos más rápido si ella confía plenamente en mí. No la veo capaz de asesinar, pero sí de beneficiarse económicamente; y si, como dices, no consiguió el puesto de directora por su formación, alguien se tomó muchas molestias para que ella dirigiese el geriátrico. Solo se me ocurre un amante muy satisfecho por sus servicios. Pero, también, me temo que esta pobre infeliz es solo un cabeza de turco. Se ve a la legua que no es inteligente. Si hay personas dispuestas a matar es por un motivo muy gordo: esconder un secreto oscuro para evitar que se haga público —razonó.

—¿Experimentos científicos?

—Tal vez. Y, aunque solo son conjeturas, creo que hallaremos las respuestas en la misma residencia. Ahora ya entiendo por qué en su despacho hay un sofá cama... ¡Furcia y lagarta!

—¡Abuela! —exclamó su nieta algo escandalizada por aquella expresión, poco frecuente en la dialéctica habitual de la mujer que tenía delante.

—Es cuestión de acecharla y ver quién entra y sale de ese despacho. Aquello no es exactamente un lugar de trabajo convencional, créeme. Fernando me ayudará —susurró la última frase.

—¿Y si el amante al que te refieres es uno de los residentes o el propio Salvador?

Eulalia caviló durante unos segundos las palabras de su nieta. No veía a aquella mujer de bandera encima de un escuálido y desmemoriado anciano. Tampoco de un perturbado como Salvador. Pero sí en los brazos de un hombre de buen prestigio y reputación como el que había sido hasta ese día su amigo, el doctor Espinosa.

—Si ella está suplantando a la verdadera directora es porque alguien está muy interesado en que así sea. Solo hay una forma de averiguarlo: vigilándola. Fernando me ayudará. Y tú lo harás desde el exterior.

—Lo haré porque no pienso dejarte sola en esto. Aunque eso de montar guardia sin contar con la policía no va conmigo —se sinceró.

—Pues ya es hora de que te estrenes.

—No soy detective. Pero tengo a un amigo que lo es.

Aunque a Alexandra le parecía una idea descabellada, le siguió el juego a su abuela y se embarcó en aquella aventura. No la dejaría sola. Aquella era una empresa demasiado peligrosa para una anciana cuyos problemas de salud se habían multiplicado. Sabía que podía contar con Leo, pero empezó a creer que su abuela se estaba arriesgando demasiado. Y no lo dudó. No quería traicionarla, pero su delicado estado de salud la tenía en una congoja permanente. Tanto que, a veces, se desvelaba sudorosa por las noches después de haber vivido en sueños cómo su abuela se despedía de ella para no regresar jamás. Ella había estado siempre a su lado en los momentos más difíciles de su vida, cuando sus padres se divorciaron y su hermano Eric abandonó el hogar por desavenencias con su padre. Allí estaba su abuela levantándole el ánimo, aliviando su dolor e intentando reconducir sus sentimientos. Siempre había estado ahí. Y era ella, ahora, la que le pedía ayuda. No debía negársela. Mucho menos defraudarla. Por eso decidió abandonar la idea de convencerla para que desistiese de su empeño en continuar con aquella investigación suicida. Pero la quería demasiado y eso fue lo que la llevó a tomar la decisión: informar a su padre de los últimos acontecimientos y del peligro que estaba corriendo. Lo hizo desde el hospital. Aprovechó la llegada de dos enfermeras.

—Nos la llevamos un ratito —le dijo una de ellas.

—Espérame aquí y no se te ocurra marcharte —le advirtió su abuela—. Todavía no hemos terminado nuestra conversación.

Alexandra asintió con la cabeza. Cuando la perdió del campo de visión y se quedó sola en la habitación, sacó el móvil del bolso y tecleó el número de su padre.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó él, desconcertado por una llamada tan poco distanciada en el tiempo de la primera.

—En este geriátrico están sucediendo cosas demasiado extrañas y la abuela se está exponiendo a demasiados peligros. Tienes que venir.

—Tengo una vista mañana y no puedo cancelarla, Alex.

—Pues tendrás que hacerlo. Te llamo desde el hospital.

—¿Qué has dicho?

—Ayer, la abuela se desmayó en dos ocasiones. El doctor Espinosa la atendió en la residencia y ahora mismo le están haciendo pruebas en el hospital. Cree que podría tratarse de un problema coronario.

—¿Desde cuándo la abuela se ve con el doctor Espinosa?

—Papá, te acabo de contar que la abuela está en el hospital —le repitió confusa por su pregunta—. ¿A qué viene eso ahora?

—No me has respondido.

—No entiendo tu reacción.

—Responde, Alex.

—Creo que desde hace un par de años. Son amigos, solo eso.

—Lo sé. No dudo de ella. Ahora es libre y tiene derecho a volverse a enamorar, pero retomar esa vieja amistad...

—Papá, ¿pasa algo con el doctor Espinosa?

—Es de extrema importancia que me cuentes lo que sepas de su reciente relación.

—Me estás asustando.

—Alex...

—Sé muy poco. En una ocasión, la abuela me contó que él la había convencido para que hiciese el proyecto de investigación.

Un rictus de seriedad cargado de preocupación apareció en el rostro de Nathan.

—¿Y compartió contigo algo más que yo deba saber?

Alexandra se quedó callada. Le había prometido a su abuela que nunca se lo contaría a su padre. Pero, también, que no lo llamaría.

—Tiene alzhéimer.

—Me importa una mierda si ese canalla tiene...

—Es la abuela —lo interrumpió.

Nathan enmudeció. Se tocó la frente para enjugarse el sudor frío, que la recorría como un río bravo, mientras intentaba frenar la cantidad de pensamientos cruzados que empezaban a invadir su mente.

—¿Por qué no me lo has contado antes? —le reprochó enojado.

—Porque me he enterado hace poco y ella no quería que lo supieras.

—¿Lo sabe el doctor Espinosa?

—Sí. Y lo peor es que he averiguado que podría estar implicado de alguna manera en lo que está sucediendo en la clínica. Hay muchas cosas que no encajan.

—No te preocupes. Todo se solucionará —la tranquilizó—. Me lo contarás con pelos y señales cuando nos veamos en casa.

—¿Vas a venir? —Se emocionó.

—Por supuesto.

Espinosa nunca la perdonaría. Y Nathan estaba al corriente. Ocurrió pocos meses antes del fallecimiento de su padre. La creyó responsable de su declive profesional y como era un cobarde y no se atrevía a decírselo a ella a la cara, se encaró con el que había sido su mejor amigo: Patrick. Su padre perdió el control cuando Espinosa escupió barbaridades dirigidas a la prestigiosa doctora Lambert. Le rompió la nariz de un puñetazo. Espinosa lo amenazó con destruirlos para siempre. Dos meses después, su padre tuvo el fatídico accidente que le costó la vida. Nathan nunca se creyó la versión policial. Decidió investigar por su cuenta y nunca le contó a su madre aquel encontronazo entre el doctor Espinosa y su padre. Ahora se había dado cuenta de que se había equivocado al no hacerlo. Se encendió un cigarrillo y reaccionó cuando oyó la voz preocupada de su hija.

—¿Qué pasa, papá? ¿Está en peligro la abuela?

—No la pierdas de vista. Voy a intentar que algunos de mis compañeros del bufete me sustituyan en los casos menos importantes y, en cuanto me sea posible, cogeré el primer avión. Tengo que asistir a un juicio pasado mañana y no puedo faltar. Hasta entonces, no le cuentes nada a la abuela y haz todo lo que ella te pida.

—Pero...

—No hay peros que valgan.

Y mientras su padre ultimaba el viaje y daba carpetazo a algunos asuntos laborales, Alexandra ayudaría a su abuela en aquella investigación. Así lo

acordó con él. Cortó la llamada con la sensación de que su padre se había callado una información importantísima relacionada con Gregorio Espinosa. «Investiga por ella y ayúdala», le había pedido. Y Alexandra lo haría porque era consciente de que la vida de su abuela dependía de ello. «Aunque tenga alzhéimer, es aconsejable mantener la memoria activa y hacerla trabajar, le irá bien para retrasar los efectos de la enfermedad. Además, tiene un olfato maravilloso que ya quisiera desarrollar más de un policía», arguyó su padre.

Cuando las enfermeras la trajeron de nuevo, Alexandra la puso al corriente de sus descubrimientos en internet relacionados con la construcción de la residencia. Le contó que el geriátrico había sido edificado en el terreno en el que había una antigua casa modernista deshabitada y que el propio Beltrán había ordenado derrumbar. Su abuela le aconsejó que fuese al registro de la propiedad para averiguar a quién había pertenecido y todos los detalles de aquella venta.

—No sé si me dejarán husmear sin autorización.

—Pues búscate un aliado.

Eulalia le clavó la mirada a su nieta porque estaba convencida de que aquel brillo en sus ojos no se debía a su compañía, sino a las caricias de un joven apuesto que la tenía trastornada. Era más que evidente que Alexandra se había enamorado. Pero no le preguntaría. Nunca lo haría. La decisión de compartir con ella esa experiencia era únicamente suya.

—Se llama Leo —le confesó—. Y es el nieto de una persona a la que conoces porque también reside en el centro.

Aquella revelación puso contenta a la doctora Lambert, que no solía confiar en cualquiera. Intuyó de quién se trataba, pero disimuló ante los ojos de su nieta.

—¿Quién es? —le preguntó intentando contener una sonrisa que amenazaba con brotar como los pétalos de una flor.

—Fernando Escrivá.

A Eulalia se le iluminó el rostro. Sonrió. El anciano que bebía los vientos por ella resultaba ser el abuelo del causante del brillo de los ojos de su nieta. Ella conocía los pormenores de aquel interés de Fernando y su nieto hacia ellas y, aunque al principio le molestó ser utilizada para aquella investigación, no le importó porque Fernando había sido franco y se lo había confesado. En cambio, no estaba segura de que la sinceridad fuese una de las virtudes de Leo.

—Curioso —dijo Eulalia esbozando una leve sonrisa mientras sus

pensamientos se agitaban en su interior—. Su abuelo se acerca a mí y su nieto se mete en tu cama.

—¡Abuela! —exclamó Alexandra, ruborizándose al instante.

—No seas mojigata, hija. No te estoy recriminando nada.

—Yo...

—Eres libre de acostarte con quien te dé la gana.

Alexandra bajó la mirada. Nunca había sido tan directa con ella. Tenía la sensación de que mientras ella subía el primer peldaño de una escalera, su abuela ya la había recorrido entera. Su rapidez mental la desbordaba. Adentrarse en sus pensamientos era como hacerlo en un laberinto.

—Pero si lo haces —continuó su abuela—, no te dejes manipular. Mucho menos ahora que sabes que no está contigo por tu cara bonita. — Pensó en las caricias de Fernando y en sus palabras, verdaderas y limpias como su alma. Muy diferentes a las de su nieto.

—No puedo creer que nos hayan utilizado para su investigación —soltó con dolor Alexandra.

—Nos necesitan. Tengo que confesarte que Fernando me lo contó. Pero si no te he dicho nada es porque esperaba que su nieto lo hiciera. Ya veo que no.

—Pues hasta aquí llega mi colaboración con él, abuela.

Alexandra sentía que la sangre le bullía por dentro. Se negaba a aceptar que Leo la hubiese engañado desde el primer momento, que aquel accidente en la playa lo hubiese provocado. Una marioneta en manos de un hombre irresistible. Eso era en lo que temía convertirse. Aún estaba a tiempo de frenar y de devolverle la bofetada. Le sobraba carácter para hacerlo.

—¿Y ahora qué? —le preguntó a su abuela con los brazos cruzados, apretándolos contra su cuerpo de la rabia que sentía.

—Seguirás como hasta ahora —le sugirió.

—¿Me estás diciendo que debo olvidarlo todo, como si no hubiera pasado nada? —espetó la joven.

—No, hija, no. Lo que quiero decir es que no le montes un espectáculo y lances por esa boquita —se la tocó con los dedos— un sinfín de palabrotas que no te llevarán a ninguna parte.

Durante unos segundos Alexandra se quedó callada.

—No das puntada sin hilo —le dijo enarcando una ceja.

—Nunca lo he hecho y no voy a estrenarme ahora.

Los ojos de Alexandra dejaron de brillar. ¿Cómo iba a disimular ante él

si su mirada la delataba? Su abuela le pedía demasiado.

—El joven te gusta y estoy convencida de que tú también a él.

Su abuela insistía en que debía seguirle el juego hasta el final. Y eso suponía estar con él en la intimidad, dejarse amar.

—¿Pretendes que finja mis sentimientos? —espetó enojada.

—¿No me digas que no lo has hecho nunca? —soltó con tono descreído.

—Cada día me sorprendes más, abuela. No creía que tú...

—No te equivoques. Solo te estoy diciendo que escondas tus verdaderas intenciones para llevarlo a tu terreno. Y sé que lo sabes hacer.

Alexandra le devolvió una mirada pícaro que le sacó una sonrisa a su abuela.

—Necesitamos aliados, no enemigos.

Algunas de las sugerencias de su abuela le parecían excesivas y no las acataría. Esta vez no. Lo haría a su manera.

—No pienso dejar que me ponga la mano encima. Necesito saber quién es y qué quiere de nosotras.

—Alexandra, escúchame...

—No, abuela. Esta vez lo haremos a mi modo. Las cartas sobre la mesa.

Eulalia miró fijamente a su nieta y vio en sus ojos una mirada herida. Era más que evidente que el nieto de Fernando le rompería el corazón. Supo, entonces, que Alexandra se precipitaría, que no podría controlarse. Demasiados sentimientos agolpados en la mente y ahogados en la garganta.

—No te enfrentes a él. Sé inteligente, hija. Necesitamos aliados, no enemigos. No lo olvides.

Una enfermera entró en la habitación y las interrumpió. Se quedaron calladas. Eulalia no movió un ápice el rictus serio de sus labios. Se acomodó en la silla de ruedas y su mirada se perdió en aquel largo pasillo del hospital. Alexandra la miró con dulzura mientras la veía alejarse en compañía de aquella enfermera. No hubo tiempo para más confidencias. A Eulalia la llevaban de un lado a otro las dos enfermeras encargadas de su cuidado. Entre prueba y prueba, a veces se cruzaban alguna palabra. Demasiadas emociones vividas en tan poco tiempo. Demasiados pensamientos amontonados, agitándose en sus mentes despiertas.

Las pruebas duraron más de lo que habían previsto. Acabaron con la paciencia de ambas. Sin embargo, como los resultados habían salido satisfactorios, salvo la pequeña complicación de la angina de pecho que le habían detectado, no hubo necesidad de que la doctora Lambert pasara allí la

noche. Eso les dijo el médico que las atendió y les entregó el informe. No obstante, aconsejó a Eulalia que evitase esfuerzos físicos, tomase la medicación que le había prescrito para la angina y, sobre todo, controlase sus emociones. Algo que parecía improbable que cumpliera una vez de vuelta al geriátrico. Ella le prometió que seguiría sus recomendaciones al pie de la letra aun sabiendo que, después de cruzar la puerta de aquel hospital, se olvidaría de aquella promesa. No sentía que sus fuerzas estuviesen tan mermadas como le aseguraba aquel joven doctor. Nadie la apartaría de su trabajo. Mucho menos ahora que se hallaba en el punto más interesante de la investigación delictiva en la que se había embarcado junto a su nieta.

# EL TÚNEL

*Siete horas y media en el interior*

Fernando no se movía. Apenas respiraba. Llegué a pensar que estaba muerto y sentí un nudo en la garganta. El sedante que me había inyectado Gregorio me relajó los músculos. Se quedó sentado a mi lado. Podía oler su perfume francés. Y cuando ya había perdido la esperanza de tener mis ojos liberados, de repente me quitó la mascarilla y la claridad de aquella sala me cegó durante unos segundos.

—No soy tan cruel como imaginas —me dijo mientras dejaba la mascarilla encima de la cama.

—Lo sé.

—No. No sabes nada. Nunca te has enterado de nada. —Se levantó de golpe y empezó a caminar en círculo por la sala.

—No entiendo por qué me odias tanto.

—¿Odiarte? —Se paró en seco. Se acercó y me clavó una mirada inquisitiva—. Ni siquiera fui capaz de hacerlo cuando estudiábamos en la universidad y compartías conmigo tus sentimientos hacia otros. —Se me aceleró el corazón—. Ni tampoco cuando viajaste a España para enterrar a tu querido amigo Alonso. Sí, ese amor adolescente que nunca pudiste olvidar.

—Estabas celoso —se percató Eulalia.

—Siempre eran los otros. Yo nunca existí para ti. Y te enamoraste de Patrick, mi mejor amigo. Hasta eso me quitaste.

No fui capaz de pronunciar una sola palabra. Las heridas del alma de Gregorio las sentí clavadas como puñales en el corazón. Nunca llegué a imaginar que yo era todo su mundo, mucho menos la causante de tanto dolor. Cuando me casé con Patrick, se distanció de nosotros y solo nos veíamos en contadas ocasiones: en los bautizos de nuestros hijos y en las bodas de amigos que teníamos en común. De eso ya había pasado mucho tiempo y, sin embargo, seguía utilizando el perfume que le regalé por su cumpleaños el último año de carrera. Un mes después, Patrick se me declaró y yo acepté.

Gregorio se acercó a mi cara y me acarició la mejilla. Me fijé en su mirada y sus ojos se habían agrandado tanto que parecían que se iban a salir

de las órbitas. Sentí que la garganta se me secaba y que el frío recorría cada centímetro de mi cuerpo. El mismo frío que sentía cada vez que un nazi me tocaba con su fusta helada, inflexible y roja en el campo de la muerte.

—Ya no soy una jovencita.

—Ni yo un chaval al que puedas manipular con tus dulces palabras. Ya no.

Otra vez ganaban ellos... Siempre ellos.

Maniatada, y acostumbrada al dolor, esperé a que desahogase su furia en mí.

## Recuerdos silenciados

*Mediados de diciembre de 1944*

Su lasciva mirada se pegaba a mi piel cada vez que me acercaba al joven Gotthard. Y ya de vuelta a la cocina, metía mis manos en agua fría, me las llevaba a la cara y la frotaba con rabia para hacer desaparecer aquella sensación pegajosa que irradiaban sus ojos. Entonces, Heike me preguntaba si estaba lista para volver a entrar al comedor y yo veía en la mirada de Erna desconcierto ante mi respuesta. «Tienes que contárselo a mi madre», me repetía. No me podía arriesgar a perder lo que había conseguido. Si Heike se veía en la obligación de elegir entre su bienestar y el mío, estaba claro que yo no valía tanto sacrificio.

Después de servir las cenas a nuestras carceleras, debíamos poner copas y cafés en bandejas y ofrecérselos a los agentes de las SS, a los médicos y enfermeras que experimentaban con la mayoría de nosotras. Cada vez que uno de ellos me rozaba, mi cuerpo se tensaba y me temblaban hasta las uñas del pie. El primero que recibía nuestra atención era Fritz Suhren, el comandante jefe, del que se decía que se había enamorado de una presa llamada Odette, una espía británica que llegó al campo en julio del cuarenta y cuatro. En el barracón se comentaba que, la primera vez que la vio, Suhren dio la orden de que la apartasen del resto. La preciosa Odette enseguida ocupó su cama y su corazón. Yo nunca la vi, pero Erna me contó que la habían visto en el interior de su vivienda paseándose medio desnuda por el salón. A Heike no le gustaba que Erna y yo hablásemos de ella mientras trabajábamos. Decía que solo nombrarla podía traernos muchos problemas, que había visto con sus propios ojos cómo el propio comandante había atizado con el látigo a una *Kapo* que se había atrevido a insinuar que la tal Odette era una privilegiada. Suhren le arrancó la piel de la cara con su látigo y después se la echó a sus perros. Aquella desvergonzada acabó sus días en la enfermería y en las manos de Herta Oberhäuser, la sanguinaria dermatóloga que experimentaba con las presas. Se valía de madera, clavos oxidados, astillas de cristal, suciedad y serrín para provocarles cortes en la piel con el fin de infectárselos después. Estaba obsesionada con simular las heridas de los soldados alemanes que combatían en el frente. Yo tuve suerte. Nunca se

fijó en mí y mi habilidad con la aguja me apartó de sus garras. Pero en el barracón había muchas mujeres cuyas heridas nunca sanaban y acaban muriéndose. «Mejor en el hoyo que seguir sufriendo», me decía Olga.

La primera noche que me convertí en camarera, había ayudado a Heike a preparar su delicioso dulce de chocolate. No formaba parte de mis funciones servir en el salón, todas mis tareas las debía realizar en la cocina, bajo las órdenes de Heike, pero el doctor Gebhardt, el jefe médico y la crueldad personificada del campo, quiso contentar a uno de sus mejores discípulos en reinjertos de brazos o piernas entre prisioneros, el joven de mirada azulada y lujuriosa que se había fijado en mí en varias ocasiones. Aunque Ravensbrück era un campo destinado especialmente a mujeres y jóvenes, estaba dividido en diferentes subcampos de trabajo y había, también, un número importante de hombres. Nunca los vimos, solo cuando acabó la guerra y anduvimos durante días y noches sin rumbo fijo.

Aquella noche, el joven Gotthard convenció a su mentor para que yo les sirviera el postre. Cuando Heike recibió la orden, se metió en la cocina con la cara descompuesta, sabía perfectamente qué significaba aquel capricho. Desde que trabajaba en las cocinas, había recuperado algo de peso, y las duchas y el jabón habían conseguido que mi piel luciese limpia y suave como antes de la guerra. No estaba bella, pero lo parecía. Heike me miró y no pudo decirme nada. Me acarició las mejillas y me dijo al oído:

—Sé que no tienes quince años, aunque tu cuerpo diga lo contrario. Pase lo que pase esta noche, quiero que sepas que puedes confiar en mí y desahogarte si lo necesitas. ¿Entiendes?

Asentí sin comprender el alcance de aquellas palabras. Miré a Erna y vi un brillo de tristeza en sus ojos.

—No quiero ir —les dije.

—No puedes negarte —me contestó Heike implacable.

La voz del joven Gotthard hizo que la madre de Erna me abrazase de nuevo y me acompañase hasta la puerta del salón. Me entregó la bandeja con los cafés y se dio la vuelta. La oí llorar. El corazón se me aceleró cuando vi que en el salón no había nadie más, solo el joven nazi y yo. Encogí los hombros y me quedé paralizada.

—No muerdo —me dijo acercándose peligrosamente a mí.

Me quitó la bandeja y la dejó en la mesa, derramando los cafés. Me ordenó que me diese la vuelta. Noté cómo sus manos apretaban mis pechos y cómo descendían hasta mis bragas; me levantó el vestido, oí que se bajaba el

pantalón. Se pegó con rabia a mí. Sentí un desgarró en mi interior y, al instante, me desmayé. No sé el tiempo que estuve inconsciente, me despertaron las caricias de las manos de Heike y de Erna. Me ayudaron a incorporarme y me agarraron de la cintura. Me habían encontrado medio desnuda, tirada en el suelo, con el cuerpo magullado, como un perro apaleado.

Heike preparó un baño en su habitación y me obligó a meterme en su bañera. Acto seguido me preparó una infusión con unas hierbas fuertes y repugnantes que me obligó a tomar. Erna no podía contener el llanto. Yo quería dormir y no despertar. «Estoy aquí contigo», me decía Heike. Y en un instante vi a mi madre, Mercedes, regalándome caricias mientras me frotaba la piel con una esponja y abundante jabón. Y al verla frente a mí, le supliqué que no me abandonase.

—Jamás lo haré. Te lo prometo —respondió Heike.

Y sentí el calor de sus brazos. Los de ella. Los de mi madre.



## Capítulo 13

### *Cuatro días antes de la entrada al túnel*

*Gandía, 13 de septiembre de 2015*

Mientras su abuela se dirigía a la residencia en ambulancia, Alexandra decidió buscar a Leo. Recordaba el hotel donde se encontraba alojado. Subió a su coche y como no arrancaba —no era la primera vez que aquel trasto de segunda mano la dejaba tirada—, decidió abandonarlo allí mismo. Llamó a un taxi en la misma puerta del hospital. Cuando se detuvo el primero, entró rápidamente y le indicó la dirección al taxista:

—Hotel Los Robles, por favor.

El hotel se hallaba situado a cien metros de la playa de Gandía, una de las más largas y emblemáticas del litoral mediterráneo, y a bastante distancia del hospital donde se encontraba. Mientras el taxista tomaba la avenida de Alicante para dirigirse a su destino, Alexandra observaba el paisaje con las palabras de su abuela zumbándole en el oído: «Necesitamos aliados, no enemigos». Y a pesar de que sabía que ella tenía razón, no podía controlar el dolor que sentía en el pecho. Respiró hondo varias veces. Su corazón parecía un caballo desbocado. En una rotonda el taxista tomó la segunda salida en dirección a la carretera Almansa-Grau para entrar de lleno en la avenida Grau. Aquella frase de su abuela seguía martirizando a Alexandra: «... aliados, no enemigos». Llegaron a otra rotonda y el hombre tomó la primera salida en dirección a la calle de la Goleta. «No le montes un espectáculo», le había aconsejado. Las manos empezaron a sudarle y notaba cómo su corazón latía a mil por hora. Se toparon con otra rotonda y el taxista se dirigió a la calle Sínia hasta el final. Luego, en una nueva rotonda, tomó la segunda salida para entrar en la calle de los Degans. Alexandra miró la hora. El trayecto le parecía interminable y los nervios la estaban devorando por dentro. Respiró hondo otra vez y soltó el aire de golpe para calmarse. El mar se divisaba a lo lejos.

—¿Falta mucho? —preguntó inquieta.

—Unos cinco minutos.

En un tramo de la calle La Costera, el taxista giró a la izquierda hacia la calle Rioja. Siguió recto y otra vez se desvió a la izquierda en la primera bocacalle para entrar a la calle Castelló-Grau y, desde allí, continuar hasta la calle Formentera, donde se encontraba el hotel... Y el embustero.

—Llegamos —le informó el taxista.

Alexandra suspiró. Posó sus pies en la acera y despidió secamente al taxista después de entregarle la cuantiosa cantidad que este le había pedido. Se olvidó del saqueo de aquel hombre cuando vio entrar a Leo en el hotel. Salió tras él sin detenerse a pensar en cómo iniciaría la esperada conversación.

—¡Leo! —gritó.

El joven se giró y su cara denotaba asombro al verla, precisamente a ella, en la puerta de su hotel, agitada como si hubiese estado esperándolo durante largo tiempo. Los ojos de Alexandra lucían un brillo diferente. Leo leyó en ellos rabia contenida, mucha rabia.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó cuando la tuvo tan cerca que apenas podía contener la respiración.

—¿No te alegras de verme? —espetó la joven.

—Claro que sí.

En el fondo no sabía si era alegría lo que sentía o temor ante aquella mirada de mujer herida. Y le vino a su memoria la imagen de Carmen. No estaba preparado para afrontar una escena de celos.

—Lo siento —se disculpó—. No pretendía herirte.

—No lo esperaba de ti.

—No puedo cambiar las cosas.

—¿Tanto te costaba ser sincero?

—A veces nos dejamos llevar por los impulsos.

—Eres más hipócrita de lo que pensaba.

Leo guardó silencio. Esperó a que ella escupiese el odio que sentía hacia él en ese momento. Tal vez, entonces, agotada por el esfuerzo y desesperada por su silencio, tuviera alguna posibilidad de ser escuchado.

—¿Por qué fingiste no conocerme en la playa? ¿Qué clase de persona provoca un accidente estúpido a otra para manipularla a su antojo?

Leo respiró hondo en señal de alivio al oír los reproches de Alexandra. Por un instante creyó que la joven había descubierto su escaqueo con la doctora Quesada. No pudo evitar que una leve sonrisa recorriese sus labios, hasta el punto de enojar a la joven.

—No le veo la gracia —le dijo ella.

—Es verdad, no la tiene —convino él—. Lo siento —se disculpó—. Lamento no haber sido sincero desde el primer día, pero no debía decirte nada.

—¿Por qué?

Leo supo, entonces, que había llegado el momento de sincerarse.

—Llevo varios meses en Gandía y no vine a pasar vacaciones. Unos días antes de aterrizar en esta ciudad, mi abuelo me llamó para pedirme que lo ayudase a investigar la muerte de su amigo Santiago, que había fallecido en circunstancias sospechosas en la clínica geriátrica.

—¿Y por qué acudió a ti y no a la policía?

—Porque la policía no había descubierto nada, había llegado a un punto muerto. Mi abuelo necesitaba un detective, no un policía. Él decidió ingresar para investigar desde dentro y yo me comprometí a ayudarlo desde la retaguardia. No podía dejarlo solo. Ni tampoco pregonarlo. Solo lo sabe el comisario Galván, que lleva la investigación del caso. Por eso me callé hasta tener la certeza de que podía confiar en ti.

Alexandra enmudeció. Sintió un sudor frío y seco en la frente. Ella había actuado exactamente igual con su abuela. Las manos le temblaban y se las apretó para fingir serenidad. Pero los nervios y el miedo se estaban apoderando de su cuerpo. Y en un intento de controlarlos, le preguntó finalmente:

—¿De qué murió el amigo de tu abuelo?

—Según el informe del forense, la causa del fallecimiento fue un paro cardíaco provocado por una ingesta excesiva de alcohol. Pero mi abuelo duda de ese informe y sostiene que ha sido manipulado. Santiago era un hombre que hacía deporte a diario, corría todos los días y llevaba una vida sana en todos los aspectos. Era la envidia de la residencia. Y una mañana, de repente, aparece muerto en su habitación con una botella vacía de vodka en la mano. Interrogaron a todo el personal, incluso a los ancianos, pero no encontraron ningún indicio de que hubiera sido una acción intencionada.

—Entiendo. ¿Y la autopsia?

—No hallaron ninguna sustancia química que provocase la muerte, solamente el alcohol que había ingerido. El cuerpo no presentaba golpes ni magulladuras de ningún tipo. El informe concluía que la causa de la muerte había sido voluntaria; en este caso debida a una monumental borrachera.

—¿Se suicidó?

—Mi abuelo no se lo traga. Sostiene que un hombre con ganas de vivir nunca acabaría con su vida sin motivo aparente y de manera tan estúpida. Además, Santiago era abstemio.

—Las personas cambian, y con los años y las preocupaciones... Todos somos débiles y vulnerables.

—Él no se emborrachó. Mi abuelo está convencido. Y tiene muy buen olfato.

—Como mi abuela —murmuró.

El detective sonrió.

Alexandra no sabía cómo abordar el tema. Se frotó las manos y desvió la mirada hacia las palmeras que custodiaban la puerta principal del hotel. Leo no dejaba de observarla, impertérrito, con la certeza de que él formaba parte de aquellos pensamientos.

—Suéltalo de una vez —le dijo

La joven le clavó una mirada crispada.

—¿Por qué te has burlado de mí? ¿Por qué yo?

—En primer lugar, no me he burlado; y sí, es verdad, te elegí. Lo hice porque supe, desde el primer día que te vi entrar en la clínica acompañando a tu abuela, que me serías muy útil en esta investigación.

—¿Y cómo estabas tan seguro si no me conocías?

—Mientras os dirigíais al despacho de la directora, te oí cómo le contabas que ya habías terminado el reportaje sobre los últimos asesinos en serie y que tu jefe se había quedado muy satisfecho con tu trabajo. — Alexandra recordó que se había sentido observada aquel día.

—Ya. Una periodista era lo que necesitabas.

—Pero no una cualquiera. Por eso quise saber quién eras y pedí ayuda al comisario.

—¿Me investigaste?

—Lo hicimos porque era necesario. Lo siento. —Intentó acariciarle la mejilla. Ella le giró la cara—. Como la información tardaba en llegar y yo no podía esperar más...

—Decidiste atropellarme en la playa para agilizar el proceso —ironizó.

El silencio se adueñó de ambos. Leo no desvió su mirada, la mantuvo firme, serena. A Alexandra se la habían agolpado las lágrimas en los ojos. Intentó contenerlas. No quería mostrar debilidad. No se lo merecía. Segundos después, armándose del escaso valor que le quedaba, le lanzó la pregunta que había herido mortalmente su orgullo.

—¿Y también fingiste todo lo que pasó entre nosotros?

Leo se acercó tanto a ella que podía sentir su respiración y su corazón agitado debatiéndose entre el amor y el desamor.

—Todas las caricias y los besos que te regalé fueron sinceros. Como lo son mis palabras ahora.

Alexandra agachó la cabeza y Leo le tocó el mentón con el índice para evitar que apartase la mirada.

—Me gustas mucho —le confesó—, pero te mentiría si te dijera que solo quiero disfrutar de tu compañía. Necesito tu ayuda y la de tu abuela.

—¡Claro, cómo no! Se te había olvidado mencionarla a ella, una de las mejores psiquiatras en descifrar mentes criminales. ¡Cómo no había caído antes! La necesitas a ella, no a mí —le recriminó mostrando sus celos.

—Os necesito a las dos por igual. Y sí, te confieso que me siento realmente tranquilo de que ella esté dentro. No siempre podemos contar con profesionales tan eficientes como tu abuela. Deberías sentirte orgullosa de ella, en lugar de celosa.

Aquella frase había sido un golpe bajo. «¿Celosa de mi abuela? ¡Por Dios! ¿Cómo se le ocurre pensar eso de mí», se decía mordiéndose los labios. Le dio la espalda y se alejó. No se atrevía a mirarlo a la cara. Se moría de la vergüenza. Había dejado al descubierto sus sentimientos. Leo reaccionó a tiempo.

—¿A dónde vas?

—A donde nadie me encuentre —le respondió Alexandra con un hilo de voz para no ser escuchada.

—¿Y piensas abandonar a tu abuela? ¿Dejarla sola ante el peligro?

La joven, totalmente encolerizada, se detuvo en seco, se giró y se quedó mirándolo fijamente. Pocos segundos después reanudó la marcha hacia él, decidida a plantarle cara. Se aproximó tanto al rostro de Leo que este se tragó su aliento.

—Pero, ¿qué te has creído, imbécil? ¿Cómo te atreves a decir que voy a abandonarla a su suerte? —espetó indignada.

—Pues eso es lo que parece.

Alexandra, enfurecida, levantó la mano con el fin de abofetearlo, pero Leo, en un acto reflejo, retrocedió y se la sujetó con fuerza.

—¿De verdad crees que tu abuela podrá salir de allí cuando se le antoje? Está atrapada, como mi abuelo —le confesó.

—¡Suéltame!

Leo liberó su mano. Alexandra se la frotó para esconder el miedo que la invadía. Era plenamente consciente del peligro. Y, lo peor, de que su abuela estaba dispuesta a correr cualquier riesgo con tal de llegar hasta el final. No se trataba de un farol. Se lo había dejado claro en el hospital, a pesar de saber lo frágil que era en algunas situaciones, las que afectaban de lleno a los seres cercanos.

—¿Qué es lo que me quieres decir? —preguntó la joven con tono marcado de preocupación.

—Que según los datos que hemos recopilado, los ancianos abandonan el centro dentro de una caja o embarcándose en un viaje a un lugar del planeta. —Su voz grave se confundía con el rumor de los motores de los coches que circulaban en doble sentido—. Desaparecen repentinamente y nadie sabe si están vivos o muertos. Y los que fallecen en el centro se llevan con ellos las huellas, las autopsias y, por tanto, las pistas. Y me parece que no eres consciente de ello.

—Más de lo que tú te crees. Te habría ayudado sin pensarlo ni un segundo si me lo hubieses planteado el primer día. No había necesidad de fabricar una madeja de mentiras —le reprochó.

—Lo siento. Ha sido un error —se disculpó.

—Un comportamiento infantil —enfaticó la última palabra.

Leo enarcó ligeramente las cejas y de sus labios brotó una leve sonrisa.

—Tan grande como una catedral —hiperbolicizó. Y con aquella mirada de corderito suplicando el perdón ella reaccionó divertida:

—Eres un payaso.

Entonces, el detective se puso serio, zanjando así aquella discusión que no le apetecía alargar por más tiempo. Alexandra, atónita, apenas podía reaccionar a toda la información que le soltó como una ametralladora:

—Ya van ocho, cuatro por causas naturales, tres de infarto y uno de coma etílico. Todos consienten en ser incinerados y que sus cenizas sean esparcidas en cualquier lugar. Nuestros abuelos entraron por voluntad propia, pero se han metido en la boca del lobo. Lo peor es que no saldrán de allí hasta que descubran la verdad. Ya los conoces: tercos como una mula. Si los responsables de estas muertes y desapariciones los pillan husmeando, acabarán con ellos. Así que no nos queda otra que descubrir lo antes posible lo que está sucediendo en ese centro para ponerlos a salvo. Y será más fácil si trabajamos juntos. ¿Lo entiendes ahora?

Alexandra contuvo las lágrimas. No quería mostrar debilidad ante Leo.

Las absorbió y respiró hondo para controlar el miedo que sentía al pensar que podía perder a su abuela.

—Le han detectado una angina de pecho —le dijo la joven.

Ambos se quedaron callados durante varios segundos. Leo, por prudencia. Alexandra, por temor.

—Últimamente no está demasiado bien de salud —le confesó con el semblante serio—. Antes de venir a España, un médico amigo suyo le aconsejó que se hiciese algunas pruebas para descartar algún problema cardíaco, pero no lo hizo y ahora... —Leo le acarició las manos.

La invitó a cenar a un restaurante próximo al hotel. Anduvieron cien metros hasta llegar a una puerta de marcos gruesos y macizos, flanqueada por dos diminutas y falsas columnas dóricas. El detective abrió la puerta y le cedió el paso a la joven periodista. Una camarera de cintura de avispa los acompañó a una de las mesas de la terraza del interior, la que rodeaba el jardín con macetas de plantas exóticas.

—No te preocupes por ella —intentó consolarla mientras otro camarero les servía el vino que había pedido—. No le pasará nada —le aseguró—. Hablaré con mi abuelo para que esté pendiente de ella en todo momento.

—No sé cómo va a reaccionar mi abuela cuando lo vea. A ella tampoco le van los mentirosos. Es experta en leer las miradas —soltó finalmente.

El silencio se apoderó de ambos durante unos segundos.

—Mi abuelo siente algo por tu abuela y le contó la verdad hace días. El viejo los tiene bien puestos. —Sonrió.

—Sí, es verdad. Lo había olvidado. Me lo ha contado esta mañana. Tu abuelo ha demostrado ser un caballero y un verdadero amigo.

—¿Amigo? No sabe fingir los sentimientos. Cuando habla de ella, le brillan demasiado los ojos.

Alexandra sintió una punzada en el corazón.

—Déjalos que se quieran.

—Son demasiado mayores.

—Para el amor no hay edad —replicó Alexandra.

El ruido de unos moteros, que acababan de parar junto a la puerta del restaurante, cortó aquel silencio que había provocado la reacción de ella.

—Volvamos a la investigación —sugirió la periodista.

—Por el momento, sabemos que la doctora Quesada es una impostora y que, por tanto, tenemos que desenmascararla para obligarla a colaborar —resumió Leo.

—¿Tenemos? ¿No vas a quedar con ella otra vez?

Leo vio en la mirada y en el tono de Alexandra cierto sarcasmo que le inquietó.

—No necesito verla para conseguirlo —le aclaró.

—Mi abuela está convencida de que es una furcia cara —le soltó después de darle un sorbo al tinto que estaban tomando—. Y también que la están utilizando como cabeza de turco. Y tú, que la conoces mejor —dejó la copa en la mesa y le clavó una mirada afilada—, ¿qué piensas?

—Que es una pobre desgraciada, muy bella, a la que le van los cuartos —le contestó acercándose a su boca—. ¿Alguna pregunta más? Por ejemplo, si me acosté con ella —Le devolvió la mirada.

—¿Y lo hiciste? —le preguntó aproximándose también a él.

Leo no dudó ni un solo instante.

—Sí —respondió secamente sin dejar de mirarla. Alexandra tragó saliva—. ¿Querías sinceridad? Pues ahí la tienes.

—Gracias. Ahora ya sé que eres un cabrón. —Se alejó y posó la espalda en el respaldo de la silla—. No te preocupes, que no pienso montar una escenita de celos. —Le dio otro sorbo al vino—. Como dice mi abuela, puedes acostarte con quien te dé la gana. La libertad es algo maravilloso y a mí también me gusta sentirme libre.

Leo encajó aquellas palabras con serenidad. Estaba convencido de que el corazón de aquella joven de labios sensuales y mirada ingenua latía acelerado y que fingía como una golondrina herida y despechada. Un juego al que estaba acostumbrado y lo excitaba sobremanera.

—En el hospital, la impostora fue realmente amable con nosotras — prosiguió Alexandra—. Se ocupó de todo el papeleo, pero, claro, supongo que forma parte del papel que le ha tocado jugar.

—No hay que perderla de vista.

—Por supuesto. —Le volvió a clavar la mirada.

—Tampoco al personal que trabaja con ella —le recordó Leo—. ¿Os acompañó al hospital alguien más de la residencia?

Alexandra se quedó en silencio unos segundos. Los que necesitó para rescatar de su memoria ese recuerdo. La mirada imperturbable de él se le quedó grabada.

—¡Salvador! —exclamó algo más serena—. Él estuvo con nosotras, pero no en la habitación; se quedó sentado en la sala de espera que había enfrente.

El celador se acomodó en una de las sillas de la sala de espera y

permaneció allí. Ni siquiera se levantó para ir al baño. Las observó todo el tiempo, sin pestañear siquiera, haciendo crujir los dedos de sus manos en un acto reflejo involuntario que exacerbó a más de uno en aquella sala.

—Un sujeto con un pasado de antecedentes penales por extorsión —le contó Leo.

—Creo que ha llegado la hora de que compartas más información conmigo. ¿No te parece? —lo animó a cambiar de estrategia.

Leo la miró fijamente. Sus grandes ojos, adornados por aquellas largas pestañas, le parecían bellísimos e irresistibles. Pero se contendría. Ninguna mujer, y menos tan joven como ella, le había ganado una partida en el juego de la seducción. Y mientras el camarero les servía los platos que habían pedido, Leo la puso al corriente sobre Salvador:

—Antes de cumplir su condena, se acogió al programa de reinserción social y empezó a colaborar en el geriátrico que acababa de inaugurarse, pero en actividades lúdicas y solo tres horas al día. Cuando cumplió la condena, el doctor Espinosa convenció a la directora para que lo contratase como celador antes de la apertura de la clínica. Ella se opuso porque no le gustaban sus modales. Sin embargo, a los pocos meses acabó aceptándolo. Ahora ya sabemos por qué lo hizo.

—Porque no era la misma persona.

Alexandra pinchó un tomate cereza, se lo llevó a la boca y lo masticó despacio. Se lo tragó, le dio un sorbo a su copa de vino, se limpió la comisura de los labios con la servilleta y miró fijamente a Leo, que no había apartado sus ojos de ella.

—Y ya que estamos compartiendo información y siendo sinceros, ¿qué opinas de la impostora? —le lanzó de repente—. Supongo que, además de revolcarte con ella, habrás aprovechado el tiempo y la habrás investigado —disparó aquellas palabras como dardos, para escupir el veneno que le abrasaba la garganta y no le dejaba ingerir aquella deliciosa ensalada.

El detective, sin dejar de contemplar aquellos enormes ojos, puso encima de la mesa una carpeta. Acto seguido, cumplió con su petición.

—Se deshicieron de la verdadera doctora porque le ponía trabas a todo. Así que buscaron una sustituta, parecida a ella y con el suficiente desparpajo. La prepararon a conciencia y justificaron su ausencia en congresos con la excusa de una operación de urgencia que la mantendría alejada de la profesión durante bastante tiempo. Y lo consiguieron, porque al principio no dieron ningún tipo de explicación. Cuando reapareció por primera vez

después de aquella baja lo hizo en una rueda de prensa, dejando boquiabiertos a los periodistas y colegas por el espectacular cambio en su cuerpo y su elegancia en el vestir.

»Ella respondió a cada pregunta de los medios de comunicación siguiendo las indicaciones que le había marcado Espinosa. Él ya se había ocupado de negociar antes las preguntas con los periodistas. —Pinchó con el tenedor unos trozos de verduras y se los metió en la boca—. Es una mujer inteligente —añadió con los carrillos llenos de comida—, con una memoria impresionante —apostilló después de tragar—. Como puedes ver —le dio un sorbo al vino—, no se buscaron a cualquier furcia —dejó la copa en la mesa—. Aquí tienes todos los documentos que avalan lo que acabo de contarte —concluyó con cierto tono sarcástico.

Leo le entregó una carpeta repleta de mensajes de correos personales entre la impostora y el doctor Espinosa. En ellos se mencionaba el trabajo que debía realizar, el dinero que cobraría por sus servicios, unos seis mil euros mensuales, y el compromiso de mantenerlo informado de todos sus movimientos relacionados con el cargo que iba a representar. También había facturas de varias operaciones de cirugía plástica en la cara, así como los discursos que debía estudiarse la suplantadora para salir airoso de las entrevistas con los medios de comunicación.

—Como puedes comprobar —extendió algunos papeles en la mesa—, todo está detallado.

—¿Y cómo has conseguido toda esta información?

—Pirateando su ordenador.

—¿Tú?

—Tengo contactos.

—Ya.

—¿Sorprendida?

—En absoluto.

La noche que Leo estuvo con Carmen, este había podido acceder a los archivos de su ordenador y copiarlos. Solo tuvo que fingir un fuerte dolor de cabeza para que aquella mujer abandonase el despacho en busca de un analgésico; acción que la llevó a descender a la planta baja, donde se encontraba la enfermería. Entonces, el detective aprovechó para registrar los cajones de su mesa, echó un vistazo a sus archivos, a los documentos que tenía encima y fotografió con el móvil todo lo que le pareció interesante. Sin embargo, se quedó perplejo de la escasa información relacionada con el

centro que había guardada en su ordenador y lo fácil que le había resultado descifrar la contraseña de acceso. No obstante, en algunas carpetas del escritorio del ordenador halló algunos datos personales de Carmen, que copió en su memoria USB. Una vez en casa, echó un vistazo a todos los documentos.

No halló nada sospechoso, pero sí sorprendente. En el último año, precisamente cuando empezaron las desapariciones en la residencia, la doctora Quesada se había gastado diez mil euros en máscaras, cadenas, esposas y ataduras para muñecas. Juguetes sexuales para practicar el sadomasoquismo acompañados de quince botellas de ginebra, diez de *whisky* y ocho de vodka. «Demasiada perdición para la responsable de un geriátrico», pensó. Aun así, la veía incapaz de ensuciarse las manos de sangre. No tanto de aprovecharse de aquellos pobres ancianos y saquear sus cuentas corrientes. Por eso, siguiendo las indicaciones de un amigo pirata informático, accedió al correo personal de Carmen. No era lícito, sino el acto de todo un canalla, pero estaba dispuesto a cruzar cualquier límite con tal de descubrir a los responsables de todas aquellas muertes y desapariciones. Y descubrió también que mantenía contacto habitual con un hombre mucho mayor que ella, de excelente reputación social, pero cuyas iniciales, «G.E.», no le decían nada, hasta que en un correo ella mencionó a Gregorio. Entonces pensó en el doctor Espinosa, el nuevo presidente de la Fundación Beltrán.

—Y supongo que también habrás averiguado quién es realmente ella.

—Gabriela Bălan, una joven rumana de veintiocho años que se dedica a la prostitución de alto *standing*.

«Has acertado, abuelita», pensó Alexandra dejando escapar una sonrisa.

—Aquí tienes unas fotos de ella antes de entrar en el quirófano. Se las mandó a una amiga desde su móvil una hora antes de que le abriesen la cara en canal. —Se quedaron callados durante unos segundos. Leo apartó la mirada de los ojos de Alexandra—. No podía decírtelo antes. Debía contrastar la información.

—Por supuesto —asintió ella callando las palabras de reproche que, en otras circunstancias, habrían salido disparadas de su boca.

Leo achinó ligeramente los ojos y le regaló una irónica sonrisa; después se metió un trozo de bistec en la boca, lo masticó con calma, lo tragó, le dio un sorbo al vino y, con una mirada que taladró los pensamientos de la joven, dijo:

—Una mujer calculadora suele controlar su lengua. La que está

suplantando a la doctora Quesada no solo es preciosa, sino que sabe cómo actuar y qué decir en todo momento. Pero, también, los mejores impostores cometen errores inconscientemente.

A la joven periodista se le aceleró el corazón. Lo intentó disimular hincando con el tenedor un trozo de endibia con nueces y queso, pero sus dedos, que se deslizaban torpes en el plato, se conformaron con la hoja que se metió en la boca con pudor y cierta resignación.

—¿A qué te refieres? —le preguntó una vez recompuesta, después de masticar el pequeño trozo que había podido atrapar.

—Cuando hablé con ella en la conferencia, en varias ocasiones mencionó al doctor Ballesta, un joven médico psiquiatra que trabaja en la clínica desde el fallecimiento del doctor Beltrán.

—Sí. Lo vi una vez hablando con Salvador en la sala de visitas. Supongo que debe de ser hijo de la doctora Ballesta, la amiga de la viuda de Beltrán, que también es doctora. No recuerdo de qué especialidad, pero eso es fácil averiguarlo. Perdona, te he interrumpido —se disculpó—. Continúa.

—En su despacho, y con varias copas de más, me confesó que le irritaba aceptar órdenes de un joven cuando ella era la directora legal. Estaba tan harta de su trabajo, de que la tomasen por el pito del sereno, que me contó, totalmente ebria, que cualquier día de estos se iba a plantar y les iba a dar una lección a todos.

—Es evidente que está a punto de estallar. Deberías llamarla y quedar para animarla, tomar una copa o lo que se tercié —le propuso Alexandra después de tragar unos trozos de manzana con nueces para intentar digerir la rabia que sentía.

—Será un placer. —Se metió en la boca otro trozo de bistec.

—Lo sé —le dijo regalándole una controlada sonrisa—. Y como vas a estar demasiado centrado en la impostora, lo más sensato, y lo digo para repartir el trabajo de manera equitativa, es que yo me encargue del doctorcito —le sugirió Alexandra con cierto tono jocoso e inflado de venganza.

—Hay ciertos juegos que son peligrosos —le advirtió Leo.

—A veces es necesario arriesgarse para ganar —sentenció ella.

—Y es de tontos hacerlo si el premio no lo merece —se rebotó él.

—Volvamos a la suplantadora —sugirió Alexandra—. Sinceramente, no me parece una asesina. Aunque sea una impostora, no la veo encabezando una organización criminal.

—Yo tampoco —convino Leo—. Pero sí de dejarse manipular para

satisfacer los deseos de un hombre.

—¿Por qué estás tan seguro? —le preguntó Alexandra.

—Porque carece del carácter suficiente para dominar y, además, tiene demasiados escrúpulos en su interior para convertirse en una criminal en potencia. No encaja en el perfil. No sería capaz ni de matar una mosca, pero sí de embaucar para contentar a un amante. Nos enfrentamos a una organización —le confesó Leo.

Alexandra también lo creía. Le parecía impensable que una mujer tan pusilánime como aquella, que solo se preocupaba de su imagen y de llevar pintadas las uñas de las manos y de lucir prendas de «*haute couture*» —hasta ella se había fijado—, fuese capaz de dirigir un plan maquiavélico tan complejo. Desconcertada por tanta información recibida en tan poco tiempo, escuchaba a Leo con la sensación de que en toda aquella trama delictiva algo no encajaba.

—Creo que en todo esto hay un hombre clave: el doctor Gregorio Espinosa, el mismo que convenció a mi abuela para que ingresara en la clínica.

—¿Qué? —reaccionó sorprendido.

—Cuando se lo dije a mi padre y le nombré al doctor Espinosa se puso como una furia. Además, mi abuela está empezando a sospechar que detrás de todo esto se esconde un proyecto científico llamado Ares.

Leo se quedó meditabundo, analizando toda aquella valiosa información.

—La necesita para ese proyecto.

—*Quel enculé!* (¡Qué cabrón!) —exclamó enojada Alexandra—. Por eso hizo lo posible para convencerla de que ingresara allí.

—Eso significa que el proyecto se está llevando a cabo desde la clínica. Ha llegado el momento de actuar. Mañana pondré al corriente al comisario Galván sobre todo lo que sabemos. Si en toda esta trama hay un proyecto científico, necesitan un lugar para desarrollarlo a escondidas. Se tomaron demasiadas molestias en destruir una casa modernista para construir encima una clínica geriátrica. Hay que acceder a esos planos.

—Entonces, mientras consigues las autorizaciones correspondientes para ver los planos de la clínica y de la antigua casa modernista donde se edificó, yo te esperaré en las oficinas del registro.

Alexandra no se quedaría de brazos cruzados aquella noche. Tenía en la cabeza un objetivo claro: el proyecto Ares y su hermano Eric. Una noche intensa.



# EL TÚNEL

*Ocho horas y cuarenta y cinco minutos en el interior*

Aturdida y maniatada. Así me desperté. «Eulalia, Eulalia». Oía lejana la voz de Fernando. Intenté abrir los ojos, pero el dolor me lo impedía. Me di cuenta, entonces, de que Gregorio me había golpeado y que había estado inconsciente. El tiempo se me había escapado, como muchas otras veces. Conseguí abrir los ojos e intenté incorporarme. Al principio me costaba ver con claridad, pero poco a poco fui recuperando visión y fuerzas. Los párpados me pesaban. Me los imaginé hinchados y de color morado. «Tenemos que salir de aquí», me decía Fernando. No me fijé hasta que se acercó a mí para desatarme las manos. Entonces vi la herida. La sangre le recorría todo el costado y estaba empapándole la camisa.

—Pero ¿qué te han hecho?

—No importa ahora.

—Sí. Sí que importa.

—Me desperté aturdido y encontré a Sebastián cerca de ti, acariciándote el cabello. No pude soportarlo y me lancé a él.

—¡Dios santo!

—No me di cuenta de que llevaba unas tijeras en las manos. Me las clavó en el costado, se me doblaron las piernas y...

—No hables más.

—Cuando abrí los ojos, ya no estaba. Es un cobarde.

Yo no podía dejar de mirar su herida. Él se olvidó de ella y se centró en las cuerdas que presionaban mis muñecas. Cada esfuerzo que realizaba lo acompañaba de un quejido por el dolor que sentía en el costado. Le aconsejé que utilizase un bisturí y una tijera recta para cortarlas. No lo dudó ni un instante. Se hizo con ellas y consiguió liberarme de aquellas ataduras que me transportaban a amargos recuerdos que me hubiera gustado enterrar para siempre en la memoria. Al sentirme liberada me puse las manos en la cara y me toqué los pómulos, me dolían a rabiar. Pero enseguida me olvidé de ellos. Me acerqué a Fernando, le desabroché la camisa y se la quité. Llené un recipiente con agua y me hice con desinfectante, gasas, hilo, aguja y anestesia

local. Mientras le curaba la herida, afortunadamente poco profunda, Fernando no cesaba de contemplarme. La intensidad de su mirada me llegó al corazón y sentí que él se perdía en la profundidad de mis ojos. Intenté que mis dedos no temblasen, pero mis mejillas se ruborizaron y él no pudo evitar acariciármelas. De pronto, oímos un ruido que procedía de una de las galerías del túnel.

—Ya no podemos escapar. No hay tiempo. Estás herido y no llegaríamos muy lejos —le dije mientras terminaba de vendarle.

La herida había dejado de sangrar y el antibiótico que se había tomado ayudaría a evitar una infección. Fernando se abrochó la camisa y se quedó pensativo.

—Es mejor que te ate otra vez —propuso—, pero no muy fuerte. Así podrás liberarte tú sola cuando lo consideres. Yo me haré el dormido mientras pienso en cómo saldremos de aquí. Algo se me ocurrirá.

Aquel era un plan suicida. Solamente un hombre carente de afecto hacia los demás podría resistir. Fernando no. Él intentaría ayudarme si sentía que mi vida corría algún peligro. No podría fingir estar dormido durante mucho tiempo. No permitiría que ninguno de ellos me pusiera las manos encima. Además, yo conocía a Gregorio y había sido testigo de su mal genio en más de una ocasión. Le cambiaba el brillo de los ojos y lanzaba miradas irascibles por doquier. Siempre creí que debía ponerse en manos de otro colega y hacerse pruebas que descartasen un problema de bipolaridad u otra enfermedad mental de mayor preocupación. Ya en la universidad tuvo algunas crisis que nos alertaron. Patrick se fue distanciando de él y yo no podía dejarlo solo, habíamos compartido muchas cosas juntos. Era mi amigo y por eso seguí a su lado durante un tiempo. Pero mi compromiso con Patrick me fue alejando de él y ahora sé que le rompí el corazón. Acabamos viéndonos muy de vez en cuando, solo en bodas y en bautizos. Y en todos aquellos encuentros parecía distinto al joven que conocimos, más comedido y tranquilo; un hombre nuevo capaz de controlar sus emociones. Y también me lo pareció cuando se puso en contacto conmigo y me contó que se había trasladado a Gandía. Y yo, ingenua, le confesé que me habían diagnosticado alzhéimer. No tardó en proponerme una aventura profesional: investigar la enfermedad *in situ*. Aunque al principio no me pareció una idea descabellada, rechacé su ofrecimiento. Pero él ya lo tenía todo planeado. Yo era la persona ideal: médico y paciente al mismo tiempo. Y no sospeché nada porque, a pesar de todo, nunca imaginé que pudiese convertirse en un sujeto peligroso

para la sociedad. Se le notaba tranquilo. Estaba convencida de que había seguido mis consejos y de que se había puesto en manos de un especialista. Y tampoco lo cuestioné cuando lo vi entrar en mi habitación del geriátrico para medirme la tensión y atenderme como una paciente más. Sin embargo, toda esa imagen se desvaneció en el instante en el que lo vi frente a mí en el interior del túnel, en aquella sala donde nos refugiamos Fernando y yo. Su mirada seguía siendo irascible. Más aún, colmada de rencor. Por eso, Fernando no debía estar plenamente consciente.

—Me necesitan viva —le confesé—. Pero a ti no. No dudarán en pegarte un tiro si entorpeces sus planes. —Me acerqué al armario, me hice con un bote de tranquilizantes y le puse dos cápsulas en la mano—. Tómatelas. Te calmarán el dolor de la herida y dormirás como un bendito. Es mejor así.

—¡Ni hablar!

—Es la única posibilidad que tenemos si queremos salir con vida. A mí no me matarán. Lo sé. Me necesitan para su proyecto Ares.

—No quiero que te quedes sola. Es demasiado peligroso.

—Confía en mí. Sé que me llevarán de aquí y, en algún momento, te quedarás solo. El efecto de los tranquilizantes se pasará en un par de horas y, entonces, podrás salir y pensar con claridad. Tu herida estará mejor y jugarás con esa ventaja. Sigue el alcantarillado como hizo mi nieta y búscala, por favor. Luego vienes a por mí.

—Prométeme que resistirás.

Asentí con la cabeza. Fernando no pudo aguantar la tentación y me besó en los labios.

—Te quiero —me susurró.

No demoré mucho en darle un vaso de agua. Él se puso las cápsulas en el interior de la boca y se bebió toda el agua.

—Yo también —le confesé.

Nos abrazamos con fuerza. De repente oímos pasos agitados que avanzaban veloces hacia la sala. Me dirigí a la silla y Fernando me ató las manos como habíamos acordado. Después, se tumbó en el suelo en el mismo lugar donde recibió la puñalada. Cerró los ojos y esperamos.



## Recuerdos silenciados

*Enero de 1945*

*Sentía sus manos en mi cuerpo y su voz pegada a mi oído mientras me ladraba palabras obscenas en alemán que yo entendía perfectamente. Y aunque intentaba zafarme de él, era tanta la violencia que descargaba su cuerpo contra el mío que en segundos me transformaba en una muñeca de goma... Y cada mañana, cuando abría los ojos, me despertaba con esa sensación de fragilidad y el cuerpo empapado en sudor. Las pesadillas se convirtieron en algo habitual.*

Tres semanas habían pasado desde la primera vez que el joven nazi se divirtió conmigo. Lo había intentado en dos ocasiones más, pero Heike supo cómo entretenerlo para evitar quedarme a solas con él. Cada vez que se atrevía a tocarme cuando servíamos las comidas en el comedor principal, la madre de Erna se encargaba de mandarme un trabajo extra. A veces, las afiladas miradas del joven hacia Erna hacían temer a Heike. Lo veía capaz de propasarse con ella también, como lo había hecho conmigo. Todos conocían su debilidad por las presas más jóvenes, pero nadie podía imaginar que en su mente enfermiza pudiese entrar una niña alemana. Solo Heike intuía su maldad.

Una mañana, mientras Erna y yo amasábamos el pan, se presentó en la cocina con una sonrisa maliciosa que dejaba al descubierto sus intenciones. No le dio tiempo a acercarse a nosotras porque Heike regresó. Su mirada irradiaba firmeza:

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella.

—Tenía un poco de hambre.

—La comida no se servirá hasta dentro de un par de horas.

—No creo que aguante tanto tiempo —le dijo mientras me clavaba una mirada lujuriosa que me hizo temblar.

—Pues deberás.

—Si quieres que me vaya, que la prisionera me dé algo que calme mi estómago.

Entonces Heike cortó un trozo de queso y se lo puso en la mano al joven Gotthard. Pero este lo dejó caer al suelo.

—He dicho que ella —insistió sin dejar de mirarme.

La madre de Erna comprendió que no nos dejaría tranquilas hasta conseguir que yo me acercase a él. Me hizo una señal de conformidad con la mirada y yo corté otro trozo de queso. Lo cogí con las manos sudorosas, me dirigí a él y se lo puse en la mano. Lo agarró con fuerza y me hincó las uñas en la palma de la mano. Me tragué el dolor y las lágrimas. Había visto su mirada endemoniada y me estremecí al pensar que podría entrar en el barracón esa misma noche y sacarme a rastras. Cuando se marchó, Heike supo ver mi miedo en mis ojos.

Aquella noche no pude pegar ojo. Cada vez que oía un ruido pegado a mí, creía que aquel joven nazi de mirada perversa me agarraba de las piernas y me arrastraba hasta la plaza. Olga y Astrid se dieron cuenta y se tumbaron cerca de mí.

—Deja que tus fantasmas también descansen —me dijo la joven comunista alemana.

—Haz caso a esta —me aconsejó Olga—. Ha pasado por todo lo que puedas imaginar.

Y era verdad. La belleza de Astrid cautivó a más de un agente de las SS nada más llegar a Ravensbrück. Enseguida la llevaron al burdel que habían reservado para los soldados, donde solo había prisioneras alemanas, y se convirtió en esclava sexual. Ellos las estrenaban primero y, cuando dejaban de interesarles, las enviaban a otros burdeles, repartidos por diferentes campos, con el fin de satisfacer a los reos que se vendían a los nazis a cambio de favores. Allí se quedó mucho tiempo. Hasta que la sífilis entró en su cuerpo y se apoderó de él. La devolvieron al campo tres meses después. Cuando la vimos de nuevo, no la reconocimos. Había perdido mucho peso, como todas, y parte del precioso y largo cabello pelirrojo que poseía. Se sentía cansada y se quejaba de dolores musculares. En pocas semanas, algunas zonas de su cuerpo empezaron a cubrirse de erupciones y llagas dolorosas. Aun así, nunca la vi llorar. Se mantenía erguida en la fila en cada recuento y trabajaba como la que más, a pesar de saber que su vida tenía los días contados.

## Capítulo 14

### *Tres días antes de la entrada al túnel*

*Clínica geriátrica, 14 de septiembre de 2015*

Después de un duermevela azotado por ventiscas de pensamientos extraños y confusos, la doctora Lambert se levantó de la cama al oír el largo murmullo de las olas sobre un mar embravecido. Se dirigió a la ventana y la abrió. El rugir del mar le llegaba como una premonición. Aquellas olas se estrellaban enfurecidas en las rocas del acantilado rompiéndose de dolor. Inspiró aquel aire salvaje y se tocó el pecho. Ella sentía que se ahogaba. De pronto, la puerta de su habitación se abrió con timidez.

—Llevo todo el día intentando verte, pero no me han dejado —le dijo Fernando acercándose a ella para comprobar su estado.

—Me encuentro mejor.

—¿Qué haces con la ventana abierta?

—Necesitaba aire.

Fernando se apresuró a cerrarla y, cuando se disponía a hacerlo, vio la misma furgoneta oscura que solía aparcar en la clínica, enfrente de uno de los chalés y con los intermitentes encendidos. De repente, su rostro palideció.

—¿Qué pasa? —preguntó inquieta Eulalia.

—¡Vivita y coleando! —reaccionó incrédulo y con cierto sarcasmo.

—¿De quién estás hablando?

—De Pilar. Acabo de verla entrar en ese chalé. —Lo señaló con el dedo—. La acompañaba uno de los enfermeros de la clínica.

—Eso no es posible.

Mientras Eulalia, reflexiva, clavaba sus pupilas en la oscuridad de aquel chalé, Fernando sacó su móvil y le envió un mensaje a su nieto contándole lo que había visto, y que era de extrema urgencia que averiguase quiénes eran los propietarios de las casas de aquella urbanización.

—Si Pilar está viva, los demás podrían estarlo también —conjeturó Eulalia.

Fernando caminó inquieto por la habitación, meditabundo y cabizbajo,

tocándose la barba con los dedos.

—Piénsalo bien, Fernando. Si la has visto, no creo que sea una excepción. Y si es así, significa que los demás también están vivos y que no han salido de la clínica. —Se quedó pensativa durante unos segundos—. ¡Dios! ¡El proyecto Ares! —soltó de repente, agitada por el nerviosismo—. ¡Cómo no me he dado cuenta antes! —se lamentó.

De repente, Fernando se detuvo:

—¿El proyecto Ares?

—El mismo que le dio muchos quebraderos de cabeza al doctor Beltrán porque fue rechazado, en varias ocasiones, por el Ministerio de Sanidad por cuestiones de presupuesto. Ayer, mis nietos, Alexandra y Eric, se pasaron la noche indagando sobre el tema y enseguida me enviaron la información. Eric es un fanático de la informática y es capaz de...

—Entrar donde no debe —la interrumpió Fernando.

—Más o menos.

—¿Y qué es lo que han averiguado?

—Pues que ese proyecto suponía mucho en la investigación contra la lucha de algunas enfermedades degenerativas. Un gran avance científico que el Gobierno español desestimó por cuestiones económicas y éticas. Unos meses después, el doctor Beltrán, supongo que lo hizo para desquitarse, creó la Fundación Beltrán y buscó inversores. Fue, entonces, cuando contactó con el doctor Gregorio Espinosa. Pero no solo necesitaban inversores, sino médicos expertos y pacientes. Por eso estoy yo aquí, porque me necesita para su proyecto. Y si Pilar sigue en la urbanización, eso significa también que ese proyecto se está llevando a cabo en algún lugar secreto de la clínica. Tal vez en un sótano secreto. Si pudiéramos acceder a los planos... Espero que Alexandra y Leo puedan conseguirlos.

Fernando le clavó una mirada desazonada a Eulalia.

—Esto se está poniendo muy peligroso y es conveniente que avisemos a la policía. No quiero que te pase nada. —Le acarició la mejilla.

Ella se acercó a su cara y se la estrechó con las dos manos. Lo besó en la boca. Se abrazaron.

—Estamos juntos en esto y juntos saldremos —le dijo Eulalia—. Ha llegado el momento de que busquemos qué tipo de fármacos hay en la enfermería y que echemos un vistazo a otros lugares prohibidos de la clínica, como ese cuarto secreto que siempre está cerrado.

Fernando se separó de ella y, con una mirada de desconcierto, contestó:

—¿Acabas de venir del hospital y ya quieres embarcarte en otra aventura?

—No tenemos tiempo. Ahora o nunca —le respondió ella abriendo la puerta de su habitación.

*A las 24:00h...*

Como cada noche desde que aceptó hacerse cargo de los retretes, las camas y la limpieza general del centro, Fátima se recorría alguna que otra vez los pasillos con linterna en mano para evitar encender alguna luz que la delatase. Todas las noches salía en busca de la verdad. Intuía que algo extraño ocurría en aquel lugar, donde el silencio se había apoderado de todos los residentes, menos de Eulalia y de Fernando, que no encajaban en el perfil de ninguno de ellos. No dejaban de ser suposiciones de una apasionada de las series policiacas.

La joven limpiadora se había pasado varios meses camelándose al celador hasta que, una noche, sucumbió a sus encantos: nalgas bien fornidas y pezones rosados en pie de guerra. Pero la joven no lo tuvo fácil para trabajarse a aquel tragahombres. Descubrió que el sueño no lo vencía y tuvo que ingeniárselas durante un tiempo para conseguir que entrara en un estado letárgico. Lo consiguió cuando se hizo con una caja de sedantes que robó de la enfermería una tarde, mientras limpiaba. Y gracias a ellos, Salvador empezó a dormir como un bendito.

Caminaba con sigilo, girándose cuando oía algún ruido irreconocible. Portaba entre sus manos la copia de las llaves que una noche consiguió robarle a Salvador, después de que este cayese rendido del esfuerzo de haberla poseído con tanta intensidad. Eso y las gotas del sedante que le había añadido al vodka que se había tomado. Uno de sus muchos placeres que escondía en su armario y que solo compartía con ella en aquellos momentos de desenfreno. El vodka fue lo que la puso en alerta. La misma bebida que, según se comentaba en el centro, había utilizado Santiago para acabar con su vida. Solo ella conocía el secreto de Salvador. Y ese descubrimiento casual la llevó una noche, después de varias horas de lujuria mezcladas con alcohol, a hundir cada una de las llaves en gomas moldeables. Y desde entonces, con esa copia en su poder, deambulaba como un espectro cada noche por los pasillos del geriátrico, en busca de algún indicio que le aclarase las innumerables dudas que se agitaban en su cabeza; pero también para

conseguir abrir la maldita puerta de la habitación secreta del sótano que permanecía cerrada y que, según la lengua rastrera de Salvador, conducía a un secreto mucho mayor que nunca le revelaría. «Hay almas, muchas almas», le dijo una noche totalmente ebrio.

Fátima caminaba con serenidad entre la oscuridad del pasillo hasta que, de repente, oyó unos pasos huidizos, desconocidos, que se aproximaban en su dirección. Aceleró y al llegar a la enfermería decidió esconderse en ella. Pero no le dio tiempo a abrir la cerradura, aquella sombra la había atrapado y un sudor frío le recorrió el cuerpo.

—¿Qué haces despierta tan tarde? —le preguntó Eulalia sorprendida al verla junto a la enfermería.

—Dudo que estas sean horas para adecentar los suelos —ironizó Fernando.

—Es evidente que no. Pero ustedes tampoco deberían estar levantados —les contestó la joven enarcando ligeramente las cejas.

No les dio tiempo a responder. Divisaron unas luces al fondo del pasillo. Otras sombras deambulaban a deshoras en aquel lugar donde las intrigas flotaban en el aire.

—Rápido —les dijo Fernando—. Entremos aquí.

Fátima abrió la puerta de la enfermería con los dedos temblorosos. Ya en el interior, se quedaron quietos y con el corazón agitado por aquella extraña e inesperada situación. Aquellos pasos firmes y seguros se aproximaban cada vez más y las sombras de sus dueños invadían las paredes cuando eran enfocadas por las linternas que sujetaban. Se les oía murmurar mientras caminaban. Cuando llegaron a la puerta de la enfermería, se detuvieron y uno de ellos intentó forzar la cerradura. Fátima creyó reconocer aquellas voces masculinas. Los dos hombres insistían en entrar, pero no se ponían de acuerdo en si era el mejor momento para intentarlo. Llevaban días planeándolo y uno de ellos no quería retrasarlo más. Los tres buscaron, a la desesperada, un lugar donde esconderse.

Fátima recordó, entonces, que había un trastero donde la directora guardaba todos los medicamentos caducados para ser devueltos. Había estado la noche anterior rebuscando en él y tenía la llave. La cerradura no se le resistió. Se encerraron en él, encogidos, rozándose como un trío amoroso. Eulalia respiró hondo con el fin de controlar la arritmia que le provocaba vivir situaciones al límite. Tuvo miedo de caer en una nueva crisis. Fernando le apretó las manos para tranquilizarla. Fátima respiraba con dificultad, no

soportaba estar encerrada en un cuarto tan pequeño y oscuro. El corazón se le aceleró tanto que apenas podía respirar. Las gotas de sudor recorrían la piel de todo su cuerpo y el temblor se había adueñado de sus manos y de su cuerpo.

—¿Desde cuándo tienes claustrofobia? —le preguntó Eulalia, que reconoció los síntomas nada más verlos.

—Desde que era niña.

Eulalia se soltó de las manos de Fernando y agarró las de Fátima para infundirle la misma calma que le había transmitido él.

—Tranquila. Estoy a tu lado —le dijo—. Respira hondo y suelta el aire sin prisas.

Fátima lo hizo las veces que le indicó Eulalia. Pero no pudo continuar. Paró en seco cuando oyó el ruido de la puerta al abrirse. Eulalia le apretó las manos y la abrazó.

—Tranquila —le dijo.

Fátima se tragó de golpe el aire que segundos antes había cogido y lo soltó lentamente por la boca, como cuando caminas de cuclillas para no ser descubierto. Los hombres entraron y empezaron a abrir los cajones del armario donde se encontraban los nuevos medicamentos que habían llegado al centro.

—¿Qué buscamos? —preguntó uno de ellos.

—Un medicamento que nos resolverá nuestro principal problema.

El hombre se echó a reír. Sabía perfectamente a qué problema se refería su compañero: eliminar a la persona que podía denunciarlos y echar por tierra el gran proyecto que tenían entre las manos.

—La Maestra no permitirá que arruine nuestros planes.

Fátima reconoció aquellas voces. Las mismas que escuchaba quejándose todas las mañanas porque las patas de las mesas se movían en exceso, las sillas necesitaban una limpieza a fondo o el desayuno no les satisfacía. Eran ellos. Sin duda.

—Sebastián y Enrique.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó sorprendida Eulalia.

—Eso quisiera saber yo —respondió la joven.

Fernando se mantuvo callado, reflexivo todo el tiempo. Las piezas empezaban a encajar en su cabeza. Aquellos dos ancianos parecían guardianes. Siempre estaban al acecho. Como Salvador.

—Ella toma antidepresivos para la ansiedad —explicó Enrique a su

compañero—. Lo que necesitamos es un analgésico.

—¿Para el dolor de cabeza?

—No, imbécil —le respondió secamente Enrique—. Para provocarle un aumento de la serotonina en la sangre.

—Ya —dijo estupefacto Sebastián, que no entendía ningún tecnicismo médico de los que hacía referencia su amigo. Pero guardó silencio porque no soportaba la idea de que su compañero lo señalara como el mentecato que en realidad era.

Fátima se tapó la boca con las manos en un intento fallido de controlar que su lengua viperina no se desatase. Pero no pudo evitarlo. «Malnacidos. Cabrones. Habéis sido vosotros», mascullaba con lágrimas en los ojos. Fernando y Eulalia permanecieron callados, con los oídos bien abiertos para no perder ningún sonido que saliese de las gargantas de aquellos pobres infelices, que estaban siendo manejados por una mente privilegiada. Los tres estaban siendo testigos de los preámbulos de otro asesinato. Más aún, del arma que utilizarían aquellos desaprensivos para llevar a cabo el delito.

—Coge ese bote. —Escucharon decir a Enrique dirigiéndose a su compañero—. Y también el otro que está al lado. Yo buscaré el medicamento que necesitamos para acabar con su puñetera vida.

Sebastián se acercó al armario donde se encontraban alineados algunos medicamentos, los miró esgrimiendo una mirada de intelectual que solo existía en su imaginación y agarró el primero del que estaba realmente seguro que debía apoderarse. Cuando lo tuvo entre las manos, pensó en el segundo de la fila, pero la inseguridad apareció de repente, sembrándole la duda de si debía coger el de la derecha o el de la izquierda. Y como no se atrevía a preguntar a su compañero para evitar que este se mofase de él, se decidió por el de la derecha, por aquello de los ideales patrióticos de su amada Legión. La izquierda significaba populismo y jamás de los jamases lo tocaría con los dedos. «Todo se pega en esta vida», se decía con el más profundo convencimiento. Asió el de la derecha y se lo guardó en el bolsillo derecho del pantalón.

—¿Ya los tienes? —le preguntó su amigo.

—Hecho —le contestó él con la satisfacción del trabajo bien realizado.

Cerraron la puerta tras de sí y se encaminaron a sus respectivas habitaciones.

Eulalia miró a Fátima y, al hacerlo, se percató del sudor de su frente y de su respiración entrecortada. Reconoció aquellos síntomas. No lo dudó ni un

instante. Le dijo a Fernando que la ayudase a sacarla de allí. Mientras él la sujetaba de la cintura para evitar que se desplomase, Eulalia abrió la puerta del cuartucho. Anduvo con ella unos pasos, los suficientes hasta llegar junto a la camilla, y la sentó en la silla que había justo al lado, dejando caer parte de su cuerpo en la camilla. Eulalia miró a Fátima y le indicó que le diese las llaves. La joven se las entregó y la anciana se dirigió al armario que se hallaba a la derecha del trastero donde minutos antes habían estado escondidos. Probó varias hasta que dio con la que abría el armario. Rebuscó desesperada entre los medicamentos mientras Fernando le quitaba el sudor de la frente a Fátima con su pañuelo. «Alprozolam, alprozolam, dónde coño estás», refunfuñaba la expsiquiatra. Fátima necesitaba aquellas pastillas para controlar la ansiedad y el ataque de pánico que se estaba adueñando de su cuerpo. «Por fin», dijo al verlas. Desenroscó el tapón y sacó un comprimido. Cogió tres más y se los guardó. «Por si acaso», pensó. Cerró el bote y dejó el medicamento en el mismo lugar donde lo había encontrado.

Cuando Fátima se restableció, Eulalia y Fernando la levantaron de la camilla. Fernando rodeó su nuca con el brazo de la joven y la sujetó también de la cintura; Eulalia la agarró del brazo para que Fernando no cargase con todo el peso de ella en su espalda. Abandonaron la enfermería en dirección a la habitación de la joven, que se encontraba en la planta baja. No les quedó otra que arriesgarse a coger el ascensor. El dolor que sentía Fernando en las cervicales era tan agudo que no se atrevió a forzar más el cuello. Apoyó el cuerpo de la joven en una de las paredes del ascensor mientras descendían. «¿Te encuentras bien?», le preguntó Eulalia preocupada al ver cómo se deslizaban las gotas de sudor por su frente. Se las quitó con los dedos. Cuando llegaron a la planta, le dijo:

—Déjame que te ayude.

—No quiero que cojas peso. No debes. Puedo solo.

Agarró de nuevo a Fátima y la puso en equilibrio. Eulalia la sujetó de la cintura, desoyendo los consejos de su amigo, y salieron del ascensor. Él sacudió la cabeza mientras avanzaban por el pasillo y ella lo miraba de reojo, descreída de aquella aparente fortaleza.

A veces se detenían, cuando los brazos que sujetaban a la joven se les adormecían y apenas los sentían. A escasos metros de la puerta de la habitación, Fernando creyó que sus pies se derrumbarían, pero increíblemente soportaron los sesenta kilos de Fátima. Suspiró aliviado cuando consiguió recostarla en su cama, dormida y tranquila. La medicación había hecho su

efecto. Regresaron a sus habitaciones, exhaustos y con las fuerzas mermadas. En la puerta de la habitación de Eulalia, Fernando se despidió:

—Intenta descansar —le aconsejó—. Mañana nos espera un día agotador y necesitamos reponer fuerzas.

—Quédate conmigo.

—Es mejor que no. —Le acarició los labios y la besó—. Buenas noches —le deseó. Y se encaminó hacia su habitación.

Deseaba quedarse con ella, abrazarla, pero sentía que los músculos de los brazos amenazaban con romperse. No podía protegerla en aquellas lamentables condiciones. Eulalia se tumbó en la cama y cerró los ojos. No quería pensar en Sebastián. Tampoco en Enrique ni en sus planes de eliminar a otra pobre anciana; se encontraba demasiado cansada para hacerlo. Solo podía pensar en Fernando y en todo lo que le hacía sentir él. Y con ese pensamiento se dejó vencer por el agotamiento.

# EL TÚNEL

*Nueve horas y media en el interior*

La sala se había quedado a oscuras y apenas podía percibir las formas de los objetos que había. El silencio había invadido el espacio por completo. De repente, me pareció ver una sombra que se aproximaba a mí. Portaba una vara metálica en la mano y, por un instante, me vi en el campo de la muerte junto a mis torturadoras. Cerré los ojos, respiré hondo y, cuando los volví a abrir, aquella sombra había desaparecido. Pero no tardó en regresar. La segunda vez que apareció se movía en círculos, agitando sus brazos largos y deformados. Me sentí acorralada. Entonces pensé en Fernando y en el tiempo que había transcurrido. Lo último que recordaba era que le había curado la herida y que le había dado unos sedantes, y también que yo me había tomado otro. Miré hacia el suelo donde se había tumbado y, al no verlo, respiré aliviada.

De pronto, un estruendo sacudió la sala. Venía del otro lado de la pared, como si esta estuviese a punto de resquebrajarse y partirse en dos. No tuve tiempo de reaccionar. Lo que parecía un armario cerrado a cal y canto se había abierto y ella apareció ante mis ojos, recta como una regla, junto a Enrique, con la mirada firme como su cuerpo. No podía creerlo. Era ella. Se aproximó hacia mí. Mis ojos se abrieron como nunca lo habían hecho antes. Me di cuenta de que todo aquel tiempo que Fernando, mi nieta y yo habíamos estado escondidos en el túnel no había servido para nada. Ellos nos controlaban desde la clínica. Fue, entonces, cuando me fijé en las pequeñas cámaras que había estratégicamente colocadas en el interior de los cuatro microscopios que había en la sala. Y en ese momento yo me encontraba sola, sin mi nieta y sin Fernando, y con el corazón apuñalado por la traición.

—Fernando no irá muy lejos —me dijo—. Todas las puertas de este túnel están cerradas, selladas diría yo. Nadie puede escapar de aquí.

—Es listo y escurridizo. Lo conseguirá.

Margarita soltó una carcajada que me atronó los oídos. De repente, se calló y se dirigió hasta mí con una expresión perversa en el rostro. Enrique me miraba fijamente, impertérrito.

—¿No quiere saber qué vamos a hacer con él cuando lo encontremos?

—No darán con él.

—Le arrancaré los ojos con mis propias manos y se los echaré a las ratas —escupió su odio Enrique.

—Eso no sucederá nunca.

La doctora Ballesta me taladró el subconsciente con la mirada.

—¿Y Aurora? ¿Qué habéis hecho con ella?

—Yo, en su lugar, no me preocuparía por ella.

—¿Por qué? ¿Está al tanto de todo? ¿Forma parte del proyecto Ares? — quise saber intentando controlar los nervios.

—Eso lo sabrá dentro de muy poco —me contestó con la sobriedad que la caracterizaba.

—Quiero hablar con Gregorio.

—Todo a su debido tiempo. —Parecía disfrutar del momento.

De súbito, entró uno de los enfermeros que nos atendía en la clínica. El mismo que solía acompañar al chófer de la furgoneta que rondaba la urbanización. Se acercó a la doctora, le dijo algo al oído, ella arrugó el entrecejo y, acto seguido, se colocó detrás de mí. Me estremecí al pensar que pudieran torturarme. «¿Por qué iban a actuar así? ¿Qué sentido tenía? Ninguno», pensé. Aunque la mirada de Enrique me decía lo contrario. Magullada no les servía para nada. Tuve muy claro, entonces, que lo único que pretendían era intimidarme.

Pero yo había aprendido con los años a esconder el miedo para fortalecerme ante los ojos de los que pretendían humillarme.

## Recuerdos silenciados

*Finales de enero de 1945*

Cuando tu vida corre un riesgo mortal, muchos optan por tomar decisiones crueles e injustas, pero que, vistas con los ojos del miedo, pueden llegar a resultar comprensibles. Para algunas de mis compañeras yo me había convertido en una traidora por aceptar privilegios que me hacían aquella vida de rea algo más llevadera: servir la comida a los nazis. Desprecios que sentía como puñaladas directas al corazón, puñaladas que acepté y tragué por orgullo. A aquellas compañeras las llegué a perdonar, incluso a entender, cuando la traición la sentí en mi propia piel. No puedo juzgar a Heike por haber tomado una decisión vital. En un campo de concentración se hace todo por sobrevivir, sobre todo si la persona que puede morir se trata de tu propia hija. Yo era consciente de ello. Y lo asumí con dolor.

Aquella tarde, mientras preparábamos la cena a nuestras carceleras y a los médicos y enfermeras del campo, Heike me lanzaba miradas de desprecio que me encogían el corazón. Algo muy gordo había pasado y ella se mantuvo callada, firme y segura, dándonos órdenes y mostrando su peor carácter toda la tarde, sobre todo conmigo. Erna la miraba recelosa por sus gritos inesperados e inexplicables.

—¿Por qué estás tan enfadada? —le preguntó—. ¿Es que hemos hecho algo malo?

—Hablar demasiado —le respondió secamente sin mirarla a los ojos.

—Pero mamá, ni siquiera hemos abierto la boca.

—No hay peros —le dijo golpeando con furia la masa de pan en la mesa—. No quiero que habléis, ¿entendido?

—No es justo —refunfuñó Erna—. Algo pasa, no soy tonta. Siempre me dices que hay que ser sincera, que te hace mejor persona, pero tú, ahora... Así que no pienso hacerte caso nunca más —se rebeló.

Su madre no pudo aguantar aquella presión de su hija y le dio una cachetada que le puso la mejilla colorada. Erna se tocó la cara, la miró con odio y salió corriendo de la cocina. Heike, cabizbaja, con los ojos conteniendo las lágrimas, apoyó las manos, que le temblaban, en la mesa y respiró hondamente. Después, me clavó una mirada acusatoria y se dirigió

hacia mí:

—Fue un error traerte aquí. Pero ella es mi hija y está por encima de todo.

La miré con tristeza y resignación. Y ella se agachó y me tocó la barbilla.

—Ya no estoy con el doctor. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

Asentí con la cabeza.

—Ya no puedo proteger ni siquiera a Erna, menos a ti. Y el joven Gotthard... —se le atragantaron las palabras— me ha amenazado con llevarse a Erna a la enfermería de la doctora Oberhäuser. ¿Sabes lo que significa eso?

—Sí —contesté con un hilo de voz, rota por el miedo.

Heike me contó que las guardianas jefe dejaban con vida a algunos niños para que la doctora Oberhäuser les inyectara aceite y un barbitúrico llamado evipán, con el fin de extirparles luego los miembros y los órganos vitales. La crueldad en el estado más puro. De la inyección a la muerte se tardaban de tres a cinco minutos y las víctimas notaban sus efectos hasta el último instante. Quizá, por eso, estudié Psiquiatría. Necesitaba buscar respuestas científicas a tanta barbarie, respuestas que me ayudasen a enfrentarme directamente a mis fantasmas. El miedo de la madre de Erna era mi propio miedo. No la podía juzgar por sentirse aterrada. Ella tampoco podía elegir.

—Lo siento. Ya no puedo tenerte aquí —me dijo Heike con los ojos anegados en lágrimas.

En ese momento entraron dos guardianas y me sacaron de allí a empujones. Entonces supe que nunca más regresaría a las cocinas, que mis privilegios se habían evaporado en el aire enfermizo y mortal que se respiraba en el campo.

Y, lo peor, que tampoco volvería a ver a Erna.

## Capítulo 15

### *Dos días antes de la entrada al túnel*

*Clínica geriátrica, 15 de septiembre de 2015*

Eulalia se levantó aturdida. La cabeza le daba vueltas y sentía un zumbido en el oído. No era la primera vez que le pasaba. Nunca había compartido aquel malestar con nadie. Tampoco lo haría ahora. Sus pensamientos bombardeaban su mente como una ametralladora en plena batalla. «¿Quién era la Maestra? ¿Qué tramaban Enrique y Salvador? ¿A quién pretendían eliminar? ¿Cuáles eran los motivos? ¿Cuándo habían planeado deshacerse de esa pobre anciana? ¿Mezclarían el comprimido en alguna de las bebidas de la pobre infeliz? ¿Era la primera vez que lo hacían? ¿Y si había sido testigo del plan de su propio asesinato?». Se mordió los labios, como Alexandra. Siempre lo hacían cuando no podían controlar la situación.

Eulalia intuía que Enrique sentía animadversión por ella. Imaginarse que un líquido envenenado recorriese su garganta le hacía sentirse vulnerable. Odiaba esa sensación. Suspiró aliviada al pensar que ella nunca tomaba antidepresivos, por lo que una ingesta involuntaria de cualquier analgésico no le provocaría ningún aumento de la serotonina que alcanzase las nubes. No se agitaría como las serpientes ni tendría escalofríos. Tampoco le aumentaría la temperatura corporal ni le provocaría arritmias. Si la elegida para abandonar este mundo sufría alguna patología cardíaca, la combinación de un antidepresivo con un analgésico podría ser letal.

«¡Dios santo!». El corazón se le aceleró. En el hospital le habían diagnosticado una angina de pecho. Entonces recordó la cantidad de medicación que le habían prescrito y pensó que cabía la posibilidad de que hubiese alguno que, mezclado con el analgésico que habían robado Enrique y Sebastián, podría provocarle una crisis. Agarró todos los frascos que había en la mesilla y los volcó en la cama. Leyó cada uno de los compuestos. Sus dedos se agitaban a destiempo, desorientados, perdidos en aquella barahúnda de productos químicos. De repente, su cuerpo se tensó y sus dientes empezaron a morder el labio inferior. Aquel joven doctor del hospital le había

recetado un antidepresivo. Su rostro palideció y sintió un frío insoportable por todo el cuerpo. No solo su corazón fallaba, sino también su estado emocional. La crisis cardíaca que había sufrido le había provocado una crisis de ansiedad. La maldita ansiedad. Palpitaciones, opresión en el pecho, falta de aire, temblores, sudoración, molestias digestivas, náuseas, nudo en el estómago, alteraciones en la alimentación y en el sueño, cansancio, sensación de mareo. Además de todos esos síntomas físicos, había notado otros durante los últimos meses que la inquietaban más: sus bloqueos de memoria, los despistes, su inquietud, la sensación de amenaza o peligro, su preocupación excesiva, el estado de alerta, sus recelos, las sospechas, la incertidumbre...

Fátima se había despertado con la sensación de haber vivido un episodio angustiante. Apenas recordaba lo acontecido horas antes. Creía que todos aquellos horripilantes pensamientos que le venían de sopetón eran producto de la espantosa pesadilla de la que creía no haberse despertado aún: la voz opaca de Enrique, el corazón a punto de estallarle, las frías manos de Fernando y de Eulalia rozándole la piel de sus brazos desnudos, el sudor recorriendo sus mejillas, la huida de un lugar sombrío...

De repente, la puerta de su habitación se abrió. A Fátima no le dio tiempo a reaccionar. Se quedó contemplándola con el corazón en un puño. Al verla entrar, respiró más calmada:

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Eulalia.

—Confusa por tantas emociones. ¿Qué ha pasado?

—¿No recuerdas nada?

—Vagamente. Recuerdo que nos escondimos en el trastero de la enfermería y que minutos después entraron dos hombres...

—Enrique y Sebastián.

—Sí, y que buscaban un medicamento para... ¡Dios! ¡Van a cargarse a otro anciano!

—No lo sabemos con certeza.

—Pero se lo llevaron y pretenden dárselo a alguien sin que se entere. ¿Qué otras pruebas necesita para darse cuenta? —espetó Fátima algo alterada por los nuevos acontecimientos.

—Cálmate. No digo que no estén implicados, que es evidente que lo están, pero obedecen las órdenes de la que llaman la Maestra. No podemos precipitarnos.

—Claro como el agua. La directora —afirmó Fátima en un impulso coherente por tratarse de la responsable de la clínica.

—Ella no es —negó con rotundidad Eulalia—. Es una larga historia que no puedo, ni debo, contarte ahora.

Fátima frunció el entrecejo.

—Entonces, si no es ella...

—No hay tiempo para descubrirlo ahora —la interrumpió—. Tenemos que averiguar primero quién va a ser la siguiente víctima.

—Espere un momento —le dijo la joven. Se levantó precipitadamente de la cama y se dirigió a la puerta. La cerró con llave. Se quedó pensativa un segundo. Tenía la sensación de estar cruzando el límite que separa la aventura del riesgo y, por consiguiente, del peligro. Se acercó a la psiquiatra y le clavó una mirada azorada y tensa como su cuerpo.

—¿No sería mejor llamar a la policía? —soltó de repente.

—¿Y qué les dirás cuando te pregunten qué hacías en el pasillo a esas horas intempestivas? —le recordó Eulalia—. No tenemos pruebas. Y eso es lo único que necesita la policía. Nosotras podemos facilitarles el camino.

A Fátima le entró un sudor gélido que le recorrió el cuerpo. Por primera vez desde que trabajaba en el centro, sentía miedo; un miedo que la tenía paralizada, tanto que era incapaz de pensar con frialdad, como hacía siempre. Era como si, en un segundo, toda su fortaleza se hubiese hecho añicos como un cristal de Bohemia.

—¿Y cómo vamos a descubrir de quién se trata?

—Tienes todas las llaves del centro —le recordó Eulalia—. En cualquier momento puedes entrar en el despacho de la directora y ver los expedientes médicos de todos los pacientes, qué medicación toman y la dosis.

—Eso me llevará tiempo. No puedo desentenderme de mis tareas.

—Pues tendrás que buscar la forma —insistió la expsiquiatra.

Fátima meditó durante unos segundos y enseguida le vino a la memoria la única posibilidad que tenían para descubrir el nombre de la siguiente víctima.

—Aunque no ejerzo la profesión, soy enfermera titulada. —Eulalia enarcó las cejas, sorprendida por la repentina revelación de la joven—. Así que, si me da instrucciones precisas de lo que buscamos, podríamos hacerlo en un santiamén.

—Ya decía yo que tu forma de hablar indicaba conocimientos que solo se adquieren entre libros.

Fátima sonrió.

—Los medicamentos solemos dejarlos en el primer cajón de la mesilla.

Solo hay que registrar veintiocho habitaciones... y somos dos.

—No. Tres —rectificó Eulalia—. Avisaremos a Fernando.

—Como quiera —aceptó sin poner ningún reparo. Aquel anciano que se pasaba horas observando a todo el personal que trabajaba le transmitía confianza, aunque a veces la ponía algo nerviosa con sus exigencias en el servicio de las comidas.

—¿Y cómo pretendes que lo hagamos sin ser descubiertos? —le preguntó Eulalia algo contrariada.

—Después del desayuno todos suelen ir a la sala de actividades y pasan la mayor parte de la mañana entretenidos. Además, la mayoría del personal que trabaja suele estar en la planta baja. Yo soy la única encargada de estar en las habitaciones para dejarlas como los chorros del oro —dijo enseñándole las llaves, la única que tenía acceso con total libertad por el trabajo que desempeñaba en el centro.

Eulalia, sorprendida por la rapidez mental de la joven, le devolvió la sonrisa.

### *En una calle de Gandía...*

Aquella mañana, una fina lluvia caía y refrescaba el asfalto y los tejados de los edificios después de varios días de sofocante calor. Alexandra aligeró el paso. Temía que aquellos cúmulos amenazantes, que empezaban a invadir el cielo, descargasen a gusto. Cuando divisó el portal, echó a correr y al llegar entró atropelladamente, con tal mala fortuna que arrolló a un pobre anciano que estaba saliendo. Lo ayudó a levantarse mientras escuchaba adjetivos que no encajaban en el perfil de mujer noble, buena y decente. Ella no se lo tuvo en cuenta, a pesar de que le entraron ganas de soltarlo de golpe y dejarlo tirado en el suelo. Pero se tragó su orgullo.

Mientras Eulalia, Fernando y la joven empleada organizaban el plan de búsqueda de la próxima víctima del geriátrico, Alexandra recababa información sobre los dueños de la antigua casa donde se había edificado el geriátrico y las condiciones de la venta de la finca. Le interesaba, sobre todo, echar un vistazo a los planos de construcción. Todo estaba en las oficinas del Registro de la Propiedad, en el mismo inmueble donde se hallaba el Archivo Histórico Municipal, en pleno centro de la ciudad.

A esas horas de la mañana apenas había empleados en las oficinas. Impaciente, Alexandra esperó a Leo. No era la primera vez que se retrasaba,

algo que no soportaba de un hombre. Se acomodó en un asiento y decidió dejar pasar el tiempo. Debía traer la petición firmada por el comisario Galván para que pudieran acceder a todos los documentos relacionados con la venta de la casa donde se había edificado el geriátrico y, sobre todo, a los planos. Leo no aparecía y Alexandra empezó a inquietarse. Echó un vistazo al móvil y, al darse cuenta de que las agujas del reloj habían avanzado vertiginosamente, no pudo aguantar más y decidió actuar sin el detective. Se acercó a la mesa de información y el joven que la atendió le sugirió que cogiese número mientras esperaba a su amigo. Un despiste imperdonable que le hizo perder tiempo. Sacó el número y regresó a su asiento.

Leo se hacía de rogar y Alexandra empezó a morderse las uñas. Intentó entretenerse consultando Facebook, Twitter, sus mensajes de correo y, de repente, decidió enviarle uno, dos, tres, hasta cuatro. Ninguna respuesta. Diez minutos esperando su turno con el número en la mano y el joven detective seguía desaparecido. La puerta principal se convirtió en su única preocupación, hasta que oyó «Alexandra Lambert» en la voz de una mujer.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Soy periodista. —Le mostró su credencial de corresponsal de *Le Monde*—. Estoy realizando un reportaje de investigación. Necesito información sobre el terreno donde ha sido edificado un centro geriátrico. Me gustaría saber qué había antes de ser construido.

—Entiendo —dijo la funcionaria—. Lo que pasa es que no estoy autorizada a dar cierta información.

—Me conformo con saber qué había y a quién pertenecía. —Le interesaban los planos, pero necesitaba ganar tiempo.

—No sé si podré ayudarla. ¿Sabe la dirección?

—Aquí tiene.

Alexandra le entregó una tarjeta de la clínica geriátrica que había cogido en su última visita. La funcionaria, sorprendida, enarcó las cejas al leer el nombre de la residencia. Precisamente allí se encontraba una pariente cercana, la única hermana de su madre que quedaba con vida y a la que visitaba muy de vez en cuando.

—¿Hay algún problema en ese lugar? —preguntó algo inquieta.

—Solo sospechas, pero suficientes para que la policía esté preocupada y también un amigo detective que colabora con ellos y está al caer. —Clavó la mirada en la puerta—. No le puedo contar más. Lo siento. Pero necesito esa información.

La mujer se quedó callada sin dejar de mirarla. Dudó unos segundos en atenderla. Los suficientes para tomar la decisión. Ladeó la cabeza hacia donde se hallaba la mesa de su jefe y, al comprobar que estaba reunido, no tardó en teclear el nombre del geriátrico en su ordenador. Luego, escribió la dirección que aparecía en la tarjeta que le había entregado Alexandra. Mientras esperaba que el lento sistema operativo abriese la pantalla, miró varias veces el reloj que había en la pared de enfrente. Y cuando la pantalla iluminó su rostro embadurnado de maquillaje, esbozó una sonrisa y sus dedos, nerviosos, empezaron a teclear.

Mientras la funcionaria buscaba la información, Alexandra se fijó en el aspecto apesadumbrado de un joven pelirrojo pecoso que no cesaba de restregarse los ojos, húmedos y desgastados por lágrimas que parecían sinceras y que se deslizaban sin pudor por las mejillas. La joven intentó olvidarse de él, pero no pudo. Se convirtió en testigo involuntario de un hecho que podría experimentar ella en cualquier momento de su existencia: un hombre trajeado y con cierto aire de prepotencia le daba una carta al joven mientras le agradecía los servicios prestados. El hombre, con el rostro compungido totalmente fingido, intentaba disimular una leve sonrisa que a Alexandra se le antojó perversa. El joven asió los documentos con la mirada esquiva. Alexandra se quedó boquiabierta. No soportaba a los jefes autoritarios que disfrutaban humillando al trabajador. En ese preciso instante, la funcionaria se dirigió a ella:

—Lamento la espera —se disculpó.

—No importa —contestó Alexandra sin dejar de mirar al joven pecoso.

La empleada se apercibió de la desazón de Alexandra y no pudo evitar hacer un comentario:

—Se lo ha buscado. Uno no puede pretender pasar por encima de los demás, aprovecharse de su confianza, de sus confianzas y compartirlas para sacar beneficio. Vamos, que no debe lamentarse por él. Le aseguro que si pudiera, yo misma le sacaría los ojos, los vendería en el mercado negro y luego me comería una deliciosa tarta de chocolate.

Alexandra se quedó muda, con los ojos abiertos de puro desconcierto. No podía dar crédito a aquellas palabras, que parecían sacadas de una película de terror. Decidió que era mejor dar carpetazo a la maledicencia de aquella mujer y al rostro desencajado de su compañero, por el que no sentía ni la más mínima aflicción, y centrarse en lo que verdaderamente la había traído hasta allí: la dichosa venta de la antigua casa.

—No hay mucha información de los antiguos propietarios, solamente que era una familia madrileña que decidió deshacerse de la casa que tenían en Gandía para pagar las deudas que acumulaban. El patriarca se llamaba Alfonso Bolívar y su mujer Berta Castiñeira.

—¿Qué negocios tenían?

—Como le he dicho antes, no disponemos de mucha información. Según consta en nuestros archivos, Alfonso Bolívar era empresario, dueño de varios negocios en Madrid y de una pastelería que estaba pasando las de Caín.

—¿Por eso vendieron la casa de Gandía?

—Supongo. A nosotros no nos interesan los quebraderos económicos de la gente.

—Claro. ¿Pero sí recaban información?

—Por supuesto. Antes no lo hacíamos, pero desde hace algunos años nos vemos obligados a ello. No somos agentes de policía, pero —miró de reojo al despacho de su jefe— sí investigamos que las personas que registramos en nuestras oficinas no estén perseguidas por la justicia. Digamos que colaboramos con la policía —le explicó acercándose al oído para no ser escuchada por algún chivato—. En este caso —continuó—, los vendedores de la casa mencionada no tenían ninguna cuenta pendiente con la ley. Ni tampoco el comprador.

—¿Quién era? —Lo sabía perfectamente, pero necesitaba ganar tiempo.

—El famoso doctor Mauricio Beltrán. Supongo que habrá oído hablar de él. Era muy conocido. El pobre falleció en un accidente de tráfico hace un par de años.

—Sí, algo he oído —disimuló.

—Su mujer regenta una de las pastelerías más famosas de Madrid.

—Creo que se llama...

—«Brownie Délisse» —se anticipó la mujer—. Maravillosa, un deleite al paladar. El señor Bolívar también les vendió la pastelería, y el doctor Beltrán la renovó y les ha ido francamente bien. Hace pocos meses abrieron una aquí.

—¿Dónde?

—En la calle Formentera. Pero se llama Dulces Artesanales. No sé por qué cambiaron el nombre. —Se quedó pensativa un rato, elucubrando sobre los motivos de aquel hecho que le parecía sumamente extraño y desconcertante.

—¿A qué altura está del Hotel Robles?

—Veo que conoce bien la ciudad.

—No crea. Es uno de los pocos puntos de referencia que tengo. —Echó otro vistazo a la puerta.

—Pues encontrará la pastelería a unos cincuenta metros, muy cerquita del hotel.

Y como no podía esperar más a su compañero, le preguntó directamente lo que realmente le interesaba:

—¿Podría ver los planos de construcción de la casa y también los del geriátrico?

—Me temo que no podrá ser, solamente pueden acceder a esta información los herederos de la propiedad o la policía, y usted no entra dentro de ese paquete. A no ser que tenga la autorización del comisario o de un juez.

—Está al llegar, se lo aseguro —volvió a clavar los ojos en la puerta. «*Putain, mais qu'est-ce qu'il fait? Il est neuf heures et il n'est toujours pas arrivé!*» (¡Joder, pero qué está haciendo! Son las nueve y todavía no ha llegado!), murmuró cabreada.

—Lo siento —se lamentó la funcionaria.

De repente, la mujer pronunció el nombre de un colaborador habitual.

—¡Leo!

—Aquí tienes la orden, Lola. —Se la entregó.

—Son las normas... Lo sabes —se justificó.

—Claro, mujer, no te apures.

Con la autorización en la mano, Lola se dirigió a un despacho y se encerró en él. Leo aprovechó para disculparse ante Alexandra por su tardanza.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó dejando entrever una sonrisa algo cínica al ver los ojos encendidos de la joven.

—*Ne me parle pas* (No me hables) —le contestó secamente ella para mostrar su enojo.

La puntualidad no era su punto fuerte. De hecho, podía contar con los dedos de la mano las veces que en su vida había llegado a la hora. Ni siquiera cuando ejercía como agente de policía consiguió vencer al tiempo.

—Venga, mujer. No seas rencorosa.

—*Ta gueule!* (¡Cállate!) —exclamó Alexandra mostrando su carácter más agrio.

—Espero que tu abuela no tenga el mismo genio —le contestó con una sonrisa algo irónica.

La mirada de la joven echaba chispas y el detective decidió ignorarla. Una vez formalizado el procedimiento con el sello del responsable estampado en el papel, y hechas las comprobaciones pertinentes, la funcionaria se dirigió a otro despacho donde depositó el documento. Volvió a su mesa e indicó a Leo y a la joven que la acompañaran a otra sala. Recorrieron un largo pasillo enmoquetado —de paredes grisáceas cubiertas con cuadros de pintores contemporáneos de la zona— hasta llegar a unas escaleras, de madera algo abotargada, que descendieron detrás de la funcionaria. Cuando llegaron a la planta, anduvieron otro pasillo, menos luminoso que el anterior, hasta llegar a una puerta de madera maciza que llegaba casi al techo. La funcionaria acercó la mano al pomo y el cierre electrónico saltó automáticamente, empujó la puerta y pasaron a una enorme galería de paredes curvas, donde se guardaban los antiguos planos y contratos de venta de los locales o fincas que habían pasado a manos del ayuntamiento de la ciudad desde mediados del siglo XX.

—Tenemos intención de informatizar todos estos papeles —les dijo recorriendo todo aquel inmenso espacio con la mirada—. Cuando lo hagamos, si lo hacemos —murmuró con tono sarcástico—, será más fácil consultar ciertos datos.

Se adentraron en aquellas estanterías abarrotadas de archivadores de varios colores y olor a humedad. Avanzaron por una de las paredes atestadas de documentos, hasta que la veterana funcionaria se detuvo frente a la sección del archivo que estaba buscando. Aproximó la nariz a las etiquetas codificadas que había sobre el lomo de cada clasificador y se detuvo en uno del medio. Lo asió con cuidado y lo llevó a una de las mesas del centro. Lo dejó encima, se distanció unos metros y se quedó observando como le había indicado su jefe. Este le había dado órdenes expresas de permanecer en la sala en todo momento. No era una cuestión de desconfianza hacia el detective y la periodista, sino todo lo contrario. La autorización que había entregado Leo no solo contenía la firma del comisario, sino también la de un juez. El asunto era serio y de envidia, pensó su jefe al leer el documento.

—Veamos que esconden estas paredes —dijo Leo en un tono jocoso que molestó a Alexandra.

—No es momento para bromas —reaccionó ella.

—Tampoco es necesario echarse a llorar —contestó el detective sin apartar los ojos de los planos.

Concentrados en aquellos documentos —y con las ansias intactas por descubrir algo que los guiara hacia el esclarecimiento de la verdad sobre los

extraños sucesos ocurridos en el geriátrico, que estaban poniendo en evidencia a los cuerpos policiales y de investigación—, el tiempo se les echó encima.

—Aquí no hay nada —dijo Alexandra, que estaba empezando a perder la paciencia entre aquellos papeles después de una hora de lectura en diagonal.

Leo permaneció callado, concentrado en las líneas dibujadas de las habitaciones de aquella casa antigua que ya no existía. Alexandra se tocó la frente para quitarse el sudor; el calor de aquella sala empezaba a incomodarla. Clavó su mirada en los estantes colmados de archivadores. Leo seguía enfrascado en los planos de la casa de Alfonso Bolívar y en los de la clínica geriátrica, recorriéndolos con sus dedos alternativamente, convencido de que hallaría respuestas. Alexandra se levantó, sentía hormigueo en las piernas. Caminó quejumbrosa por la sala. Leo se irguió y se quedó pensativo durante unos segundos. Lola se acercó a él. De súbito, el detective le preguntó:

—¿Cuántas plantas tiene el geriátrico?

—Además de la planta baja... a ver... —La funcionaria echó un vistazo al plano—. Tres —respondió finalmente.

—¿Estás segura?

—Es lo que aparece en el plano —reiteró Lola.

—Creo que también hay un sótano —intervino Alexandra—. Mi abuela me ha contado que ha visto bajar muchas veces a Fátima y a Consuelo. Seguro que guardan allí el material de limpieza, alimentos...

Alexandra observaba desconcertada a Leo. El joven detective parecía haber entrado en trance, estaba totalmente meditabundo. No paraba de tocarse la barbilla con la mano derecha, sin desviar su mirada del plano.

—¿Qué pasa? —le preguntó inquieta.

—Hay dos —soltó de repente Leo.

—¿Dos qué?

—Dos sótanos.

—Eso es imposible —aseguró Lola—. No se pueden construir dos sótanos sin poner en peligro todo el edificio. Solo un descerebrado haría algo así.

—Pero ese segundo sótano —intervino Alexandra, que se había acercado a la mesa— aparece en el plano...

—De la casa —le aclaró Leo—, pero no en el otro plano...

—Del geriátrico —terminó la frase la joven periodista, que había clavado

la mirada en los dos planos.

El silencio invadió la sala donde se encontraban.

—Es increíble que el doctor Beltrán se atreviese a levantar un edificio tan grande encima de un doble sótano de estas dimensiones —intervino Alexandra recorriendo con los dedos toda la extensión del sótano, que abarcaba el jardín, y algo más, intuía Leo.

—Imposible —insistía Lola—. No se puede construir un edificio de tres plantas con doble sótano sin apuntalar bien y asegurarse de que toda la estructura resista. Y si hubiese decidido derrumbarlo, lo tendría que haber comunicado al ayuntamiento para que un perito hiciese un informe de la conveniencia o no. Un acto así podría afectar al resto de las construcciones cercanas.

—Hablas como una experta —le insinuó Leo dejando escapar una leve sonrisa de complicidad.

—Yo no. Mi padre era arquitecto.

—Sé que el doctor Beltrán —añadió la periodista— hizo construir el geriátrico destruyendo todos los cimientos de la antigua casa de Bolívar, considerada por los expertos una joya modernista. Por tanto, cualquier arquitecto se hubiese dado cuenta de la existencia de ese doble sótano.

—Exacto. Además, no creo que el prestigioso doctor deseara destruirlo —afirmó Leo—. Todo lo contrario. Por razones que desconocemos creo que le interesaba conservarlo sin que nadie lo supiera.

—Ya, pero si el doctor Beltrán conocía su existencia, posiblemente su mujer también lo supiera —conjeturó Alexandra.

—Eso lo tendrán que averiguar ellos —añadió el detective sin nombrar a su abuelo y a la doctora Lambert delante de Lola. Era demasiado lo que había en juego para correr riesgos innecesarios.

—Una residencia construida en las ruinas de una antigua casa perteneciente a un empresario en quiebra. Lo más extraño de todo es que la misma persona que compra la casa se queda con su pastelería. No sé. Muy desesperado tenía que estar ese tal Bolívar —dijo Alexandra.

Leo seguía dándole vueltas a la cabeza. Fijó otra vez la mirada al plano de la casa y, de repente, le vinieron a la memoria hechos históricos que le sobresaltaron.

—Es mucho más que un sótano, estoy casi convencido de que se trata de un túnel —afirmó—. ¿Podemos ver los planos de las construcciones de las casas colindantes a partir de 1936? Sería interesante compararlos con los

planos de los chalés que hay en la urbanización.

—Creo que tenemos algo por aquí. A ver...

Lola se alejó unos metros del detective y de la periodista. De pronto, se detuvo a medio camino al recordar que esos documentos en cuestión se encontraban fuera del edificio.

—Chicos, tengo que consultar en otra parte del Archivo Histórico Municipal, que no se encuentra, precisamente, aquí abajo. Vuelvo enseguida.

La funcionaria los dejó solos durante un largo tiempo, el suficiente para que Alexandra se percatase de que a su amigo el detective algo le preocupaba y, como de costumbre, silenciaba. «La maldita prudencia de los policías», pensó.

—¿Qué se está cociendo en esa cabeza? —le preguntó con cierto tono sarcástico.

—Los secretos de este país.

—No entiendo. ¿A qué te refieres? —se interesó la joven periodista.

—Durante la Guerra Civil, en muchas ciudades españolas se cavaron túneles para proteger a la población; verdaderos búnkeres de los que muy pocos conocen su existencia. —Alexandra se quedó perpleja—. En Madrid, por ejemplo, hay un laberinto kilométrico bajo tierra entre galerías que unen El Retiro con Atocha y pasadizos que te llevan al mismo Palacio Real o a la emblemática plaza de Cibeles. Incluso, entre 1936 y 1939 se creó una sede subterránea del Estado Mayor del Ejército republicano.

—*Mon Dieu!!*

—De hecho, gran parte de la vida en Madrid se desarrolló bajo tierra. Las estaciones de metro se convirtieron en hospitales de campaña, refugios o polvorines. Los explosivos no solo se distribuían a través de los corredores del metro, sino también a través de dichos túneles; por ejemplo, en la Ciudad Universitaria para traspasar las líneas y minar objetivos al otro lado del frente.

Alexandra tragaba toda aquella información, ansiosa por conocer los misterios de una guerra que de niña había escuchado infinidad de veces de los labios de su abuela cuando esta compartía con ella aquellos recuerdos; pocos, los que conservaba intactos en su memoria, la mayoría dolorosos, los mismos que durante toda su juventud la habían desvelado numerosas noches.

—¿Y esos túneles solo fueron construidos por el bando republicano?

—Claro que no —le aclaró Leo—. La proximidad de las líneas de ambos bandos, en algunos puntos a ciento cincuenta metros, y lo apto del terreno

propiciaron que los dos contendientes utilizaran la denominada guerra de minas.

—¿Guerra de minas?

—Como oyes.

—*Incroyable!!* —murmuró la periodista clavando los ojos en los planos de la casa de Alfonso Bolívar.

—Era una técnica militar —continuó el detective— que consistía en la excavación de túneles hasta llegar bajo tierra a puntos fortificados del enemigo, para hacerlos saltar por los aires con una carga de abundantes explosivos. Incluso en la Alameda de Osuna, en la llamada Posición Jaca, se construyeron búnkeres y pasadizos secretos por orden del general Miajas...

—El mismo que participó en la guerra del Rif —lo interrumpió Alexandra— y uno de los militares clave durante la guerra civil española.

—Vaya... Conoces parte de nuestra historia —reaccionó sorprendido.

—Más de lo que supones. El general Miajas fue el jefe de la Junta de Defensa y tomó parte en conocidas batallas como las del Jarama, Guadalajara o Brunete. Cuando terminó la guerra, se exilió durante un tiempo a Francia, mi país. —La joven le clavó la mirada—. Te recuerdo que mi abuela también fue una exiliada republicana.

A Leo se le escapó una sonrisa. Alexandra se la devolvió.

—Pues, para tu información, te diré que ese es quizá el enclave subterráneo más recorrido hoy en día. Discurre bajo el parque del Capricho, a unos diez metros de profundidad, donde estaba el último baluarte del mando republicano antes del fin de la guerra...

—El 1 de abril de 1939.

—Exacto, mi francesita.

—Deja de mofarte de mi origen y cuéntamelo todo.

—A partir de ahora te voy a llamar *señorita impaciencia*.

Alexandra le regaló un rictus de seriedad que Leo contempló en sus carnosos labios, tan rojos y sabrosos como sus mejillas.

—La periodista gana —le soltó el detective con marcada ironía.

—Por lo que más quieras, cuéntame más antes de que llegue tu amiga la funcionaria.

—No sé si te he comentado que mi abuelo trabajó para el servicio de inteligencia español y conoce perfectamente la existencia de esos túneles.

—¡¡No!! —exclamó descreída.

—Pues sí. En una ocasión me contó que estas galerías conectaban

también con las trincheras entre los distintos frentes y servían de vía de comunicación con el resto de la ciudad. Según los propios archivos militares, se hablaba de centenares de kilómetros de pasajes enladrillados, con bóvedas y corredores, además de conducciones para el agua, la electricidad y las evacuaciones. Los techos podían alcanzar hasta dos metros y medio de altura.

—*Ma mère!!*

—Y eso no es todo. Según mi abuelo, en el Archivo Histórico Militar hay documentos en donde se detalla, por ejemplo, una relación de refugios y minas existentes en diferentes fincas urbanas de Madrid, algunos de ellos excavados por el propio vecindario.

—*Ce n'est pas vrai!* —murmuró la joven sorprendida por toda la información que estaba recibiendo gratis, sin necesidad de utilizar sus dotes persuasivas para convencer a su fuente. Sin duda, tenía ante sus ojos un gran reportaje histórico con el que podría satisfacer a su jefe de *Le Monde*.

—¿Y qué otras ciudades también tienen túneles?

—Muchas: Almería, Castellón, tu querida Barcelona...

—¡¡No!!

—Sí. Y seguramente te mueres por saber lo que hay debajo de ella...

—¡Habla de una vez! —le dijo impaciente.

—El subsuelo de Barcelona esconde numerosos refugios construidos durante la Guerra Civil. Se desconoce el número real, pero podría alcanzar la friolera cifra de dos mil...

—*Incroyable!!* ¡Toda una ciudad subterránea!

—La culpa la tuvo su ubicación estratégica. Fue objetivo de los ataques de la aviación fascista italiana y alemana que colaboraban con las fuerzas sublevadas contra la República. La ciudad fue uno de los primeros escenarios de bombardeos sobre la población civil contra objetivos no militares.

—Si no recuerdo mal, también Madrid y Guernica fueron brutalmente bombardeadas —interrumpió Alexandra.

—Cierto, pero mientras estas dos ciudades estaban cercanas al frente de guerra, Barcelona se encontraba en una posición de retaguardia —le aclaró el detective—. Se tomaron decisiones sobre la marcha.

—Entiendo.

—Por eso —continuó Leo—, antes de que sucedieran los bombardeos, se concienció a la población sobre la amenaza y se construyeron unos treinta refugios. La Generalitat de Cataluña se ocupó del tema desde la Junta de Defensa Pasiva y encargó a un joven ingeniero el diseño de un sistema que

permitiese a la población refugiarse de los ataques aéreos. La solución más efectiva que el ingeniero encontró en aquel momento fue bajo tierra, a unos diez o doce metros, a los que se podía acceder a través de la escalera de un bloque de pisos o desde la misma calle. Eran más que simples refugios: se trataba de construcciones capaces de resistir la fuerza de las bombas y de la onda expansiva de la metralla.

»Al principio, fueron objeto de burla porque nadie se podía imaginar que Barcelona fuese víctima de ataques aéreos. Se empezaron a disponer alarmas de aviso por la ciudad y se repartieron folletos de qué hacer en caso de bombardeos. No tardaron en descubrir la resistencia de aquellos refugios cuando, el trece de febrero del treinta y siete, el cielo lloró bombas y Barcelona vivió el primero de los ciento noventa y dos ataques que sufrió durante toda la contienda.

—*Mon Dieu!!*

—Aquellos primeros treinta refugios quedaron ridículos ante la magnitud de los muertos y la población empezó a construir por cuenta propia otros muchos, que se fueron registrando.

—¿Los propios civiles construyeron los túneles?

—Eso es. Pero como los recursos eran escasos y las personas más fuertes estaban en el frente, fueron los ancianos, las mujeres y los niños quienes, mayoritariamente, se movilizaron para crearlos. Muchos de estos refugios fueron supervisados por el propio joven ingeniero. Por ejemplo, el que se construyó en la plaza del Diamante tenía capacidad para unas trescientas personas y dos accesos, uno en cada lado de la plaza, con distintas escaleras para ordenar y conducir el flujo de vecinos hacia las galerías, donde aguardaban durante los bombardeos. En la pared colgaban lámparas de aceite o de queroseno y el humo escapaba gracias a dos pozos de ventilación, el único contacto con el mundo exterior. El refugio también contaba con una instalación eléctrica y algunas bombillas. Todavía se conserva y puede ser visitado, como el refugio 307 y el de la plaza de la Revolución. Se tiene constancia de unos mil cuatrocientos refugios registrados, pero algunos expertos en la materia aseguran que podría haber muchos más, como ya te he dicho antes.

—¿Y cómo es posible que se hayan conservado después de tanto tiempo?

—Porque la mayoría de estos refugios fueron revestidos con ladrillos y se construyeron haciendo uso de la *volta catalana*, una técnica arquitectónica

usada en Cataluña para hacer los arcos más robustos y anchos. De este modo, el pasillo podía ser más amplio y a lo largo de este había espacio para bancos a ambos lados. Así la gente que se refugiaba en ellos podía esperar sentada.

—No puedo imaginarme encerrada bajo tierra durante horas...

—Eso no lo sabes.

—Sí, sí lo sé. Creo que no lo resistiría. ¿Y cuánto tiempo esperaba la gente en los túneles?

—Normalmente un par de horas, que era el tiempo que duraba el ataque y también la batería que abastecía de electricidad el subterráneo. Además, durante los ataques se cortaba el suministro eléctrico de la ciudad para que desde los aviones no pudiesen identificar sus objetivos. Se trataba de destruir monumentos históricos, entre otras cosas, que tenían como intención final desmoralizar a la población, crear un clima de desconcierto y abrir un nuevo frente de guerra interno.

—¿Y cómo podían saber que se acercaban los aviones? En aquella época todavía no había radares; si no recuerdo mal, estos fueron utilizados por primera vez en la Segunda Guerra Mundial...

—Es verdad, no había radares, pero sí *oteadores* que patrullaban mar adentro con el cometido de observar el cielo y, en caso de ver aviones, activaban la alarma que avisaba a toda la ciudad. A partir de ese instante, la población tenía entre uno y dos minutos para llegar al refugio antes de empezar el ataque. Los túneles tenían varias entradas, porque una única hubiera sido un cuello de botella, más aun teniendo solo hasta dos minutos para acceder; y, además, por prevención, porque en caso de derrumbe y colapso de una puerta se podía salir por otra.

—Aquí está todo lo que he encontrado —les dijo Lola—. Lamento la espera —se disculpó—, pero he tenido que pedir autorización para poder sacar todos los documentos que necesitáis; mi jefe, incluso, ha hablado con el propio comisario Galván y este le ha dejado claro la importancia de la investigación. —Depositó los documentos en la mesa con sumo cuidado.

—Eso quiere decir que nos los podemos llevar —concluyó Alexandra.

—Claro.

—Perfecto —dijo Leo—. Pero antes de marcharnos quiero saber que nos traes...

—Los planos de construcción de las casas más próximas a la de Alfonso Bolívar, los planos de los chalés de la urbanización y un estudio realizado en 1991 por el Centro Excursionista de Gandía titulado *Los Túneles del subsuelo*

de Gandía que, si no me falla la memoria, fue un encargo del propio Departamento de Urbanismo.

—¿Y? —interrumpió Alexandra mostrando su impaciencia.

—Pues que el doctor Beltrán tenía muy buenas amistades en ese departamento —le aclaró Lola.

—Así que la compra de la casa de Alfonso Bolívar no fue el capricho de un hombre apasionado por las construcciones antiguas... —añadió Leo.

—Sino toda una estrategia —terminó la frase Lola, cuya mente iba tan rápida como la de los protagonistas de *NCIS Investigación Criminal*, su serie preferida.

—Y lo más interesante es que me temo que el propio Bolívar no tenía ni idea de lo que escondía su casa —conjeturó el detective—. De haberlo sabido habría subido el precio o, quien sabe, no la hubiese vendido.

—¿Estás insinuando que el doctor Beltrán construyó su geriátrico sabiendo que lo hacía encima de un túnel subterráneo de la guerra?

—*Voilà!!* mi francesita —exclamó emocionado el detective tocándole el mentón a la periodista. Lola enarcó las cejas ante el gesto cariñoso de su amigo hacia la joven.

—Eso quiere decir que debajo de ese supuesto túnel...

—Podrían estar las respuestas que necesitamos —la interrumpió el detective— para cerrar...

—Definitivamente este caso —se anticipó Alexandra a los pensamientos de Leo—. Tal vez los cuerpos de todos los desaparecidos...

—¡Dios no lo quiera! —exclamó la funcionaria con el estómago encogido.

—Veamos lo que hay —dijo el detective totalmente emocionado por la información que les estaba suministrando su amiga.

Extendió los planos en la mesa y recorrió con los dedos cada chalé, trazando líneas que convergían todas en una misma dirección: la casa de Alfonso Bolívar.

—*Mon Dieu!!* —exclamó estupefacta la periodista—. Es un túnel...

—Kilométrico —terminó la frase Leo.

—No me lo puedo creer. ¡Es toda una ciudad subterránea! —resumió Lola completamente desconcertada.

—¿Podríamos saber quiénes son los propietarios de todos los chalés de la urbanización? —preguntó el detective.

—Un momento. Son muchos. —Introdujo los dedos en otra carpeta—. A

ver... —Sacó los documentos y los extendió encima de la mesa—. Creo que son estos, pero no os los podréis llevar, aunque sí anotar la información que necesitéis.

—Veamos que tenemos aquí.

Mientras Leo echaba un vistazo a los documentos de cada propiedad y fotografiaba los planos, Alexandra anotaba los datos de las personas que aparecían en ellos, incluso números de teléfono y correos electrónicos.

—Espero que no estemos violando ningún derecho —dijo la joven.

—Hemos entregado una orden judicial —le recordó Leo.

Alexandra se quedó algo más tranquila. Había llegado muy lejos en su trabajo como para arriesgarse a perderlo por una torpeza burocrática. Cuando terminaron, Leo le devolvió a Lola los documentos de propiedad de los chalés. Después, dobló cuidadosamente los planos de la antigua casa de Alfonso Bolívar y los de la clínica geriátrica. Le clavó la mirada a Lola.

—Te prometo devolvértelos intactos.

—Más te vale, porque si los extravías o sufren algún tipo de accidente... la única cabeza que rodará será la tuya, querido. Palabras textuales de tu amigo el comisario.

El detective la besó en la mejilla y guardó los documentos en la carpeta que le había entregado Lola minutos antes. Alexandra le agradeció el gesto a la funcionaria. Abandonaron la sala y se despidieron de ella al llegar al rellano de la planta baja. Leo se dirigió a la comisaría, debía informar a Galván del sorprendente hallazgo, y Alexandra decidió regresar a casa. Estaba tan excitada por lo que habían descubierto que no había reparado en la hora y, por consiguiente, a quién iba a encontrarse en ella.



# EL TÚNEL

*Nueve horas y cuarenta y cinco minutos en el interior*

Podía oler su piel y oír su aliento. Enrique, a veces, respiraba con dificultad, sobre todo cuando se fumaba a escondidas medio paquete de cigarrillos. Por eso su piel —y su ropa— desprendían ese olor a nicotina que tanto me molestaba. Margarita se lo consentía todo. Ella seguía observándome desde la distancia, detrás de mí, intentando quebrar mi fortaleza, hasta que se cansó y cambió de lugar. Se colocó frente a mí y me observó con una sonrisa cínica dibujada en su rostro. Sus ojos grises se clavaron en los míos con inaudita frialdad. Aquella mirada me produjo un escalofrío indescriptible. Me recordaba a la de Maud, la hija de una guardiana nazi que se creía dueña de Erna.

—Gregorio se equivocó al traerla aquí. Dudo que nos pueda servir de ayuda en nuestra investigación.

—¿Se refiere al proyecto Ares?

La doctora Ballesta se quedó callada. Se acercó, agarró una silla y se sentó a mi lado cruzando las piernas.

—Déjame a solas con ella —le dijo a Enrique en alemán.

—No creo que sea buena idea —le contestó él en el mismo idioma.

—Me importa una mierda lo que tú creas. ¡Largo!

Enrique torció el gesto. Se dirigió a la puerta sacudiendo la cabeza y mascullando insultos en alemán que la doctora Ballesta oyó sin variar un ápice el rictus de calma que irradiaba su rostro. Cuando cerró la puerta tras él, ella compartió conmigo el pensamiento que se le había cruzado por la cabeza mientras Enrique la vilipendiaba:

—A este mentecato se le han acabado sus privilegios. Ya me tiene harta.

—¿Qué está pasando aquí?

—La creía más inteligente. Tanto prestigio y reconocimiento profesional y no es capaz de ver la evidencia. ¿Quiere saberlo?

—¿Están utilizando a ancianos como cobayas para el proyecto Ares?

—¿De verdad cree que le voy a revelar esa información?

—¿Fingieron sus muertes y las desapariciones?

—¿Por qué está tan convencida de que se lo voy a contar?

—Porque me necesitan.

—Es usted más vanidosa de lo que imaginaba. Aunque me duela, he de reconocer su talento. Espero que sepa utilizarlo también para ayudar a los seres que tanto ama y ayudarse a sí misma.

En aquel instante no me di cuenta a qué se refería con la última frase. Estaba demasiado preocupada pensando en cómo salir de allí. Entonces se levantó de la silla y se quedó de pie. Necesitaba sentirse poderosa. Me clavó una mirada perversa.

—¿No piensa preguntarme por ellos?

Al principio estaba convencida de que se refería a los ancianos de la residencia, pero aquella sonrisa cínica me llevó a creer que se trataba de personas muy cercanas a mí. El corazón me dio un vuelco al pensar en mi nieta y en Fernando.

—¿Qué han hecho con ellos? ¿Dónde están?

—¿Cree que voy a perder mi tiempo en calmar su corazón?

—Quiero hablar con el doctor Espinosa.

—No sufra. Pronto podrá disfrutar de su compañía.

—No les ayudaré en nada si no me garantizan que mi nieta y Fernando se encuentran bien.

La doctora Ballesta soltó una carcajada.

—¿No sabe quién soy, verdad? No puede ser que no me recuerde. —  
Hizo una mueca escéptica.

Sus carcajadas, impregnadas de odio, retumbaron en las paredes de aquella sala y me hizo temblar. Por un instante me vi atravesando la plaza de recuento del campo en dirección a la fábrica de confección. Y también apareció, de repente, la imagen de una niña pecosa que jugaba con Erna cuando me dirigía con mis compañeras a cumplir con mis obligaciones de rea. Y mientras aquellos recuerdos volvían e invadían impunemente mi cabeza, la doctora me desató las manos y arrugó el entrecejo al comprobar que las cuerdas estaban algo flojas. No hizo ningún comentario. Me miró de soslayo y me indicó que la acompañase.

La seguí hasta el armario partido en dos mientras me frotaba las muñecas con las manos. Lo atravesamos y en su interior avanzamos por una galería abovedada e iluminada, hasta que escuchamos el zumbido de un motor eléctrico. Entonces, ella posó la mano en una parte del muro y una escalera mecánica apareció desde las profundidades de aquel suelo. Me obligó a

descenderlas primero y lo hice con la respiración entrecortada. Y al llegar al final no pude evitar sobrecogerme al verlos a todos ellos, sonrientes, embutidos en batas blancas que les cubrían las rodillas.

Ella me observaba silente, desde el fondo, con la mirada perdida en mis ojos.

## Recuerdos silenciados

*Febrero de 1945*

Y al verme hundida en la misma miseria, se regocijó. Entonces le agarró la mano a Erna y se la llevó lejos de mí. Maud era la hija de una guardiana que se sentía condenadamente sola en aquel agonizante lugar donde las almas deambulaban perdidas en el aire, como ráfagas de viento salvaje que protestaban por hallarse atrapadas en la oscuridad.

Aunque intentaba olvidarme de Erna, mis ojos no podían evitar fijarse en sus cabellos dorados e imaginarme el olor a jabón que desprendía su cuerpo al pasar. Ella tampoco pudo evitar que de sus labios se escapase una leve sonrisa escondida de la mirada recelosa de Maud. Y mientras las presas nos dirigíamos a nuestras opresivas y extenuantes tareas, ellas jugaban gozosas delante de nuestras narices. Eso fue lo que me soltó la Libertaria que caminaba pegada a mí. «Te lo advertí, pero te tragaste sus mentiras y ahora, como no le sirves para nada, te devuelve al estiércol», me dijo regodeándose. «Quién sabe... Tal vez esta noche se presente el joven nazi, te saque del barracón por los pelos y te viole en la plaza delante de todos ellos. —Su respiración se aceleró—. Sí. Eso podría suceder y nadie, óyeme, moverá un dedo por ti». Escuché todas aquellas barbaridades, que me lanzó rabiosa, con el amargor de la traición agujereándome la garganta.

Pero no derramé ni una sola lágrima.

En el interior de la fábrica me coloqué frente a la misma máquina que había compartido con mi madre, entre Olga y Marie, y eso hizo que no me sintiese abandonada a mi suerte. A veces me miraban de reojo para infundirme valor. Aquellas miradas esquivas las recibía como caricias de pétalos sin flor. Y cada vez que el desánimo me invadía, ellas estaban allí para recordarme quién era yo y por qué debía seguir luchando. Entonces mis dedos volaban entre los hilos de aquellos tejidos y zurcían sin descanso.

Un mes sin saber nada de Erna hizo que recobrase mi lugar y la conciencia como presa. Pero olvidarla... Olvidarla nunca pude. Ni siquiera el tiempo dinamitó aquel recuerdo. A su madre la vi en dos ocasiones. La primera vez no tuvo valor de mirarme a los ojos. Pasó delante de mí como un espejismo cuando salíamos de la fábrica. La segunda, nos sirvió las sobras de

nuestras carceleras. En esa ocasión, se fijó en mis manos llenas de cortes y callos, y yo en su mirada, mustia y afligida, de una madre angustiada. Me rozó con sus dedos y sentí su calor. Me entraron ganas de hablarle, pero ella me indicó con la cabeza que no lo intentase. La Binz nos observaba desde el fondo del comedor como un águila acechando a su presa. Entonces comprendí que el peligro las rondaba a ellas también.

Una tarde, mientras nos encaminábamos en fila india a nuestras tareas, nos cruzamos con Erna y Maud y, al pasar junto a ellas, la hija de Heike me rozó la mano con sus dedos. Ella tampoco me había olvidado. Aquel contacto fue la señal que necesitaba para no sentirme sola, para anidar la esperanza de reanudar aquella insólita amistad.



## Capítulo 16

### *Un día antes de la entrada al túnel*

*Clínica geriátrica, 16 de septiembre de 2015*

Después del desayuno, los residentes disfrutaban de sus actividades de esparcimiento en el salón principal. Algunos habían decidido pasear por el jardín o leer algún libro que les entretuviese y les hiciese olvidar la soledad de sus corazones. Todos se encontraban en la planta baja, salvo Eulalia y Fernando, que, junto a Fátima, habían tomado la decisión de entrar en cada una de las habitaciones de los ancianos para descubrir quién podría ser la siguiente víctima.

Mientras Fernando registraba los cuartos de Dolores y de María —una anciana enferma también de alzhéimer a la que le habían asignado la cama de Pilar—, Eulalia y Fátima echaban un vistazo a los medicamentos que había en los cajones de las mesillas de Lourdes y Mariano, la pareja dicharachera del centro. No debían demorarse mucho porque algunos ancianos preferían leer un rato en sus habitaciones antes del almuerzo. Una hora y media. Ese era todo el tiempo de que disponían para recorrerse las veintiocho que había en las dos plantas.

Acabaron exhaustos y decepcionados. No hallaron nada que les alertara. Solo les quedaba una. Eulalia y Fátima entraron al cuarto de Aurora mientras Fernando vigilaba en la puerta. La joven se acercó a la mesilla, la abrió despacio y asió los medicamentos que había en el interior. Acto seguido los volcó encima de la cama y empezaron a leer los componentes químicos, hasta que la doctora Lambert cogió uno y se lo enseñó a la joven. «Nitroglicerina sublingual», dijo en voz alta. El mismo medicamento que le habían prescrito a ella para la angina.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó inquieta Fátima cuando Eulalia le informó de que Aurora podría estar en peligro. La doctora Lambert se oía lo peor. No quería aceptarlo, aun así sabía que no podría disimular. Por eso compartió aquel tormentoso pensamiento con Fátima y Fernando.

—A mí también me han prescrito el mismo medicamento —les confesó

—. La única diferencia es que ella no toma ningún antidepresivo y yo sí. Me temo que me han descubierto...

Por primera vez en su vida, a Fátima no le salieron las palabras. En el fondo era consciente de que aquella anciana no se equivocaba. No pudo evitar sentir lástima por ella. Fernando abandonó la vigilancia y se acercó a Eulalia.

—Ha llegado el momento de avisar a la policía y de que te marches de aquí, ahora mismo y sin rechistar —le dijo apretándole con fuerza las manos.

—No pienso dejarte solo.

—¿Se ha vuelto loca? —espetó la joven—. No puede quedarse. Su vida corre peligro.

—La de Aurora también. Así que no insistáis.

Fátima, incrédula ante la temeridad de la anciana, se puso las manos en la cabeza. Se le daba bien esquivar golpes físicos y verbales, pero todavía no había conseguido gestionar algunas emociones, las que iban directas al corazón. Cuando este sufría un revés, las palabras se le amontonaban en la cabeza y se sentía incapaz de pronunciarlas. Tenía la extraña sensación de que se le atragantaba, en ese preciso instante, la vida.

—¿Habla en serio?

—Completamente, jovencita. Creo que ha llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa.

Fernando asintió, callado, sin dejar de mirar a Eulalia. Fátima no podía creer que aquellos dos ancianos que tenía delante estuviesen dispuestos a arriesgar sus vidas para esclarecer aquel misterio que le afectaba solo a ella. Por eso se vio en la necesidad de sincerarse con ellos, pero Fernando se anticipó.

—Fátima, quiero que sepas que mi estancia en este lugar no es fortuita. Ingresé en la residencia para investigar la muerte de mi amigo Santiago y no pienso marcharme de aquí sin haberlo conseguido. Tú no lo conociste. Empezaste a trabajar después, pero seguro que te han hablado de él. Eulalia no va a marcharse y yo tampoco. Pero los dos no podemos hacer nada sin tu ayuda. Te necesitamos. Tienes una relación especial con Salvador... — Fátima se ruborizó— y eso nos podría ayudar a descubrir la verdad.

Aquella revelación le provocó a Fátima calambres en las piernas y se frotó las rodillas con las manos para sacudirse el miedo que empezaba a penetrar en sus huesos. Era como si, de repente, fuese consciente de alcanzar su objetivo después de tanto tiempo persiguiéndolo: averiguar quién había

matado a Santiago, el hombre con más coraje que había conocido en la vida. Y ahora, precisamente ahora, había descubierto que aquel anciano de mirada sincera y ella tenían más cosas en común de las que nunca hubiese imaginado.

No debía esconder más su secreto.

—Yo tampoco estoy aquí por una cuestión mercantil —le dijo dejándolo boquiabierto—. La rabia está destrozándome por dentro. Necesito descubrir al asesino o asesinos de mi padre.

—¿Tu padre?

—Santiago era mi padre.

Fernando se quedó mudo durante unos segundos. Recordó que Santiago le había mencionado una vez que se había vuelto a casar, pero en esa ocasión con una mujer mucho más joven que él, de origen marroquí, y que fruto de aquella relación, que la convivencia destruyó, nació una hija. Pero Aicha se la llevó a Tánger cuando se divorciaron y Santiago apenas la veía. Solo en contadas ocasiones, las suficientes para que Fátima supiese quién era su padre y disfrutase de su compañía. No pudo controlarse. Se acercó a ella y la abrazó con ternura.

—Te prometo que atraparé al cabrón que lo ha matado —le susurró.

—Lo haremos juntos —le dijo ella absorbiendo las lágrimas.

—Los tres —añadió Eulalia, que los observaba con los ojos también húmedos.

### *Al mediodía...*

El viento empezaba a soplar con rabia. Calles desérticas, plazas solitarias, cafeterías atestadas de seres hambrientos. La intensa lluvia que caía a esas horas hizo que muchos ciudadanos decidiesen refugiarse bajo un techo. En el chalé de la doctora Lambert, Alexandra intentaba recomponer mentalmente las piezas de aquel misterioso puzzle mientras se duchaba con agua tibia. Apenas se secó el pelo. Se puso una camiseta descolorida y una falda corta que se resistía a tirar por lo cómoda que le resultaba. Anduvo con lentitud por el suelo del dormitorio, que notó frío bajo sus pies descalzos. El pelo húmedo se le pegaba al cuello. Estaba disfrutando de la libertad de no tener que preocuparse por mantener el orden que obsesionaba tanto a Pilar. Se dirigió a la cocina y rescató una cerveza del frigorífico. «Túneles subterráneos que conectan toda una urbanización», se decía recordando lo que habían

descubierto en el registro. Todavía no había tenido tiempo de informar a su abuela. Así que cogió el móvil y le envió un largo mensaje contándole aquel hallazgo. Luego, se encaminó hacia el salón y se sentó con las piernas cruzadas en uno de los sillones, apoyando la cerveza sobre una rodilla. «¿Y si todos los ancianos desaparecidos están enterrados en su interior?», se preguntó después de dar un trago a la cerveza. De pronto, sonó el timbre de la puerta. No esperaba a nadie. Leo le aseguró que la reunión con el comisario se alargaría. Alexandra se acercó inquieta a la cámara de seguridad que había instalada en el propio *hall* para saber quién era. Cuando lo vio, no pudo contener la emoción.

—¡Papá! —Se abalanzó a su cuello al abrir la puerta—. Creí que no vendrías, que el trabajo...

—¿Pensabas que iba a olvidarme de vosotras después de nuestra última conversación? —le dijo apretándola con fuerza entre su pecho. Todavía recordaba la última vez que lo hizo.

—Pero entra. No te quedes en la puerta.

—¿Dónde está Pilar? —preguntó algo molesto al ver el desorden que había en el salón.

—Le he dado unos días para que los disfrute con sus hijos. Apenas pasa tiempo con ellos y son vacaciones.

—Y me temo que hasta que ella regrese... me tocará cocinar —soltó con cierta resignación.

—Si te parece, hoy podemos hacer una excepción y comer fuera.

—Alex, me apetece estar en casa. Llama a algún restaurante que conozcas bien y que nos traigan la comida aquí.

Se dejó caer en el sillón que había junto a la lámpara de pie y la mesita redonda de roble.

—¿Alguna preferencia?

—Lo que sea.

—Hay un bar en la playa que prepara unas enchiladas y unos tacos mexicanos que están de muerte. Puedo traer también calamares y almejas a la marinera.

—Como sigas hablando de comida me voy a desmayar.

En ese preciso instante vibró el móvil de Alexandra. Era Leo, que salía de la comisaría después de informar al comisario sobre la investigación y deseaba comer con ella en un buen restaurante. Pero ella le propuso otro plan.

—Acabo de invitar a un amigo a casa. Pronto llegará. Es detective y está

al corriente de todo. Yo voy a salir un momento y de camino traigo la comida. ¿Te parece bien?

—Estupendo. Aprovecharé para darme una ducha y cambiarme de ropa. Pero antes de que te marches quiero que me digas cómo está tu abuela.

—Bien, dentro de la gravedad. Le han detectado una angina y se empeña en llegar hasta el final en esa investigación.

—Pues, entonces, tendremos que ayudarla a resolver este caso.

Alexandra suspiró resignada. Asió las llaves del coche y salió con un rictus de marcada preocupación en el rostro.

### *A esa misma hora en la clínica geriátrica...*

Eulalia no podía dejar de contemplar los pensamientos de color violeta que rodeaban algunas petunias, crisantemos y tulipanes azules que embellecían la fuente del jardín. Un paisaje lleno de vida, idílico y mágico, que contrastaba con el ambiente agónico que había en aquel lugar. Entonces le vino el recuerdo de su llegada a Ravensbrück, el día que vio por primera vez aquellas casitas de colores donde vivían sus carceleras.

—¿Preocupada? —le preguntó Fernando.

Eulalia suspiró.

—Un poco —le respondió ella con un halo de inquietud en la mirada.

Morir no le daba miedo. Vivir sin recuerdos le aterrorizaba. «Tal vez lo mejor era acabar con todo, finiquitar su vida definitivamente», pensaba Eulalia. El futuro se le antojaba cruel, demasiado para soportarlo. ¿Para qué esperar a que sus recuerdos la abandonasen para siempre? Tendría que vivir sin ellos, convertida en un cuerpo mórbido, silencioso a veces, irritante otras. Una pesada carga para sus hijos y nietos. Prefería morir a vivir sin recuerdos. La doctora Lambert contuvo las lágrimas y esbozó una sonrisa de fingida serenidad. Fernando le devolvió una mirada tierna.

—Tienes que dejarte querer, que se preocupen por ti.

Eulalia alzó la vista hacia la estatua de la mujer encorvada que decoraba la fuente. Le apretó la mano a Fernando y se la llevó a la cara. Necesitaba sentir el calor de aquella piel curtida, tan parecida a la de su querido Patrick.

—Tu nieta...

—Lo sé.

—Está muy preocupada... Deberías dejar este lugar y estar con ella.

—Debería. Pero no lo haré. —Le soltó la mano y se levantó. Él también lo hizo.

—Tienes una angina de pecho y aunque los médicos creen que puedes hacer vida normal, no estás para aventuras —le recordó—. Sé que de ánimos no andas bien. Así que no finjas más. Yo tampoco lo haré contigo.

—No es solo la investigación, es todo esto que me rodea.

—Lo sé. Es el ambiente rancio de este centro el que te tiene atrapada como a un imán. A mí también me pasa.

—No es eso.

—¿Entonces?

—No tengo miedo a morir —se sinceró Eulalia—. Pero no podría vivir sin ser consciente de vivir. —Se quedaron callados durante varios segundos—. Necesito que alguien me comprenda. Eso es todo. —Lo miró fijamente.

El tiempo era su principal enemigo. No podría soportar una vida sin recuerdos. No quería convertirse en una muñeca de porcelana. Fernando le acarició la mejilla.

—Yo siempre estaré a tu lado —le aseguró.

Y la abrazó.

### *En el comedor, a las 13:00h...*

Lourdes desvió la mirada cuando vio entrar a Eulalia. No la saludó como tenía por costumbre. Apareció su marido y tampoco lo hizo. Ni siquiera le dio un apretón de manos a Fernando, como solía hacer, y este sintió una extraña sensación. Conforme iban llegando y sentándose en las mesas, el silencio se hacía cada vez más inquietante. Cuando llegaron los primeros platos, Eulalia miró fijamente la ensalada que le había servido Consuelo y, aunque tenía hambre, no se atrevió a comer. «¿Y si estaba envenenada?», pensó. Fernando se dio cuenta y colocó su plato entre ambos. «¿Qué le pasa a su ensalada?», le preguntó sorprendida Olga, la cocinera. Todas las miradas se clavaron en ellos. «Debería lavar mejor la lechuga, tenía una mosca», improvisó Fernando. Y al oír aquella palabra, algunos ancianos retiraron el plato. «Lo que faltaba», soltó enojada Olga.

Durante la comida, apenas hubo conversación entre los ancianos. La mayoría miraba de reojo a Fernando y a Eulalia. En el aire se respiraba un ambiente desafiante. Cuando sirvieron los postres, Fernando y Eulalia empezaron a sentirse incómodos por todas aquellas miradas furtivas clavadas en ellos y decidieron abandonar el comedor sin probar el postre. Fátima les

pasó una nota disimuladamente al cruzarse con ellos en el pasillo. En ella los convocaba a una reunión urgente en la habitación de Eulalia, el único lugar donde podrían estar sin ser interrumpidos, salvo por la directora. Pero esta no acostumbraba a entrar sin llamar. Tiempo suficiente que aprovecharían Fernando y Fátima, llegado el caso, para esconderse en el baño. Treinta minutos después de encerrarse en sus respectivas habitaciones, Fernando llamó a la puerta de la de Eulalia y Fátima lo hizo unos minutos después.

—Me he sentido vigilada.

—Yo también.

Fátima encogió los hombros. A ella también le había extrañado aquel comportamiento por parte de la mayoría de los residentes, pero permaneció callada.

—Es como si estuviesen enojados con nosotros por algo —añadió Eulalia—, y no creo que sea por la mosca que mencionaste.

—Olvidémonos del asunto y centrémonos en lo importante —dijo Fernando—. He hablado con mi nieto y me ha contado que existe un túnel.

—Yo también he recibido hace poco un mensaje de mi nieta sobre ese tema.

Fátima sonrió.

—Y yo sé dónde está —les dijo la joven—. Solo necesitamos hacernos con la llave, que seguramente la debe tener la doctora Quesada.

—Por eso entraste en su despacho —razonó Eulalia.

—Debe tenerla en algún lugar. Seguramente en los cajones de su mesa, pero no he podido forzarlos.

—Eso no es problema —le aseguró Fernando—. Dime cuándo se ausenta, me abres el despacho y yo me encargo del resto —le dijo envalentonado.

—¿Y Aurora? —recordó Eulalia, preocupada por la suerte que pudiese correr.

—No la he visto en todo el día y tampoco está en su cuarto —apuntó la joven.

—Eso significa que ha vuelto a desaparecer. Me escama ese halo de misterio que la envuelve. Aparece y desaparece como por arte de magia —lanzó con cierta ironía Fernando.

—La cuestión —continuó Eulalia— es que pretenden atentar contra su vida o contra la mía utilizando un medicamento que podría provocarnos la muerte. —Se quedaron mudos—. Además, es curioso que tanto su

documentación como la mía hayan desaparecido.

Fátima se ruborizó. Las manos le empezaron a sudar. Salió de la habitación sin dar ningún tipo de explicación, dejando estupefactos a los dos ancianos. No tardó en regresar con una carpeta en la mano. Se la entregó a Eulalia.

—Lo siento —se disculpó.

Eulalia la abrió y encontró en ella toda la documentación de Aurora, pero también la suya y el móvil que le había regalado su hijo. Le clavó una mirada de incredulidad a la joven.

—Necesitaba saber quién era usted. Hacía tantas preguntas...

—¿Y por qué también la de Aurora?

—Es algo complicado de explicar. Empezaron a llevársela algunas noches a dar esos extraños paseos, como hicieron con los ancianos que desaparecieron, y creí que debía...

—Protegerla —terminó la frase Fernando.

—Por eso te llevaste todo, hasta las tarjetas de crédito —añadió Eulalia.

—Era lo único que podía hacer para ayudarla, para evitar que se aprovecharan de ella. Pero yo no me llevé nada. Ella me pidió que fuese una noche a su habitación, que necesitaba hablar conmigo a solas. La encontré muy tranquila, lúcida como nunca la había visto antes. No soy psiquiatra, pero no me pareció que estuviese enferma de alzhéimer.

—¿Estás insinuando que finge? —inquirió Fernando.

—No lo sé. Pero nunca la había oído hablar con tanta claridad y elocuencia. Me dio toda su documentación para que se la guardase y me hizo prometer que no se lo diría a nadie, que debía ser un secreto, nuestro secreto. No me dio ninguna explicación. Insistió tanto que no pude negarme.

Los dos ancianos se quedaron meditabundos durante unos segundos. El exagente tenía la sensación de que algo no encajaba en aquella historia. Y ese algo era, precisamente, Aurora.

—Supongamos que es cierto lo que acabas de contarnos. En ese caso, y a diferencia de los otros ancianos desaparecidos, ella, temiendo por su vida, decide quedarse en el centro en lugar de acudir a la policía o, mejor aún, de volver a Madrid. Pero no lo hace. Prefiere arriesgarse —conjeturó Fernando—. Te entrega todos sus documentos importantes y, de esta manera, se pone a salvo, porque sabe perfectamente lo que quieren de ella: su dinero.

—Pero mi padre no tenía un puto duro y se lo cargaron.

—Porque hay algo más que el dinero en toda esta trama —aclaró Eulalia.

—Ahora sí que me he perdido —confesó la joven.

—La única explicación que hay para que una persona arriesgue su vida como lo está haciendo Aurora es...

—La venganza —se anticipó Eulalia, robándole la palabra a Fernando—. Y lo único que se me ocurre es relacionar estos hechos con el fallecimiento repentino de su marido, el doctor Mauricio Beltrán.

—Pero eso no explica lo que está sucediendo aquí —intervino Fátima—, todas esas desapariciones y muertes.

—Tal vez no... Y tal vez sí —dijo la doctora Lambert—. Mauricio Beltrán era una eminencia en psiquiatría y, además, el propietario de una de las clínicas mentales más importantes de este país. Curiosamente fallece el mismo año que se inaugura esta clínica, un terreno que adquiere en este punto exacto de Gandía en lugar de elegir otra ciudad más grande e importante como Madrid. Y lo hace porque conoce la existencia de un túnel subterráneo...

—Un lugar profundo y secreto donde puede realizar su sueño... —la interrumpió Fernando.

—El proyecto Ares —concluyó Eulalia—. Pero, a lo mejor, tuvo importantes desavenencias con su principal socio... Lo que le llevó a la muerte en ese trágico accidente.

—¿Estás insinuando que la muerte del doctor Beltrán no fue accidental? —preguntó sorprendido Fernando.

—No tengo pruebas para demostrarlo, pero sí indicios que me llevan a esa posibilidad: el comportamiento tan extraño de su mujer y sus últimas palabras antes de morir. Beltrán no quería que Aurora fuese atendida en esta clínica y, no obstante, ella vino hasta aquí, a pesar de haberle prometido en su lecho de muerte que no lo haría.

—¿Y a quién podría beneficiar su muerte? —preguntó la joven.

—A su socio en el proyecto, el doctor Gregorio Espinosa —respondió Fernando.

Fátima se tocó la frente con la mano. Se negaba a creer que ese doctor de mirada tierna fuese todo un canalla. Nunca lo hubiese imaginado. Se portaba bien con los ancianos, sonreía siempre que se lo cruzaba en el pasillo y, sin embargo, sus manos estaban manchadas de sangre.

—En otras palabras, que están experimentando con los ancianos —soltó de repente—. Y en el caso de que así sea, lo más seguro es que la directora esté implicada y usted, señora Lambert, esté en peligro. Ella sabe quién es y

qué hace aquí.

El silencio invadió la habitación de Eulalia. Ella era consciente del peligro que corría, pero toda su vida había sido un camino plagado de obstáculos y ahora debía saltar por encima de uno más, tan afilado y mortal como los anteriores. No abandonaría aunque Fernando le clavase una mirada colmada de preocupación.

Ninguno de los dos se atrevió a contarle a Fátima que la directora del centro no era la verdadera doctora Quesada, sino una impostora. Confiarle esa información suponía ponerla en el punto de mira de aquella organización criminal. Ellos, conscientes del peligro que los acechaba, no podían permitir que la hija de Santiago arriesgase tanto. Mucho menos, la vida.

*Mientras...*

*En la residencia de la doctora Lambert*

Nathan salió de la ducha y se dirigió al dormitorio. Se acercó a la cama y abrió la maleta. Introdujo la mano entre las camisas que había plegadas impecablemente y empezó a sacarlas con cuidado para no arrugarlas. Asió una lisa de color butano de manga larga. Mientras se la ponía, clavó los ojos en los seis pantalones que había traído y se decidió por unos claros y clásicos de color beis. Se estaba abrochando el cinturón cuando sonó la puerta. Se calzó rápidamente. En la entrada echó un vistazo a la cámara de seguridad y frunció el ceño al ver el rostro del que supuso era el amigo de su hija. Abrió con prudencia. Leo, sorprendido, enarcó las cejas al verlo. Nathan lo escrutó con la mirada. Le pareció demasiado mayor para su pequeña.

—¿Está Alexandra?

—¿Quién la busca?

—Leo. —Le estrechó la mano—. ¿Y usted es?

—Su padre.

El detective tragó saliva. Nathan le devolvió el saludo.

—Pase. No se quede en la puerta como un pasmarote —dijo con un marcado acento francés.

Nathan se echó a un lado para que Leo entrase y le indicó con un gesto que se dirigiese al salón. Lo invitó a una copa.

—Yo voy a tomar un Pastis Ricard, ¿lo ha probado alguna vez?

—Soy más de Campari.

—Usted se lo pierde.

Y mientras preparaba el aperitivo, el padre de Alexandra observó que aquel hombre no se fijaba en ningún detalle del salón, ni siquiera en la réplica exacta de un *Guernica* que había colgado en una de las paredes. Eso le llevó a dos conclusiones: la primera de ellas, que se conocía la casa y, la segunda y la peor de las dos, que carecía de conocimientos culturales. Minutos después le sirvió en un vaso alto el Campari con una naranja recién exprimida, un poco de agua tónica y tres cubitos de hielo. Después, volcó aquella bebida anisada que había traído de Toulouse en un vaso ancho con dos cubitos de hielo, lo agitó con suaves movimientos circulares y le dio un sorbo. Regresó al salón pensando en cómo debía afrontar aquel inesperado encuentro. Le dio el Campari a Leo, se sentó en uno de los sillones del salón, frente a él, y le preguntó con frialdad:

—¿Qué relación tiene con mi hija?

Leo arrugó la frente y balanceó ligeramente el vaso. Se lo llevó a los labios, le dio un trago generoso y lo miró fijamente.

—Si quiere saber si me he acostado con su hija, la respuesta es sí.

De pronto, la puerta principal se abrió y tuvieron que dejar aquella conversación para otro momento. Alexandra apareció en el salón con la comida que había comprado en el bar de Diego.

—¿Hace mucho que has llegado? —le preguntó.

—Unos minutos.

—Espero que mi padre se haya comportado.

Leo esbozó una sonrisa sin apartar la mirada de Nathan.

—No te preocupes, hija. Le he enseñado un poco los incisivos...

—¡Papá!

—¿Por qué no me presentas a tu amigo?

—No creo que sea necesario. —Dejó las bolsas sobre la mesa de centro y se acomodó en el sofá que estaba cerca del sillón donde se había sentado su padre.

—A mí me parece que sí —afirmó serio, sin apartar la mirada de aquel hombre que tenía frente a él.

Alexandra resopló. No quiso contradecirlo. Sabía lo pesado que se ponía en algunas situaciones.

—Está bien. Leo es detective y es el nieto de Fernando, el amigo de la abuela.

—¿Y por qué lo has invitado a comer?

—Papá, su abuelo ingresó en la clínica para averiguar detalles sobre la

muerte de su amigo Santiago en extrañas circunstancias. Estamos investigando juntos.

—Entiendo. —Arrugó la frente.

—Mi abuelo está convencido de que a su amigo lo mataron porque descubrió lo que estaba pasando.

—Entonces no perdamos más el tiempo —dijo Nathan desviando la mirada hacia su hija—. Necesito que me pongáis al corriente de todo lo que sabéis.

—Comamos y hablemos con calma —propuso Alexandra.

—Sí —convino Leo—. Estoy hambriento.

Se acercó a la mesa donde Alexandra había dejado las bolsas con la comida que había traído y empezó a colocar las enchiladas, los tacos, los calamares a la romana y las almejas a la marinera sobre la mesa.

Mientras Alexandra lo ayudaba, Nathan se levantó y se dirigió a la cocina con su vaso de Pastis Ricard en la mano. Lo puso dentro del fregadero, abrió una de las puertas del armario empotrado que había junto a la ventana y cogió platos, cubiertos y tres copas de vino y regresó al salón. Dejó los platos y las copas encima de la mesa y, al darse cuenta de que se había olvidado el vino, regresó a la cocina. Asió un Bourgogne sin estrenar.

—Empecemos por el principio —dijo mientras se dirigía de nuevo al salón.

Alexandra se hizo con una de las enchiladas. La cogió con las manos, pasando de los cubiertos, le dio un bocado y con los carrillos llenos de comida comenzó a relatarle a su padre todo lo que habían descubierto. Nathan escuchaba concentrado mientras pinchaba un trozo de calamar con el tenedor y se lo llevaba a la boca. A medida que su hija o el detective avanzaban en el relato, su expresión iba mudando de la incredulidad al recelo. Ancianos desaparecidos y muertes repentinas o en circunstancias extrañas, una mujer rumana que estaba suplantando a la doctora Quesada, túneles subterráneos de la Guerra Civil bajo una urbanización misteriosa... Y los ojos de la sospecha apuntando a la Fundación Beltrán que dirigía el doctor Gregorio Espinosa, el enemigo potencial de la familia Lambert.

Al oír aquel nombre, a Nathan se le hizo un nudo en la garganta. Le dio un trago al vino y depositó la copa en la mesa. Se dejó caer sobre el respaldar del sillón con los labios tensos, tapados por el índice de su mano derecha, y se sumió en un silencio hosco. Alexandra y Leo se miraron desconcertados. Nathan permaneció callado unos segundos, los que necesitó para meditar bien

sobre toda aquella información que había recibido en tan poco tiempo. De repente, le preguntó a su hija:

—¿Qué piensa tu abuela de todo esto?

—Que están utilizando a los ancianos que sufren enfermedades degenerativas, como el alzhéimer y el párkinson, como cobayas para un proyecto llamado Ares.

Nathan se puso las dos manos en el mentón y clavó la mirada en un punto perdido de la alfombra del salón.

—Bien.

—¿Eso es todo lo que vas a decir? —espetó algo molesta su hija.

—No tenéis pruebas para inculpar a nadie y menos a esa fundación de algo tan grave.

—Te equivocas —disintió ella—. Tenemos a la impostora y todos los correos personales de sus operaciones de cirugía. Con las huellas dactilares del documento nacional de identidad podríamos desenmascararla.

—Eso no la hace responsable de los principales hechos. Por tanto, no tenéis nada contundente ante un juez.

—¡No puedo creer lo que estoy oyendo!

—Tu padre tiene razón. Sin pruebas, no hay delito.

—Entonces, ¿qué sugieres? —Miró a Leo—. ¿Que nos quedemos de brazos cruzados mientras nuestros abuelos están en peligro?

—Nadie va a quedarse de brazos cruzados —contestó su padre—. Necesitamos pruebas y las conseguiremos.

—¿Cómo? —preguntó alterada Alexandra.

—En primer lugar, nadie tiene que saber que estoy en Gandía. Nadie. Y menos tu abuela. —Le clavó la mirada a su hija—. Le haré una visita a esa mujer que se hace pasar por la doctora Quesada con la excusa de que estoy interesado en ingresar a mi anciano padre que sufre de alzhéimer. Quiero saber cuánto dinero van a pedirme y qué requisitos hay que cumplir para entrar en la clínica.

—Pero el doctor Espinosa te reconocerá —le recordó Alexandra.

—Por lo que me habéis contado, la primera entrevista suele hacerla la propia directora para calibrar el nivel adquisitivo de las familias. Así que no hay nada que temer —dijo su padre después de pinchar con el tenedor un trozo de enchilada.

—Ya, pero ¿y si entra inesperadamente en el despacho?

—Correré ese riesgo —contestó después de masticar y tragarse el trozo

que se había llevado a la boca—. Además, me habéis contado que tu abuelo —miró a Leo— vio entrar en uno de los chalés a una de las ancianas fallecidas recientemente. Y si es así —le devolvió la mirada a su hija—, eso significa que la clínica y la urbanización forman parte del mismo proyecto, y que los familiares están al tanto de lo que sucede. Vale la pena arriesgarse, ¿no crees? —Cortó con el cuchillo otro trozo de enchilada.

—Creo que exageras, papá.

—Hay familias dispuestas a vender a sus seres queridos por dinero. —Se lo metió en la boca, lo masticó y lo tragó.

—Seguros de vida —intervino Leo.

—Así es. Hay que averiguar a quién pertenece el chalé donde se vio por última vez a esa anciana. No sé si lo habéis pensado, pero también cabe la posibilidad de que no haya desaparecido ni muerto ningún anciano. Salvo el amigo de tu abuelo —miró a Leo—, que descubrió todo el pastel, y esas pobres doctoras.

Alexandra y Leo se cruzaron las miradas. El detective empezó a creer que aquel hombre de leyes que tenía delante era más astuto que todos los abogados que había conocido en toda su vida.

—Eso no tiene sentido, papá.

—Sí. Sí lo tiene si quieren evitar ser investigados por la policía y que esta se olvide de ellos. Es una forma de delinquir con total libertad —añadió Leo, que empezaba a sentir una pizca de admiración por el padre de Alexandra.

—Creo que lo más importante es averiguar en qué consiste ese proyecto Ares —intervino Nathan.

—Ya tengo a una persona investigando sobre ese tema. Lo conoces muy bien, papá.

—¿De quién se trata?

—Pronto lo verás en la pantalla del ordenador. He quedado con él dentro de unos minutos.

Alexandra recogió los platos y se dirigió a la cocina. Leo la siguió con las copas de vino y las bolsas de los restos de comida. Cuando regresaron, Nathan invitó a Leo a un cigarrillo y Alexandra no pudo evitar mostrar su indignación.

—¿No podéis aguantaros?

Leo la miró y esbozó una leve sonrisa. Ella sacudió la cabeza mientras colocaba el ordenador encima de la mesa. Lo abrió y esperó que su contacto

aceptase la conversación que había abierto en Hangout. Y como se hacía de rogar, Nathan preparó café. Minutos después, Alexandra los avisó de que ya estaba todo preparado. De pronto, apareció la imagen de un joven que hizo que el rostro de Alexandra se iluminase. Nathan, al verlo, se quedó sin palabras.

—¿Qué tal, hermanita? —le preguntó Eric con una sonrisa de oreja a oreja.

—No tan bien como tú.

—De eso nada. Brillas como una bombilla.

Alexandra soltó una carcajada.

—¡Hola, papá! —lo saludó con el rostro serio.

—Hola —le devolvió un saludo seco, pero no distante.

—¿Has conseguido averiguar algo de la información que te pasé ayer? —le preguntó su hermana.

—Os vais a quedar de piedra.

—Cuéntanos —le dijo su padre intentando disimular el brillo de sus ojos al comprobar que a su hijo las cosas no le iban tan mal como creía.

—Veréis. Todos los propietarios de los chalés de esa urbanización son los propios familiares de los ancianos desaparecidos o muertos. Quedan tres chalés vacíos y no hay ninguna inmobiliaria encargada de la venta, ya que todo lo gestiona la Fundación Beltrán. Así que, supongo, están reservados para familiares de futuros residentes.

—*Touché!!* —exclamó su padre.

—También he accedido a los correos personales de todos ellos —continuó Eric— y he visto que utilizan nombres en clave para hacer referencia a cuestiones relacionadas con la Fundación Beltrán y las personas implicadas en el proyecto. Todos los familiares de los ancianos fallecidos están cobrando un seguro de vida del que se beneficia también la propia fundación.

—¿Y cómo lo has descubierto? —le preguntó con ingenuidad su hermana.

—Cualquier *hacker* puede descodificar claves que hayan sido inocentemente protegidas.

—¿Qué sabes del proyecto Ares?

—No mucho, papá. En esta ocasión sí han sido más precavidos. Lo único que he conseguido averiguar es que se trata de un proyecto de investigación científica —que presentaron conjuntamente en el Ministerio de Sanidad los

doctores Beltrán, Espinosa y una tal doctora Ballesta— para curar enfermedades como el alzhéimer o el párkinson. Sin embargo, el proyecto fue rechazado por cuestiones éticas más que presupuestarias.

—¿A qué te refieres? —le preguntó su padre.

—A que el tratamiento se había experimentado con ratones transgénicos sin demasiado éxito. A pesar de ello, Espinosa y Ballesta argumentaron la necesidad de probarlo con personas... Pero el Ministerio desestimó aquella propuesta por encontrarla demasiado arriesgada, además de costosa, y les denegaron la ayuda para la investigación. En sus correos personales mencionan al doctor Mauricio Beltrán...

—Lo convencen para que participe en el proyecto. Necesitaban la colaboración de un prestigioso doctor —lo interrumpió Leo.

—Más que eso —continuó Eric—. Lo animan a que busque un lugar tranquilo, con subsuelo, donde se puedan realizar ensayos con humanos sin levantar sospechas.

—Y es cuando un viejo amigo, que trabaja en el Departamento de Urbanismo del Ayuntamiento de Gandía, le comenta a Beltrán que el consistorio había puesto en venta la antigua casa modernista de Alfonso Bolívar, una casa muy especial, ya que esconde bajo tierra uno de los muchos túneles que se construyeron durante la Guerra Civil —agregó su hermana.

—Lo mejor vino después —intervino Leo—, cuando descubrió que en las viejas casas de los alrededores también había túneles que conectaban con la propia clínica. Por eso construyeron la urbanización, para tener acceso a todos ellos y un lugar donde esconder a las víctimas de los fallidos ensayos.

—¿Has averiguado algo de los medicamentos que utilizan? —preguntó su padre.

—Solo del que está relacionado con el alzhéimer, y no ha sido nada fácil.

—Lo supongo.

—Se trata de un fármaco de anticuerpos monoclonales que elimina las placas de la proteína beta-amiloideas del cerebro de los pacientes en fase inicial y que, administrado en dosis elevadas, podría evitar que en el cerebro se acumulasen dichas placas, que se consideran las principales causantes de la degeneración y muerte de las neuronas. Pero eso es simple teoría, porque la mayoría de los ensayos clínicos en ratones han sido un fracaso. El problema está en ingerir dosis elevadas durante un largo período de tiempo, ya que podría provocar efectos secundarios irreversibles.

—Por eso el Ministerio de Sanidad no quiso saber nada.

—Exacto, hermanita. Y en ese intercambio de mensajes entre ambos doctores comentan la posibilidad de llevarlo a cabo con inversores particulares y empresas aseguradoras. Pero el doctor Beltrán no lo veía claro. No quería acabar entre rejas y echar por tierra su prestigio. He podido acceder a varios correos personales que Beltrán envió a Espinosa donde le dice claramente que era demasiado arriesgado engañar a las aseguradoras. Estamos hablando de una estafa de millones de euros.

—*Mon Dieu!!* —exclamó Alexandra.

—En uno de esos mensajes el tono que utiliza Beltrán con Espinosa es realmente subido...

—Entiendo. Y una vez eliminado el obstáculo que les impedía llevar a cabo el proyecto, entran en el juego, a través de la propia Fundación Beltrán, familias adineradas que tienen algún familiar enfermo de alzhéimer o párkinson y que están dispuestas a correr ese riesgo. Sujetos sin escrúpulos que necesitan para realizar sus experimentos —concluyó su padre.

—*Touché!!* —exclamó Eric.

—*Touché*, hijo, *touché*. Buen trabajo, Eric.

—Gracias, papá.

Alexandra se despidió de su hermano con la cara descompuesta. Leo sacó su paquete de cigarrillos y le ofreció uno a Nathan. Le dio fuego y se encendió el suyo. Se quedó pensativo mientras se fumaba el pitillo. De repente, reaccionó:

—El comisario Galván debe conocer estos detalles y su plan de conversar con la impostora para obtener información. Es mejor tener a la policía cerca, por si las cosas se tuercen —le sugirió al padre de la joven periodista.

—A eso lo llamo yo obrar con sensatez —le contestó Nathan soltando el humo de golpe.



# EL TÚNEL

*Nueve horas y cincuenta minutos en el interior*

En aquel espacioso lugar, de paredes blancas como las miradas de los ancianos que había en su interior, entré acompañada de la doctora Ballesta. Cuando se dieron cuenta de mi presencia, me sonrieron. Tal vez lo hicieron porque pensaron que era una anciana más que formaba parte del proyecto Ares. En ese momento comprendí que los únicos muertos habían sido cinco: el amigo de Fernando, las doctoras Quesada y Rojas, el pobre Federico y la desafortunada Olga. Todos los ancianos muertos y desaparecidos estaban frente a mí, clavándome sus miradas colmadas de esperanza. Y, también, uno de los perros guardianes del proyecto: Sebastián.

—¿Decepcionada? —espetó la doctora Ballesta. Permanecí callada. No me apetecía seguirle el juego—. Si se porta bien, no le pasará nada y saldrá de aquí con sus recuerdos intactos.

—¿Qué sabe usted de mi enfermedad?

—Todo lo que necesito para incluirla en nuestro proyecto.

—No estoy interesada en convertirme en cobaya.

—Cambiará de opinión cuando vea con sus propios ojos los excelentes resultados que estamos obteniendo...

—Lo dudo.

—¿De verdad quiere pasar el resto de sus días dependiendo de sus hijos y haciéndoles la vida imposible?

—No va a conseguir que me sienta culpable.

—¿Está usted segura?

Pilar se acercó a mí y me tendió la mano. No podía despreciársela. La acompañé hasta una de las camas que había. Se sentó en ella y me pidió que la ayudase a recostarse. Lo hice sin saber muy bien por qué. En realidad, me movía la curiosidad. Me hubiera gustado ser yo quien encontrase el remedio a esas enfermedades degenerativas. En el fondo, sentía envidia. Espinosa y Ballesta se habían atrevido, habían superado sus miedos y allí estaban, realizando sus sueños. El mismo que yo anhelaba.

—¿Por qué se ha tumbado? —le pregunté a la doctora Ballesta aun

sabiendo cuál iba a ser la respuesta.

—Es la hora de la inyección.

No fui capaz de reaccionar. Ni siquiera la detuve cuando se acercó al brazo de Pilar. Me quedé paralizada, inmóvil como una estatua. De pronto, entraron en la sala Espinosa y Daniel, el hijo de la doctora Ballesta. Y al verlos aparecer, los ancianos se colocaron en las otras once camas que había y se tumbaron en ellas. Aquellos rostros felices turbaron mis pensamientos. Gregorio me clavó una mirada afilada que me atravesó la garganta. Callada, intentaba comprender aquella situación insólita que estaba viviendo. Esos doce ancianos se habían dejado arrastrar por un proyecto experimental que no les garantizaba recuperar los recuerdos, o la movilidad, pero parecía no importarles las consecuencias de aquellos fármacos que les administraban en grandes dosis.

—Desde hace unos días, les ponemos tres inyecciones diarias. Y, como puedes comprobar, se encuentran mejor que nunca —me contó Espinosa mientras inyectaba aquel compuesto químico en el brazo de Pilar.

Después, cogió otra jeringuilla, la llenó con aquel compuesto y se acercó a mí. No me resistí al pinchazo de aquel esperanzador líquido. Lo noté correr por mis venas y confieso que sentí una calma inexplicable. Deseaba volver a ser la misma, la de antes, y no la anciana cuyos recuerdos la estaban abandonando. Cerré los ojos y dejé que aquella sensación de paz invadiese mi cuerpo.

Y aquella fue la primera vez, después de Ravensbrück, que el dolor me abandonó...

## Recuerdos silenciados

*Abril de 1945*

El doctor Gebhardt me levantó la pierna y yo sentí que el corazón se me paraba. Nunca había entrado en la enfermería, hasta ese día. Pero todas sabíamos lo que hacían con las infelices que acababan allí. Salían con los ojos aterrorizados y el cuerpo temblando. Y cuando veíamos las heridas infectadas de piernas o brazos, sabíamos que se morirían muy pronto. Por eso, cuando pisé por primera vez aquel suelo y lo vi con un bisturí en la mano, supe que mi vida llegaba a su fin. Mis ojos se inundaron de lágrimas que brotaron silenciosas por mis mejillas. Y él, con el cuerpo recto como un témpano de hielo, me cruzó la cara al verme llorar. Aquella bofetada se escuchó en el pasillo y siguieron seis más en otras salas contiguas, como un canto coral agónico. Después, un silencio estremecedor.

Me desperté tumbada en una camilla sin colchón, con una pierna sangrando a causa de la herida que el doctor me había provocado con una astilla de madera. Lo hizo sin anestesia, rasgándome la piel hasta atravesarla. Y al notar cómo penetraba en mi interior la primera astilla, me desmayé al instante, al igual que mis otras compañeras, que estaban sufriendo en las otras salas con otros doctores, entre los que se encontraba la doctora Oberhäuser.

Cuando terminaron con nosotras, nos obligaron a incorporarnos al trabajo. Me acostumbré al dolor de mi pierna, a soportarlo y a vivir con él. En la fábrica los días transcurrían idénticos, pero, desde finales del mes de marzo, empezamos a percibir nerviosismo en las guardianas y excesiva preocupación en los médicos y enfermeras que experimentaban con nosotras. Incluso, dejaron de ser precavidos. A veces comentaban en nuestra presencia los avances del ejército soviético y la imperiosa necesidad de hacer desaparecer los documentos que les incriminaban. Y por esas conversaciones, que escuchábamos esperanzadas, supimos que desde hacía meses, junto con la quema de documentos, muchos campos de concentración ubicados a las afueras de Alemania estaban trasladando a sus presos al interior del país para que, en el caso de que la región fuese invadida, no pudiesen contar nada de sus terribles prácticas al enemigo. Ravensbrück no fue una excepción.

Una madrugada de finales de abril, varios agentes de las SS,

acompañados de algunas de nuestras carceleras habituales, nos despertaron a voz en grito. Las *Aufseherinnen* y *Kapos* nos sacaron de los barracones a latigazos y nos obligaron a salir. Yo lo hice detrás de la Libertaria y junto a Olga y Marie, de las que no me separaba después de mi visita a la enfermería.

—Estáis de suerte. Os vais de aquí hacia el norte de Mecklenburg, pero andando —nos comunicó un oficial.

—Esto se acabó, chicas —murmuró la Libertaria—. Los tienen acorralados —dijo intentando disimular la alegría que sentía al estar convencida de ello. Pero el agente la escuchó, se acercó a ella y le dio una bofetada que le rompió la nariz.

—Una palabra más —le puso el arma en la sien— y te vuelo los sesos, pero no antes de divertirme contigo un rato.

Los ojos del nazi se clavaron como alfileres en los de ella, hasta que otro compañero le aconsejó que lo olvidase, que no debían perder tiempo ensuciándose las manos con nosotras, que ya llegaría el momento. Entonces bajó el arma y dio la orden de que camináramos hacia la salida del campo. Sin embargo, solo aquellas que no estaban tullidas ni enfermas pudieron hacerlo. Y en ese preciso instante apareció el joven Gotthard, que se plantó frente a mí y me detuvo.

—Tú —me empujó en el hombro— te quedas aquí.

Con la mirada desconcertada, las vi alejarse. Olga y Marie se giraron para despedirse. La Libertaria también lo hizo. Y mientras caminaban hacia lo que creían iba a ser la libertad, yo acompañé a Gotthard sin saber qué iba a sucederme en los minutos siguientes.

Tal vez, los últimos de mi vida.

## Capítulo 17

### *Un día antes de la entrada al túnel*

*Gandía, 16 de septiembre de 2015*

*A las 12:00 en una de las habitaciones de la clínica...*

—Si no te hubieses olvidado las gafas, no te habrías equivocado de bote —le reprochó Enrique a Sebastián.

—¡Carajo! ¿Y qué culpa tengo yo de que me falle la vista? En mis tiempos mozos era todo un maestro en estos menesteres.

—Ya. En tiempos de Maricastaña, porque ahora ni siquiera distingues tu mano derecha de la izquierda.

—¡Serás mamón! ¿Y por qué no cogiste tú el bote si te crees tan listo?

—Porque yo soy el que manda, gilipollas.

—¡¡A mí no me manda ni Dios!! —exclamó Sebastián encolerizado.

Los dos ancianos se enzarzaron en una discusión que paró en seco Gabriela cuando entró en la habitación de Sebastián.

—Se os oye desde el fondo del pasillo. Si continuáis con este escándalo, voy a decírselo a Espinosa.

—¿Y qué va a hacernos él, furcia de los cojones? —espetó Sebastián encarándose a la suplantadora de la doctora Quesada.

Gabriela se acercó a su cara y, tragándose su aliento, escupió:

—Os arrancará los huevos y se los echará a sus perros de presa. ¿Todavía no os ha invitado a su mansión? ¡Qué poco valéis para él!

Sebastián cerró los puños con fuerza. Sentía ganas de rajarle el rostro a aquella pérfida mujer y desfigurárselo. En cambio, Enrique le clavó una acerada mirada contenida. No quería correr riesgos innecesarios. Ya no la necesitaban. Ya había cumplido su cometido: poner en funcionamiento la clínica como tapadera del proyecto. Ahora les tocaba a ellos hacer el resto. Llegado el momento, el pulso no les temblaría como otras veces cuando Gabriela se había atrevido a levantarles la voz. El día se aproximaba. Por eso, Enrique le regaló una fingida sonrisa colmada de maldad. Ella supo leer en su

mirada, pero no se acobardó.

—En cinco minutos os espero en el comedor —les dijo con la voz firme y serena—. No os retraséis si no queréis verme enojada. —Cerró la puerta al salir. Enrique se tragó la rabia.

—Cambio de planes —murmuró—. Mañana será un día muy especial y nadie se resiste a un dulce. Si no podemos utilizar ese medicamento, lo haremos con otro.

Sebastián se echó a reír y se dirigió al baño para acicalarse. En su mente habitaba la satisfacción de saber que muy pronto aquella mujer dejaría de existir.

### *A las 15:00h...*

Muchos ciudadanos permanecían en sus casas, escondiéndose de los rayos solares que estaban abrasando las calzadas de la ciudad y las gorras de los que se habían atrevido a hacer deporte a esas tempranas horas de la tarde. Antes de salir del Mercedes que había alquilado, Nathan comprobó que el micrófono que llevaba escondido debajo de la camisa funcionaba perfectamente.

—¿Esa tal Fátima ya está avisada? —preguntó en voz alta para que el comisario lo escuchara.

—Por supuesto. Leo ha informado a su abuelo.

—Espero que ese anciano no le haya contado nada a mi madre. Ni siquiera sabe que estoy en Gandía.

—No lo hará. Sabe lo importante que es esta operación. Es un viejo lobo.

—Me quedo más tranquilo.

—Nada de hacerse el héroe. Cíñase al plan —le recordó.

—No está usted hablando con un veinteañero que quiere comerse el mundo en un solo bocado.

—No sea tan suspicaz. Nos jugamos meses de investigación. Así que no la cague.

Nathan se echó a reír.

—Tranquilícese. No es la primera vez que lo hago. —Entonces recordó la mañana que se enfrentó a un empleado misógino de banca sospechoso de haber asesinado a diez mujeres en uno de los barrios financieros más importantes de Toulouse. Colaboró con la policía porque el comisario Guillaume Fernandes se lo pidió, pero, sobre todo, porque su madre estuvo a punto de convertirse en víctima. Y ella, ahora, volvía a necesitar su ayuda—.

Todo saldrá bien —le aseguró.

Asió el maletín del que no se separaba nunca, salió del coche, lo cerró, se enjugó el sudor de la frente con el pañuelo que llevaba siempre en uno de los bolsillos de la americana, se colocó bien la corbata mirándose en el retrovisor y se encaminó con pasos firmes hacia la puerta de acceso a la urbanización. Al llegar a ella, uno de los guardias de seguridad lo detuvo.

—Por favor, enséñeme un documento que lo identifique: DNI, pasaporte, permiso de conducir.

Nathan abrió su maletín y sacó una cartera de su interior. Introdujo sus dedos en uno de los separadores y cogió el documento nacional de identidad que le habían hecho el día anterior en la comisaría de policía para pasar el control sin levantar sospechas. El guardia se fijó en la foto que había en él y la comparó con su aspecto actual. Cabello castaño oscuro peinado hacia atrás en la foto y algo rebelde ese día. Sus ojos azules, que irradiaban casi siempre una mirada intensa, se clavaron en el rostro del guardia, que parecía haber encontrado algún impedimento.

—¿Algún problema? —le preguntó Nathan.

—Alberto Irazábal —leyó en voz alta—. Y usted viene para...

—Hablar con la doctora Carmen Quesada. Tengo una entrevista con ella.

—Espere un momento. —Se alejó unos metros, hizo una llamada desde el móvil y, al comprobar que la directora de la clínica lo esperaba, le hizo una señal con la mano para que entrase.

Nathan saludó amablemente al guardia y se dirigió a la acera de la izquierda, abandonando la carretera. Anduvo varios metros sin despegar la vista de los chalés que había en ambos lados de la calzada. Espectaculares jardines verdes —decorados con plantas exóticas difíciles de encontrar en una floristería normal y con flores de intensos colores— embellecían aquella solitaria urbanización.

Apenas quedaban trescientos metros para llegar a la clínica, cuando oyó el ruido de un vehículo que acababa de entrar en la urbanización. Sus enormes neumáticos apisonaron la grava hasta detenerse a su lado.

—¿Necesita ayuda? —le preguntó un hombre con apariencia de empresario.

—Me dirijo a la clínica.

—Está muy cerca. Es el único edificio que hay en la urbanización. Desde aquí se ve. —Nathan levantó la vista.

—Si quiere lo puedo llevar. Vivo en uno de los chalés que está enfrente.

—Se lo agradezco.

Nathan abrió la puerta y subió al vehículo.

—Me llamo Luis Alcázar.

—Alberto Irazábal.

—Encantado. —Se estrecharon efusivamente las manos—. ¿Puedo hacerle una pregunta sin parecer indiscreto?

—Por supuesto.

—¿Cuál es el motivo de su visita?

—Mi padre tiene alzhéimer y no puedo ocuparme de él.

—Ya. —Luis arrugó el entrecejo—. Pues lo tiene muy difícil. Hacen una selección muy exhaustiva de los residentes.

Los ojos de Nathan empequeñecieron.

—Lo sé. Pero ¿por qué cree que no aceptarán a mi padre? —preguntó directamente.

—Porque solo eligen casos de ancianos en fase 1. A mi madre la aceptaron por los pelos. Nos ha costado un riñón.

—¿Cuánto pagó?

—Ya hemos llegado. —Detuvo el coche en la puerta de la clínica—. Todas esas preguntas se las podrá hacer al bombón de mujer que dirige el centro.

El hijo de la doctora Lambert le estrechó la mano en agradecimiento y se despidió de él. Luis Alcázar arrancó el coche y siguió unos metros más, hasta llegar al chalé donde Alexandra se había colado antes de visitar a su abuela; el mismo chalé en el que había entrado Pilar junto a un enfermero la noche que Fernando la vio desde la ventana de la habitación de Eulalia.

Nathan subió por la escalinata que precedía a la recepción. Al llegar al último peldaño, la puerta se abrió y pasó al interior sin variar un ápice el rictus serio de su rostro. Se dirigió hacia las escaleras para evitar cruzarse con su madre en el ascensor. El despacho de la directora se encontraba en la primera planta. No tardó en llegar. Llamó con los nudillos y una voz aterciopelada lo invitó a entrar.

Ella levantó la vista y se encontró con los ojos claros y serenos de Nathan. Se levantó de su sillón y él no pudo evitar fijarse en su cuerpo, enfundado en un vestido ceñido de color verde esmeralda.

—Soy Alberto Irazábal —la saludó con un amago de sonrisa mientras dejaba su maletín sobre la mesa y se sentaba frente a ella.

—Lo estaba esperando. ¿Desea tomar algo?

—Un café, si es posible.

Mientras la suplantadora hablaba con Olga por el intercomunicador para que les preparase dos cafés, Nathan se fijó en el sofá rinconera que contrastaba con la biblioteca de roble macizo que había junto a él. Una decoración algo insólita para su gusto. En las novelas que solía leer por las noches, antes de acostarse, casi siempre había un mueble como aquella biblioteca, de estilo victoriano, que escondía algún secreto. Y se preguntó si no estaría allí la puerta de acceso al túnel que le había mencionado su hija.

—Disculpe. He aprovechado para recordarle a la cocinera el menú especial de algunos ancianos. A veces se hace un lío.

—No se preocupe.

—Y, dígame, ¿su padre ya ha sido diagnosticado de alzhéimer?

—Sí. Está en fase 1.

—¿Ha traído el historial médico?

—Lo siento, pero no me lo pidió por teléfono.

En ese preciso instante llamaron a la puerta y Fátima entró con los cafés. Saludó a la directora y a su invitado con una leve sonrisa y dejó los cafés encima de la mesa. Asió uno y se lo acercó al hijo de la doctora Lambert, intentando no temblar para no ser descubierta. Gabriela cogió el suyo y le dio un sorbo.

—Sigamos —le dijo.

—Se lo traeré el próximo día —se comprometió Nathan.

—No le garantizo que lo aceptemos.

—Me hago cargo.

—¿A qué se dedica usted? —le preguntó sin rodeos para abordar aquel asunto de inmediato.

—No sabía que mi vida profesional fuese importante.

—Más de lo que supone.

Nathan Lambert se reclinó en su asiento con gesto desconfiado y tensó la comisura de la boca.

—Explíquese mejor. —Le devolvió una mirada cargada de aparente desconcierto. Y esa expresión descreída de él la obligó a informarle sobre el principal criterio que utilizaban para la selección de los ancianos.

—Verá. Como le he dicho antes, no aceptamos a cualquiera. Su padre está en fase 1 y eso ya es un punto a su favor. Pero no es suficiente para ingresar en nuestra clínica. El tratamiento es novedoso y, por tanto, muy costoso.

—Entiendo. —Nathan se puso una mano en el mentón y se quedó pensativo, rebuscando en la conciencia de aquella mujer condenadamente hermosa, que lo miraba sin mudar la apática expresión de su cara, con el fin de escarbar en su mente y encontrar algún trauma que justificase aquel miserable acto—. ¿Cuánto tendría que pagar?

—Es más complicado de lo que imagina.

—Supongo, pero ¿alguna cifra aproximada podrá darme?

—Todavía no ha respondido a mi pregunta —insistió ella.

—Inversor estratégico.

—¡Vaya! Un hombre al que le gustan los riesgos.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—¿Estaría usted dispuesto a vivir en la urbanización?

—No veo la necesidad.

—Usted no, pero para nosotros es de suma importancia.

—¿Y podría saber por qué?

—Hace demasiadas preguntas.

—No era mi intención incomodarla.

—Mire, le seré franca. Si no me facilita datos de sus ingresos familiares y sin echar un vistazo al historial de su padre, no le puedo contar nada más — contestó ella encogiéndose de hombros—. Lo lamento.

Nathan se tomó el café de un trago y la directora hizo lo mismo.

—Me sorprende que tengan más interés por las economías de las familias que por sanar a sus familiares —le insinuó él con la mirada endurecida.

Ella se rascó la nariz y desvió la mirada hacia algunos documentos que había en su mesa, para esquivar aquellos ojos que le estaban taladrando el subconsciente. Siempre lo hacía cuando necesitaba sortear preguntas o comentarios comprometidos.

—Para su tranquilidad, le diré que gano lo suficiente para alquilar tres Mercedes al día, pasar un fin de semana en un lugar alejado de la ciudad e invitarla a cenar en el restaurante más caro de la ciudad. —Gabriela, con una expresión de desconcierto en la mirada, le dirigió una sonrisa irónica—. Si no tiene nada más que preguntarme, podríamos quedar otro día —le propuso él.

—Claro.

Ella se levantó y abrió la puerta. Lo acompañó hasta el ascensor. En ese instante Fátima apareció en el pasillo y la suplantadora le ordenó que recogiese las tazas de café y las llevase a la cocina. Fátima se dirigió al despacho, se acercó a la mesa, se colocó unos guantes en las manos, agarró la

taza de ella, la metió en una bolsa de plástico y se la guardó en el bolsillo. Cogió la bandeja con la otra taza y salió rápidamente del despacho. Decidió bajar las escaleras para evitar encontrarse con la impostora.

—Ha sido un placer conocerla —le dijo Nathan a la que se hacía pasar por directora mientras le estrechaba la mano sin apretar, dejándose arrastrar por la suavidad de su piel.

—Espero verlo muy pronto.

El padre de Alexandra entró en el ascensor y, cuando la puerta se cerró, se desató un poco el nudo de la corbata. Necesitaba una copa con urgencia. Aquella mujer le había provocado algunos deseos que intentó calmar en ese instante. Al llegar a la planta baja, la puerta del ascensor se abrió y se cruzó con Fátima. La joven entró en el interior y le entregó disimuladamente la bolsa con la taza. Antes de salir del ascensor, Nathan la guardó en su maletín. Las huellas dactilares que Gabriela había dejado en aquella taza era lo que necesitaba la policía para compararla con la huella del documento de identidad de la verdadera doctora Quesada.

En cuestión de horas todo habría acabado.

# EL TÚNEL

*Once horas en el interior*

Todavía me es imposible determinar el tiempo que permanecí dormida. Cuando desperté, no había nadie a mi alrededor: ni ancianos, ni doctores, ni camas, ni material de laboratorio. Ni siquiera aquel fármaco experimental que me habían administrado. Era como si, de repente, me hubiese despertado de un profundo sueño en el que había estado atrapada durante días, semanas, meses, años... Un sueño larguísimo en el que me había enamorado, había engendrado a dos hijos maravillosos y había regresado a España con mi nieta. Pero no recordaba cómo había llegado hasta allí, a esa sala tan vacía como mi mente.

No tardé mucho tiempo en darme cuenta de que debía intentar escapar. Algunos recuerdos iban apareciendo, lentos, confusos, pero ahí estaban, en mi cabeza. Entonces fue cuando decidí tantear con las manos todas aquellas paredes blancas con el fin de hallar alguna puerta secreta. Y lo hice con la misma calma que me había acompañado toda mi vida. En la segunda intentona se abrió una de aquellas paredes causando un ruido extraño que me echó hacia atrás, desconfiada y arrepentida de haberlo provocado. Pero aquel arrepentimiento se desvaneció cuando vi aparecer ante mis ojos otra sala, que conducía a unas escaleras de caracol. Y empezaron a venirme otros recuerdos: la última vez que vi alejarse a mi nieta por el alcantarillado; el impacto de la mano de Espinosa en mi mejilla; la herida de Fernando en el costado; y la primera vez que entramos en el túnel, recorriendo un largo pasillo hasta llegar a ese mismo lugar que veía frente a mí. En ese instante recordé, también, que estaban en peligro. Subí aquellas escaleras arrinconando todos mis miedos. Cada peldaño que dejaba atrás lo hacía con un recuerdo que me venía como una ráfaga de viento: el abrazo de Fernando a Fátima cuando nos confesó que ella era la hija de Santiago; el fantasma de Pilar entrando en uno de los chalés después de su fingida muerte; la mirada de Gabriela cuando todavía creía que era la doctora Quesada; y la voz serena de Aurora mientras me aconsejaba que dejase de hurgar y lo olvidase todo. Y al recordarla, me di cuenta de que un enfermo de alzhéimer no puede

controlar sus emociones; de que, tal vez, aquella anciana estaba fingiendo su enfermedad. Y con la imagen de ella grabada en la mente, subí el último peldaño de aquellas escaleras que me llevaban hacia el interior de la clínica. Pero al empujar la puerta de salida del túnel, la vi plantada frente a mí, obstaculizándome el paso:

—No puedo dejarle entrar. Estará más segura aquí abajo —me dijo clavándome una mirada liberadora que me estremeció. Sus ojos brillaban tanto que creí que había enloquecido.

—¿Tiene algo que ver con todo esto? —le pregunté temerosa de recibir una respuesta afirmativa.

Aurora me miró fijamente y me indicó que descendiese de nuevo las escaleras.

—Es mejor para usted. Créame.

—No voy a bajar si no me dice dónde están Fernando y mi nieta.

—Se encuentran perfectamente. Confíe en mí.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Dónde se han ido los demás?

—Pronto todo habrá acabado y podrá regresar a casa. Pero es peligroso que esté aquí. No puedo dejar que se escapen.

Sus ojos irradiaban una luz vengativa que me ayudó a entender qué pretendía hacer.

—Deje que la justicia haga su trabajo —le aconsejé—. No se manche las manos. No vale la pena.

—¿Cómo reaccionarías si te dijese que la muerte de tu marido no fue accidental? —me preguntó dejando atrás el formalismo. Noté que la garganta se me secaba y que las manos me temblaban—. ¿Quieres saber quién acabó con la vida de tu querido Patrick?

El corazón se me aceleró.

—¿Qué sabes tú? —le pregunté como si se tratase de una antigua conocida a la que podía tutear con total libertad. De hecho, desde el mismo día que la vi por primera vez sentí un inexplicable y extraño acercamiento hacia ella.

—Todo. Lo sé todo.

De pronto, el ruido de una puerta al cerrarse nos interrumpió, y nos vimos obligadas a descender aquellas escaleras que nos conducían al túnel y regresar a la sala de paredes blancas. No quería volver allí y menos con ella, sin saber si estaba o no implicada en aquella locura científica. Aurora me provocaba desconcierto. Mientras nos dirigíamos a la sala empecé a sentir

que la cabeza me daba vueltas y ella percibió mi malestar. Me cogió de la cintura para evitar que cayese desplomada al suelo.

—Es uno de los efectos del medicamento —me dijo convencida—. Tienes que descansar si no quieres perder el conocimiento. Pronto se te pasará y te encontrarás mejor.

Llegamos a la sala, sudorosas y algo cansadas. Aurora mantenía su rostro serio.

—¿Fue Espinosa quien provocó el accidente? —le pregunté mientras me ayudaba a sentarme en la cama.

—Necesitas descansar.

—Dímelo.

Nos envolvió el silencio.

—Él también mató al mío.

—¿Por qué?

—No importan los motivos. Muy pronto recibirá lo que se merece.

Me tendió en la cama, me apretó las manos con fuerza y me clavó una mirada tierna. Nunca me había fijado en el color de sus ojos hasta ese momento. Se parecían a los de aquella niña de cabello dorado, carita de ángel y olor a jabón que conocí en Ravensbrück.

Y entonces supe que era ella.

## Recuerdos silenciados

*28 de abril de 1945*

Las tropas soviéticas estaban cada vez más cerca y en el campo ya no quedaban agentes de las SS ni guardianas. Habían abandonado el lugar junto a las prisioneras que podían andar. Incluso la bestia rubia los acompañó. El joven Gotthard fue el único que decidió quedarse allí. En ese instante desconocía el motivo que lo había empujado a actuar con tanta temeridad. Tal vez porque no le importaba morir. Lo descubrí minutos más tarde. Erguido como una estatua, vio alejarse a sus compañeros junto a las reas con el mismo rictus de frialdad de siempre clavado en el rostro.

Me despedí de Olga y Marie con la mano y conteniendo el llanto. Cuando desaparecieron de nuestro campo de visión, Gotthard me agarró del brazo y me llevó hasta la enfermería. Abrió la puerta de una patada. Y nada más entrar vimos el río de sangre que había dejado el cuerpo de un enfermero que se había pegado un tiro en la cabeza. El joven nazi pasó delante de él después de escupirle en la cara.

—¡Cobarde! —gritó acercándose a la cara destrozada de aquel hombre—. Y ahora me ocuparé de ti —me dijo abalanzándose sobre mi cuerpo.

No quise llorar a pesar de la humedad que sentía en los ojos. Me apreté con rabia el cuello durante varios segundos. De repente, relajó los músculos y noté el tacto de su mano en mi piel. Me miró fijamente y vi en ellos un sentimiento escondido que me hizo entender.

—No pude evitarlo —me dijo al verme la herida de la pierna—. Me enviaron a una misión.

—¿Lo habrías hecho?

Se acercó a mi cara, tanto que me tragué su aliento.

—No habría permitido que esa descerebrada de la doctora Oberhäuser te pusiera la mano encima.

—No fue ella, fue el doctor Gebhardt.

El corazón se me aceleró al fijarme en su intensa mirada. Entonces noté que sus dedos me desataban el nudo del pañuelo que me cubría la cabeza. El escaso cabello que empezaba a crecer se quedó libre. Gotthard lo acarició. En los últimos dos meses dejaron de raparnos. Luego, atrapó con uno de sus

dedos un pequeño mechón rebelde de la frente.

—Te crecerá y estarás preciosa. —Agaché la cabeza para esconder la mirada. Sentía el corazón acelerado—. Te vienes conmigo. Ponte este uniforme. —Cogió uno que había en una de las camas y me lo puso en la mano—. No me obligues a hacerte daño. —En aquel momento no supe calibrar el alcance de aquellas palabras—. ¿A qué esperas?

—Date la vuelta.

Gotthard se echó a reír.

—No seas mojigata. Ya nos conocemos.

Me quité la ropa que llevaba y me quedé desnuda ante sus ojos. Cogí el uniforme sin preguntar a quién había pertenecido y me lo puse con asco al imaginar que, tal vez, aquella prenda había cubierto el cuerpo de una de mis torturadoras.

—Nos marchamos lejos de aquí.

—¿A dónde?

—No preguntes y sígueme.

Y cuando nos disponíamos a cruzar la puerta, Gotthard se topó con Heike. No le dio tiempo a reaccionar. Ella apretó con fuerza el cuchillo que utilizaba en la cocina y le clavó la hoja en el estómago. Cayó desplomado al suelo con las manos sujetando el mango. Gotthard intentó sacárselo, pero no le quedaban fuerzas. Exhaló una bocanada de aire antes de morir.

—Sal de aquí y espérame fuera.

La obedecí sin rechistar. Al llegar a la plaza de recuento vi a Erna, que nos esperaba excesivamente nerviosa.

—¿Y mi madre?

No tuve valor de contarle nada. Tampoco tiempo. Enseguida apareció Heike con dos vestidos con triángulos rojos en el pecho que había cogido del almacén. Le dio uno a Erna y empezaron a desnudarse.

—No podemos salir del campo vestidas de uniforme.

Asentí confusa. A Erna le temblaban demasiado las manos, pero finalmente consiguió enfundarse aquella ropa de presidiaria que solíamos llevar las reas políticas. Nos dirigimos a la salida con calma. Sin embargo, el pasado persiguió a Heike. Oímos el ruido de un arma y la madre de Erna cayó al suelo. Una presa polaca, a la que le habían destrozado un brazo en la enfermería con esquiras de metal, se hizo con el arma de Gotthard y nos siguió. Disparó a bocajarro. La bala le atravesó el corazón.

—¡Mamá!

—¡Marchaos! —nos dijo mientras cerraba los ojos y se abandonaba.

Aquella mujer desesperada mantenía el arma entre los dedos, dispuesta a disparar de nuevo. Agarré del brazo a Erna y la obligué a correr. Ella, con los ojos anegados en lágrimas, se resistía, quería regresar junto al cuerpo de su madre, pero no la dejé. Corrimos como dos gacelas en la sabana y el último disparo de aquella pobre infeliz le rozó el brazo a Erna. Gritó dolorida, pero seguimos corriendo hasta que conseguimos ponernos a salvo. Entonces nos detuvimos y comprobé el alcance de la herida en el brazo.

—Por los pelos —le dije.

Ambas resoplamos y nos dejamos caer en el suelo, abatidas. Erna puso su cabeza en mi hombro y se echó a llorar. La abracé con la imagen del cuerpo inerte de Heike clavada en mi retina.

## Capítulo 18

### *Una hora antes de la entrada al túnel*

*Gandía, 17 de septiembre de 2015*

*Comisaría de policía a las 08:00*

Aquel día, la ciudad amaneció con el cielo cubierto de cúmulos que presagiaban tormenta. En una de las salas de espera, Leo, Alexandra y su padre esperaban ansiosos que los recibiese el comisario. Si las huellas confirmaban que la supuesta doctora Quesada era en realidad Gabriela Bălan, Galván pediría al juez una orden de registro y la detendrían esa misma mañana para interrogarla. Los resultados no se hicieron esperar. El comisario salió de su despacho y se dirigió a ellos con una sonrisa de satisfacción.

—La tenemos. Ni siquiera ha hecho falta realizar una prueba dactiloscópica, ya que la huella que había en la taza coincide con una base de datos que gestiona el FBI.

—IAFIS —soltaron al unísono Leo y el padre de Alexandra.

—Mi abuela me comentó hace tiempo que almacenan las huellas dactilares y el historial delictivo de más de setenta millones de criminales y más de treinta millones de civiles.

—Exacto, es la mayor base de datos biométrica del mundo —corroboró Galván.

—¿Y qué es lo que han descubierto? —preguntó el abogado.

—Que las huellas que había en la taza pertenecen a Gabriela Bălan.

—¿Eso es todo? —espetó Nathan, que se olió el silencio prudente de aquel hombre de cara angulosa. Galván le clavó una mirada inquietante.

—No. Eso no es todo.

—¿Es que hay más? —intervino Alexandra arrugando la frente.

El comisario asintió con la cabeza y les hizo un gesto con las manos para que lo acompañasen al despacho.

—No les va a gustar nada oírlo —les dijo nada más entrar—. Es mejor que se pongan cómodos.

—Desembucha, hombre. No les hagas padecer —le recriminó Leo

mientras apoyaba la espalda en la pared.

—Es sospechosa de asesinato a sangre fría y está en busca y captura por la Interpol.

Alexandra se puso el dedo índice de la mano derecha en el labio inferior, después se lo llevó al mentón y se mordió el labio. Leo se encendió un pitillo, le dio una profunda calada y soltó el humo de golpe. Nathan se acariciaba la barbilla con los dedos pulgar e índice de su mano izquierda mientras le daba vueltas a la mirada de aquella mujer que, según sus años de experiencia como abogado, no encajaba en la de una asesina sin escrúpulos.

—¿Dónde se la busca? —preguntó.

—En Rumanía, aquí en España, y en Francia.

—Eso explicaría las sesiones de cirugía plástica para suplantar a la doctora Quesada —soltó el detective.

—Necesitaba que nadie la reconociese —añadió Alexandra.

—Podría detenerla ahora mismo, pero no lo haré. Estoy esperando la orden de registro de la clínica y, cuando llegue, iremos a por ella —les informó el comisario.

Alexandra y Leo se cruzaron miradas tranquilizadoras, pero Nathan se barruntaba que aquello no había terminado, que lo peor estaba por venir. Si aquella infeliz se veía acorralada podría perder los nervios y cometer una estupidez. Se despidió del comisario, estrechándole efusivamente la mano, y salió del despacho haciéndole un gesto a su hija para que lo acompañase. Alexandra se despidió de Leo y del comisario y, desconcertada por el extraño comportamiento de su padre, lo siguió hasta el coche.

—¿Qué ocurre, papá?

—No puedo explicártelo ahora. Sube —le dijo abriéndole la puerta delantera del Mercedes.

Nathan conducía callado, concentrado en la carretera, pero su hija no pudo más con aquella incertidumbre.

—¿Por qué nos dirigimos a la clínica?

En ese momento sonó el móvil de su padre.

—Contesta —le ordenó mientras ponía el intermitente a la derecha.

Alexandra cogió el móvil y el rostro se le iluminó.

—¡Eric!

—¿Qué haces con el teléfono de papá?

—Eso me gustaría a mí saber... —le contestó mientras el padre de ambos aparcaba el coche en doble fila.

—Pásamelo —le dijo con cierta inquietud que la puso en alerta—. Eric, necesito que te metas en IAFIS y me envíes lo antes posible todo lo que haya sobre Gabriela Bălan, la busca la Interpol por asesinato.

—¡Joder, papá! Me estás pidiendo que cruce la línea.

—Si no estuviese en juego la vida de tu abuela, no te lo pediría.

Eric se quedó callado durante unos segundos.

—Está bien. Pero el FBI tiene *hackers* que pueden localizarme en un santiamén. Intentaré despistarlos con la ayuda de algunos amigos. Espero que no te importe.

—Haz lo que sea necesario. Confío plenamente en ti. Y tú, Alex —se dirigió a su hija—, regresa a la clínica y saca a tu abuela de ahí. Ya sabes lo que tienes que hacer si se pone pesada.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Acabo de recibir un mensaje urgente del comisario. No sé qué es lo que quiere, pero parece importante. Si no regreso en treinta minutos, coged un taxi para ir a casa.

### *En la clínica a las 09:30 horas...*

Fátima había cubierto las mesas del comedor con manteles de plástico descoloridos por la cantidad de lejía que la exagerada de Consuelo echaba a la bayeta cada vez que los limpiaba. Esta prefería intoxicarse con hipoclorito de sodio que soportar los olores que desprendían los mismos después de las comidas. Esa mañana, después de colocar los cubiertos en cada una de las mesas, cogió el cubo y la fregona y se dirigió a la primera planta para empezar con la limpieza de las habitaciones. Mientras ordenaba el cuarto de Eulalia, no podía olvidarse de ella ni de Fernando, ya que hacía unos veinte minutos que les había entregado las copias de las llaves del despacho de la directora y no sabía nada de ellos. Se comprometieron en regresar en quince minutos y el tiempo se agotaba. Los ancianos ya estaban abandonando sus habitaciones y se dirigían al comedor. En cualquier momento les echarían en falta y Salvador subiría a buscarlos. Y como no los hallaría, recorrería cada rincón del centro hasta localizarlos. Aquella espera la estaba matando. Sentía que algo no iba bien, que todo iba demasiado rápido, que nadaba a contracorriente y que se ahogaba al final. Y los latidos agitados de su corazón le advertían de ese inminente peligro. Terminó de alisar la colcha de la cama, se dirigió al cuarto de baño, recogió la toalla sucia del suelo y la ropa que había dejado Eulalia en la percha. Cuando se disponía a salir, notó que sus

brazos flaqueaban y que los párpados le pesaban. Intentó agarrarse a la silla que había junto al escritorio, pero no le dio tiempo: sus rodillas se doblaron. Todavía tenía restos en los labios del trozo de pastel de chocolate que había engullido minutos antes en la cocina. El mismo que Olga, la cocinera, había apartado para la directora del centro. Esa mañana, en el desayuno, iban a celebrar el cumpleaños de la directora y, por primera vez, Dulces Artesanales se había encargado de su elaboración. A Fátima le volvía loca aquella tarta de frambuesas elaborada con chocolate amargo. Aunque sabía que no debía meter sus dedos en el trozo destinado a la doctora Quesada, no pudo controlar aquel impulso. Agarró un cuchillo y cortó un pedacito generoso que engulló en dos cucharadas. Veinte minutos después se mareó y cayó desplomada al suelo de la habitación de Eulalia. Se encogió como un feto al sentir un fuego abrasador en el estómago.

Alexandra entró en la clínica con la decisión tomada: no saldría de ella sin su abuela. Se dirigió al comedor y, al no verla sentada en una de las mesas, le preguntó a Consuelo:

—Estará al bajar —le respondió ella, que empezaba a impacientarse de la tardanza de Fátima. Harta de esperarla, se metió en la cocina y cogió el trozo de tarta de chocolate que había reservado Olga para la directora. Volvió al comedor y se dirigió a la nieta de Eulalia.

—¿Me haces un favor?

—Por supuesto.

—Como ves, estoy sola en el comedor. Fátima suele ayudarme a servir los desayunos, pero está tardando demasiado. ¿Podrías subir esta bandeja para la doctora Quesada, que está al llegar, y dársela a Fátima? Ella la dejará en su despacho.

—¿Y cómo voy a encontrarla?

—Claro, ¡qué tonta! —Se puso la mano en la cabeza—. Está en la primera planta. Creo que ya habrá terminado de limpiar el despacho y podría estar en la enfermería o en una de las habitaciones.

—¿Sabes ir a la habitación de tu abuela?

—Sí, está en la misma planta.

—Pues aprovecha y le dices que no se demore.

Alexandra cogió la bandeja y sus ojos se clavaron en la tarta de chocolate y frambuesas que había en ella. Intentó no mirarla demasiado para no pecar, pero el deseo de probarla echó por tierra aquel esfuerzo. Entró en el ascensor y, cuando se cerraron las puertas, asió el cuchillo y cortó un trozo en diagonal

para que no se notara. Se lo metió entero en la boca. Pulsó la primera planta y saboreó aquel pedacito de gloria. Salió del ascensor relamiéndose los labios y se limpió con los dedos de la mano que tenía libre. Luego, anduvo por el pasillo en busca de Fátima. Pasó delante del despacho de la directora y, antes de llegar a la enfermería, oyó un ruido en una de las habitaciones. Se dirigió despacio a ella, con cautela, y al comprobar que se trataba del cuarto de su abuela, el corazón se le encogió al creer que algo grave le había pasado. Se encontró la puerta encajada. Entró con cautela y, al ver un cuerpo tendido en el suelo, se le cortó la respiración.

—¡Fátima! —exclamó sorprendida cuando la vio retorciéndose del dolor. Entonces gritó pidiendo ayuda y la puerta del despacho de la directora se abrió.

# EL TÚNEL

*Once horas y diez minutos en el interior*

Desde aquella sala oímos un ruido estremecedor que me inquietó sobremanera.

—¿Qué está pasando arriba? ¿Dónde se han metido todos?

—Escaparon cuando oyeron entrar a los geos. Están por todas partes. Han conseguido detener a Salvador y a los demás.

—¿Te refieres a Enrique y a Sebastián?

—Y a todos los que lo siguieron y se enfrentaron a la policía. Casi todos pertenecían al proyecto.

—¿Y mi nieta y Fernando?

—Tranquila. Están a salvo. Ya no tienes que preocuparte por ellos —  
mintió.

—Pues, entonces, salgamos de aquí.

—Todavía no. Espinosa y Ballesta han escapado y yo sé dónde se esconden esas ratas. Bueno, donde se esconde ella, porque Gregorio es un cobarde y en estos momentos se dirige al aeropuerto.

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo he oído hablando por teléfono en su despacho. Es tan escurridizo como una serpiente de cascabel, pero no más ladino que yo. Ha comprado billetes de avión a Acapulco, lo que no puede imaginar es que su aventura tiene las horas contadas...

—¿Y la doctora Ballesta?

—Margarita tiene que resolver un problema antes de alzar el vuelo.

—¿Tú?

Aurora me sonrió, se acercó y me acarició el cabello. Yo no podía dejar de contemplar aquel iris azulado de sus ojos que me transportaban a Ravensbrück.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad? —me dijo ahogando con dolor aquellas palabras. Negué con la cabeza—. Perdí a mi madre delante de mis narices. Tú también lo viste.

No podía creer que estuviese allí, frente a mí.

—En aquella marcha hacia lo desconocido —empezó a contarme—, te convertiste en mi hermana mayor después de la muerte de mi madre. —Claro que la recordaba, ¿cómo podía olvidarla?—. Huimos del campo, yo rota de dolor, y cuando creíamos sentirnos libres la mala fortuna hizo que nos topáramos con la caravana de la muerte. Todavía recuerdo la reacción de aquella rea que llamabais la Libertaria. Cuando me vio junto a ti vestida de presa, se enfureció tanto que te empujó, perdiste el equilibrio y acabaste en el asfalto. Dos presas se acercaron...

—Olga y Marie.

—Y te ayudaron a levantarte. Luego, me cogiste de la mano y...

—Nos pusimos al lado de ellas. Tú te pegaste a mi cuerpo y sentí tu miedo...

## Recuerdos silenciados

*30 de abril de 1945*

En nuestra escapada, Erna y yo no imaginábamos que aquella carretera que habíamos elegido al azar nos llevaría hasta la caravana de la muerte. De haberlo sabido, habríamos huido campo abierto. Una guardiana nos vio y enseguida dio el aviso a sus compañeras. No tardaron en acercarse a nosotras, en darnos varios azotes con el látigo y en empujarnos hacia el grupo de prisioneras.

Más de veinte mil presos —la mayoría mujeres, aunque también había algunos hombres pertenecientes al subcampo masculino que había en Ravensbrück—, anduvimos por aquella carretera durante varios días, con la garganta seca y los pies llenos de sabañones. Los nazis pretendían trasladarnos hasta el interior de Alemania, pero muchos se quedaron en el camino, abandonados y olvidados. Cuando alguno caía al suelo, agotado por el cansancio y los dolores, ninguna guardiana lo obligaba a levantarse, sencillamente porque se convertía en una carga y era preferible dejarlo en la cuneta que arrastrarlo. Enseguida comprendimos que arrodillarnos en el asfalto significaba el final del camino.

Los nazis que nos acompañaban conservaban intactas sus miradas de odio hacia nosotros, a pesar de ser conscientes del final de la guerra. Aquella carretera, que nos llenó de esperanza al principio de aquella marcha suicida, acabó convirtiéndose en un cementerio kilométrico de cuerpos agonizantes.

Las fuerzas empezaban a flaquearnos a todos. Cuando llevábamos tres días con sus tres noches caminando, extenuados y sedientos, Marie le dio la mano a Olga, ya que apenas podía mantenerse en pie. Yo abracé a Erna y ella se agarró a mi cuerpo como un salvavidas.

—¿Vamos a morir, verdad?

—No digas eso, chiquilla —le dijo Marie.

Entonces noté que Erna se apretaba a mi cuerpo con fuerza. La que provoca el miedo.

—Merece morir —aseveró la Libertaria, que se había puesto detrás de nosotras.

Y en ese preciso instante vimos que la temible Binz se quitaba su

uniforme nazi, lo dejaba en la cuneta y aceleraba el paso en otra dirección, separándose del grupo. Otras guardianas hicieron lo mismo. Varios camiones de las fuerzas aliadas se acercaban a nosotras. La Libertaria empezó a gritar y apuntó con el dedo dónde se hallaban algunas de ellas, que se habían camuflado entre las presas, y el camino que había tomado el ángel rubio exterminador. Con los ojos invadidos por la ira, señaló también a Erna.

—Es solo una niña —le respondió Marie.

—Una asesina, como su madre —sentenció ella. Junté mi cuerpo con el de Erna y miré fijamente a la Libertaria—. Estás loca.

No le respondí. Seguí pegada a Erna todo el camino hasta que nos cruzamos con un camión danés de la Cruz Roja. Enseguida descendieron oficiales de las fuerzas aliadas que nos atendieron. Nos encontrábamos muy cerca de Rostock. Allí nos enteramos de que las tres mil quinientas mujeres y los trescientos hombres que se quedaron en el campo, desnutridos y enfermos, habían sido liberados por las tropas soviéticas el mismo día que partimos.

Recibimos aquella noticia como una bofetada de aire fresco. Comprendimos, entonces, que todo había terminado. Respiré hondo y abracé a Erna. Las lágrimas surcaron nuestros rostros cansados. Me sentía flotar, al igual que un ave en el cielo, mientras contempla la grandeza del mundo desde arriba. Aquella sensación de libertad me hizo entender lo que significaba realmente la vida y lo importante que era disfrutarla intensamente.

## Capítulo 19

### *La entrada al túnel*

*Gandía, 17 de septiembre de 2015*

Mientras Eric buscaba el historial delictivo de Gabriela Bălan en la base de datos más importante del mundo, la que gestionaba el FBI, Nathan se dirigía a la comisaría. Minutos antes había dejado a su hija en la puerta de la clínica. «No salgas sin ella», le dijo. Y se despidió de Alexandra. Eric le prometió que se pondría en contacto con él lo antes posible. Pero el tiempo transcurría lento y estaba a punto de minar la paciencia que le caracterizaba. Su hijo le había demostrado que aquel juego informático que tanto había criticado podría ayudarlo a esclarecer los hechos de los casos que llevaba entre manos. Y en ese trayecto hacia la comisaría tampoco pudo evitar preocuparse por las últimas relaciones amorosas de Alexandra, sobre todo la que estaba manteniendo con aquel hombre que acababa de conocer. Sintió que le bullía la sangre. Entonces aceleró, se saltó un semáforo en rojo y cuando vio un hueco entre dos coches, estacionó el Mercedes en un solo intento.

Entró en la comisaría con la mirada cargada de reproches. Llegó a la puerta del despacho de Galván con ganas de cruzarse con Leo pero, en ese preciso instante, recibió la llamada que esperaba.

—¡Eric! ¿Qué has averiguado?

—No sé si te servirá de algo.

—Seguro que sí.

—Esa mujer es una caja de sorpresas.

—¿Por qué lo dices?

—Fue la prostituta preferida de Razvan Dalca Stoian, el lugarteniente del criminal rumano más peligroso de Europa.

—¿Te refieres a Dracul Lupei?

—El mismo. Los hechos sucedieron en Valencia.

Se alejó de la puerta del comisario y se sentó en una de las sillas que había enfrente, justo al lado de la mesa vacía de un agente.

—*Raconte-moi* —le dijo en francés sin apartar la vista de la puerta del

despacho de Galván.

Eric, que había captado la importancia de ser discretos en ese asunto, le pasó la información en la misma lengua que acababa de utilizar su padre:

—Un proxeneta que había pertenecido a la banda de Lupei, conocido por sus colegas como Dragos, intentó violar a Gabriela y Razvan lo sorprendió en plena faena. Le pegó una somanta que lo dejó tieso pero, claro, los seguidores de Dragos no se conformaron y fueron a por Razvan. Lo encontraron en el restaurante donde solía cenar con Gabriela y allí, delante de todos, lo acribillaron a balazos. Gabriela se agachó y consiguió hacerse con el arma de Razvan; y mientras intentaba huir, disparó todas las balas que había en la recámara. Una fue a parar a Dragos, que murió en el acto. La confusión que hubo ante tanto tiroteo la ayudó a escapar. Cuando la policía se presentó, ella ya no estaba. Todo esto que te he contado forma parte de las declaraciones de una amiga de Gabriela y de los testigos que había en el restaurante.

—*Et les amis de Dragos ils veulent la tuer* (Y los amigos de Dragos la quieren matar).

—*Voilà.*

—Buen trabajo, hijo.

Nathan se despidió de Eric con la certeza de poder convencer a Gabriela para que declarase en contra del doctor Espinosa. En cuestión de minutos iba a ser detenida en su domicilio. Ahora conocía su pasado y, como abogado criminalista acostumbrado a lidiar con verdaderos asesinos, podría llevársela a su terreno si se terciaba. Decidió esperar allí al comisario. Estaba inquieto, no podía dejar de pensar en su madre y en su hija, en si esta había conseguido su objetivo. Y mientras las agujas de su reloj de pulsera giraban con lentitud, se encendió un pitillo y le dio una profunda calada; pero al sentir la mirada recriminatoria de una agente —que estaba enfrascada en encontrar algún indicio que la llevase al asesino de una joven que había aparecido muerta en la habitación de una pensión—, aplastó el cigarrillo en el cenicero que vio a la derecha, después de soltar el humo pausadamente.

En la calle principal de la urbanización donde se hallaba la clínica geriátrica se detuvieron tres coches patrulla. Ocho agentes armados irrumpieron en la residencia; uno de ellos portaba la orden judicial entre las manos. En el comedor, los ancianos los oyeron entrar y abandonaron nerviosos las mesas donde estaban desayunando. Miraron fijamente a Salvador y este les indicó

que volviesen a sus asientos. Después, hizo una señal con la cabeza a Enrique y Sebastián. Los tres se dirigieron a la cocina. Olga, la cocinera, había ido al almacén. Cuando se encerraba en él solía tardar quince minutos, que aprovechaba para fumarse un cigarrillo a escondidas. Y en ese intervalo de tiempo, tan fugaz como la vida, Salvador aprovechó para entrar en la que creía que era la única puerta de acceso al túnel. Se dirigió a la despensa que había junto al frigorífico, la abrió, apartó una estantería repleta de conservas, paquetes de arroz, legumbres y pastas, y forzó con el puño la pared del fondo hasta que se movió como una puerta corredera. De repente, la oscuridad lo envolvió. Encendió una linterna y caminó acelerado hasta llegar a unas escaleras que le condujeron hasta otra puerta. La empujó con fuerza y se abrió de un extremo a otro. Entró al túnel y al llegar al fondo se topó con otra galería, giró a la derecha y vio la caja rectangular de madera donde guardaban las armas. La abrió rápidamente y agarró seis pistolas semiautomáticas de las diez que había comprado en el mercado negro. Y como se le hizo poco, decidió cargar también con un rifle de asalto HK G36 —de los que utilizan tanto las actuales Fuerzas Armadas españolas como las alemanas— y un subfusil H & K MP-5, que Sebastián había robado a un viejo amigo militar de Infantería de Marina cuando se jubiló. Pero antes de marcharse, sus ojos se fijaron en dos antiguos subfusiles MP6 34 que Enrique se llevó del chalé del médico nazi con el que había trabajado como enfermero, durante diez años, en la consulta que tenía en su residencia de Gandía. Se apoderó también de varias cajas de cartuchos y regresó a la cocina armado hasta los dientes.

Cuando salió de aquel agujero, abrió la bolsa delictiva delante de sus compañeros, sacó tres pistolas, le dio una a Enrique y otra a Sebastián, y los tres se las escondieron debajo del pantalón. Acto seguido se dirigieron al comedor donde se encontraban el resto de ancianos. Entonces vieron que un agente de policía custodiaba la puerta de acceso al salón, mientras los otros siete se encargaban de registrar las dependencias y despachos de la planta baja. Regresaron a sus asientos con calma, saludando con la cabeza al policía. Pero en un descuido de este, Sebastián miró a Enrique, sonrieron, se levantó de la silla y disparó al policía en el centro del tórax.

Olga, que seguía fumando en el almacén, al oír el disparo dejó caer al suelo el cigarrillo y dudó en salir de allí. El corazón le latía a mil por hora. El ruido atronador del arma coincidió con el grito de Alexandra cuando vio a Fátima tendida en el suelo de la habitación de su abuela. La puerta del despacho de la directora se abrió.

—Eso ha sido un disparo —afirmó Fernando acercándose a las escaleras.

—Viene de la planta baja —dijo Eulalia desde la puerta.

—¡Abuela! —exclamó nerviosa Alexandra cuando la vio. Corrió hacia ella y la abrazó con fuerza—. ¿Qué ha sido eso?

—Un disparo, hija. ¿Pero tú que haces aquí a estas horas? —le preguntó mientras Fernando descendía las escaleras para averiguar lo que estaba pasando.

—Te lo cuento luego. Ven, corre, a Fátima le ocurre algo.

La cogió del brazo y la llevó hasta su habitación. Eulalia, al ver el cuerpo de la joven enroscado como un ovillo, se guardó de hacer algún comentario inoportuno sobre la extraña situación de encontrarla tirada en su cuarto. Enseguida se dio cuenta de que se trataba de algo que había ingerido. Le puso la mano en la frente. Ardía de fiebre. Intentó reanimarla con suaves cachetadas en las mejillas.

—¡Fátima!, ¿qué has tomado? Responde. —La joven no reaccionaba—. Necesito saberlo. Haz un esfuerzo.

—Me duele mucho el estómago... Y la cabeza...

Después de disparar al policía, Sebastián puso la pistola en la nuca de Lourdes. Salvador hizo lo mismo amenazando a Consuelo y Enrique apuntó a Mariano en la sien. Fernando vio los ojos serenos del marido de Lourdes desde el descansillo de las escaleras. «Demasiado tranquilo», pensó. Los agentes intentaban convencer a los desafiantes ancianos de que se rindiesen. Pero ellos jamás lo harían.

—¡Por Dios! ¿Dime qué has comido? —insistía la doctora Lambert.

Los ojos de Fátima se cerraron y el corazón de Alexandra se agitó.

—Tiene la tensión baja.

—Haz algo, abuela —le dijo con lágrimas en los ojos.

—Lo intento, pero si no sé lo que ha tomado no puedo ayudarla. No debo provocarle el vómito sin saber lo que ha ingerido, podría matarla.

—Si no lo haces, morirá igualmente —sentenció su nieta.

Eulalia sabía que Alexandra no se equivocaba. Y cuando se decidió a introducir los dedos en la boca de la joven, vio que la nariz le sangraba.

—Un momento.

—¿Qué pasa?

—Creo que ya se lo que tiene. Quédate con ella.

La doctora Lambert salió de la habitación aligerando el paso, pero su

pierna no le permitía ir más rápido. Toda su vida recordando aquel instante, cuando el doctor Gebhardt posó sus sucias manos en su cuerpo y le clavó aquella astilla de madera cerca del fémur. Llegó a la enfermería con un dolor punzante. Se frotó la zona que le dolía y enseguida empezó a buscar carbón activado y vitamina K. Cuando los encontró, agarró dos cajas completas de comprimidos e inyecciones y regresó a la habitación. A pesar de su cojera, nunca había corrido tanto para salvar una vida. Ni siquiera en Ravensbrück para salvar la suya.

—Ayúdame a levantarla un poco —le dijo a su nieta nada más entrar en el cuarto. Cogió un vaso con agua que había en la mesilla y disolvió en ella dos comprimidos de carbón activado que la ayudarían a absorber el tóxico del raticida que, seguramente, había ingerido. Después le inyectó una dosis de vitamina K con el fin de neutralizar el veneno.

—¿Se pondrá bien?

—No lo sé, Alex. Dependerá de la cantidad de veneno que haya tomado, del tiempo y de si he acertado con el diagnóstico.

No tardaron en descubrirlo. Fátima, cada vez más pálida, empezó a escupir sangre por la boca y ambas se arrodillaron para intentar que no se ahogase con sus propios vómitos.

—Si no se largan de aquí, les reventaremos los sesos —les advirtió encolerizado Sebastián a los policías.

El pulso era cada vez más débil. De repente, Fátima empezó a retorcerse como una serpiente y a sacar espuma por la boca. Alexandra se estremeció.

Y al ser conscientes de la delicada situación en la que se encontraban los rehenes, los agentes decidieron abandonar el centro antes de que aquellos tres descerebrados perdiesen completamente los nervios.

Entonces Eulalia comprendió que Fátima no viviría para contarle. Su cuerpo dejó de agitarse en el preciso instante que Fernando llegó para informarles de lo que había presenciado. Pero no tuvo tiempo.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó con la lengua fuera y los ojos llenos de incredulidad.

—Lo siento —le contestó Eulalia conmovida.

Fernando se arrodilló también y abrazó a la hija de su amigo Santiago. El cuerpo de Fátima no sintió la humedad de los ojos del anciano.

Enrique hizo una señal a Sebastián para que se acercase a él. Luego, metió la mano en la bolsa donde estaban las armas y le dio el rifle de asalto HK G36.

—Vigila la puerta de la calle.

Y mientras Sebastián se alejaba, Olga, que había decidido abandonar su escondite para averiguar lo que estaba sucediendo, entró al comedor con las piernas temblando. Enrique, que se encontraba muy cerca de la cocina, al ver una sombra aproximarse hacia él, no lo pensó ni un segundo. Apuntó hacia ella con la pistola que llevaba en la mano y apretó el gatillo.

—¡Otro disparo! —exclamó sobrecogida Alexandra.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Fernando mientras ayudaba a Eulalia a levantarse—. Han tomado el centro.

—¿A qué te refieres?

—Salvador, Enrique y Sebastián han perdido el juicio y han pegado un tiro a un policía. Y ahora, seguro, que se han cargado a otro...

—¿Ha venido la policía?

—No te hagas ilusiones. Se han tenido que marchar, amenazaron con matar a los que estaban en el comedor —le resumió a la nieta de Eulalia.

—*Mon Dieu!!* —exclamó Alexandra aterrada por la noticia.

—Será mejor que nos larguemos de aquí —insistió Fernando.

—Pero ¿adónde? No podemos bajar —le recordó Eulalia.

—Por el túnel.

Aquella idea le parecía suicida a la doctora Lambert. Sin embargo, no tenían otra alternativa mejor. Se dirigieron al despacho de la directora, Fernando abrió la puerta y la cerró tras ellos. Se acercó a la biblioteca y cogió el libro de Nikolai Gogol, *Almas muertas*, una de sus novelas preferidas. Su curiosidad fue lo que le llevó a dar con la puerta de acceso al túnel minutos antes del primer disparo. No pudo resistir la tentación y quiso tener entre sus manos aquel ejemplar. Nunca hubiese imaginado que un clásico de la literatura rusa escondiese el secreto de aquellas paredes. Al intentar sacar el libro por primera vez, la biblioteca se abrió hacia el interior, dejando visible un largo y estrecho pasillo abovedado que conducía hacia unas escaleras de caracol que había al fondo, en el mismo suelo. Llegaron hasta ellas con la sensación de estar a punto de convertirse en ratas de alcantarilla. Al pensar en ello, Alexandra sintió una sacudida en el estómago y se tapó la nariz con la boca. Descendieron las escaleras en fila india: primero la joven, después su abuela y, por último, Fernando. Y al poner los pies en aquel suelo ennegrecido, Alexandra empezó a tambalearse. Sentía un dolor abrasador en el estómago. Entonces recordó a Fátima y el trozo de tarta que se había comido en el ascensor, la que le había entregado Consuelo

para la directora. Hincó las rodillas en el suelo, se puso las manos en el estómago y se encogió como un feto. Su abuela reaccionó rápidamente.

—¿Qué tienes, Alex? —Intentó levantarla y al fijarse en su rostro pálido creyó ver a Fátima minutos antes en la misma posición.

—La tarta. Ha sido la tarta —balbució—. La cabeza me da vueltas...

—¡Estás sudando, chiquilla! —exclamó Fernando al verla.

De pronto, Alexandra echó la cabeza hacia delante y sacó por la boca parte de los restos de comida que había ingerido esa mañana. Fernando le puso la mano en la frente.

—No tiene fiebre —dijo aliviado.

—Vómitos, dolor de estómago, mareos, sudoración, son síntomas claros de...

—Envenenamiento con raticida —añadió Fernando—. Hay que administrarle medicamentos para neutralizar el veneno antes de que empeore.

—Ya lo hice con Fátima y fíjate lo que pasó.

—No me quiero morir, abuela.

—No te vas a morir. —Le acarició el cabello y la estrechó contra su pecho.

—¿Dónde dejaste los medicamentos que le diste a Fátima?

—Creo que en el suelo de la habitación. No lo recuerdo bien.

—No te preocupes. Voy a buscarlos. No tardo nada.

Eulalia asintió e intentó contener las lágrimas para que su nieta no la viese rota de dolor. Fernando salió del despacho de la directora con los ojos clavados en el descansillo de las escaleras. Temía que lo sorprendiesen. Se dirigió a la habitación con sigilo y sin dejar de mirar a su alrededor. Habían dejado la puerta abierta. Entró y vio junto al cuerpo de Fátima los medicamentos que debía llevarse. Los cogió sin girar el rostro hacia ella. Tragó saliva y respiró hondo. Abandonó la habitación dejando la puerta como la encontró. Pero cuando se disponía a entrar en el despacho de la directora, oyó pasos en las escaleras. «Alguien sube a inspeccionar o a buscarnos para llevarnos con los demás», conjeturó. Entró rápidamente en el despacho, cerró la puerta sin hacer ruido y se metió dentro de la biblioteca. Aquellos pasos se detuvieron justo en la puerta del despacho. Entonces intentó forzar los estantes para que volviesen a su estado anterior, pero se resistían. Lo intentó varias veces sin éxito. Y cuando oyó que alguien abría la puerta, pegó la espalda a una de las paredes de aquel estrecho pasillo que

había en el interior de la biblioteca, provocando que esta se cerrase a cal y canto. Quedó atrapado en su interior y no pudo reprimir la sonrisa que intentó ahogar en la garganta para no ser descubierto. «Por los pelos», se dijo. Regresó junto a Eulalia sin hacer ruido. Cuando lo vio acercarse, se le iluminaron los ojos.

—No hay tiempo que perder —le dijo ella.

Y cuando se disponía a darle a Alexandra los dos comprimidos de carbono activado, se dio cuenta de que no tenían agua.

—Tendrá que masticarlos —aseveró Fernando.

Eulalia se los metió en la boca y a su nieta, enseguida, le entraron arcadas.

—Imagina que estás comiéndote una deliciosa ensalada marsellesa.

Y al oír aquellas palabras, Alexandra consiguió tragárselos. Su abuela no tardó en inyectarle en el brazo la vitamina K.

—Hay que llevarla a un hospital. Si empeora, no podríamos ayudarla —le dijo Eulalia a Fernando.

—Lo sé, pero no podemos regresar. Tenemos que continuar y encontrar la salida.

Entonces, Fernando cogió en volandas a Alexandra y Eulalia avanzó detrás de él. El corazón le dio un palpito. Tenía un mal presentimiento.

Tres agentes la acompañaban hacia la sala de interrogatorios de la comisaría. El comisario Galván caminaba detrás, orgulloso de cómo se estaban desarrollando los acontecimientos del caso. Gabriela entró con el rostro preocupado. No era la primera vez que se enfrentaba a una situación similar y casi nunca había salido bien parada. No confiaba en aquellas personas uniformadas que se jactaban de proteger a los ciudadanos. ¿Dónde se encontraban ellos cuando los hombres de Dracul Lupei la engañaron y la trajeron a España, haciéndole creer que le esperaba un futuro prometedor? Solo tenía dieciocho años y una vida llena de ilusiones y esperanzas. Desde el primer día que aterrizó en aquel burdel de Valencia, su vida se convirtió en un infierno. Diez años de torturas físicas y psicológicas lejos de su familia, sin tener noticias de ellos, sin saber si sus padres seguían vivos o muertos, si sus hermanos eran felices o también les había tocado vivir una vida perra. Demasiada soledad en el corazón. Y ahora estos hombres, que la miraban con desprecio y deseo al mismo tiempo, la acusaban de delitos que no le

pertenecían.

—Es mejor que hable, que lo confiese todo. Tenemos su huella dactilar y dentro de poco... su ADN.

—No tengo nada que confesar. No he hecho nada de lo que me tenga que arrepentir.

—Suplantar a una persona es un delito que la puede llevar a la cárcel una larga temporada —le recordó Galván.

—¿Y qué hubiese hecho usted en mi situación? —espetó Gabriela sin apartar la mirada—. Las mafias no perdonan y a mí ya me han sentenciado a muerte. No tenía nada que perder y mucho que ganar. Así que no pienso hablar más sin la presencia de un abogado.

Galván le clavó una mirada de indignación y aplastó los restos del cigarrillo en el cenicero. Aunque las pruebas en su contra eran suficientes para llevarla ante un juez, la necesitaba si quería atrapar a los principales responsables de las desapariciones y muertes en aquella residencia geriátrica que le estaba robando el sueño algunas noches. Así que se levantó de la silla, salió de la sala de interrogatorios y se dirigió al único abogado criminalista que tenía frente a él: Nathan Lambert.

—Necesito que me haga un favor.

—Usted dirá, pero dese prisa. Tengo que asegurarme de que mi madre ha abandonado la clínica y no puedo perder tiempo.

—Quiero que entre ahí —señaló la sala de interrogatorios— y se presente como su abogado.

—¿Para eso me ha hecho venir hasta aquí? Creí que se trataba de algo urgente.

—Y lo es. Necesitamos que confiese y creo que con usted...

Nathan, sorprendido ante la petición del comisario, sacudió la cabeza.

—No me lo puedo creer —murmuró.

—Conseguiré atrapar a esos hijos de puta, con o sin su ayuda.

El hijo de la doctora Lambert lo miró fijamente. Sabía que hablaba en serio a pesar de conocerlo muy poco, pero aquella mirada de animal rabioso le valía para darse cuenta de lo que podía perder si lo contrariaba. Aun así, no estaba dispuesto a entrar en el juego sin nada a cambio.

—Está bien. Lo haré si envía ahora mismo otro coche patrulla a la clínica.

—Ya he enviado tres.

—Pero este lo necesito para mi madre y mi hija. No pienso quedarme

aquí si no me garantiza que las pondrá a salvo. Alexandra debía llamarme por teléfono para informarme de que había conseguido sacar a mi madre y todavía no lo ha hecho. Así que, si quiere que yo entre en esa sala —la señaló—, tendrá que aceptar mi petición.

—¡Vaya! —exclamó Galván contrariado—. Un abogado chantajeando a un policía. —Se quedó pensativo unos segundos—. Entiendo su preocupación. Pero no necesito enviar otra patrulla. Solo tengo que hacer una llamada a uno de mis hombres de los que se encuentran allí y dentro de escasos minutos sabremos si su madre y su hija han abandonado la clínica. ¿Le parece bien?

—Gracias.

Nathan dirigió la mirada a la sala de interrogatorios.

—Le recuerdo que esa mujer me conoce como inversor y no como abogado...

—Haga lo posible para que confíe en usted. Seguro que se le ocurre algo.

—Le contaré todo, así que no grabe la conversación. No infrinja usted la ley.

Entonces se colocó bien la camisa beis que se había puesto ese día, sin corbata, y entró en la sala.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó ella al verlo.

—Me llamo Nathan Lambert.

—Ya decía yo que usted hacía demasiadas preguntas.

—Soy el hijo de Eulalia, y también abogado criminalista. —Le ofreció la mano, pero Gabriela le giró la cara y no se movió de su asiento. Entonces cogió una silla y se sentó frente a ella—. Puedo ayudarla.

—¿A cambio de qué?

—De la verdad.

—¿De la mía o de la que ellos quieren oír?

—La verdad solo la conoce usted.

—¿Y qué ganaría yo?

—Un juicio justo y un abogado que yo mismo le costearé.

—Prefiero que sea usted —le dijo echando su cuerpo hacia el rostro de aquel hombre de voz grave y segura.

Nathan también se acercó al rostro de Gabriela. Ella lo miró a los ojos y se fijó en el brillo que desprendían.

—Eso no podrá ser. No puedo representar a nadie en este país.

—¡Lástima! —Se reclinó en el asiento.

—Pero sí puedo asesorar a mi colega. —Hizo una pausa—. Sé que la muerte de Dragos fue en defensa propia y hay testigos que podrían declarar a su favor. Un juez no la condenaría por eso, pero sí por ocultar información sobre crímenes. La condena por suplantar a una persona tampoco sería excesivamente elevada. Si colabora con la policía, mi colega y yo podríamos intentar convencer al juez para evitar que fuese a la cárcel, a cambio de un trabajo de reinserción social. Pero si calla, se pasará una larga temporada en ella y allí nadie la protegerá de los hombres de Dragos...

—La mafia rumana tiene tentáculos muy poderosos.

—Cierto. Pero estará más segura si cuenta la verdad. Solo tiene dos opciones: la cárcel y acabar degollada, o confiar en mí.

Gabriela se quedó pensativa. Aquellas alternativas no le parecían justas. Se sintió acorralada. Nathan se reclinó en el asiento, callado, sin apartar la mirada del rostro desconcertado, y asustado, de Gabriela.

—De acuerdo. Pero prométame que hará todo lo posible para librarme de la cárcel.

Nathan se acercó de nuevo a ella y le agarró la mano. Se la acarició.

—Te lo prometo —le dijo dejando arrinconado el formalismo. A Gabriela se le escaparon algunas lágrimas.

—Yo no quería hacer daño a nadie.

—Lo sé. Lo dicen tus ojos.

—Cuando me enteré ya era demasiado tarde y no podía cambiar las cosas.

—¿Qué pasó con la doctora Quesada?

—No lo sé. Nunca me lo quisieron decir. Pero creo que la mataron.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque los oí hablar en una ocasión.

—¿A quiénes?

—Al doctor Espinosa y a la doctora Ballesta.

—¿Dónde?

—Los oí discutir en el despacho de la doctora y no pude evitar acercarme a la puerta. Hablaban de hacer desaparecer un cuerpo porque ya me tenían a mí y nadie sospecharía. Por eso pensé que se trataba de la verdadera doctora. Hablaban de ocultarlo en un túnel. No puedo decirle dónde está. No lo sé.

A Nathan se le iluminaron los ojos al recordar lo que le habían contado su hija y su amigo Leo de la existencia de ese túnel.

—Daremos con él. Y, dime una cosa, ¿por qué aceptaste el trabajo? —le

preguntó.

—Para no ser descubierta por los hombres de Dragos. Me prometieron que la cirugía me ayudaría a pasar desapercibida y sería como empezar una nueva vida.

—¿Y no les preguntaste dónde se encontraba la verdadera doctora?

Gabriela se quedó callada durante unos segundos. Sabía que no debía mentirle.

—Lo pensé, pero no lo hice. Tenía miedo de perder aquella oportunidad, pero también de convertirme en cómplice de un crimen. Un miedo estúpido porque, al final, se salieron con la suya.

—¿Qué pasó?

—No podía dejar de sentirme culpable. Apenas podía dormir ni comer. Estuve varios meses dándole vueltas a la cabeza. Quise abandonar y dejarlo todo. Me sentía atrapada en una telaraña y aquella sensación me ahogaba. Necesitaba salir de allí y volver a ser yo. Así que una tarde, después de haberlos oído hablar, entré en su despacho y le dije al doctor Espinosa que no quería continuar con aquella farsa, que me había equivocado.

—¿Y cómo reaccionó?

—Se le hincharon las venas del cuello y me dio una bofetada tan fuerte que me rompió el labio inferior.

A Nathan se le encendieron los ojos. Se moría de ganas por devolverle el golpe, por verlo definitivamente entre rejas. Le acarició de nuevo la mano.

—Continúa.

—Entonces me amenazó.

—Con entregarte a los hombres de Dragos...

Gabriela asintió sin apartar la mirada de los ojos del abogado, intentando contener las lágrimas, pero no lo consiguió. Buscó las manos de Nathan. Él le dio su pañuelo para que se sonara la nariz. Luego se aproximó a su oído y le acarició el cabello.

—Tranquila.

—No me deje sola.

—No lo haré. Ahora voy a llamar a mi colega para que esté presente en la declaración. No digas nada hasta que llegue, ¿entendido?

—¿Estará con él?

—No puedo. Mi madre corre un grave peligro y...

—Debe protegerla. Vaya con ella.

Nathan abandonó la sala de interrogatorios llevándose con él la mirada

empequeñecida de aquella hermosa mujer clavada en la memoria. Se dirigió al comisario con una leve sonrisa adornando su boca.

—Está dispuesta a declarar, pero no se atreva a entrar sin la presencia de su abogado.

—¿Me está tomando el pelo?

—Le he dado instrucciones precisas para que no diga una sola palabra hasta que llegue mi colega.

Leo, que acababa de entrar y de presenciar la escena, soltó una carcajada que irritó a Galván.

—¿Y tú de qué te ríes, mamón? —espetó enojado el comisario mientras se dirigía a la máquina del café.

—Está cabreadísimo, pero no conmigo —le dijo Leo a Nathan.

—¿Un cigarrillo? —le ofreció Nathan.

—Gracias, pero es mejor que nos lo fumemos en la terraza. ¿Ha visto la mirada afilada de ese agente?

El padre de Alexandra sonrió. Salieron a la terraza. Al llegar, Nathan le dio fuego. Se encendió uno, le dio una profunda calada y, acto seguido, llamó por teléfono a un abogado amigo suyo que residía en Valencia desde hacía varios años. Habló en francés con él mientras se fumaba el pitillo ante los ojos indiscretos de Leo.

—Llegará esta tarde.

—El tiempo corre —le recordó el detective.

—Lo sé.

Entraron de nuevo y se sentaron cerca de la sala de interrogatorios donde se encontraba Gabriela. Galván no tardó en aparecer con dos cafés.

—Tome —le ofreció uno al abogado.

—No le he pedido ningún café. Tengo que ir a la clínica y asegurarme de que mi madre y mi hija se encuentran...

—A salvo. Podrá reunirse más tarde con ellas en su casa. Siéntese, por favor.

Leo decidió dejarlos solos y se acercó a la mesa de Carlos, un agente con el que hacía buenas migas. El comisario Galván sabía que por las bravas no conseguiría nada de Nathan Lambert. Por eso le mintió, para convencerlo. Y lo hizo como un acto impulsivo, sin ser consciente de que su egoísta acción estaba poniendo en peligro la vida de aquellas dos mujeres.

—He accedido a no grabar la conversación, pero usted no va a salir de esta comisaría sin contarme lo que sabe. Así que ya puede empezar.

Nathan se quedó pensativo unos segundos. No tardó en reaccionar.

—Está bien. No voy a discutir con usted. Pero antes tengo que comentarle algo a Leo.

—Aquí lo espero. —Le dio un sorbo al café.

El abogado se alejó del comisario y buscó a Leo con la mirada. Cuando lo vio se acercó a él y lo llamó con el dedo índice. El detective se levantó, sorprendido, y Nathan, olvidándose del formalismo, le dijo al oído:

—¿Puedo pedirte un favor?

—Por supuesto.

—Acércate a la clínica. El comisario me ha asegurado que mi madre y mi hija se encuentran bien, pero creo me está ocultando información. Estoy preocupado, Alexandra no me ha devuelto las llamadas.

—Tienes razón. Se respira cierto nerviosismo entre los agentes. —Miró hacia las mesas—. Galván está que muerde y suele comportarse así cuando hay complicaciones.

—Entérate de lo que está pasando. Algo no marcha bien.

—Y tú, ¿qué vas a hacer?

—No puedo abandonar la comisaría. Galván se ha empeñado en que le cuente con detalle la conversación que he mantenido con Gabriela. Este hombre me está sacando de mis casillas.

—No es mal tipo.

—No lo pongo en duda, pero a mí me está haciendo perder los nervios. Por favor, necesito que vayas y que me mantengas informado. —Le dio una palmada en el hombro.

Leo amagó una sonrisa. Después, aplastó la colilla del cigarrillo que se estaba fumando en un cenicero que había encima de una papelería y se marchó sin despedirse del comisario.



# EL TÚNEL

*Once horas y veinte minutos en el interior*

Mientras Espinosa se dirigía al aeropuerto con los resultados de las muestras de ensayos en su poder, la doctora Ballesta se quedaba en la clínica con el fin de poner punto final al mayor de sus problemas: Aurora Beltrán. Eso fue lo que me dijo la propia Aurora. La creí porque era ella, aquella niña de mirada angelical, cabellos dorados y olor a jabón. Por eso no dudé cuando me aseguró que Fernando y mi nieta se encontraban a salvo. Nada más lejos de la realidad. Ella también necesitaba ganar tiempo, y cargar con una enferma histérica y preocupada por sus seres queridos no le convenía.

—Tenemos que encontrar a Margarita. Ven —me indicó que me levantara.

Me acerqué a ella con la sensación extraña de estar arriesgándome demasiado. No sé si me movió la curiosidad por descubrir o el miedo a quedarme sola con un cuerpo frágil e indefenso. Me sentía como una muñeca de cristal a punto de romperse. La seguí y no me arrepiento de ello, pero sí de no haber sido más valiente para ayudarla. Ella lo hizo. Yo no fui capaz.

Abandonamos aquella sala y nos adentramos en el túnel, en la misma galería en la que había estado horas antes con Fernando y mi nieta huyendo de aquellos seres que habían perdido la cordura. Nos detuvimos delante de la puerta por la que se accedía a la cocina. No pude dar un paso más. Todavía tenía clavada en la retina la imagen de Olga con la cabeza reventada por un disparo. Noté una sacudida en el estómago y vomité.

—Es el efecto de la medicación —me dijo ella.

—No. Es el efecto del horror —le contesté con rotundidad—. El mismo que me acompaña algunas noches en las pesadillas que siguen atormentándome, porque el tiempo no lo cura todo. Las heridas más profundas del alma se quedan.

Aurora —o Erna, ya no sabía cómo llamarla— se quedó en silencio, masticando aquellas palabras que también le traían amargos recuerdos.

—No sirve de nada seguir anclado en el pasado. Pasa página y olvida. Te sentirás mejor —me aconsejó.

«Olvidar. Olvidar. Olvidar», una palabra que se me había atragantado desde que salimos de Ravensbrück. ¿Cómo podía olvidar todo aquel dolor que sufrimos a merced de aquellas bestias, todo lo que vimos y sentimos y, a pesar de ello, nadie nos creyó hasta que pasaron décadas? No. No era posible olvidar, salvo que una enfermedad te arrebatase aquellos recuerdos y, finalmente, dejases de sufrir.

Subimos las escaleras y llegamos al estrecho corredor que nos conducía a la cocina, pero antes de llegar al final, Erna se detuvo otra vez, empujó en el centro de la pared de la derecha y, al oír un chasquido, me ordenó que retrocediese. De pronto la pared se abrió en dos mitades simétricas y una luz fluorescente penetró en nuestras pupilas, cegándonos al instante. La doctora Ballesta nos esperaba con una sonrisa perversa dibujada en el rostro.

—Por fin las tres juntas.

—¿Te ha dejado sola tu socio? —le preguntó Erna con la mirada llena de rencor—. Siempre fue un cobarde.

Margarita lanzó una carcajada que me estremeció.

—Sí, pero antes de poner rumbo al aeropuerto le di órdenes para que acabase con ellos —soltó clavándome la mirada.

—¿De quiénes está hablando? —quise saber.

—¿No se lo has contado?

—No la escuches.

—Erna, mírame a los ojos, ¿qué es lo que me tenías que contar? —le pregunté angustiada por aquel secreto que iba a romper la serenidad que intentaba conservar.

—Lo siento mucho. Debí decírtelo.

—¿Decirme el qué? —El corazón se me aceleró.

—Fernando y tu nieta...

—¿Qué les ha pasado? ¿Dónde están? Dímelo —le exigí zarandeándola—. Háblame de una vez.

—Te mentí cuando te dije que estaban a salvo. No sé nada de ellos.

Y al mirarla a los ojos, supe que decía la verdad. Me entraron ganas de abofetearla, pero me contuve.

—En estos momentos, mi marido y mi hijo estarán llegando al aeropuerto...

—¿Tu marido?

—Sí, Eulalia. Gregorio Espinosa es mi marido y Daniel, nuestro hijo.

—¡Así que tú eres la Maestra! —dije intentando absorber las lágrimas—.

La cabeza...

—Pensante de este proyecto. ¿Sorprendida? Gregorio sería incapaz de urdir un plan como este. Es muy bueno en algunas cosas, pero pésimo en otras. Ya lo conoces. —Me lanzó una mirada de esposa herida—. Todo esto que ves —se dirigió a Erna—, ahora nos pertenece por derecho. Lo firmaste, ¿no te acuerdas?

—Perfectamente, pero debiste leer la letra pequeña donde se especificaba que, además de heredar toda mi fortuna, te responsabilizarías de todas las deudas contraídas por Mauricio. Y te aseguro, querida, que la cifra supera con creces el dinero que hay en el banco.

—¡Mientes!

—Has heredado una clínica hipotecada. Compruébalo tú misma.

Los ojos de Margarita se encendieron como dos soles.

—No saldréis con vida, ni tampoco lo harán tu nieta ni tu amante —dijo dirigiéndose a mí y dejando escapar una sonrisa maliciosa.

—¿Cómo conociste al doctor Espinosa? —le preguntó Erna.

—En un congreso en París. También estuvo usted, doctora Lambert, pero no creo que lo recuerde, apenas se dignó a saludarme. Estaba demasiado absorta en el discurso que tenía que dar como conferenciante y no reparó en mi presencia. Usted no me reconoció, pero yo sí. Conservaba aún intacta esa mirada altiva que nos restregaba en el campo. Y fue allí, en aquella sala de conferencias, cuando me volví a reencontrar contigo —se dirigió de nuevo a Erna—, pero ya no eras aquella niña decidida y sonriente que conocí. Tú reconociste a Eulalia, pero ella tampoco se acordaba de ti. De hecho, no quería recordar nada de Ravensbrück. Por eso no te atreviste a decírselo.

—¿Sabías quién era yo y no me dijiste nada? ¿Por qué? —le pregunté a Erna, muy desconcertada.

—En el campo éramos unas crías y había pasado demasiado tiempo. Tenías tu vida y yo...

—Tú te casaste con un ser déspota que no sabía apreciar la bondad de tu alma —le dijo Margarita— y te convertiste en un ser esquivo. Por eso te callaste. Tenías miedo de que para ella no significases nada, solo un mal recuerdo.

—Eso no es verdad —repliqué dirigiéndome a Erna con lágrimas contenidas—. Me hubiera encantado mantener contacto contigo, saber de ti. Creí que estabas en Dinamarca. Cuando llegué a Francia y me recuperé, te busqué a través de la embajada danesa, pero nadie sabía nada. Desapareciste.

—Estuve poco tiempo, mis padres adoptivos murieron. Mis abuelos no querían ocuparse de mí, no me querían, y me entregaron a la embajada española. Conocían a Jaime de Castro, un prestigioso cardiólogo que estaba de paso. Su mujer deseaba ser madre y yo llegué en el mejor de los momentos. Me acogieron y me llevaron a Madrid. Y desde entonces dejé de ser Erna Klausen para convertirme en Aurora de Castro Varela.

—Enternecedora historia... Para echarse a llorar —escupió con sarcasmo Margarita—. El silencio te condenó a la soledad del corazón, mi querida Erna. En cambio, yo no dudé en actuar cuando te reconocí aquel día, tan bella, y no me resigné a perderte de nuevo.

—Y te mudaste a Madrid —le dijo Erna.

—Para estar cerca de ti y recuperar nuestra amistad. Y lo conseguí, empezaste a confiar en mí, a necesitarme, pero Mauricio siempre se interponía.

—Por eso lo mataste.

—No te merecía. Cuando conocí a su amigo Gregorio, enseguida intimamos y pensé, entonces, que casándome con él podría acceder más fácilmente a ti. Pero no fue así. Apenas nos acompañabas en las celebraciones y casi nunca te dejaba salir sola. Te quería solo para él. Nunca estuve enamorada de Gregorio, ni él de mí, porque en su cabeza solo cabía el nombre de una mujer: Eulalia. Pero yo no lo maté. Fue Gregorio. Mauricio se convirtió en un obstáculo para el proyecto. Aquella acción me vino de perlas. Por fin podía recuperarte y tenerte solo para mí.

El silencio se adueñó de la sala. El odio se podía respirar en el aire.

—No les hagas daño, por favor —le supliqué—. Haz lo que quieras conmigo —me ofrecí con los brazos abiertos.

—No te humilles, Lía.

—Demasiado tarde —contestó Margarita—. En estos momentos ya estarán criando malvas.

El corazón se me aceleró tanto que apenas podía controlar los latidos. Sentía un sudor gélido recorriendo cada centímetro de mi cuerpo. La cabeza empezó a darme vueltas. Erna me puso la mano en la frente. Ardía como cuando era niña y mi madre me metía desnuda en la ducha y el agua fría del grifo impactaba en mi cuerpo, provocándome espasmos que luego desaparecían junto a la fiebre.



## Recuerdos silenciados

*1 de mayo de 1945*

Sentía los paños de agua helada en la frente. Ella me los colocaba con suavidad mientras me hablaba para evitar que mis ojos se cerrasen. Esas fueron las instrucciones que le dio a Erna la enfermera danesa que nos atendió en Rostock, en el campamento provisional que había montado el ejército ruso para los heridos. Llegamos a la ciudad extenuadas, a pesar del agua que nos habían dado en el camino donde nos encontraron completamente desfallecidas. La herida de mi pierna se había infectado por la falta de higiene en aquella marcha hacia la muerte. Apenas podía articular palabra. El dolor se había apoderado de mi mente y era incapaz de verbalizar. Oía las palabras de Erna, salidas desde lo más hondo del corazón, como un susurro melódico que me reconfortaba. Era ella, una vez más, la que me animaba a seguir luchando. Cuando la fiebre desapareció, el médico que me había atendido y operado de urgencia me dijo que había tenido mucha suerte.

—La conservarás —me aseguró—. Aunque no recuperarás toda la movilidad.

Después de lo sufrido en Ravensbrück, quedarme coja de por vida carecía de importancia. En lo único que pensaba en aquel momento era en contemplar el cielo, incluso en su llanto, dejarme arrastrar por los olores de las calles, pero, sobre todo, llenarme los pulmones de ese aire de paz que se respiraba en cada rincón de Rostock.

Pasé una semana en el campamento, recuperándome de la operación. Erna se despidió de mí una mañana. Al principio, no quiso decirme a dónde se la llevaban, pero mi insistencia y las ganas que tenía por contarle pudieron más que mantener su destino en secreto.

—Me voy a Dinamarca con una familia.

—¿Te van a adoptar? —le pregunté sobresaltada, alegrándome por la noticia.

—Él es médico y está aquí, en el campamento. Lo conocí ayer. —Agachó la cabeza—. También a su mujer. Se llama Gudrun y es pastelera. No tienen hijos. Bueno —rectificó algo avergonzada por haberlo olvidado—, tuvieron una pero se murió.

Apenas pudo pronunciar aquella última palabra. Su rostro denotaba la tristeza de una niña marcada por el dolor de haber presenciado la muerte de su propia madre. Sin embargo, y a pesar de ese sufrimiento, fue capaz de regalarme otra de sus generosas y cálidas sonrisas. Se despidió lanzándome besos en el aire, con los ojos llorosos, el alma limpia a pesar de todo, pero la memoria colmada de recuerdos que no podría olvidar jamás. La imagen de la Binz obligándola a arrancarles la piel a tiras con el látigo a algunas reas la perseguiría la vida entera.

Un día después de su partida, el médico me dejó dar un paseo por la ciudad de la mano de Britta, otra de las enfermeras danesas que había en el campamento. Ella hizo posible que me olvidase por un instante de Erna. En el fondo sentía envidia. Me costaba imaginar mi vida fuera de aquellas camas repletas de heridos, de las atenciones de las enfermeras que iban y venían tantas veces como se las necesitaba. Una vez curada, tenía que plantearme mi futuro más inmediato: qué hacer con mi vida. Había cumplido los trece y la vida me obligaba a caminar sola. No me quedaría en Rostock. Tampoco en ninguna ciudad o pueblo del norte de Mecklenburg. Quería salir de Alemania, poner tierra de por medio y alejarme a miles de kilómetros de distancia de Ravensbrück. Al principio pensé en ir a Dinamarca, como Erna, pero Britta me aconsejó que fuese a Francia, que no me preocupase por los papeles porque ella tenía contactos en el consulado francés dispuestos a ayudarme, que me lo merecía por haber luchado en la Resistencia. Y entonces recordé el día que mi madre y yo bajamos del convoy y pisamos el campo. Desde el primer momento, los nazis nos consideraron francesas.

Desde mi regreso a Francia, mi vida ha estado vinculada a este país en todos los aspectos. En él he crecido bajo la tutela de unos padres adoptivos que me acogieron y me dieron todo el amor que una superviviente de Ravensbrück necesitaba. Con la familia Fournier he recibido amor a manos llenas, pero, sobre todo, he aprendido a perdonar, a relativizar las cosas, a que las heridas deben cicatrizar para que no se enquisten. Y, gracias a esos consejos, muchas veces me he sentido libre como el viento al conseguir liberar el alma de ese dolor.

## Capítulo 20

### *La liberación*

*Gandía, 17 de septiembre de 2015*

Caminaba por el alcantarillado con la mirada clavada en el final. Apenas podía vislumbrar las aguas malolientes, pero poco importaba, penetraban descaradas en su nariz llegando hasta el estómago. Cuando le venían las arcadas, intentaba contenerlas tapándose la boca con la mano que tenía libre. Con la otra sujetaba la linterna del móvil. Apenas le quedaba batería. Incapaz de saber con certeza el tiempo que llevaba en aquel agujero, tenía la sensación de que, en cada paso que daba, el camino se estiraba como una goma elástica. A veces se cruzaba con algunas ratas que corrían en dirección contraria; otras, se pegaban a sus talones, rozándole los pantalones mojados. Entonces le entraban ganas de aplastarlas con los pies. Pero enseguida se arrepentía de aquel pensamiento agresivo cuando se imaginaba rodeado por una veintena dispuesta a marcar territorio. Al fin y al cabo, él era el intruso.

Ya no le quedaban fuerzas. Agotado, y con la lengua fuera, se detuvo un rato. Pegó la espalda en la pared para recomponerse un poco. Necesitaba coger aire. El único ruido que oía era el de los chillidos de aquellos roedores y el movimiento oscilante y agitado de aquellas apestosas aguas que empezaban a correr bravas. Se centró en aquel sonido durante unos minutos. Pensó que tal vez estaba lloviendo en el exterior y esa posibilidad hizo que decidiera reanudar la marcha antes de que el alcantarillado se inundase. Fue entonces cuando oyó una voz lejana que venía del fondo de ese camino al que se dirigía. Intentó andar más rápido, pero apenas podía controlar la respiración. Cada vez que se acercaba más hacia aquella voz, esta se apagaba por momentos como la luz de su linterna. Aceleró el paso todo lo que pudo y sus piernas se lo permitiesen, hasta que un repentino silencio le provocó una sacudida en el corazón. Entonces la recordó y la llamó por su nombre.

—¡Alexandra! ¿Eres tú? No te quedes callada, muchacha. —El agua se precipitaba contra las paredes. Corrían rápidas—. Habla, chiquilla. Dime que eres tú.

Entonces oyó su nombre agonizando en la garganta de ella.

—¿Fernando?

—Estoy cerca. Háblame.

—No puedo moverme.

—¿Dónde estás?

—Aquí.

Intentó iluminar cada rincón, pero la tenue luz de su móvil, que amenazaba con apagarse definitivamente, no se lo estaba poniendo fácil.

—No consigo verte.

—Estoy aquí. Dentro —dijo sollozando.

Alzó la vista hacia el centro del alcantarillado casi inundado. Unas manos desesperadas se agitaban de un lado a otro.

—¡Dios santo! —exclamó al verla prácticamente sumergida en las aguas. Corrió hacia ella luchando contra la corriente.

—Lo siento. Estaba cansada y mareada. Os he fallado —se lamentó.

—No te preocupes.

—¿Y mi abuela?

—A salvo —No sabía cómo afrontar aquella pregunta. Pensó que mantenerla en aquella mentira le daría el suficiente coraje para salir de allí.

—Tenía sueño y cerré los ojos unos minutos —empezó a relatarle—. Entonces sentí que algo me mordía el tobillo. Era una rata. Le di una patada y conseguí que se alejase. Caminé unos metros más pero el dolor no me dejaba y enseguida se me hinchó tanto que apenas podía mover el pie.

Fernando miró el tobillo y, al ver el tamaño de la mordedura y de la infección, intentó disimular su desazón.

—Tranquila, no es nada. —Se mordió los labios.

—¿Y por qué me duele tanto?

—Porque la tienes mojada y llevas mucho tiempo en la misma posición.

—No puedo moverme. Siento la pierna dormida.

—Te sacaré de aquí. No te preocupes. Agárrate a mí.

Alexandra rodeó con su brazo el cuello de Fernando y él, cogiéndola de la cintura, consiguió sacarla de las aguas embravecidas por la tormenta que estaba cayendo en la ciudad desde hacía varios minutos.

—Salgamos de aquí. Pronto se inundará todo. No nos queda mucho tiempo.

Y nada más poner los pies en el suelo, Alexandra se quejó.

—No puedo —dijo la joven entre sollozos—. Me duele demasiado.

Fernando se quedó meditabundo. Pocas opciones tenían si querían seguir viviendo: coger a la joven en volandas, lo que supondría que no llegarían muy lejos a causa de su agotamiento físico; o que Alexandra intentase andar con una sola pierna y con su ayuda. No necesitó mucho tiempo para tomar una decisión. La agarró de la cintura con fuerza y la animó a caminar.

—O te esfuerzas un poquito y te tragas el dolor, o las ratas nos devorarán a los dos. Demuéstrame lo valiente que eres.

Cuando Leo llegó a la urbanización se encontró frente a la clínica varios coches patrulla y dos furgones de los GEO preparados para actuar. No pudo salir de su asombro cuando se enteró por los propios agentes de que la doctora Lambert y su nieta todavía se encontraban en el interior de la clínica. No tardó en enviarle un mensaje urgente a Nathan informándolo de ello. Este hacía escasos minutos que había abandonado la comisaría y se dirigía a casa creyendo que en ella se encontraría a su madre y a su hija, como le había asegurado el propio comisario.

A los pocos minutos apareció Galván. Leo escuchaba en ese preciso instante al inspector del Grupo Especial de Operaciones, Gerardo Morales, que estaba dando instrucciones a sus hombres, y a otros agentes, del procedimiento a seguir.

—No podemos precipitarnos sin saber cuántos rehenes hay y el número total de personas armadas. Además, hay que ponerse en contacto con ellos para saber qué es lo que quieren. ¿Cuánto tiempo llevan encerrados? ¿Alguien lo sabe?

—Algo más de una hora —respondió Galván, que se había unido al grupo.

Cuando Leo lo vio, se dirigió a él encolerizado, le dio un derechazo y le partió el labio inferior mientras lo maldecía.

—¡Cálmense, señores! —exclamó Morales, agarrando a Leo por los antebrazos.

Galván se levantó, se tocó el labio y pidió a uno de sus hombres que le trajese una bolsa de hielo. Acto seguido preguntó por el negociador.

—Está al llegar —le contestó un agente.

Leo consiguió tranquilizarse. No era el momento de ajustarle las cuentas a nadie cuando la doctora Lambert, Alexandra y su abuelo corrían peligro.

—Perdemos el tiempo —intervino Leo—. No nos enfrentamos a

delincuentes comunes acostumbrados a este tipo de juegucitos. Estamos hablando de un par de ancianos que ya han vivido lo suficiente, con dos tornillos sueltos y la muerte pisándoles los talones...

—¿Está insinuando que deberíamos entrar? —espetó algo perplejo Morales.

—Sin demora. Pero reconozco que hacerlo a ciegas sería un suicidio.

—Entonces, ¿qué propones, Leo? —le preguntó el comisario con tono seco y distante.

—Son ancianos que suelen llevar un régimen alimenticio controlado debido a sus enfermedades. Por tanto, seguro que ahora no les importaría saltarse esa norma...

—A ver si lo he entendido —reaccionó Galván rascándose la coronilla—. ¿Estás diciendo que les ofrezcamos comida?

—Exacto.

—¿Y cuál es el objetivo? —preguntó perplejo el inspector.

—Que esa entrega la haga una persona que les dé la suficiente confianza como para dejarlo entrar y, de esta manera, cuando salga, sabremos cuántos de ellos van armados y cuántos rehenes hay.

—Ya —dijo Galván poco convencido.

—En estos casos, los asaltantes no suelen aceptar a policías —les recordó Morales.

—Tengo a la persona ideal —aseguró Leo—. Es un tabernero, anciano como ellos, pero con las suficientes agallas para enfrentarse a una situación de este tipo.

—Me parece que el que ha perdido dos tornillos eres tú —lo increpó el comisario mientras se acariciaba el labio—. ¿No estarás hablando en serio?

—¿Me ves partiéndome de risa? —le contestó Leo frunciendo el entrecejo.

—No podemos arriesgar la vida de un civil —aseveró Galván—. Es una responsabilidad que no pienso asumir.

Morales se quedó pensativo durante unos minutos, barajando aquella posibilidad.

—No me parece ninguna estupidez —dijo finalmente—. Podría funcionar.

—¿Se han vuelto locos?

—Yo asumo toda la responsabilidad.

Galván ladeó la cabeza en un gesto de incredulidad que molestó al

inspector. Leo se acercó al comisario y le aseguró que el civil que tenía en mente no era un individuo cualquiera.

—Es una locura.

—Confía en mí. ¿O es que has dejado de hacerlo porque mi puño te ha nublado el entendimiento?

—No me provoques, Leo...

—Sabes que no suelo equivocarme. No seas rencoroso.

Entonces Galván dio la orden a uno de sus hombres para que contactase con la clínica, olvidándose del negociador que estaba de camino. No tardaron en recibir una respuesta.

—¿Con quién estoy hablando?

—Con Salvador. ¿Y usted es...?

—Evaristo Galván.

—¿Y qué se le ofrece?

El comisario enarcó las cejas y le clavó la mirada al inspector. Este asintió con la cabeza y Galván empezó a hablar pausadamente:

—Nos gustaría saber por qué lo han hecho, qué es lo que quieren.

Hubo un silencio inquietante al otro lado de la línea. Salvador se había quedado callado, sorprendido por aquellas palabras. Se dirigió a Enrique y Sebastián y compartió aquella información.

—Ahí afuera quieren saber por qué lo hemos hecho y qué queremos. ¿Se lo contamos o les hacemos sufrir un poquito?

Enrique soltó una carcajada que contagió a otros ancianos. En cambio, Sebastián se enfureció y empezó a lanzar improperios por la boca.

—¡Me tienen hasta las pelotas! Como se me hinchen las narices, me pongo a pegar tiros y no queda ni Dios —escupió con inquina.

—No van a decidir el tiempo que nos queda por vivir —añadió el marido de Lourdes, que se había puesto a jugar al parchís con ella y otros compañeros más.

Y mientras cruzaban miradas de complicidad, Antonio y Luis entraron en el comedor con la cara desencajada.

—Arriba hay un fiambre —les contó Antonio con la respiración entrecortada.

—¿La nueva? —preguntó ansioso Enrique.

Los dos negaron con la cabeza mientras miraban fijamente a Salvador.

—¿Queréis hablar de una vez, mamones? —gritó el exlegionario, que empezaba a sentir ganas de estrenar el arma que acariciaba.

—Fátima —dijo finalmente Luis, provocando en la sala un silencio apocalíptico que hizo reaccionar a Salvador.

—¿Dónde está?

—Mejor que no subas.

—En la primera planta.

—¡Han sido los polis! ¡Cabrones! Os voy a matar a todos. —Se dirigió a una de las ventanas, pero Enrique lo detuvo antes de que la abriese y disparase a los agentes.

—¡Cálmate! Sabemos que te la beneficiabas algunas noches, y me parece muy bien para lo que tienes abajo. —Señaló la entrepierna—. Pero no nos jodas a todos perdiendo la cabeza.

—No han sido los polis —intervino Luis—. Tenía espuma por la boca.

—¡La cabrona se ha comido el pastel de la puta! —lanzó Sebastián.

Salvador, enfurecido con su compañero por haberla mencionado sin ningún miramiento, lo apuntó con el arma y lo amenazó de muerte.

—A ella la respetas —vociferó. Las venas del cuello se le hincharon. Entonces, Enrique se acercó a Salvador y lo obligó a bajar el arma.

—¿Quieres dejar de comportarte como un crío? No podemos hacer nada por ella. Centrémonos —dirigió la mirada al resto— en encontrar a los que faltan.

—*Ferrrnaando y Eulaalia* —dijo Lourdes sin apenas tartamudear mientras movía su ficha y sonreía.

—Y Aurora y Federico —añadió su marido.

—¿Alguien los ha visto? —preguntó nervioso Enrique.

Luis y Antonio se encogieron de hombros. Los otros negaron con la cabeza.

—Pues hay que dar con ellos antes de que lo estropeen todo. Si alguno los ve, tirad a matar —les ordenó Enrique.

—¿Y no sería mejor contactar con los doctores y contarles lo que está pasando? —sugirió Luis.

—Claro. Pero a estas alturas esos dos han volado, y nos han dejado tirados como perros —soltó Sebastián.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Resistir.

Entonces Lourdes se levantó, se dirigió al mueble del salón, cogió un DVD, sacó el disco y lo puso:

*Cuando pierda todas las partidas,  
cuando duerma con la soledad.  
Cuando se me cierren las salidas  
y la noche no me deje en paz.*

Las voces de Manuel y Ramón provocaron que los ancianos abandonasen sus asientos, se olvidasen de los juegos de mesa y empezasen a bailar al ritmo del Dúo Dinámico:

*Cuando sienta miedo del silencio,  
cuando cueste mantenerse en pie.  
Cuando se rebelen los recuerdos  
y me pongan contra la pared.*

Aquellas notas melódicas llegaban a los oídos de los agentes, que se miraban perplejos ante aquella situación esperpéntica que estaban viviendo.

—¿Y ahora qué coño está pasando ahí dentro? —espetó enojado Galván, que empezaba a creer que aquellos ancianos habían perdido completamente la chaveta.

El inspector Morales miró a sus hombres con desconcierto y, por primera vez, no supo qué decirles.

—Esto es lo más surrealista que me ha pasado en la vida —murmuró mientras oía las voces de los ancianos, que cantaban a coro con Manuel y Ramón, por la línea telefónica:

*Resistiré, erguido frente a todo.  
Me volveré de hierro para endurecer la piel.  
Y aunque los vientos de la vida soplen fuerte.  
Soy como el junco que se dobla,  
pero siempre sigue en pie.*

El comisario Galván, harto del numerito que estaba escuchando, lanzó varias preguntas seguidas con el fin de continuar aquella conversación, que había sido interrumpida por el Dúo Dinámico.

—¡Salvador! ¿Podríamos continuar la conversación? ¿Sería tan amable de bajar la música?

Y el celador, conmocionado todavía por la muerte de Fátima, bajó el

volumen ante el enojo de sus compañeros, que disfrutaban como enanos esos momentos de libertad.

—Perdone, señor comisario, estamos de celebración.

—¿Y qué celebran, si puede saberse?

—Que somos libres.

—Ya. Me alegro por ustedes pero ¿me podrían decir de una vez qué quieren?

Salvador se dirigió a sus compañeros y les rebotó aquella pregunta que estaba exacerbando al comisario.

—Que se vayan y nos dejen vivir —le dijo al comisario después de consultar.

—Pero ¿de qué va todo esto? —espetó Morales, que empezaba a estar harto de aquella situación.

Y entonces volvieron a subir el volumen del aparato, pero en esta ocasión a tope:

*Resistiré, para seguir viviendo.  
Soportaré los golpes y jamás me rendiré.  
Y aunque los sueños se me rompan en pedazos,  
resistiré, resistiré.*

—¡Está bien! —exclamó enojado el comisario—. Pero bajen el volumen, por Dios. Nos queda claro que no piensan rendirse. Y me pregunto si pueden hacerlo sin comida.

Entonces Salvador compartió de nuevo aquella información. Bajaron la música y discutieron aquel ofrecimiento.

—Pues si nos vamos a ir al hoyo, yo me quiero ir con el buche lleno.

—Sí. Una fiesta sin comida no es una fiesta.

—Yo quiero un burrito, un rollito de primavera y una *pizza*.

—Enchiladas y gazpacho.

—Y brazos de gitano con mucha nata.

—Bien. Burritos, rollitos, enchiladas, *pizzas* italianas, gazpachos, gitanillos. ¿Qué más? —apuntó Salvador.

—Almejas, mejillones y gambas a la plancha. Si son gordas, mejor. Y rojas.

—Calamares a la romana.

—Hamburguesas y patatas fritas.

—Con ketchup y mostaza.

—Y cocido madrileño.

—No puedes comerlo —le dijo Luis a Antonio.

—Tú tampoco las gambas.

—Tengamos la fiesta en paz —levantó la voz Enrique, que empezaba a frotarse las sienes con los dedos.

Y cuando Salvador terminó de anotar los caprichos de cada uno, se lo comunicó al comisario.

—Aquí va el pedido. Será mejor que coja papel y bolígrafo. No se deje nada. De lo contrario, por cada plato que falte nos cargaremos a un rehén. ¿Entendido?

—Entendido, pero son demasiadas cosas y tardará —le advirtió Galván con el rostro cada vez más desencajado.

—Tómense su tiempo. —Y subió el volumen otra vez.

*Resistiré, erguido frente a todo.  
Me volveré de hierro para endurecer la piel.  
Y aunque los vientos de la vida soplen fuerte,  
Soy como el junco que se dobla,  
pero siempre sigue en pie.*

Galván cortó la llamada y, casi vencido, agachó la cabeza. Quería creer que aquello no podía estar sucediéndole de verdad, sino que se trataba de una extraña pesadilla que le estaba haciendo perder los estribos. Acto seguido le pasó el pedido a Leo y este se dirigió en su coche hasta el bar del mexicano. Dos horas tardaría en regresar a la clínica con todos aquellos platos y con el tabernero. Mientras, Galván tendría que lidiar con aquellos ancianos lunáticos y decidir, junto al inspector, por dónde podían entrar si se presentaba la ocasión. «Las oportunidades hay que cogerlas al vuelo», le dijo Morales. Y Galván bien lo sabía.

*En otro punto de la ciudad...*

Nathan se había quedado atrapado en un embotellamiento, a causa de un accidente mortal en la avenida principal, con su Mercedes alquilado. «*Quel enculé!* (¡Qué cabrón!)», repetía cada cinco minutos acordándose de Galván. Mientras, Leo caminaba por la acera algo agitado y nervioso por la barahúnda de coches que había encontrado en algunas calles próximas a la playa. Tardó

más en llegar de lo que había previsto y mucho más en encontrar aparcamiento libre. Primero se pasó por una *pizzería* italiana que había cerca del bar de Diego y encargó dos *pizzas* napolitanas. También aprovechó para entrar en una pastelería cercana y llevarse tres brazos de gitano de dimensiones extraordinarias. Y antes de entrar en el bar del mexicano, le hizo una visita a Pepe en el bar que regentaba en la esquina y le encargó gazpacho y cocido madrileño para ocho comensales.

Entró en el bar de Diego exhausto y mojado por la lluvia que estaba empezando a caer. Nada más sentarse preguntó por él y Andrés le dijo que había salido un momento y que no tardaría en llegar. Decidió esperarlo con una cerveza bien fría mientras le pasaba el resto del pedido al joven camarero, que lo miró con desconcierto al ver la cantidad de platos que había en la hoja.

—¿Va a organizar una fiesta en casa? —le preguntó con total indiscreción.

—Algo parecido.

—Pues aquí hay para alimentar a un regimiento.

—Será mejor que le des la lista a la cocinera y se ponga a trabajar. Es un asunto policial.

Andrés puso cara de asombro, y antes de que pudiera preguntar algo más para saciar su curiosidad apareció Diego.

—¿Qué hay, *compadre*?

—Necesito su ayuda.

Leo comenzó a relatarle todo lo acontecido en la clínica geriátrica durante las últimas horas mientras esperaba la llegada de los platos. A medida que el detective avanzaba en el relato, la expresión del rostro del tabernero iba variando de la incredulidad a la consternación. Diego arrugó el entrecejo en más de una ocasión y se enjugó el sudor de la frente varias veces.

### *Mientras, en la clínica geriátrica...*

Parecían adolescentes bailando como locos en la fiesta final de curso. Se movían libres y divertidos por el salón y el comedor. Nada les importaba. Ni siquiera el cuerpo ensangrentado de Olga, que yacía en el suelo de la cocina desde hacía varias horas. Iban y venían de ella como si enviar a la tumba a un ser humano formase parte de un juego macabro que les inyectaba la adrenalina que necesitaban para seguir con sus miserables y extensas vidas. Incluso aquellos que nada tenían que ver con el proyecto Ares, y mucho

menos con el asalto, empezaron a animarse.

—Y ya puestos, ¿por qué no pedimos cien mil euros por cabeza?

—Los rehenes no piden. Lloriquean y se mean encima.

—Pero yo quiero pedir.

—Déjalo tranquilo —insistió Enrique.

—Es que no está cumpliendo con su papel de rehén, que consiste en cagarse de miedo. ¡Venga, mamón, acojónate! —le dijo Sebastián apuntándole con la pistola en la cabeza.

—Es que no me apetece ahora. Tal vez dentro de un ratito, para que se lo traguen los de afuera.

—Yo también quiero cien mil euros.

—¡Me cago en Dios! —exclamó enojadísimo el exlegionario.

—Aquí nadie se pasa al otro bando. ¿Estamos? —vociferó Enrique con el fin de poner orden a aquella rebelión y ganar tiempo para pensar qué hacer con ellos.

—Vuestras familias estarán preocupadas y vosotros, aquí, disfrutando como críos. Ver para creer —comentó Salvador.

—¿Familias? ¿Y dónde han estado todo este tiempo?

—Eso. ¿Dónde han estado?

—Solo les interesa nuestro dinero.

—Que les den.

—Sí. A todos.

Enrique se paseó meditabundo por el salón acariciándose el mentón. De repente se paró en seco y lanzó una pregunta envenenada:

—¿Queréis ser actores por un día?

Todos asintieron con la cabeza y de sus gargantas salió un contundente «sí».

—Pues ya estáis contratados. Ahora toca hacer de rehén.

### *Dos horas y media después...*

Cuando Leo llegó con Diego y la comida, la lluvia había cesado y los cúmulos grises empezaban a desaparecer, dejando paso a algunos rayos solares. Un majestuoso arcoíris quedó dibujado en el cielo. El comisario Galván se tocó la coronilla al ver al tabernero delante de él, plantado como un árbol y con una sonrisa recorriéndole la mandíbula de lado a lado.

—¡Qué show! —saludó Diego cuando vio tanto coche patrulla.

—¿Has perdido el juicio? —le dijo Galván a Leo al fijarse en el anciano.

—Te aseguro que tiene más agallas que muchos jóvenes que conozco.

—No lo pongo en duda, pero...

—¡Ay, *comanche!* No se preocupe, que no *me achicopalo* rápido —le aclaró Diego al comisario—. Yo me lanzo *a lo macho*.

—Ya. Eso es lo que, precisamente, me preocupa.

Morales se acercó a Galván y le dijo que no debían demorarse con la entrega del pedido.

—Nada de micrófonos —insistió Leo.

El inspector convino con el detective que hacerlo supondría arriesgar la vida del civil.

—No se haga el valiente, ¿estamos? —le advirtió Morales.

Galván se puso en contacto con el interlocutor de los asaltantes.

—¿Salvador?

—A sus órdenes, comisario. ¿Qué desea?

—No se cachondee.

—No lo hago. Al grano.

—La comida va de camino, pero van a necesitar manos para entrarla.

—¿Quién la trae?

—Diego, el propietario del bar donde han preparado casi todo.

—Si me miente, le reviento los sesos.

—No será necesario.

—Que espere en las escaleras y que no se mueva nadie. Si intentan jugárnosla, mataremos a los rehenes. ¿Les queda claro?

—Como el agua. Les dejaremos comer con tranquilidad pero, después, los tendrán que liberar a todos.

—Lo haremos. Se lo garantizo. Pero queremos cien mil euros por cabeza, es decir, dos millones de euros.

—¿Cómo dice?

—Lo que ha oído. Y tienen veinticuatro horas para conseguirlo.

—¿Se han vuelto locos?

Salvador no respondió. Se encaminó al aparato de música, subió el volumen y dio entrada a las hermanas Salazar.

*Si no quieres aguantar  
y te quieres liberar,  
una frase te diré:*

*solo se vive una vez.  
Si no quieres discutir  
y te quieres divertir,  
escúchame bien:  
solo se vive una vez.*

—Pero qué les pasa a estos viejos, ¿se les ha ido la olla? —dijo exaltado el comisario, a punto de perder la compostura.

—¿Dónde coño se ha metido el negociador? —gritó con desesperación el inspector Morales.

Leo no pudo evitar que se le escapase una carcajada. Entonces Morales, intentando controlar los nervios y el desconcierto que le estaba provocando aquella situación, ordenó a Diego que se encaminase a las escalinatas que llevaban a la puerta principal de la clínica. Desde la ventana del salón, Sebastián vio acercarse al mexicano y alertó a los demás.

—Ha llegado la hora de actuar —les dijo Enrique—. Necesito dos asaltantes entre los rehenes. ¿Quién quiere divertirse?

—Yo. —Levantó la mano Mariano.

—Yo también —dijo envalentonada María.

—¿Una mujer? —protestó Sebastián.

—También tenemos derechos.

—Aquí mandamos los hombres.

—Estamos en el siglo XXI.

—Si se pone tonta, la mando a fregar los platos y a servir la comida.

—¡Y un cuerno!

—No perdamos tiempo. María, ¿qué arma quiere? —le preguntó Enrique.

—Las mujeres se quedan en casa a cuidar de los hijos —sentenció Sebastián.

—Esa. —Señaló una.

—Ni hablar, aquí utilizamos armamento de legionarios —le dijo Sebastián.

—Pues yo quiero esa.

—Y yo un fusil —soltó Mariano.

—¡Dales lo que piden! —intervino cabreado Enrique.

Y Sebastián, con la frente marcada de líneas que dejaban constancia de su indignación, entregó las armas y se puso el primero de la fila. Enrique

abrió la puerta y Salvador, Sebastián, Mariano y María salieron, por este orden, apuntando en la cabeza a cuatro rehenes, los que se encargarían de descargar la comida y llevarla dentro. Ante la mirada atónita de los agentes y del Grupo Especial, la operación duró cinco eternos minutos para los ancianos. Después, María encañonó a Diego y lo obligó a coger las últimas bolsas del carrito. El tabernero ascendió las escaleras que conducían a la clínica sin variar un ápice la expresión relajada de su rostro. Cuando vivía en Ciudad de México había sido testigo de numerosos atracos, la mayoría con disparos en plena calle y persecuciones policiales de película.

De repente, el inspector Morales exclamó sorprendido.

—¡No es posible!

—¿Qué sucede? —preguntó alarmado Galván.

—Dos de los asaltantes llevan armas muy antiguas —relató mientras miraba por los prismáticos—. Uno va armado con un fusil alemán de la Segunda Guerra Mundial y otro... No... otra, es una mujer y apunta a Diego con un arma del ejército republicano.

—¿Es un chiste?

—Véalo usted mismo. —Le pasó los prismáticos.

—¡La madre que los parió!

—*Je vais te tuer, fils de pute!!!* (¡Voy a matarte, hijo de puta!) —escupió encolerizado Nathan Lambert al llegar a la urbanización. Se acercó al comisario, lo agarró del cuello y apretó con fuerza.

—¡Suéltalo, joder! —le aconsejó Leo.

—¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco? —espetó el inspector Morales, totalmente incrédulo ante tanto hombre malhumorado.

*Cuatro horas después, en el interior de la clínica...*

—Así que eres mexicano.

—De Valle de Bravo.

—¿Y eso dónde está? —preguntó Mariano con verdadera curiosidad.

—Cerquita de la capital, a unos ciento sesenta kilómetros —respondió Diego sin apartar la mirada del charco de sangre que había en el suelo y que provenía de la cocina.

—¿Y qué hacéis allí?

—*Chambear*, como acá. —Le sudaban las manos.

—Se acabó la cháchara —cortó la conversación Enrique.

—Nos estamos ilustrando.

—Pues lo hacéis en otro momento. Hay que reanudar la búsqueda.

—No *se enmuine* con los *cuates*.

—¿En qué idioma habla este tío? —espetó Sebastián dirigiéndose a Enrique.

—En el más simpático de todos —le contestó Mariano, que le encantaba oír hablar a Diego.

De repente se oyó un disparo. Luis entró en el comedor con la lengua fuera y se dirigió a Enrique.

—Lo he matado.

Diego tragó saliva. Consuelo empezó a lloriquear.

—¿A quién?

—A Federico.

—¿Y Aurora?

—No la hemos visto.

—¿Y a los otros?

—Tampoco.

—Hay que encontrarlos —les ordenó.

Entonces levantó la mano derecha hacia arriba en un gesto autoritario para que todos abandonasen sus asientos, salvo Mariano y Lourdes, que se quedaron vigilando a Diego y a la joven Consuelo, que no había dejado de tiritar desde la salida precipitada de los agentes cuando entraron con la orden de registro. El tabernero, al verla en aquel estado, le cogió la mano y se la apretó.

—No se preocupe, que yo la saco de aquí a como dé lugar.

Pero aquellas palabras sinceras y envalentonadas de aquel desconocido no consiguieron que se sintiese más tranquila y segura.

—¡Mirad por todos los rincones! —gritaba Salvador.

—No pueden haber ido muy lejos —decía Antonio.

—¿Habéis cerrado todas las puertas? —preguntaba Enrique.

—No tienen escapatoria —le decía Mariano a su mujer.

—¿Dónde coño se han metido? —protestaba encolerizado Sebastián, dirigiéndose a Enrique.

—¡A por ellos! —les indicó el líder de aquella manada.

*En el exterior de la clínica...*

El comisario empezaba a impacientarse. El inspector Morales tampoco parecía contento de cómo se estaban desarrollando los acontecimientos. En ese preciso instante, cuatro furgones cargados de agentes de la Policía Nacional irrumpían en la urbanización con órdenes de registro para cada uno de los treinta chalés que había. La calle se llenó de policías que, solo con su presencia, impedían el paso de vehículos en caso de huida forzosa. Los agentes no tardaron en descubrir los accesos al túnel que había en los sótanos en cada uno de los chalés. Y encontraron, también, pasadizos y salas aisladas y preparadas con todo el material médico necesario para que los ancianos recibiesen el tratamiento personalizado en las propias casas. Pero también hallaron a los ancianos supuestamente fallecidos o desaparecidos acompañados por sus familiares, que no cesaban de decir que se trataba de un error policial. Y Nathan vio salir con las caras descompuestas y esposados a Luis Alcázar y a su mujer. Junto a ellos, a la madre de Luis, Pilar, que no dejaba de sonreír y de alegrarse por todo, aunque no entendiese por qué. Los cobros de los seguros de vida de que disponían todos los ancianos eran los recursos económicos que utilizaban los familiares para pagar a los doctores responsables del proyecto Ares.

El tiempo transcurría lento y no sabían nada de Diego. Empezaron a preocuparse. Si en menos de una hora no lo veían aparecer por la puerta, eso significaba que se había convertido en otro rehén y el plan previsto por Leo se les había ido al carajo, expresión que utilizaba Galván cada vez que algún caso se le torcía. En cambio, Morales intentaba mantener la compostura. Su instinto le decía que debía actuar con rapidez si quería salir airoso de esa situación tan embarazosa en la que se hallaba, la que le podría costar el ascenso.

—Se nos está yendo de las manos —le dijo a Galván.

Nathan aparentaba serenidad, pero no apartaba la mirada de la puerta principal de la clínica, esperanzado en ver salir de ella a su hija y a su madre. Leo se percató de su estado emocional.

—Seguro que se encuentran bien. Están con mi abuelo —le dijo con el fin de animarlo, intentando ocultar su miedo.

—Hacemos todo lo que podemos —le aseguró el inspector Morales.

—Ya —dijo el abogado con incredulidad clavándole la mirada a Galván, que prefirió quedarse callado.

Y cuando Nathan iba a protestar por lo que creía estaba siendo una pésima actuación policial, un miembro del GEO llamó a su inspector para

que se personase en la boca de una de las alcantarillas que había en la entrada a la urbanización. Leo intuyó que algo malo había sucedido y fue tras él. El hijo de la doctora Lambert hizo lo mismo.

Cuando llegaron, el agente especial de operaciones se acercó a Morales y le habló al oído. Entonces el inspector pidió a Nathan y a Leo que se retirasen, pero ellos hicieron caso omiso y permanecieron allí, erguidos como estatuas. Galván le clavó una mirada inquietante a Nathan Lambert y el abogado se mantuvo firme, a pesar de sentir que el estómago se le encogía. Tres hombres armados, con linternas y acompañados por un enfermero del SAMUR, se adentraron en el alcantarillado. Anduvieron varios metros hasta llegar al lugar indicado.

Leo no podía dejar de mirar hacia la boca de la alcantarilla. Nathan, a veces, se giraba para coger aire y recomponerse del estado de ansiedad que le estaba provocando aquella larga espera. Tardaron casi cuarenta minutos en sacarlos. La subieron primera a ella. El detective se quedó paralizado al verla y Nathan se arrodilló a su vera cuando la tendieron en el suelo, inconsciente y con el pulso debilitado. Enseguida llegaron dos enfermeros y la depositaron con sumo cuidado en la camilla. Quisieron atender a Fernando, pero él se negó:

—Me encuentro perfectamente. No hay tiempo que perder. La vida de Eulalia corre peligro y yo sé dónde se encuentra.

—¿En el túnel? —le preguntó su nieto.

—Sí. En una sala especial que conduce al interior de la clínica. Hay que ir a por ella.

Nathan debía acompañar a Alexandra, pero antes de entrar en la ambulancia junto a su hija se dirigió a Leo:

—Prométeme que la sacaréis con vida.

—No suelo prometer nada. Lo único que te puedo decir es que haré todo lo que esté en mi mano para traerla de vuelta y, si es posible, viva.

Nathan le puso la mano en el hombro y Leo asintió con la cabeza. La ambulancia se alejó mientras el detective hablaba con su abuelo. Intentaba consolarlo por haber dejado a Eulalia sola en aquella sala, a merced de aquellos desaprensivos. De pronto, apareció Galván y le propuso algo a Fernando que indignó a Leo:

—Lo que le voy a pedir es una locura y está en su derecho negarse —le dijo ante la mirada desconcertada de su nieto.

—Hable.

—¿Sería capaz de volver a entrar y mostrarle el camino a algunos de nuestros hombres? —le preguntó dirigiéndole una mirada de complicidad a Morales.

—¡Ni hablar! —reaccionó Leo, molesto por la sugerencia del comisario, y por sus últimas actuaciones.

Galván respiró hondo y soltó el aire de golpe.

—Sé que es arriesgado, pero si conseguimos que algunos hombres rescaten a la doctora Lambert y puedan colarse en el interior de la clínica a través del túnel, terminará antes esta pesadilla.

Leo miró fijamente a su abuelo. Sus ojos le decían que estaba dispuesto a dar la vida por ella y nadie lo detendría. Sintió un pinchazo en el pecho y tremendas ganas de llorar. Lo abrazó fuertemente.

—Haz lo que te dicte el corazón —le dijo conteniendo las lágrimas en los ojos.

### *Una hora después, en el interior de la clínica...*

Enrique había recibido un mensaje de la Maestra en el móvil, en el que le comunicaba que Eulalia ya estaba en su poder y que lo esperaba en la sala secreta del túnel. Le brillaron los ojos al conocer la noticia. Se dirigió hacia allí sin decírselo a nadie. Mientras, en el comedor, a Consuelo se la veía cada vez más nerviosa. La respiración entrecortada. Las manos sudadas. Los ojos desconsolados. Diego la miraba con preocupación y con impotencia al mismo tiempo. Mientras Lourdes seguía entretenida con el parchís —imaginando que jugaba con sus compañeros y moviendo las fichas por ellos—, su marido no apartaba los ojos de aquellos dos individuos que lo miraban con cierta desesperación.

—¿Colombiano? —le preguntó a Diego balanceando las manos de un lado a otro y recordando el cartel de Medellín.

—De *Chilangolandia*.

—El país de los...

—Mariachis.

—Y del tequila —soltó divertido regalándole una sonrisa a su mujer—. Pues a Cancún voy a llevarte, mi amor, con los cien mil euros que nos den.

Lourdes seguía enfrascada con el parchís y no escuchó a Mariano. De repente, levantó la vista hacia Consuelo y se quejó.

—Me está mirando mal —le dijo a su marido sin tartamudear—. Mátala.

—A ver, tú, levántate —le ordenó a la joven—. ¿Por qué la miras así?

—¿Cómo?

—Así. —Y puso cara de cordero degollado.

—No se meta con la chica —le dijo Diego intentando apaciguar el carácter agrio de aquel hombretón de metro ochenta que estaba perdiendo los papeles.

—Yo me meto con quien me da la gana. —Se acercó a él amenazándolo con el arma.

—No se encabrone conmigo. Entiendo cómo se siente. A mí también se me hinchan los huevos a veces, pero a poquito se me pasa. De lejos se ve que usted no es baboso y sabe lo que le conviene. Y me pregunto yo, ¿por qué la chica y yo no ahuecamos el ala? No vale la pena *espichar* a nadie más ahora que van a tener la *lana*. Además, no nos necesitan. Se apañan solitos.

Mariano enarcó las cejas ante la verdad que acababa de escuchar en boca de aquel anciano, que se expresaba en una lengua que le parecía sumamente divertida. A los pocos minutos, convino con él en que mantenerlos como rehenes carecía de sentido, ya que en el grupo de amiguetes había quienes desempeñaban ese cometido mejor que ellos.

Y el mexicano, astuto como un zorro, aprovechó aquella confusión mental del anciano para convencerlo de que abriese la puerta y los dejase marchar.

### *En el interior del túnel...*

Fernando conducía al grupo de agentes especiales y a su nieto hasta la sala donde vio por última vez a Eulalia. Avanzaban decididos y seguros por aquel agujero que parecía no tener final. A Leo se le secó la garganta. Dirigió la mirada al rostro de su abuelo y, al verlo sereno y entero, supo que encontrarían con vida a la doctora Lambert. Se lo decía su instinto policial y la seguridad que mostraba.

Apenas quedaban escasos metros para llegar al destino. Leo percibió algo de nerviosismo en su abuelo e instintivamente sujetó el arma con fuerza. Aquella reacción de Fernando lo avisaba de la posibilidad de que la doctora Lambert estuviese acompañada. Tal vez por el doctor Espinosa. Todo su cuerpo se tensó y apretó el arma con fuerza.

Nunca había matado a nadie.

Cuando llegaron y los agentes abrieron la puerta de la sala, la

encontraron vacía. Entraron con prudencia y registraron sin piedad cada rincón. Fernando clavó la mirada en el armario. Entonces, un agente se dirigió a él y le preguntó directamente:

—¿Cómo podemos acceder al interior de la clínica?

—Siguiendo el túnel hay varias puertas de acceso, aunque no todas pueden abrirse.

—Entiendo.

—Pero una de ellas conduce a las cocinas.

—Guíenos hasta allí.

Abandonaron la sala detrás de Fernando. Al anciano le temblaban las manos. Leo se percató de ello y supo que algo le rondaba por la cabeza. Lo notaba excesivamente nervioso y con la respiración jadeante. Entonces empezó a inquietarse. A pesar del dolor que sentía en todo el cuerpo por el cansancio acumulado durante las últimas horas, Fernando aligeró el paso, tenía prisa por llegar. No tardaron en plantarse delante de la puerta.

—Esta es —le indicó al agente—. Al final hay otra puerta que les llevará a una escalera de caracol y a un estrecho pasillo. Síganlo y, cuando lleguen al fondo, den dos golpes en el muro de la derecha. La pared se abrirá. Yo me quedo aquí. Estoy agotado. No puedo más.

—Está bien. Vuelva y descanse.

El agente dio la orden a sus hombres para que entrasen y se despidió del anciano. Leo miró fijamente a su abuelo. Sabía que algo se había callado, pero no abrió la boca hasta que vio alejarse a los geos.

—No pongas en juego tu vida por hacerte el héroe.

—No lo estoy haciendo, hijo. Pero ellos —dijo pensando en los agentes— pueden desarmar al resto y nosotros somos dos para ocuparnos de uno...

## *Mientras...*

Galván y Morales contemplaban atónitos cómo Diego salía de la clínica junto a una joven que parecía asustada. Enseguida la puerta se llenó de agentes que entraron tomando las precauciones que la situación requería, y detuvieron a la pareja que habían sido los encargados por sus compañeros de vigilar a los dos únicos rehenes que tenían retenidos.

—Ustedes me pidieron que fuese *hocicón*.

—Sí, pero no que se quedase cinco horas dentro. ¿Qué coño ha estado haciendo todo ese tiempo? —espetó cabreado el comisario.

—Obedecer como un jabato y observarlos con lupa a todos, y les puedo asegurar que allí dentro solo había dos rehenes. La chica que ha salido conmigo y un servidor. A otros dos les dieron *matarile*: a una en la cocina y a otro arriba. Y todos salieron *en chinga loca* a por los otros, los de la foto que me enseñó antes de entrar.

—Está bien. Suban con cuidado —ordenó a sus hombres el inspector Morales.

Y cuando se disponían a ascender por las escaleras, se toparon con el grupo de compañeros que había entrado por el túnel y hallado el cuerpo de la cocinera embadurnado de sangre.

*Una hora después, en la puerta de la clínica...*

—Yo soy uno de los buenos. Ellos me obligaron.

—Cállate mamón. Tú querías quedarte cien mil euros como los demás.

—Nos amenazaron con las pistolas.

—De rehenes a delincuentes, lo que hay que ver —soltó el comisario ladeando la cabeza con gesto de incredulidad.

—Yo solo quería bailar y comer almejas.

—¿Podemos quedarnos un poquito más? Todavía no me han dado los cien mil euros que me deben —se quejaba Mariano.

—¡Cállate, viejo inútil! —lo insultó Salvador mientras estaba siendo esposado por un agente del Cuerpo Nacional de Policía.

—¡Llévenselos a todos! —vociferó enojado Galván.

—Se les va a llenar la cárcel con tanto abuelete, como los llaman ustedes acá —lanzó jocosamente Diego, que seguía pegado a la joven Consuelo.

Mientras los agentes se llevaban detenidos a todos los ancianos para interrogarlos, Enrique y Sebastián se resistían a abandonar las armas y se enzarzaron en una batalla campal en la primera planta contra algunos agentes, armados hasta los dientes, del Grupo Especial de Operaciones, como en los viejos tiempos cuando eran legionarios. Y como se veían en desigualdad numérica, decidieron esconderse en la habitación de Aurora y esperar apuntando en dirección a la puerta. Desde allí oían las voces de los agentes y el ruido de unas botas acercándose hacia ellos.

El doctor Beltrán, que conocía perfectamente los modales toscos y agresivos de ambos, los convenció para que participasen en aquel proyecto científico que no entendían ni les importaba; solo los veinte mil euros que

iban a cobrar cada mes por vigilar a los ancianos y asegurarse de que no se iban de la lengua.

Ahora todo llegaba a su fin. Pero ninguno de los dos se acobardó. Seguían siendo soldados. Sebastián apretó el gatillo cuando vio que la puerta se abría. Enrique no lo dudó ni un solo instante. Disparó a bocajarro.

# EL TÚNEL

## *El hallazgo de los cadáveres*

Intenté permanecer despierta, pero los ojos amenazaban con cerrarse. Ella no paraba de sonreír y Erna, sentada junto a mi vera, intentaba reanimarme a base de paños fríos en la frente. Veía su rostro angustiado. Sentía sus manos heladas, como la mirada de Margarita, que parecía disfrutar del momento. Ella nos apuntaba con un arma y enseguida me di cuenta de que, tal vez, nuestras vidas llegaban a su fin. No me entristeció. Me sentí aliviada. Aun así, luché hasta el último aliento por conservarla a pesar de estar condenada a vivir sin recuerdos. Metí las manos por debajo de la falda y le hice un gesto a Erna para que me ayudase con disimulo. Lo hizo despacio. Y al palparme el cuerpo con sus dedos notó un objeto contundente escondido debajo de la falda. Intentó sacarlo con cuidado, pero Margarita se percató y le ordenó que se alejase de la cama. Erna lo hizo después de coger el arma que Fernando me había dado para protegerme. Se giró bruscamente hacia ella y apretó el gatillo.

Margarita cayó arrodillada, herida en el costado, pero aún le quedaban fuerzas para devolverle el golpe a Erna. Y aquella niña de mirada angelical, cabellos dorados y olor a jabón me sonrió por última vez antes de caer desplomada al suelo. Una bala atravesó el corazón de Aurora y acabó con la vida de aquella anciana cuyos recuerdos se cruzaron con los míos antes de que sus ojos se cerrasen definitivamente.

Los disparos alertaron a Fernando y a su nieto, que enseguida me localizaron. Margarita había dejado la puerta abierta. Entraron con cautela, apuntando con las armas que empuñaban. Fernando, al verme tendida en la cama y rodeada de cuerpos agonizantes, enseguida se acercó a mí.

—Ya estoy aquí, mi amor.

Su voz la oía lejana. Me sentía demasiado débil para responderle. Aun así, noté sus labios en mi boca y el corazón se me calmó.

Desperté en el hospital a la mañana siguiente y lo primero que vi fue el rostro de Fernando. No me dijo nada de Nathan y del dolor que sentía. Y cuando le pregunté por Alexandra, esquivó la mirada hacia las sábanas

blancas que me cubrían.

—Lo detuvieron ayer en el aeropuerto de Valencia —me dijo para ganar tiempo.

—¿A quién? —le pregunté confusa.

—A Espinosa.

No sentí ninguna satisfacción al enterarme. No podía dejar de pensar en ella. Intenté sonsacarle, pero Fernando sorteaba mis preguntas porque el médico le había dado órdenes estrictas de que no era el mejor momento, de que mi corazón no lo resistiría.

Tres días después, cuando me desperté de la siesta y vi a Nathan en la habitación, leí en su mirada y él supo que no necesitaba más para deducir lo que me ocultaban. Y al oír en la radio la voz de Indila y ver las lágrimas agolpadas en los ojos de mi hijo, fui consciente de lo que realmente había sucedido. El cálido rostro de mi nieta apareció ante mí, brillando como una estrella. «*Oh ma douce souffrance (oh, mi dulce tormento), pourquoi s'acharner tu recommence (por qué vuelves de nuevo a ensañarte)...*». Y ese *une dernière danse* de la cantante favorita de Alexandra, que venía de la habitación de enfrente, me cogió de la mano para acariciarme el alma y romperlo al instante. «*Je veux oublier ma peine immense (Quiero olvidar mi pena inmensa), je veux m'enfuir, que tout recommence (quiero escapar, que todo empieza de nuevo)*». Entonces, me lo contó. «*Oh ma douce souffrance*». Nathan se sentó a mi lado, impotente y callado ante mi dolor, aguantando el suyo en el pecho, con las palabras de Indila zumbándonos en el oído, mientras veíamos flotar en el aire la imagen de aquella niña que pretendía comerse el mundo...

*Je remue le ciel, le jour, la nuit.*

*Je danse avec le vent, la pluie.*

*Un peu d'amour, un brin de miel.*

*Et je danse, danse, danse, danse, danse, danse.*

Y la vi bailando en el aire, agitándose divertida mientras lanzaba carcajadas de libertad. Y yo me sentía morir cada segundo, «*que d'espérance (sin esperanza)*», con la mirada perdida en sus piernas de bailarina, «*sans toi ma vie n'est qu'un décor qui brille, vide (sin ti mi vida no es nada más que un brillante decorado, vacío)*».

Sentí el abrazo de mi hijo en el pecho mojado por sus lágrimas...

*Et dans le bruit, je cours et j'ai peur.  
Est-ce mon tour?  
Vient la douleur...  
Dans tout Paris, je m'abandonne.  
Et je m'envole, vole, vole, vole, vole.*

# EPÍLOGO

Rueda de prensa de la presentación del libro

**Recuerdos silenciados** de la doctora Eulalia Lambert

*Madrid, 23 de abril de 2016*

*Sala de conferencias del hotel Palace*

»Poco después de la liberación, se crearon tres cementerios alrededor del campo, pero las primeras celebraciones memoriales en Fürstenberg y Ravensbrück no tuvieron lugar hasta finales de los cuarenta. Sin embargo, los cuerpos enterrados en ellos, así como las cenizas encontradas alrededor del crematorio hasta comienzos de los años cincuenta, no fueron transferidos a fosas comunes a lo largo del «muro de las naciones».

»El Museo Memorial Nacional de Ravensbrück fue erigido en un terreno directamente orientado al lago Schwedt y fue bordeado por el muro del campo, pero no se inauguró hasta finales del cincuenta y nueve. En los años que siguieron a la liberación, los barracones y estructuras similares fueron desmantelados, y el Ejército Rojo utilizó la propiedad para funciones militares, un uso que se mantuvo hasta 1993.

»Desde que abrió sus puertas en mayo de 1939, cientos de miles de mujeres fueron llevadas a Ravensbrück y se quedaron en él. Muchas de ellas realizaron trabajos agrícolas, pero a la mayoría las obligaron a trabajar en las fábricas cercanas al campo debido a la necesidad que tenían los nazis de aumentar la producción bélica para los frentes abiertos. La factoría [Siemens](#) se convirtió en la fábrica más importante del campo para los alemanes, puesto que las presas eran las encargadas de construir los componentes eléctricos que se acoplaban a los cohetes V1 y V2.

»También en Ravensbrück se confeccionaban los uniformes de los prisioneros de los campos, así como alfombras y los abrigo y capas de piel negra que usaban tanto la Gestapo como los oficiales del ejército alemán. Trabajos forzados en condiciones extremas de supervivencia. Se calcula que entre treinta mil a noventa mil mujeres que pasaron por los barracones de

Ravensbrück murieron en ellos. Los datos son confusos, ya que todos los documentos fueron quemados en los hornos crematorios y arrojados a las profundidades del lago Schwedt.

»Sin embargo, y a pesar de las mujeres que sobrevivimos y relatamos todo aquel infierno, durante décadas nadie nos creyó. Además, la localización del campo fue otro motivo más para que no se hablase de lo que allí ocurrió: el acceso a los terrenos propiedad de Himmler quedó en la República Democrática Alemana por lo que, durante décadas, fue terreno vedado para los historiadores occidentales, que querían comprobar con sus propios ojos lo que algunas de mis compañeras contaban en las entrevistas o libros que publicaban. Y mientras salían a la luz pública los horrores en imágenes y en estremecedores relatos de los supervivientes de los campos de Auschwitz, Dachau o Mauthausen, nuestras historias quedaron ocultas durante muchos años, convirtiéndose para nosotras en recuerdos silenciados.

—Y díganos, doctora Lambert, ¿por qué ha publicado el libro ahora y no cuando lo terminó hace veinte años?

—Porque las cosas hay que hacerlas cuando llega el momento. Antes no estaba preparada para enfrentarme públicamente a esos recuerdos. Me dolían demasiado. De hecho, me arrepentí de haberlo escrito. Incluso pensé en destruirlo. Me alegro de no haberlo hecho. Lo que sentí en el túnel de Gandía me hizo ver la vida de otra manera. Estar allí me hizo regresar al pasado, a los meses que pasé en Ravensbrück. Entonces comprendí que no hay que huir de los malos recuerdos, sino dejarlos que salgan libremente porque forman parte de uno. En el fondo, yo soy quien soy gracias a todas esas experiencias pasadas. Encerrada en aquel túnel comprendí que los recuerdos mantienen vivas a las personas que amamos. Desde hace un par de años tengo alzhéimer. Por eso he publicado este libro, para no perder mis recuerdos.

—¿Y piensa escribir otro libro sobre su experiencia en el túnel subterráneo hallado en Gandía hace un año?

—Estoy en ello.

—¿Y cómo lo titulará?

—*El túnel de las almas perdidas.*

—¿Es cierto que se hallaron en su interior los cuerpos de las doctoras Quesada y Rojas?

—Se hallaron cenizas humanas, pero no se ha podido confirmar la identidad.

—¿Cuándo lo publicará?

—Dentro de unos meses. El alzhéimer no me lo está poniendo fácil. Hay días que mis movimientos son lentos y torpes, pero mi marido —se dirigió a Fernando que la contemplaba orgulloso— me ayuda y muchas veces teclea por mí. También fue quien me convenció a escribir para que esta cruel enfermedad no me arrebatase los recuerdos.

—¿Incluso los que tanto la hicieron sufrir?

—Esos, con mucho más motivo. Si los dejas salir, liberas el alma y te sientes renacer. Recuerdo que cuando abandonamos el campo de Ravensbrück éramos mujeres desfiguradas, grises, con la mirada ausente, pero con ganas de seguir luchando, de enfrentarnos a la vida —miró al fondo de la sala donde se encontraba Alexandra en una silla de ruedas, junto a su hermano y su padre—, pero también de escuchar lo inmenso que es el corazón —dijo al recordar a Indila en *El último baile*, la canción favorita de su nieta.

*Remuevo el cielo, el día y la noche.  
Bailo con el viento, la lluvia,  
un poco de amor, un poco de miel.  
Y bailo, bailo, bailo, bailo, bailo, bailo.*

Y mientras oía la voz de Indila en su cabeza, rememoraba los momentos que pasó junto a Alexandra cuando ejercía como periodista, los logros y los fracasos... «*Et dans le bruit, je cours et j'ai peur*». Pero allí estaba su abuela para infundirle ánimo y coraje. «*Est-ce mon tour?*», le preguntaba Alexandra. Entonces su abuela le repetía que debía prepararse a fondo para aguantar las bofetadas que te reserva la vida. Y cuando «viene el dolor», hay que ser fuerte para no dejarse arrastrar por él demasiado tiempo. Afrontarlo sin miedo hasta que el corazón se acostumbre y, entonces, pillarlo desprevenido para que nos abandone y podamos «alzar el vuelo, y volar, volar», hasta alcanzar el cielo.



# BIBLIOGRAFÍA

## RAVENSBRÜCK

Antón, Jacinto. «Las avecillas de Ravensbrück». El País. Diciembre de 2005.  
[https://elpais.com/diario/2005/12/01/catalunya/1133402841\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2005/12/01/catalunya/1133402841_850215.html)

Biblioteca Salvador García Aguilar. «Guardianas al servicio de la S.S. Los ángeles de la muerte». Noviembre de 2012.  
<http://sgaclublectura.blogspot.com/2012/11/guardianas-al-servicio-de-la-ss.html>

Blog: Búscame en el ciclo de la vida. «Ravensbrück: el puente de los cuervos». Enero de 2013.  
<http://www.buscameenelciclodelavida.com/2013/01/ravensbruck-el-puente-de-los-cuervos.html>

Clarín.com. «La brutalidad de las guardianas nazis en los campos de concentración». Junio de 2015. [https://www.clarin.com/mundo/brutalidad-guardias-nazis-campos-concentracion\\_0\\_Hy3cxuKvQx.html](https://www.clarin.com/mundo/brutalidad-guardias-nazis-campos-concentracion_0_Hy3cxuKvQx.html)

EL ARCHIVO DEL CRIMEN. «Nazis en España: la herencia del III Reich». Enero de 2007.  
<http://manuelcarbballa.blogspot.com/2007/01/nazis-en-espaa-la-herencia-del-iii.html>

González Álvarez, Mónica. «Guardianas nazis: el lado femenino del mal». Editorial Edaf, 2012.

Helm, Sarah. «Si c'est une femme. Vie est mort à Ravensbruck (Documents, Actualités, Société)». Editorial, Calman-Lévy. Abril de 2016.

Historia virtual del holocausto. Campo de concentración femenino de Ravensbrück (Alemania).

<http://www.elholocausto.net/parte03/cam40.htm>

Llor, Montserrat. «Supervivientes españolas en el infierno nazi». El País Semanal. Junio de 2010.

[https://elpais.com/diario/2010/06/13/eps/1276410417\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2010/06/13/eps/1276410417_850215.html)

Núñez Targa, Mercedes; Suri, Manil. «El carretó dels gossos: una catalana a Ravensbrück». Edicions 62. Mayo 2005.

Núñez Targa, Mercedes. «Destinada al crematorio. De Argelès a Ravensbrück: las vivencias de una resistente republicana española». Biblioteca de la Memoria. Editorial Renacimiento. Diciembre de 2011.

Núñez Targa, Mercedes. «El valor de la memoria: De la cárcel de Ventas al campo de Ravensbrück». Biblioteca de la Memoria. Editorial Renacimiento. Noviembre de 2016.

Pérez, Dani «España, nido de nazis».. Diario Vasco. Enero de 2011.

<http://www.diariovasco.com/v/20110123/al-dia-sociedad/espana-nido-nazis-20110123.html>

¿Por qué el campo de concentración Ravensbrück fue el infierno de las mujeres, no sólo judías, también española?

<http://www.forosegundaguerra.com/viewtop...>

<http://www.ceibm.org/neuscata0000.html>

Taylor, William. «Los experimentos nazis en los campos de exterminio». Ediciones Picazo, 1979.

## **ENFERMEDADES DEGENERATIVAS**

Septiembre de 2016. La Vanguardia. «Una terapia experimental logra reducir una proteína vinculada al desarrollo del alzhéimer».

<http://www.elmundo.es/salud/2016/09/01/57c803b3ca47418b518b467f.html>

Enero de 2017. [Gary Stix](#). «Tratamientos experimentales para el alzhéimer ofrecen esperanza, a pesar de recientes fracasos de medicamentos».

<https://www.scientificamerican.com/espanol/noticias/tratamientos-experimentales-para-el->

[alzheimer-ofrecen-esperanza-a-pesar-de-recientes-fracasos-de-medicamentos/](#)

Febrero de 2017. «Científicos argentinos descubrieron un antibiótico que podría detener el Parkinson».

<https://www.infobae.com/salud/2017/02/08/cientificos-argentinos-descubrieron-un-atibiotico-que-podria-detener-el-parkinson/>

Abril de 2017. Cecilia Valenzuela León. «Dr. Hetz solicita patentar concepto tras posible tratamiento experimental contra el Alzheimer».

<http://www.medicina.uchile.cl/noticias/132413/patentaran-concepto-tras-tratamiento-experimental-contra-el-alzheimer>

Enero de 2018. [Dunia Chappotin](#). «La búsqueda de tratamientos para el alzhéimer atraviesa una profunda crisis».

<https://infotiti.com/2018/01/fracasos-alzheimer-medicamentos/>

## CARTA DE LA AUTORA

Querido lector:

Espero que la lectura de esta historia te haya resultado agradable o, por lo menos, amena. Ojalá lo haya conseguido.

Si es la primera vez que me lees, quizá quieras saber quién soy. Lo único que puede decirte es que soy tan normal como tú y que, tal vez, lo único que nos diferencia es que yo necesito salir del aburrimiento que me envuelve, y que nos consume a todos, inventándome historias y personajes que me hacen más llevadera esa monotonía. Por tanto, poco puedo contarte que pueda interesarte y llamar tu atención sobre mí. Pero lo voy a intentar.

Nací en Sabadell en 1966, una localidad próxima a Barcelona. Mi vocación siempre fue ser escritora, pero las circunstancias me obligaron a desistir. No del todo, ya que elegí una formación cercana a mis deseos. Me licencié en Ciencias de la Información por la Universidad Autónoma de Barcelona y ejercí el periodismo durante cinco años en varios medios de comunicación. En 1996 abandoné mi trabajo y mi ciudad natal para adentrarme en tierras extrañas. Y lo hice por amor. Dejé Sabadell y empecé en una nueva vida en Marruecos, donde resido desde entonces.

No recuerdo una infancia sin libros ni lápices entre los dedos. Porque yo escribía a lápiz. Hasta ese punto llegaba la escasez en casa. A pesar de todo, tuve una infancia feliz, dedicada al juego y a derrochar imaginación como la mayoría de los niños, pero carente de necesidades básicas a causa de las repetidas veces que mi padre fue detenido por sus ideas revolucionarias y por defender las libertades de los trabajadores. Esta situación familiar hizo que madurase antes que el resto de los críos de mi edad con los que me relacionaba. Viví en un ambiente sindicalista y eso provocó que con tan solo ocho años mostrase interés por lo que ocurría a mi alrededor, por los problemas políticos y sociales del país. De hecho, siempre quería acompañar a mi padre a las manifestaciones. Eran otros tiempos.

A mediados de los setenta, muchos españoles se cansaron de tragar, de morderse la lengua para no ofender a un régimen dictatorial. Los universitarios invadían las calles sin miedo a represalias y empezaron a ser apoyados por trabajadores hartos de permanecer callados durante tantas décadas. En ese ambiente sindical me crié y quería ser héroe nacional. Sin

embargo, tuve que conformarme con imaginar lo que ocurría en todas esas manifestaciones a las que iba mi padre. No obstante, decidí emprender mi lucha particular. A los doce años me convertí en la consejera sindical de mis compañeros de clase. Precisamente, algunas experiencias relacionadas con mi infancia y con la vida de mi padre son ejes centrales de mi segunda novela, *El aroma de las azucenas en la oscuridad*, que publiqué en 2016. Se trata de una historia narrada en microrrelatos a varias voces donde he intentado reflejar el dolor, la rabia, la desesperación y la profunda soledad del ser humano. Alonso, el protagonista, pierde a su madre con solo cinco años e intenta sobrellevar ese dolor toda la vida. Una historia trágica y familiar donde se da importancia a los sentimientos, a la superación ante las adversidades, y al amor por encima de todo.

La literatura siempre ha formado parte de mi vida, pero nunca he escrito tanto como ahora. El vacío que dejó la muerte repentina de mi padre en 2009 me provocó la necesidad de desahogar mi pena. Así nació mi primera novela *Cuando los ángeles dejan de serlo*, un thriller histórico que publiqué en 2015, dos años después de acabarla. Una novela que, aunque tiene elementos de suspense, no recomiendo a lectores apasionados por la acción y la aventura, ya que está pensada para los amantes de las tramas conspiratorias y políticas. En el fondo, escribirla me ayudó a gestionar el dolor por la pérdida de mi padre. Él fue un defensor de las libertades y de los derechos de los trabajadores. Por eso, el eje principal de esta novela es político. Invertí tres años de mi vida en escribirla. Y para que te hagas una idea de qué va la historia, aquí tienes una breve sinopsis:

«La trama de esta novela te llevará a recomponer las piezas de un puzzle mientras se van entretejiendo las relaciones entre unos personajes que te provocarán sentimientos contradictorios y te arrastrarán, sin darte cuenta, a su mundo interior. El odio, la venganza, la muerte y la crueldad se apoderan de los personajes de esta novela que intentan sobrevivir en tiempos convulsos. Historias que reflejan la maldad del ser humano. Una novela ambientada en Barcelona en diferentes períodos históricos: el anarcosindicalismo de los años veinte y treinta, la II República, la guerra civil española, el poder de los agentes soviéticos de la NKVD, la II Guerra Mundial, la dictadura franquista, los grupos neonazis, y la actual crisis social y económica que está arrebatando a los trabajadores muchas de las libertades conseguidas durante el siglo

pasado. Dos guerras de por medio y unas familias que intentarán sobrevivir. Desaparecidos. Crímenes ocultos. Dos mujeres atrapadas en su pasado y presente. Pero, también, un hecho trágico que marcó la historia de España: la detención del anarcosindicalista Andreu Nin».

No sé si al finalizar la lectura de *El túnel de las almas perdidas* he conseguido ganarme tu confianza. En el caso de que así sea me gustaría que dejases un comentario en Amazon.

Si no te he convencido como escritora, espero hacerlo en mi próxima novela. Y, por supuesto, también puedes dejar un comentario, aunque en este caso no sea positivo. Sin vuestra opinión, los escritores no podemos mejorar.

Solo me queda despedirme de ti con la esperanza de que sigas leyéndome. Gracias por estar ahí.